

A woman with dark hair and light eyes is looking out of a window at night. The window has blinds, and the view outside is a dark city street with a building across the way. The text 'the photography' is visible on the building across the street.

MARY
HIGGINS
CLARK

Testigo en la sombra

Lectulandia

¿Qué ocurre cuando una mujer joven queda atrapada accidentalmente en la peligrosa investigación de un asesinato? ¿Qué ocurre si la ponen bajo protección y la obligan a cambiar de identidad y a trasladarse a otra ciudad? ¿Qué ocurre si en su nueva vida conoce al hombre perfecto, pero no puede correr el riesgo de enamorarse?

Lectulandia

Mary Higgins Clark

Testigo en la sombra

ePub r1.3

Titivillus 15.01.15

Título original: *Pretend you don't see her*
Mary Higgins Clark, 1997
Traducción: Silvia Komet

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para mi marido, John Conheeny,
y nuestros hijos*

*Marilyn Clark,
Warren y Sharon Meier Clark
David Clark,
Carol Higgins Clark,
Patricia Clark Derenzo y Jerry Derenzo*

*John y Debbie Armbruster Conheeny,
Barbara Conheeny,
Patricia Conheeny,
Nancy Conheeny Tarleton y David Tarleton*

Con amor

AGRADECIMIENTOS

¿De dónde ha sacado la idea para el libro? me pregunta a menudo la gente.

En este caso la respuesta es muy específica. Estaba considerando las posibilidades de varios argumentos, sin que ninguno de ellos me despertara la imaginación. Hasta que una noche fui a cenar al Bar y Grill Rao's, un legendario restaurante de Nueva York.

Al final de la velada, Frank Pellegrino, uno de los dueños, además de cantante profesional, cogió el micrófono y empezó a cantar un tema que Jerry Vale hizo famoso hace muchos años, *Haz como si no la vieras*. Mientras escuchaba la letra, cuajó una idea que me había estado rondando: una mujer joven es testigo de un asesinato y, para salvar la vida, se ve obligada a entrar en el Programa de Protección a Testigos.

¡Grazie, Frank!

Felicitaciones y sinceras gracias a mis editores Michael Korda y Chuck Adama. En mi época de estudiante solía trabajar mejor cuando las fechas de entrega se me venían encima. No ha cambiado nada. Michael y Chuck, la correctora Gypsy da Silva, las ayudantes Rebecca Head y Carol Bovie... sois todos fabulosos, los mejores. Que vuestros nombres queden grabados en el Libro de los Santos.

Flores para Lisl Cade, mi agente publicitaria, y para Gene Winick, mi agente literario, queridos y valiosos amigos míos.

La investigación de un escritor se refuerza notablemente mediante las conversaciones con expertos. Le estoy muy agradecida al jefe retirado del FBI, y también escritor, Robert Ressler, que habló conmigo sobre el Programa de Protección a Testigos; al abogado Alan Lippel, que me aclaró las repercusiones legales de algunas cuestiones del argumento; al detective retirado Jack Rafferty, que respondió a mis preguntas sobre procedimientos policiales, y a Jeffrey Snyder que vive en la actualidad como testigo protegido. Muchas gracias a todos por haber compartido conmigo sus conocimientos y experiencia.

Chapeau para el experto en ordenadores Nelson Kina del hotel Four Seasons de Maui, que recuperó importantes capítulos que yo creía perdidos.

Gracias otra vez a Carol Higgins Clark, mi hija y colega escritora, que es una espléndida caja de resonancia que siempre da en el blanco.

Mis mejores deseos para mi buen amigo Jim Smith de Minneapolis, que me mandó la información que necesitaba sobre la ciudad de los lagos.

Un profundo agradecimiento a mis animadores, mis hijos y nietos. Hasta los más pequeños me preguntaban: ¿Ya has terminado el libro, abue?

Y por último, un premio especial para mi marido, John Conheeny, que se casó con una escritora y, con infinita paciencia y buen humor, sobrevivió a la experiencia.

Una bendición para todos. Y, citando a un monje del siglo xv, «el libro está

terminado; oigamos al escritor».

1

Había pasado una semana desde el día del Trabajo y, por el constante sonar de los teléfonos en las oficinas de Parker & Parker, Lacey dedujo que el bache del verano al fin había terminado. El mercado inmobiliario de Manhattan había pasado por un período especialmente flojo durante el mes anterior, pero ahora las cosas empezaban a moverse otra vez.

—Ya era hora —le dijo a Rick Parker mientras éste le dejaba una taza de café sobre el escritorio—. Desde junio que no hago una venta decente. Todos los clientes que tenía medio atados se han marchado a Hamptons o Cape, pero afortunadamente la marea los está devolviendo de nuevo a la ciudad. Yo también he disfrutado de un mes de vacaciones, pero ya es hora de volver a trabajar. —Estiró el brazo para coger el café—. Gracias, me alegro de que el hijo y heredero se ocupe de mí.

—Es un placer. Tienes un aspecto estupendo, Lacey.

Ella trató de ignorar la expresión de Rick. Siempre se sentía como si la desnudara con la mirada. Rick Parker, malcriado, guapo y poseedor de un falso encanto que utilizaba a su antojo, la hacía sentir particularmente incómoda.

Lacey había deseado sinceramente que el padre no lo hubiera trasladado de la oficina de West Side. No quería poner en peligro su empleo, pero últimamente mantenerlo a distancia empezaba a ser todo un malabarismo.

En aquel momento sonó el teléfono, y lo cogió aliviada.

«Salvada por la campana» pensó.

—Diga. Soy Lacey Farrell.

—Señorita Farrell, soy Isabelle Waring. La conocí la primavera pasada, cuando vendió un piso en mi edificio.

Lacey adivinó que la señora Waring iba a poner su apartamento en venta.

Lacey puso su archivo mental en modo buscar y abrir.

En mayo había vendido dos apartamentos en la calle 70 Este. Una propiedad en la que no había hablado con nadie, salvo con el administrador, y un apartamento cerca de la Quinta Avenida. Tenía que ser el edificio Norstrum y recordaba vagamente haber hablado con una cincuentona pelirroja y atractiva en el ascensor, que le había pedido la tarjeta.

—¿El dúplex Norstrum? —Preguntó cruzando los dedos—. ¿Nos conocimos en el ascensor?

La señora Waring parecía complacida.

—¡Exactamente! Quiero vender el apartamento de mi hija, y me gustaría que se ocupase usted.

—Muy bien, señora Waring.

Lacey arregló una cita para la mañana siguiente, colgó el auricular y se volvió hacia Rick.

—Calle 70 Este, número 3. ¡Es un edificio fantástico! —exclamó.

—¿El número 3 de la 70 Este? ¿Qué apartamento?

—El 10 B. ¿Lo conoces?

—¿Cómo voy a conocerlo? —dijo bruscamente—. Sobre todo teniendo en cuenta que mi padre, con su gran sensatez, me tuvo trabajando en el West Side durante cinco años. —Lacey advirtió que Rick estaba haciendo un esfuerzo por ser agradable cuando añadió—: Por lo poco que oí, le caíste bien a alguien y ahora quiere darte una exclusiva. Siempre digo lo que mi abuelo predicaba sobre este negocio: es una bendición que la gente se acuerde de ti.

—Quizás, aunque no estoy segura de que sea necesariamente una bendición —dijo Lacey, que esperaba que su reacción ligeramente negativa pusiera fin a la conversación. También deseaba que Rick empezara pronto a considerarla una empleada más del imperio de la familia.

Rick Parker se encogió de hombros y se encaminó hacia su despacho, que daba a la calle 62 Oeste. Las ventanas de Lacey estaban frente a la avenida Madison. A ella le encantaba el espectáculo del tráfico constante, el ir y venir de los turistas, los ricachones típicos de la avenida que entraban y salían de las boutiques de ropa de marca.

«Algunos somos neoyorquinos de nacimiento —solía explicarles a las aprensivas esposas de los ejecutivos trasladados a Manhattan—. Otros llegan aquí sin ganas y, antes de que se den cuenta, descubren que a pesar de todos los problemas sigue siendo el mejor lugar del mundo para vivir». Después, si se lo preguntaban, explicaba: «Me crié en Manhattan, y salvo los años de universidad, siempre he vivido aquí. Es mi hogar, mi ciudad».

Su padre, Jack Farrell, también había sentido lo mismo por la ciudad. Solían explorarla juntos desde que ella era pequeña. «Somos compinches, Lacey —le decía—. Eres como yo: un bicho de ciudad. Pero tu madre, Dios la bendiga, se muere por sumarse a la huida a los suburbios. Pero sabe que allí me secaría como una pasa».

Lacey no sólo había heredado el amor de Jack por la ciudad, sino también sus colores irlandeses: ojos azul verdosos, piel clara y cabello castaño oscuro. Su hermana Kit, en cambio, tenía la herencia inglesa de su madre: ojos azul claro y cabello color trigo.

Jack Farrell había trabajado de músico en el teatro, generalmente en el foso de la orquesta, aunque a veces también tocaba en clubes y, de vez en cuando, en algún concierto. De pequeña, no había musical de Broadway cuyas canciones Lacey no pudiera cantar con su padre. La súbita muerte de Jack, cuando ella acababa de salir de la universidad, aún le dolía. En realidad se preguntaba si alguna vez la superaría. A veces, cuando iba al teatro del barrio, se sorprendía esperando encontrárselo.

Después del funeral, la madre le había dicho con irónica tristeza: «Tal como tu padre había predicho, no voy a quedarme en la ciudad». Y se compró una casa en Nueva Jersey para estar cerca de Kit, la hermana de Lacey, y su familia. Una vez allí, encontró trabajo de enfermera pediátrica en un hospital local.

Lacey, recién salida de la universidad, había encontrado un apartamento en la avenida East End y un empleo en la inmobiliaria Parker & Parker. Ahora, ocho años más tarde, era una de sus principales agentes.

Mientras tarareaba, sacó el expediente del edificio número 3 de la calle 70 Este y empezó a estudiarlo detenidamente. Vendí el dúplex del segundo piso, pensó. Habitaciones espaciosas, techos altos. La cocina necesitaba reformas. Ahora vamos a averiguar un poco cómo es la casa de la señora Waring.

A Lacey le gustaba hacer sus deberes sobre las eventuales ventas. Había aprendido que con ese propósito podía ser muy útil hacerse amiga de la gente que trabajaba en los distintos edificios que administraban Parker & Parker. Ahora era una suerte que fuera amiga de Tim Powers, el encargado del 3 de la calle 70 Este. Lo llamó, escuchó durante unos veinte minutos el resumen de sus vacaciones de verano mientras recordaba arrepentida que Tim siempre había tenido el don del chismorreo, y finalmente logró llevar la conversación hacia el apartamento Waring.

Según Tim, Isabelle Waring era la madre de Heather Landi, una joven actriz y cantante que empezaba a hacerse un nombre en el mundo del teatro. La chica, hija también del famoso hostelero Jimmy Landi, había muerto el invierno anterior cuando volvía de esquiar un fin de semana en Vermont; el coche se había caído por un terraplén. El apartamento era de Heather, y ahora su madre quería venderlo.

—La señora Waring no cree que la muerte de Heather fuese un accidente —dijo Tim.

Cuando al fin colgó, Lacey se quedó un buen rato recordando que había visto a Heather Landi el año anterior en un musical de mucho éxito del off-Broadway. En realidad, se acordaba muy bien de ella. Lo tenía todo, pensó, belleza, presencia escénica y esa maravillosa voz de soprano. Una fuera de serie, como hubiera dicho papá. No me sorprende que la madre no acepte su muerte.

Se levantó para apagar el aire acondicionado.

El martes por la mañana, Isabelle Waring se paseó por el apartamento de su hija estudiándolo con el ojo crítico de un agente inmobiliario. Le alegraba no haber tirado la tarjeta de Lacey Farrell. Jimmy, su ex marido y padre de Heather, le había pedido que lo pusiera en venta, y, para ser justos con él, le había dado todo el tiempo que necesitara.

El día que había conocido a Lacey Farrell en el ascensor, la chica, que le recordaba a su Heather, le había caído bien a primera vista.

Había que reconocer que no se parecía a Heather, que tenía ojos pardos y el pelo corto y rizado, de color castaño claro con reflejos dorados. Era de baja estatura, apenas un metro sesenta y dos, con un cuerpo suave y redondeado. Se llamaba a sí misma «la enana de la familia». Lacey, por el contrario, era alta, de pelo lacio hasta

los hombros, pero tenía algo en la sonrisa que le evocaba recuerdos agradables de Heather.

Isabelle miró alrededor y se dio cuenta de que no a todo el mundo le gustaría el revestimiento de abedul y el vestíbulo de ostentosas baldosas de mármol que a Heather le encantaban, pero se podían cambiar fácilmente. Sin embargo, la reforma de la cocina y los baños era un detalle importante para la venta.

Isabelle, que se había pasado meses haciendo viajes breves de Cleveland a Nueva York para revisar los cinco armarios enormes del apartamento y todos los cajones, y para encontrarse repetidamente con los amigos de Heather, sabía que todo eso debía terminar. Tenía que acabar con esa búsqueda de razones y continuar con su vida.

No obstante, seguía sin creer que la muerte de Heather hubiera sido un accidente. Conocía a su hija; estaba segura de que no habría cometido la tontería de volver en coche en medio de una tormenta de nieve, especialmente tan tarde por la noche. El informe médico, sin embargo, no había ofrecido dudas. Y Jimmy estaba de acuerdo, porque Isabelle sabía que, de no haberlo estado, habría removido todo Manhattan en busca de respuestas.

Durante el último de sus infrecuentes almuerzos, había intentado convencerla otra vez de que dejara las cosas como estaban y siguiera adelante con su vida. Su teoría era que esa noche Heather probablemente no podía dormir, estaba preocupada porque anunciaban fuertes nevadas y sabía que debía llegar a tiempo para el ensayo del día siguiente. Simplemente se negaba a ver nada sospechoso o siniestro en su muerte.

Pero Isabelle no podía aceptarla. Le había hablado a Jimmy de una inquietante conversación telefónica que había mantenido con su hija justo antes de su muerte.

«Jimmy, Heather no era la de siempre cuando hablamos por teléfono. Estaba preocupada por algo, terriblemente preocupada. Se le notaba en la voz». La comida había terminado cuando Jimmy, exasperado, había estallado: ¡Isabelle, ya está bien! ¡Basta, por favor! Todo esto ya es bastante doloroso sin necesidad de que recapitules una y otra vez todo lo sucedido poniendo a todos sus amigos bajo sospecha. Por favor, deja que nuestra hija descanse en paz.

Al recordar sus palabras, Isabelle meneó la cabeza. Jimmy Landi quería a su hija más que a nada en el mundo. Y en segundo lugar amaba el poder, pensó con amargura. Era lo que había acabado con su matrimonio. Su famoso restaurante, sus inversiones y ahora su hotel y casino en Atlantic City. Jamás había espacio para mí, pensó. Si hace años hubiera tenido un socio, como tiene ahora a Steve Abbott, quizá nuestro matrimonio no habría fracasado. Se dio cuenta de que caminaba por las habitaciones sin verlas, así que se detuvo delante de una ventana que daba a la Quinta Avenida.

—Nueva York es especialmente bonita en septiembre —murmuró mientras observaba a la gente que hacía *footing* por los senderos serpenteantes de Central Park, a las niñeras que empujaban los cochecitos y a los ancianos que tomaban el sol en los bancos.

En días como éste, recordó, solía llevar a Heather en cochecito al parque. Tuve tres abortos y tardé diez años en alumbrarla, pero valió la pena el sufrimiento. Era un bebé tan especial; la gente siempre se paraba a admirarla. Y ella lo sabía, por supuesto. Le gustaba levantarse y mirar todo. Era tan lista, tan observadora, tan confiada...

¿Por qué lo tiraste todo por la borda, Heather?, pensó. Después de aquel accidente que viste de pequeña, el del coche que derrapó, se salió de la carretera y chocó, siempre te aterrorizaron las carreteras heladas. Hasta hablabas de trasladarte a California sólo para evitar el invierno. ¿Por qué ibas a conducir por un puerto nevado de montaña a las dos de la madrugada? Tenías sólo veinticuatro años y toda la vida por delante. ¿Qué pasó aquella noche? ¿Qué fue lo que te obligó a marcharte? ¿O *quién* te obligó a hacerlo?

El timbre del Interfono la sacó bruscamente de esas preguntas desesperadas y asfixiantes. Era el portero, que le anunció que la señorita Farrell había llegado para la cita de las diez de la mañana.

Lacey no estaba preparada para el efusivo, aunque nervioso, saludo de Isabelle.

—¡Dios mío, es usted más joven de lo que recordaba! —le dijo—. ¿Qué edad tiene? ¿Treinta? Mi hija iba a cumplir veinticinco la semana que viene. Vivía en este apartamento. Era de ella, se lo había comprado su padre. Un golpe terrible, ¿no cree? El orden natural de la vida es que yo me fuese primero y que algún día ella tuviera que arreglar mis cosas.

—Tengo dos sobrinos y una sobrina —le dijo Lacey— no puedo ni imaginarme que les pasara algo. Así que creo comprender su dolor.

Isabelle la siguió mientras Lacey tomaba notas de las dimensiones de las habitaciones. La planta baja se componía de un vestíbulo, sala y comedor grandes, una biblioteca pequeña, cocina y tocador. El piso de arriba, al que se accedía por una escalera de caracol, tenía un dormitorio principal con su salita, su tocador y su cuarto de baño.

—Era muy grande para una chica joven —explicó Isabelle— pero se lo compró su padre. Nada era suficiente para su hija, aunque nunca la malcrió. En realidad, cuando se vino a vivir a Nueva York, al terminar la universidad, ella quería alquilar un apartamento pequeño en el West Side, pero Jimmy se opuso. Quería que estuviese en un edificio con portero, que estuviese segura. Y ahora quiere que venda el apartamento y me quede con el dinero. Dice que así lo habría querido Heather; que deje de lamentarme y siga adelante. Pero todavía me cuesta tanto, es tan duro... Lo intento, pero no sé si podré... —Las lágrimas acudían a sus ojos.

Lacey le hizo la pregunta clave:

—¿Está segura de que quiere vender? Y vio cómo la estoica expresión de Isabelle

Waring se desmoronaba y se echaba a llorar.

—Quiero averiguar por qué murió mi hija, por qué huyó precipitadamente esa noche del albergue, por qué no esperó para volver a la mañana siguiente con unos amigos como tenía planeado. ¿Qué le hizo cambiar de idea? Estoy segura de que alguien lo sabe. Necesito una razón. Sé que estaba muy preocupada por algo, pero no me dijo qué. Pensaba que aquí encontraría la respuesta, en el apartamento o a través de sus amigos. Pero su padre quiere que deje de molestar a la gente, y creo que tiene razón, que debemos seguir adelante... Sí, Lacey, creo que quiero vender.

Lacey le cogió la mano.

—Creo que a Heather también le gustaría que vendiese —musitó.

Esa noche, Lacey recorrió los cuarenta kilómetros hasta Wyckoff, Nueva Jersey, donde vivían su hermana Kit y su madre. No las veía desde que se había ido de vacaciones por un mes a Hamptons, a principios de agosto. Kit y su marido Jay tenían una casa de veraneo en Nantucket, y siempre le insistían para que pasara las vacaciones allí.

Mientras cruzaba el puente George Washington, Lacey se preparó para los reproches que sin duda formarían parte de la bienvenida. ¿Sólo vas a pasar tres días con nosotros? le diría seguramente su cuñado. ¿Qué tiene East Hampton que no tenga Nantucket?

Para empezar, no te tiene a ti, pensó Lacey con una sonrisa. Su cuñado, Jay Taylor, exitoso propietario de una empresa de equipamiento para restaurantes, nunca había sido la clase de persona preferida por Lacey, pero Kit estaba completamente enamorada de él y entre los dos habían criado tres hijos maravillosos. Así que ¿quién soy yo para criticar? se reprendió. Si no fuera tan espantosamente pomposo... Algunas de las afirmaciones de su cuñado le sonaban como bulas papales.

Mientras tomaba la carretera 4, se dio cuenta de lo ansiosa que estaba por ver a los miembros de su familia: su madre, Kit, los niños. —Todd, de doce años, Andy, de diez y su preferida, la tímida Bonnie de cuatro—. Al pensar en su sobrina, se dio cuenta de que no había podido quitarse de la cabeza en todo el día a la pobre Isabelle Waring y su triste historia. El dolor de la mujer era demasiado palpable. Isabelle había insistido en que se quedara a tomar un café y le había seguido hablando de su hija.

«Después del divorcio me mudé a Cleveland, ciudad donde me crié. Heather tenía cinco años. Pasaba temporadas conmigo y temporadas con su padre. El arreglo funcionaba bien. Volví a casarme. Bill Waring, un hombre encantador, era mucho mayor que yo. Murió hace tres años. Yo tenía esperanzas de que Heather encontrara al hombre de su vida, se casara y tuviera hijos, pero ella estaba decidida a ocuparse primero de su carrera. Sin embargo, poco antes de su muerte tuve la sensación de que

había conocido a alguien. Quizá me equivoque, pero me pareció notarlo en su voz. —Entonces le había preguntado con tono de preocupación maternal—: "¿Y tú qué, Lacey? ¿Tienes alguien especial en tu vida?"».

Al recordar la pregunta, Lacey sonrió con ironía. No, si no se notaría, pensó. Y desde que he llegado al mágico treinta, soy consciente de que mi reloj biológico empieza a marcar las horas. En fin... me encanta mi trabajo, me encanta mi apartamento, mi familia, mis amigos. Estoy bien, por lo tanto no tengo derecho a quejarme. Pasará cuando tenga que pasar.

Su madre abrió la puerta.

—Kit está en la cocina. Jay ha ido a buscar a los niños —le explicó tras un cálido abrazo—. Y dentro hay una persona que quiero que conozcas.

Lacey se sorprendió al ver a un desconocido de pie delante de la chimenea de la sala con una copa en la mano. Su madre, levemente ruborizada, lo presentó como Alex Carbine y le explicó que hacía años que se conocían y que acababan de reencontrarse por medio de Jay, que le había vendido parte del equipamiento para un nuevo restaurante que había abierto hacía poco en la ciudad, en la calle 46 Oeste.

Mientras Lacey le estrechaba la mano, lo examinó. Tendrá unos sesenta años, pensó, la edad de mamá. Es un hombre bien parecido. Y ella está exultante. Vaya, ¿qué está pasando aquí? En cuanto pudo disculparse, entró en la modernísima cocina de su hermana, donde Kit aliñaba la ensalada.

—¿Cuándo ha empezado esto? —le preguntó.

Kit, que llevaba el pelo rubio recogido en una cola sobre la nuca y se parecía más que nunca a un anuncio de Martha Stewart, sonrió.

—Hace un mes más o menos. Es un hombre agradable. Una noche Jay lo invitó a cenar y mamá estaba aquí. Alex es viudo. Siempre ha trabajado en hostelería, pero creo que éste es el primer restaurante propio que tiene. Hemos ido a verlo. Lo ha montado muy bien.

Las dos dieron un respingo al oír el ruido de la puerta principal.

—Prepárate —le avisó Kit—. Jay y los niños ya están aquí.

Lacey había empezado a llevar a Todd desde que tenía cinco años, y después al resto de sus sobrinos, a Manhattan para enseñarles la ciudad, igual que su padre había hecho con ella. Llamaban a esas excursiones «los días Jack Farrell» paseos que incluían cualquier cosa, desde una sesión de tarde en Broadway (ya habían visto Cats cinco veces) a visitas a museos (el de Historia Natural con su esqueleto de dinosaurio era de lejos el favorito). Exploraban el Greenwich Village, tomaban el tranvía a Roosevelt Island, el ferry a Ellis Island, comían en el último piso del World Trade Center y patinaban en la plaza Rockefeller.

Los niños recibieron a Lacey con su habitual exuberancia. Bonnie, tímida como siempre, se acurrucó en su regazo.

—Te he echado mucho de menos —le dijo.

Jay le dijo a Lacey que estaba muy guapa, que el mes en East Hampton le había

sentado muy bien.

—Me lo he pasado bomba —dijo Lacey, encantada de verlo hacer una mueca. Jay tenía una aversión por el argot que rayaba en lo pretencioso.

Durante la cena, Todd, que demostraba cierto interés en el negocio inmobiliario y en el trabajo de su tía, le preguntó por el mercado de Nueva York.

—Está remontando —respondió ésta. Hoy, sin ir más lejos, me he hecho cargo de un apartamento muy prometedor. Les habló de Isabelle Waring y vio que Alex Carbine prestaba mucha atención—. ¿La conoce? le preguntó.

—No —respondió— pero conozco a Jimmy Landi, y conocí a la hija, Heather. Una chica hermosa. Fue una tragedia terrible. Jay, tú has hecho negocios con Landi. Seguramente conociste también a Heather. Iba mucho por el restaurante.

Lacey vio con asombro cómo la cara de su cuñado enrojecía.

—No, nunca la vi —dijo con tono cortante y cierto atisbo de ira—. Hace tiempo que no hago negocios con Jimmy Landi. ¿Quién quiere otro trozo de cordero?

Eran las siete de la tarde. El bar estaba repleto y empezaban a llegar los clientes para la cena. Jimmy Landi sabía que debía bajar y saludar a la gente, pero no le apetecía. Había tenido uno de esos días malos, una depresión producida por una llamada de Isabelle que le había evocado la imagen de Heather atrapada en el coche volcado hasta morir quemada y que aún lo perseguía, mucho después de haber acabado de hablar.

La luz sesgada del sol poniente se filtraba por las altas ventanas de su despacho del edificio del Venecia, el restaurante que Jimmy había abierto hacía treinta años.

Se había hecho cargo del local en el que habían fracasado tres restaurantes sucesivos. Isabelle y él, recién casados, vivían en lo que entonces era un apartamento de alquiler del primer piso. Ahora era el propietario del edificio y el Venecia uno de los lugares más populares para cenar en Manhattan.

Jimmy se sentó ante su enorme escritorio antiguo Wells Fargo pensando por qué le costaba tanto bajar. No era sólo por la llamada de su ex mujer. El restaurante estaba decorado con murales, una idea que había imitado de la competencia, de La Cote Basque. Eran pinturas de Venecia y, desde el principio, había incluido escenas en las que aparecía Heather. Cuando tenía dos años, le había pedido al artista que pintara su cara en una ventana del palacio del Dogo. Después, de adolescente, aparecía en una escena en la que un gondolero le cantaba una serenata. A los veinte años, era la joven que caminaba por el Puente de los Suspiros con una partitura en la mano.

Jimmy sabía que por su propia paz tenía que quitarla de esos murales, pero, así como Isabelle no era capaz de abandonar la idea de que la muerte de Heather tenía que ser culpa de otra persona, él no podía renunciar a la necesidad de la presencia de su hija, a la sensación de que sus ojos lo observaban moverse por el restaurante, a

tenerla allí consigo todos los días.

Era un hombre moreno de sesenta y siete años que aún conservaba el color de su pelo, con ojos escrutadores bajo unas cejas rebeldes que le daban una expresión de cinismo. De altura media y complexión musculosa, desprendía cierto aire de fuerza animal. Sabía que sus detractores bromeaban diciendo que no valía la pena que llevara esos trajes a medida, que por mucho que lo intentara, seguiría siendo un hortera. Sonrió al recordar cómo se había indignado Heather la primera vez que escuchó ese comentario.

Le dije que no se preocupara, pensó Jimmy sonriendo para sí, que tenía suficiente dinero para comprarlos y venderlos a todos, que eso era lo único que importaba.

Sacudió la cabeza al recordarlo. Ahora, más que nunca, sabía que no era lo único que importaba, pero todavía era un motivo para levantarse por la mañana. Durante los últimos meses había logrado salir adelante ocupándose del casino y el hotel que construía en Atlantic City. Donald Trump, apártate —había dicho Heather cuando él le había enseñado la maqueta—. ¿Y qué tal si lo llamamos el Rincón de Heather y yo actúo allí exclusivamente para ti, Baba?

Había empezado a usar ese apodo cariñoso en un viaje a Italia cuando tenía diez años. A partir de entonces no había vuelto a llamarlo papá.

Jimmy recordó su respuesta. Te pondría como estrella inmediatamente... y lo sabes. Pero mejor pregúntaselo a Steve. También ha metido un buen puñado de dólares en Atlantic City, así que le permito tomar algunas decisiones. Bien, ¿qué tal si te olvidas de todo ese asunto de la carrera, te casas y me das unos nietos? Heather se había reído. Ay, Baba, dame un par de años. Ahora me lo estoy pasando muy bien.

Jimmy suspiró al recordar su risa. Ahora ya no tendría nietos, jamás... ninguna niña de cabello castaño dorado y ojos marrones, ningún niño que quizá con el tiempo se hiciera cargo del restaurante.

Un golpe en la puerta lo devolvió al presente.

—Adelante, Steve —dijo.

«Gracias a Dios que tengo a Steve Abbott, pensó. Hacía veinticinco años, un joven guapo, ex alumno de Cornell, había llamado a la puerta antes de que Jimmy abriera el restaurante. Quiero trabajar para usted, señor Landi —había anunciado—. A su lado puedo aprender mucho más que en ningún curso de la universidad. Jimmy sopesó al muchacho, que lo divertía y fastidiaba al mismo tiempo, y vio que era despierto y enterado. ¿Así que quieres trabajar para mí? —le preguntó—. Pues muy bien, allí es donde yo empecé», añadió señalando la cocina.

Ése fue un buen día para mí, pensó Jimmy. Tal vez tuviera pinta de niño prepotente, pero era un chico irlandés, hijo de una mujer que trabajaba de camarera para criarlo y que había demostrado el mismo empuje que su madre. En aquel momento pensé que era un idiota por renunciar a la beca, pero me equivocaba. Nació para este trabajo.

Steve Abbott entró en el despacho y encendió la luz.

—¿Por qué estás a oscuras? ¿Practicar espiritismo, Jimmy?

Landi levantó la vista con una sonrisa triste y notó la compasión en la mirada de Steve.

—Creo que estaba pensando en las musarañas.

—Acaba de llegar el alcalde para cenar con un grupo de cuatro personas.

Jimmy apartó la silla y se puso de pie.

—Nadie me dijo que hubiera hecho una reserva.

—No la hizo. Supongo que su señoría se babeaba por nuestros perritos calientes... —Abbott cruzó la habitación y le puso la mano en el hombro a Landi. Se nota que has tenido un mal día.

—Sí —dijo Jimmy—. Isabelle me ha llamado para decirme que la agente de la inmobiliaria ha estado en el apartamento de Heather y cree que se venderá rápido. Cada vez que hablamos por teléfono empieza otra vez con lo mismo, que no puede creer que Heather hubiera cogido el coche para volver por las carreteras llenas de hielo, que no cree que su muerte fuera un accidente. No consigue olvidarse del asunto. Me vuelve loco. Cuando conocí a Isabelle —continuó con la vista perdida más allá de Abbott— lo creas o no, era impresionante, la más guapa de Cleveland. Estaba comprometida para casarse. Le quité del dedo el diamantazo que un tío le había dado y lo tiré por la ventanilla del coche. Se rió. Tuve que pedir un crédito para pagarle el anillo al tipo, pero me quedé con la chica y se casó conmigo.

Abbott conocía la historia y sabía por qué Jimmy había estado pensando en eso.

—Puede que el matrimonio no durase, pero de aquel encuentro nació Heather.

—Perdóname, Steve. A veces me siento como un viejo que se repite. Ya conoces la historia. A Isabelle nunca le gustó Nueva York ni esta vida. Nunca debió marcharse de Cleveland.

—Pero lo hizo, y gracias a eso la conociste. Vamos, Jimmy, el alcalde está esperando.

Durante las semanas siguientes, Lacey llevó a ocho interesados a ver el apartamento. Dos eran de los que se entretienen haciendo perder el tiempo a los agentes inmobiliarios.

—Pero, por otro lado, nunca se sabe —le dijo a Rick Parker cuando se detuvo junto a su escritorio una tarde mientras ella se preparaba para irse a casa—. Llevas a una persona de aquí para allá durante un año, prefieres matarte antes que volver a salir con ella ¿y qué pasa? Un buen día, cuando ya estás a punto de abandonar, firma un cheque por un piso de un millón de dólares.

—Tienes más paciencia que yo —le dijo Rick. Sus rasgos, cincelados a imagen y semejanza de sus antepasados aristocráticos, mostraron una expresión de desdén—. No puedo soportar a la gente que me hace perder el tiempo. RJP quiere saber si tienes algunos candidatos serios para el apartamento Waring.

El RJP al que Rick se refería era su padre.

—No lo creo. Pero... bueno, acabamos de ponerlo a la venta y mañana será otro día.

—Gracias, Escarlata O'Hara. Le pasaré la información a mi padre. Nos vemos.

Lacey hizo una mueca cuando Rick se marchó. Este tenía uno de esos días sarcásticos y con los nervios a flor de piel ¿Y ahora qué le fastidia? se preguntó ¿Y por qué se molestaría su padre en pensar en el apartamento Waring si está negociando la venta del hotel Plaza? ¡Por favor!

Cerró el escritorio y se frotó la frente donde un dolor de cabeza amenazaba con dispararse. De repente se dio cuenta de que estaba muy cansada. Desde que había vuelto de las vacaciones no paraba: organizar viejos proyectos, conseguir nuevas propiedades, ponerse al día con los amigos, ocuparse de los hijos de Kit un fin de semana... y dedicarle muchísimo tiempo a Isabelle Waring.

La mujer se había acostumbrado a llamarla a diario y muchas veces le insistía para que fuera al apartamento «Lacey, ven a almorzar conmigo. Algo tendrás que comer ¿no?» decía. O: «Lacey, de camino a tu casa ¿por qué no pasas a tomar una copa de vino conmigo? Los colonos de Nueva Inglaterra solían llamar al atardecer "la hora sobria". Es un momento muy bonito del día».

Lacey miró fuera, a la calle. Las sombras se alargaban por la avenida Madison, un signo visible de que los días empezaban a acortarse. Es una hora bonita, pensó. Isabelle es una persona tan triste. Ahora se está obligando a ordenar todo el apartamento y a deshacerse de la ropa y efectos personales de Heather. Vaya trabajo. Aparentemente Heather lo guardaba todo.

No es mucho pedir que pase un rato con ella y la escuche, pensó Lacey. En realidad no me importa, me cae muy bien. Nos hemos hecho amigas. Pero, admitió, compartir el dolor de Isabelle me hace revivir todo lo que sentí cuando murió papá.

Se puso de pie. Si no me voy a casa voy a desmayarme. Lo necesito.

A las nueve, al cabo de dos horas, Lacey, recién salida de un burbujeante jacuzzi de veinte minutos, se preparaba un BLT. Había sido el bocadillo favorito de su padre, que solía decir que el de beicon, lechuga y tomate era definitivamente el mejor bocadillo para tomar en una barra de Nueva York.

Sonó el teléfono y dejó que atendiera el contestador. Oyó la conocida voz de Isabelle Waring. No voy a responder, decidió Lacey. Ahora no tengo ganas de hablar con ella durante veinte minutos.

La voz titubeante de Isabelle Waring empezó a hablar en voz baja pero con vehemencia.

«Lacey, supongo que no estás en casa. Tengo que contarte algo. Encontré el diario de Heather en el armario del trastero. Hay algo escrito que me hace pensar que no estoy loca por creer que su muerte no fue un accidente. Creo que puedo demostrar que alguien quería quitarla de en medio. De momento no diré nada más. Te llamo mañana».

Lacey sacudió la cabeza y a continuación, impulsivamente, apagó el contestador y desenchufó el teléfono. Deseaba tener el resto de la noche para sí misma.

Una noche tranquila. Un bocadillo, un vaso de vino y un libro ¡Me lo he ganado! se dijo.

Por la mañana, en cuanto llegó a la oficina, pagó el precio por haber apagado el contestador la noche anterior. La llamó su madre y, al cabo de un instante, Kit; las dos querían saber cómo estaba, preocupadas porque no habían obtenido respuesta a sus llamadas. Mientras trataba de tranquilizar a su hermana, Rick apareció en su despacho. Parecía muy irritado.

—Isabelle Waring quiere hablar contigo. Me han pasado la llamada a mí.

—Kit, tengo que ir a ganarme la vida. —Colgó y fue a la oficina de Rick a atender la otra llamada—. Siento no haber podido llamarla anoche —empezó.

—No importa, de todas formas yo no debería hablar de todo esto por teléfono. ¿Vas a traer alguien hoy?

—De momento no tengo a nadie en vista.

Mientras lo decía, Rick le pasó una nota sobre el escritorio: A Curtis Caldwell, un abogado, lo trasladan de Texas la semana que viene. Quiere un apartamento de un dormitorio en la Quinta Avenida entre las calles 65 y 72. ¿Puedes ocuparte hoy del asunto?

Lacey le dio las gracias a Rick y le dijo a Isabelle:

—Quizá pase con alguien. Cruce los dedos. No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que ésta puede ser nuestra venta.

—El señor Caldwell la está esperando, señorita Farrell —le dijo Patrick, el portero, mientras ella salía de un taxi.

Lacey, a través de la puerta de cristal facetado, vio un hombre delgado de unos cuarenta y cinco años que tamborileaba los dedos sobre el mostrador del vestíbulo. Por fortuna he llegado diez minutos antes, pensó.

Patrick se adelantó para abrirle la puerta.

—Hay un problema que debe saber —le dijo con un suspiro—. Se ha averiado el aire acondicionado. Lo están arreglando, pero dentro hace bastante calor. Por suerte me jubilo el primero de enero; ya es hora. Cuarenta años en este trabajo son suficientes.

Vaya, lo que faltaba, pensó Lacey. Sin aire acondicionado en uno de los días más calurosos del año. No me sorprende que ese Caldwell esté impaciente. No es muy buen augurio para la venta.

En el momento en que cruzaba el vestíbulo no tenía una impresión muy clara de aquel hombre bronceado, de cabello rubio oscuro y ojos azules. Involuntariamente empezó a prepararse para que él le dijera que no le gustaba que lo hicieran esperar.

Pero cuando se presentó a Curtis Caldwell, una sonrisa iluminó el rostro de éste e incluso bromeó:

—Dígame la verdad, señorita Farrell. ¿Es muy caprichoso el aire acondicionado de este edificio?

Lacey había llamado antes a Isabelle Waring para confirmar la hora de la cita, pero la mujer parecía distraída. Le dijo que estaría ocupada en la biblioteca y que entrara con su llave.

Lacey la llevaba en la mano cuando salió con Caldwell del ascensor. Abrió la puerta y llamó:

—Isabelle, soy yo. —Y se dirigió a la biblioteca seguida de Caldwell.

Isabelle estaba sentada al escritorio de la pequeña habitación, de espaldas a la puerta. Tenía una carpeta de piel a un lado y algunas hojas desparramadas delante. No levantó la vista ni se volvió a saludar, sino que se limitó a decir en voz baja:

—Olvídense de que estoy aquí, por favor.

Mientras Lacey le mostraba la casa a Caldwell, le explicó brevemente que se

vendía porque la propietaria, la hija de Isabelle Waring, había muerto el invierno anterior en un accidente.

Caldwell no pareció interesado en la historia de la casa. Era evidente que le había gustado y no pestañeó cuando ella le dijo que el precio era seiscientos mil dólares. Después de inspeccionar concienzudamente el primer piso, miró por la ventana de la salita y se volvió hacia Lacey.

—¿Dice que estará libre el mes que viene?

—Absolutamente —le respondió Lacey mientras pensaba: Bien, ahora va a hacer una oferta.

—No suelo regatear, señorita Farrell. Estoy dispuesto a pagar lo que piden siempre y cuando pueda mudarme a principios del mes próximo.

—¿Qué le parece si hablamos con la señora Waring? —propuso Lacey tratando de disimular su asombro. Pero, se recordó, así suelen pasar las cosas, como le dije ayer a Rick.

Isabelle Waring no contestó cuando Lacey llamó a la puerta de la biblioteca.

—Señor Caldwell —dijo Lacey volviéndose hacia él— ¿tendría la amabilidad de esperarme un instante en la sala? Voy a hablar un momento con la señora Waring y enseguida vuelvo.

—Por supuesto.

Lacey abrió la puerta y miró dentro. Isabelle Waring seguía sentada al escritorio, aún más ensimismada que antes.

—Vete —murmuró—. Estoy ocupada.

Sostenía una estilográfica verde en la mano derecha que estampó contra el escritorio.

—Vete.

—Isabelle... —dijo Lacey con suavidad— es importante. Tenemos una oferta para el apartamento, pero hay una condición que he de discutir con usted.

—¡Olvídalo! No voy a vender. Necesito más tiempo aquí. —Su voz era un sollozo agudo—. Lo siento, Lacey, pero ahora no quiero hablar. Vuelve más tarde.

Lacey consultó su reloj. Eran casi las cuatro.

—Volveré a las siete —dijo, dispuesta a evitar una escena al ver que la mujer estaba al borde de un llanto histérico.

Cerró la puerta y regresó con Curtis Caldwell, que estaba de pie en el recibidor, entre la biblioteca y la sala.

—¿No quiere vender? —Parecía sorprendido—. Comprendo que...

—¿Por qué no bajamos? —repuso Lacey en voz baja.

Se sentaron en el vestíbulo.

—Estoy segura de que todo irá bien —le dijo—. Más tarde volveré a hablar con ella. Ha pasado por una circunstancia muy dolorosa, pero no habrá problemas. ¿Por qué no me deja un número para que pueda llamarlo más tarde?

—Estoy en el Waldorf Towers, en el apartamento del bufete Keller, Roland y

Smythe.

Se pusieron de pie.

—No se preocupe, todo saldrá bien —prometió Lacey—. Ya verá.

Caldwell tenía una sonrisa afable y confiada.

—Estoy seguro. Lo dejo en sus manos, señorita Farrell.

El hombre salió del edificio, caminó por la calle 70 hasta Essex House, en el sur de Central Park, y se dirigió a los teléfonos públicos.

—Tenía razón —le dijo a la persona que lo atendió—. Ha encontrado el diario. Está en la carpeta de piel que me describió. Al parecer ha cambiado de idea sobre la venta del apartamento, pero la agente inmobiliaria va a volver esta noche para intentar convencerla. —Tras escuchar, añadió—: Me ocuparé del asunto. —Y colgó.

A continuación, Sandy Savarano, el hombre que se hacía llamar Curtis Caldwell, entró en un bar y pidió un whisky.

3

A las seis de la tarde, Lacey cruzó los dedos y llamó a Isabelle Waring. Se sintió aliviada al comprobar que estaba tranquila.

—Ven, Lacey, y hablaremos del asunto. Todavía no puedo dejar el apartamento, aunque signifique sacrificar la venta. Hay algo en el diario de Heather que podría ser muy importante.

—Pasaré a las siete —le dijo Lacey.

—Quiero enseñarte lo que he descubierto. Verás a qué me refiero. Entra con tu llave. Estaré en la salita de arriba.

Rick Parker, que en aquel momento pasaba por delante del despacho de Lacey, entró y se sentó.

—¿Algún problema?

—Uno bastante grave.

Le habló del extraño comportamiento de Isabelle Waring y de la posibilidad de perder una venta.

—¿Puedes convencerla de que cambie de idea? —preguntó Rick.

Lacey vio la preocupación en su rostro, preocupación que estaba bastante segura no era por ella ni por Isabelle. Parker & Parker perdería una suculenta comisión si se rechazaba la oferta de Caldwell, pensó. Eso era lo que le fastidiaba.

Se puso de pie y cogió la chaqueta. Había sido una tarde templada, pero las previsiones anunciaban un brusco descenso de las temperaturas por la noche.

—Veremos qué pasa —dijo.

—¿Ya te vas? Creí que me habías dicho que ibas a verla a las siete.

—Iré andando. Es probable que me tome un café por el camino, para poner un poco de orden en mi cabeza. Hasta luego, Rick.

Lacey llegó veinte minutos antes. Patrick, el portero, estaba ocupado con unos envíos, pero al verla le sonrió cuando señaló el ascensor.

Cuando abrió la puerta y llamaba a Isabelle, oyó un grito y un disparo. Entró y se quedó inmóvil durante una milésima de segundo y, por puro instinto, cerró de un portazo y se metió en el armario antes de ver a un hombre bajar corriendo la escalera y salir al pasillo con una pistola en la mano y una carpeta de piel debajo del brazo.

Después se preguntaría si había imaginado la voz de su padre diciéndole: ¡Cierra, Lacey! ¡Déjalo fuera! ¿Había sido su espíritu protector el que le había dado fuerzas para cerrar la puerta y echar el cerrojo mientras Caldwell empujaba del otro lado?

Se apoyó contra la puerta mientras oía cómo Caldwell intentaba abrir la cerradura para volver a entrar. Recordó el brillo de depredador hambriento en sus ojos azules en

el instante en que se habían mirado el uno al otro.

¡Isabelle! pensó. Debía llamar a la policía, pedir ayuda...

Subió jadeando la escalera de caracol y cruzó la salita hasta el dormitorio, donde Isabelle yacía sobre la cama. Había sangre en el suelo...

Isabelle intentaba sacar un fajo de hojas de debajo de la almohada, también ensangrentado.

Lacey quiso decirle que pediría ayuda, que todo iría bien, pero Isabelle balbuceó:

—Lacey... dale este... diario de Heather... a su padre —le faltaba el aire—. Sólo a él... Júrame que... sólo... a él. Léelo... muéstrale... dónde... el hombre... —Su voz se apagó.

Isabelle se estremeció y respiró hondo, como si tratara de conjurar a la muerte. Los ojos empezaron a desenfocarse. Lacey se arrodilló a su lado, e Isabelle, con sus últimas fuerzas, le apretó el brazo.

—Júralo... por favor...

—Sí, Isabelle, lo juro —dijo Lacey con la voz quebrada por el llanto.

De repente, la presión de la mano cedió y Lacey supo que Isabelle había muerto.

—¿Te encuentras bien, Lacey?

—Creo que sí.

Estaba en la biblioteca del apartamento, sentada en un sillón de piel delante del escritorio en el que Isabelle había estado leyendo unas horas antes el contenido de la carpeta de piel.

Curtis Caldwell tenía esa carpeta en la mano, pensó. Cuando me oyó llegar, debió de cogerla sin darse cuenta de que Isabelle había sacado unas hojas. Lacey no la había visto de cerca, pero le pareció pesada y bastante incómoda.

Las hojas que había recogido en la habitación de Isabelle estaban ahora en su maletín. Isabelle había hecho jurar que se las daría sólo al padre de Heather. La mujer había querido enseñarle algo escrito en esas páginas. Pero ¿qué podía mostrarle ella al padre? se preguntó ¿Y no debía decírselo a la policía?

—Lacey, toma un poco de café. Lo necesitas.

Rick, agachado a su lado, le ofrecía una taza de café humeante. Ya le había explicado a los detectives que no se le había ocurrido dudar de un hombre que había llamado diciendo que era un abogado de Keller, Roland y Smythe a punto de que lo trasladaran de Texas.

—Tenemos muchos tratos con ese bufete —explicó Rick—. No vi motivos para confirmarlo.

—¿Y está segura, señorita Farrell, de que ese Caldwell era el hombre que salió corriendo?

El mayor de los dos detectives era un hombre robusto de unos cincuenta años.

Pero se nota que es ágil, pensó Lacey. Se parece a ese actor amigo de papá, el que hacía el papel de padre en la reposición de *My Fair Lady*. El que cantaba *Get Me to the Church on Time*. ¿Cómo se llamaba...?

—¿Señorita Farrell? —dijo el detective con cierta impaciencia.

Lacey volvió a mirarlo. Detective Ed Sloane, ése era el nombre del policía. Pero no conseguía recordar el del actor. ¿Qué le había preguntado Sloane? Ah, sí. Si era Curtis Caldwell el hombre que había bajado corriendo del cuarto de Isabelle.

—Estoy segura de que era el mismo hombre —dijo—. Llevaba una pistola y la carpeta de piel.

Se dio mentalmente una bofetada. Había mencionado sin querer el diario. Antes de hablar del tema tenía que pensar muy bien en todo eso.

—¿La carpeta de piel? —Repitió el detective Sloane—. ¿Qué carpeta de piel? Es la primera vez que la menciona.

Lacey suspiró.

—La verdad es que no lo sé. Isabelle la tenía abierta esta tarde sobre el escritorio. Es una carpeta de anillas. Estaba leyéndola mientras yo le enseñaba el apartamento a Caldwell.

¿Debía hablarles de las hojas que se había llevado el asesino? ¿Por qué no lo decía? Porque había jurado a Isabelle que se las daría al padre de Heather. Isabelle había luchado para mantenerse con vida hasta oír la promesa de Lacey.

No podía faltar a su palabra...

De repente empezaron a temblarle las piernas. Se sujetó las rodillas con las manos, pero no podía dejar de temblar.

—Será mejor que llamemos a un médico para que la vea, señorita Farrell —dijo Sloane.

—Sólo quiero irme a casa —murmuró ella—. Por favor, dejen que me vaya a casa.

Se dio cuenta de que Rick le estaba diciendo algo al detective, algo que no distinguía ni quería oír. Se frotó las manos; tenía los dedos pegajosos. Bajó la mirada y se sobresaltó: tenía las manos manchadas de sangre de Isabelle.

—El señor Parker la acompañará a su casa, señorita Farrell —le decía el detective Sloane—. Mañana, cuando haya descansado, volveremos a hablar.

Hablaba demasiado alto, pensó Lacey. ¿De verdad? No. Lo que oía era a Isabelle gritando ¡No...! ¿Aún seguía el cuerpo de Isabelle en la cama?, se preguntó.

Sintió unas manos debajo de sus brazos que la obligaban a ponerse de pie.

—Vamos, Lacey —le decía Rick.

Se levantó dócilmente, dejó que la llevara primero hasta la puerta y después hasta el recibidor. Curtis Caldwell había estado esa tarde en ese mismo recibidor. Desde allí había oído a Isabelle decir que no iba a vender el apartamento.

—No esperó en la sala —dijo.

—¿Quién? —preguntó Rick.

Lacey no contestó. De repente recordó su maletín. Ahí estaban las hojas del diario.

Volvió a sentir el tacto de los papeles, arrugados y manchados de sangre. De ahí venía la sangre. El detective Sloane le había preguntado si había tocado a Isabelle, y ella contestó que le había cogido la mano mientras se moría.

Debió de notar la sangre en sus dedos. Seguramente también había sangre en el maletín. Lacey tuvo un instante de súbita claridad. Si le pedía a Rick que lo sacara del armario, éste vería la sangre en el asa. Debía sacarlo ella y evitar que lo viesen hasta que pudiera limpiarlo.

Había mucha gente arremolinada en el lugar y destellos de luz. Estaban haciendo fotos, tomando huellas dactilares, echando polvos sobre las mesas. A Isabelle no le habría gustado, pensó Lacey. Era tan ordenada...

Lacey se detuvo al pie de la escalera y miró arriba. ¿Isabelle aún estaba allí? se preguntó. ¿Habían cubierto el cuerpo?

Rick la acompañaba.

—Vamos, Lacey —le dijo llevándola hacia la puerta.

Pasaron delante del armario donde había guardado el maletín. No puedo pedirle que me lo alcance, se repitió, y abrió el armario y lo cogió con la mano izquierda.

—Yo te lo llevo —se ofreció Rick.

Lacey, a propósito, se apoyó contra él y le bajó el brazo con la mano derecha, obligándolo a sostenerla mientras ella sujetaba con fuerza el maletín.

—Vamos, te llevaré a casa —le dijo Rick.

Sentía que todos los ojos la miraban, que todo el mundo tenía la vista fija en el maletín manchado de sangre. ¿Era así como se sentía un ladrón?, se preguntó. Vuelve y entrégales el diario. No es tuyo, no puedes llevártelo, insistía una voz dentro de ella.

La sangre de Isabelle estaba en esas hojas. Tampoco es mío para disponer de él, pensó desesperada.

Cuando llegaron al vestíbulo, un joven policía se acercó a ellos.

—La llevaré a su casa, señorita Farrell. El detective Sloane quiere asegurarse de que llegue bien.

El apartamento de Lacey quedaba en la avenida East End y la calle 79. Cuando llegaron, Rick quiso subir con ella, pero Lacey puso reparos.

—Quiero irme a la cama —dijo sin dejar de menear la cabeza ante las protestas del joven de que no debía quedarse sola.

—Bueno, te llamaré por la mañana —le prometió.

Lacey vivía en el octavo piso y subió sola en el ascensor; un trayecto que le pareció interminable. El pasillo le recordó al del edificio de Isabelle, y miró alrededor temerosa mientras lo cruzaba presurosa.

Una vez dentro, lo primero que hizo fue meter el maletín debajo del sofá. Las ventanas de la sala daban al East River. Durante un rato se quedó mirando las luces que parpadeaban sobre el agua. Al fin, abrió la ventana y aspiró profundamente el aire de la noche, pese a que estaba temblando. La sensación de irrealidad que se había apoderado de ella durante las últimas horas empezaba a disiparse, pero en su lugar se instalaba la dolorosa certidumbre de que nunca en su vida había estado tan cansada. Se volvió y miró el reloj. Las diez y media. Apenas veinticuatro horas antes se había negado a atender la llamada de Isabelle. Ahora ya no volvería a llamarla nunca...

Lacey se quedó helada. ¡La puerta! ¿La había cerrado con dos vueltas? Corrió a comprobarlo.

Sí, la había cerrado, pero ahora echó el cerrojo y encajó una silla debajo del pomo. Estaba temblando otra vez. Tengo miedo, pensó, y tengo las manos pegajosas... manchadas de sangre de Isabelle Waring.

El cuarto de baño era grande para ser un apartamento de Nueva York. Hacía dos años, al modernizar el lugar, le había añadido un jacuzzi amplio y hondo. Nunca había estado tan feliz de ese gasto como esa noche, pensó, mientras el vapor empañaba el espejo.

Se desnudó y arrojó la ropa al suelo. Entró en la bañera y suspiró aliviada mientras se sumergía en el agua caliente. Puso las manos debajo del grifo y se las restregó con fuerza. Por último apretó el botón para que el agua burbujeara sobre su cuerpo.

Más tarde, una vez abrigada y envuelta en el albornoz, se permitió pensar en las hojas del maletín.

Ahora no, pensó.

Incapaz de sacudirse la aterradora sensación que la había perseguido toda la noche, recordó que tenía una botella de whisky en el mueble bar. La sacó, se sirvió dos dedos, llenó el resto de la copa con agua y la puso en el microondas.

Papá decía que no había nada como un whisky caliente para sacarse el frío, recordó. Sólo que su versión era más elaborada: con clavo de olor, azúcar y una barrita de canela.

La copa, incluso sin los aditamentos, cumplió su objetivo. A medida que tomaba la bebida a sorbitos en la cama, la calma empezó a embargarla y se quedó dormida en cuanto apagó la luz.

Casi enseguida se despertó con un grito. Abría la puerta del apartamento de Isabelle Waring; se agachaba sobre el cadáver de la mujer; Curtis Caldwell le apuntaba a la cabeza con una pistola... La imagen era tan real e inmediata.

Tardó en darse cuenta de que ese sonido agudo era la campanilla del teléfono. Sin dejar de temblar, levantó el auricular. Era Jay, su cuñado.

—Acabamos de volver de una cena y hemos oído en las noticias que han asesinado a Isabelle Waring —dijo—. Han dicho que hay una testigo, una mujer joven, que puede identificar al asesino. Lacey, espero que no seas tú.

La preocupación de Jay era reconfortante.

—Pues sí, soy yo —respondió.

Hubo un silencio.

—Nunca es bueno ser testigo —dijo él en voz baja.

—¡Pues no me lo he buscado yo! —replicó ella.

—Kit quiere hablar contigo.

—Ahora no puedo hablar. —Lacey sabía muy bien que Kit, cariñosa y preocupada, le haría preguntas que la obligarían a contar todo otra vez: su entrada en el apartamento, el grito, el asesino de Isabelle—. Jay, ahora sencillamente no puedo hablar —rogó—. Kit lo entenderá.

Colgó y se quedó acostada en la oscuridad, tratando de conciliar el sueño, hasta que oyó otro grito, seguido del ruido de unos pasos que corrían hacia ella.

Los pasos de Caldwell.

Lo último que pensó mientras se dormía fue algo que había comentado Jay: que nunca era bueno ser testigo. ¿Por qué lo diría?, se preguntó.

Rick Parker, después de dejar a Lacey en el vestíbulo de su edificio, había ido en taxi a su casa, en la calle 67 y Central Park West. Sabía lo que se encontraría allí y tenía miedo. Para entonces, el asesinato de Isabelle Waring ya había aparecido en todos los programas informativos. Cuando salieron del edificio había periodistas en la puerta y era posible que hasta lo hubieran filmado subiendo al coche patrulla con Lacey. En ese caso su padre lo habría visto, porque siempre veía las noticias de las diez. Rick comprobó la hora en su reloj: las once menos cuarto.

Tal como esperaba, al entrar en el apartamento a oscuras el contestador automático parpadeaba. Pulsó el botón para escuchar los mensajes. Había sólo uno, de su padre.

«¡No importa qué hora sea, llámame en cuanto llegues!».

Tenía las palmas tan húmedas que tuvo que secárselas con un pañuelo para coger el teléfono. Su padre contestó sin demora.

—Antes de que preguntes nada —dijo Rick con voz entrecortada y extrañamente aguda— has de saber que no tuve alternativa. Me vi obligado a ir porque Lacey le dijo a la policía que yo le había dado el número de Caldwell, así que vinieron a buscarme.

Rick escuchó durante un minuto la voz enfadada de su padre, hasta que al fin pudo responder:

—Padre, ya te he dicho que no te preocupes. No hay problema. Nadie sabe que tuve una aventura con Heather Landi.

Sandy Savarano, el hombre que Lacey conocía como Curtis Caldwell, había huido del apartamento de Isabelle Waring bajando por la escalera de incendios hasta el sótano y luego saliendo por la puerta de servicio. Era algo arriesgado, pero a veces había que correr riesgos.

Se dirigió a paso largo hasta la avenida Madison con la carpeta de piel bajo el brazo. Cogió un taxi hasta el pequeño hotel de la calle 39, donde se alojaba. Al llegar a su habitación, lanzó la carpeta sobre la cama y se sirvió una generosa ración de whisky. La mitad se lo bebió de un trago, y el resto a pequeños sorbos. Era un rito que observaba después de cada trabajo como ése.

Cogió el whisky y la carpeta y se sentó en la silla tapizada de la habitación del hotel. Hasta el último minuto había sido un trabajo bastante fácil. Había vuelto a entrar en el edificio mientras el portero ayudaba a una anciana a subir a un taxi, y había entrado en el apartamento con la llave que había cogido de la mesa del vestíbulo mientras Lacey Farrell estaba en la biblioteca con la señora Waring.

Se había encontrado a Isabelle en el dormitorio, recostada en la cama con los ojos cerrados. La carpeta de piel estaba en la mesilla de noche. Cuando ella advirtió su presencia, se levantó de un brinco y trató de escapar, pero él le bloqueó la puerta.

No había gritado; estaba demasiado asustada. Eso era lo que más le gustaba: el miedo puro en sus ojos, la convicción de que no tenía escapatoria, de que iba a morir. Sandy saboreó ese momento. Siempre le gustaba sacar la pistola despacio, mirar a la víctima a los ojos mientras la encañonaba. La química entre él y su blanco en esa fracción de segundo antes de que su dedo apretara el gatillo lo excitaba.

Recordó a Isabelle retrocediendo hacia la cama, de espaldas a la cabecera, moviendo los labios en busca de palabras. Y por último aquel grito: ¡No...! mezclado repentinamente con la voz de alguien que la llamaba desde abajo... justo en el momento en que él le disparó.

Savarano tamborileó los dedos enfadado sobre la carpeta de piel. La maldita Farrell había llegado en aquel preciso instante. De no haber sido por ella, todo habría salido perfecto. Qué idiota, cómo había permitido que esa zorra lo dejara fuera y lo obligara a escapar. Pero tenía el diario y había matado a Waring, y ése era el trabajo que le habían encargado. Y si Farrell se convertía en un problema, también la mataría.

Savarano abrió la carpeta. Las páginas estaban bien colocadas en las anillas, pero cuando empezó a hojearlas vio que estaban en blanco.

Incrédulo, volvió las hojas rápidamente, en busca de algo escrito. Todas estaban en blanco... ¡Las hojas del auténtico diario aún estaban en el apartamento! ¿Qué debía hacer? Tenía que pensarlo muy bien.

Ahora ya era demasiado tarde para ir a buscarlas. El edificio estaría lleno de polis. Tenía que encontrar otra manera de conseguir las.

Pero no era demasiado tarde para asegurarse de que Lacey Farrell jamás tuviera la

oportunidad de identificarlo en un juicio. Y era un trabajo que en realidad le gustaba.

En algún momento del amanecer, Lacey cayó en un sueño lleno de pesadillas en las que unas sombras avanzaban despacio por pasillos largos y se oían gritos de terror a través de puertas cerradas.

Fue un alivio despertarse a las siete menos cuarto, a pesar de que sabía y temía lo que le reservaba el día. El detective Sloane le había pedido que fuese a la comisaría para que un dibujante hiciera un retrato robot de Curtis Caldwell.

Pero mientras tomaba café y miraba por la ventana las barcas que avanzaban por el East River, sabía que antes de nada tenía que tomar una decisión sobre el diario.

¿Qué voy a hacer?, se preguntó. Isabelle pensaba haber encontrado algo escrito que demostraba que la muerte de Heather no había sido un accidente. Curtis Caldwell había robado la carpeta de piel después de matar a Isabelle.

¿La mató porque tenía miedo de lo que había descubierto en ese diario? ¿Robó lo que consideraba el diario para asegurarse de que nadie más lo leería?

Se volvió y miró debajo del sofá. El maletín seguía allí; el maletín donde ella había escondido las hojas manchadas de sangre. Tengo que entregárselas a la policía, pensó. Y creo saber de qué manera puedo hacerlo sin faltar a la promesa que le hice a Isabelle.

A las dos, Lacey estaba en un pequeño despacho de la comisaría, sentada a una mesa de reuniones frente al detective Sloane y su ayudante Nick Mars. Sloane parecía un poco agitado, como si hubiera llegado con prisas. O quizá fumaba demasiado, decidió Lacey. Del bolsillo del pecho asomaba un paquete de cigarrillos.

Nick Mars era otra historia. Le recordaba a un compañero de universidad, jugador de fútbol, con el que había tenido una aventura romántica a los dieciocho años. Era agradable, de veintipocos, con cara de niño de mejillas llenas e inocentes ojos azules. De hecho, estaba segura de que en los típicos interrogatorios «del bueno y el malo», él hacía de «bueno». Sloane tendría de vez en cuando un ataque de ira, mientras Nick Mars, siempre tranquilo y amable, calmaría las cosas.

Hacía tres horas que Lacey estaba en la comisaría, por lo que había tenido suficiente tiempo para darse cuenta de la escena que habían preparado para ella. Mientras trataba de describirle la cara de Curtis Caldwell al dibujante de la policía, Sloane se había mostrado claramente molesto de que no fuera más específica.

—No tenía cicatrices, marcas de nacimiento ni tatuajes —le había explicado al dibujante—. Al menos yo no vi ninguno. Lo único que puedo decirle es que tenía una cara delgada ligeramente bronceada, ojos azul claro y cabello rubio oscuro. No tenía

ninguna seña particular. Un rostro proporcionado... salvo los labios, quizá, que eran bastante finos.

Pero cuando vio el bosquejo del dibujante, dijo dubitativa:

—No, no era así exactamente.

—Entonces ¿cómo era? —había soltado Sloane.

—Tranquilo, Ed. Lacey lo ha pasado muy mal. —Nick Mars le había sonreído para calmarla.

Como el dibujante no conseguía hacer un esbozo que satisficiera a Lacey, le mostraron cientos de fotos de archivo. Sin embargo, en ninguna aparecía el hombre que ella conocía como Curtis Caldwell, otro hecho que fastidiaba a Sloane. Al fin, exasperado, éste sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Muy bien, señorita Farrell —dijo bruscamente—. Empecemos de nuevo.

—Lacey, ¿te apetece una taza de café? —preguntó Mars.

—Sí, gracias —sonrió agradecida, y volvió a advertirse: Cuidado. Recuerda que hacen el papel del bueno y el malo.

Era evidente que el detective Sloane se traía algo nuevo entre manos.

—Señorita Farrell, me gustaría repasar algunas cosas sobre este crimen. Anoche, cuando llamó a la policía estaba bastante turbada.

—Y con razón —respondió Lacey levantando las cejas mientras asentía.

—Por supuesto. Y añadiría que, cuando llegamos a la casa, la encontramos prácticamente en estado de shock.

—Creo que sí. —En realidad, casi todo lo que había pasado la noche anterior era como una bruma para ella.

—Yo no la acompañé hasta la puerta cuando se marchó, pero tengo entendido que tuvo suficiente presencia de ánimo como para recordar que había dejado su maletín en el armario del recibidor de la señora Waring.

—Sí, me acordé al pasar por delante.

—¿Recuerda que en ese momento los fotógrafos estaban haciendo fotos? Retrocedió mentalmente. Los polvos sobre los muebles, los flashes de las cámaras...

—Si —respondió.

—¿Tendría la amabilidad de examinar esta foto? —Sloane le tendió por encima del escritorio una foto de veinticinco por veinte—. En realidad es una ampliación de una foto de rutina tomada en el vestíbulo. —Señaló con la cabeza al hombre más joven—. El detective Mars se percató del detalle.

Lacey miró la imagen. La mostraba de perfil con el maletín en la mano apartándolo de Rick Parker mientras éste alargaba la mano para cogerlo.

—Así que no sólo recuerda haber cogido su maletín sino insistir en llevarlo usted misma.

—Bueno, es parte de mi carácter. Y con los compañeros de trabajo me parece especialmente importante ser autosuficiente —repuso Lacey en voz baja y tranquila—. Aunque en realidad creo que actuaba por automatismo. La verdad es que no

recuerdo qué pensaba en aquel momento.

—Creo que sí lo recuerda —dijo Sloane—. De hecho, me parece que fue un acto absolutamente deliberado. Vea, señorita Farrell, hay manchas de sangre en ese armario... de sangre de Isabelle Waring. ¿Cómo cree que llegaron allí?

Con el diario de Heather, pensó Lacey. Con las hojas ensangrentadas. Un par de hojas habían caído sobre la alfombra mientras ella las guardaba en el maletín. Además, ella misma tenía las manos manchadas de sangre. Pero no podía decírselo al detective... todavía no. Necesitaba tiempo para estudiar esas hojas. Bajó la cabeza y se miró las manos. Debería decir algo, pensó. Pero ¿qué?

Sloane se inclinó sobre el escritorio con actitud agresiva, incluso acusatoria.

—Señorita Farrell, no sé a qué juega ni qué nos oculta, pero es evidente que éste no es un asesinato corriente. El hombre que dijo llamarse Curtis Caldwell no robó en ese apartamento ni mató a Isabelle Waring por casualidad. Es un crimen planeado y ejecutado cuidadosamente. Su aparición allí probablemente es lo único que no salió según el plan. —Hizo una pausa y luego continuó con tono de irritación—. Nos ha dicho que el individuo se llevó la carpeta de piel de la señora Waring. Descríbame la otra vez.

—La descripción no va a cambiar —replicó Lacey—. Era del tamaño de una carpeta normal de anillas con cremallera alrededor.

—Señorita Farrell ¿la había visto antes? —Sloane le pasó una hoja por encima de la mesa.

Lacey la miró; era una hoja de carpeta escrita.

—No estoy segura —respondió.

—Léala, por favor.

Lacey le echó un vistazo. Tenía fecha de hacía tres años. Empezaba así: «Ayer vino Baba a ver otra vez la función. Nos llevó a todos al restaurante a cenar...».

El diario de Heather, pensó. Debí de perder esta hoja ¿Cuántas más habré perdido?

—¿La había visto antes? —insistió Sloane.

—Cuando llevé al tal Curtis Caldwell a ver el apartamento, Isabelle estaba en la biblioteca, sentada al escritorio. La carpeta de piel estaba abierta y ella leía unas hojas sueltas que había sacado. No estoy segura de si ésta era una de ellas, pero es probable.

Al menos esto es verdad, pensó. De pronto se arrepintió de no haber fotocopiado el diario esa mañana antes de ir a la comisaría. Porque eso era lo que había decidido hacer: entregar el original a la policía, darle una copia a Jimmy Landi y quedarse otra para ella. El deseo de Isabelle era que Jimmy leyera el diario; era evidente que pensaba que él vería algo importante en esas hojas. Por lo tanto podía leer una copia igual que el original, como ella, puesto que, por la razón que fuera, Isabelle le había hecho prometer que ella también leería esas páginas.

—Encontramos esa hoja en el dormitorio, debajo del sillón —le dijo Sloane—. A

lo mejor había otras páginas sueltas ¿Lo cree posible? —No esperó respuesta—. Volvamos a la mancha de sangre encontrada en el armario de abajo ¿Tiene idea de cómo llegó allí?

—Yo tenía las manos manchadas de sangre de Isabelle —respondió Lacey— y usted lo sabe.

—Lo sé, pero anoche, cuando cogió ese maletín para marcharse, no iba chorreando sangre ¿Qué pasó entonces? ¿Guardó algo en ese maletín antes de que llegáramos, algo que cogió del dormitorio de Isabelle Waring? Creo que sí ¿Por qué no nos dice qué es? ¿Había más hojas como ésta desparramadas por el cuarto? Es una buena suposición, ¿no cree?

—Tranquilo, Eddie. Deja que Lacey conteste —pidió Mars.

—La señorita puede tomarse todo el tiempo que quiera, Nick —replicó Sloane— pero la verdad será la misma. Se llevó algo de esa habitación, estoy seguro ¿Y no te intriga por qué una persona inocente iba a querer llevarse algo de la casa de la víctima? ¿Puede usted adivinar por qué? —le preguntó a Lacey.

Quería desesperadamente decirles que tenía el diario y por qué lo tenía. Pero si lo hago, pensó, me pedirán que se lo dé de inmediato. No me dejarán hacer una copia para el padre de Heather. Tampoco puedo decirles que quiero hacer otra para mí; me tratan como si tuviera algo que ver con la muerte de Isabelle... Mañana les daré el original.

—No, no puedo —respondió Lacey poniéndose de pie—. ¿Ha terminado conmigo, detective Sloane?

—Por hoy sí, señorita Farrell. Pero, por favor, tenga en cuenta que ser encubridor de un asesinato es un delito grave. Un delito muy grave —añadió poniendo énfasis en sus palabras—. Y otra cosa: si se llevó alguna de esas hojas, debo preguntarme hasta qué punto es usted una víctima de las circunstancias. Después de todo, da la casualidad que es la responsable de haber llevado al asesino a la casa de Isabelle Waring.

Lacey se marchó sin responder. Tenía que ir a la oficina, pero primero pasaría por su casa a recoger el diario de Heather Landi. Esa tarde se quedaría en la oficina hasta que se marcharan todos y haría las fotocopias. Y mañana le daría el original a Sloane. Trataré de hacerle entender por qué me lo llevé, pensó nerviosa.

Empezó a hacerle señas a un taxi, pero después decidió ir andando. El sol de media tarde era agradable. Tenía un frío en los huesos que no acababa de desaparecer. Mientras cruzaba la Segunda Avenida, tuvo la sensación de que la seguían. Se volvió bruscamente y se encontró con la asombrada mirada de un anciano.

—Perdone —murmuró mientras se daba prisa hacia el bordillo.

Esperaba encontrarme con Curtis Caldwell, pensó, alterada al advertir que temblaba. Si lo que buscaba era el diario, no lo había conseguido. ¿Volvería a buscarlo? Sabe que lo vi y que puedo identificarlo, se dijo. Hasta que la policía lo atrapara, si lo conseguían, ella corría peligro. Trató de obligarse a pensar en otra cosa.

El vestíbulo de su edificio daba la sensación de un refugio seguro, pero cuando salió del ascensor en su piso, el largo pasillo le dio miedo y, llave en mano, corrió hasta el apartamento y entró precipitadamente.

Jamás volveré a usar este maletín, se prometió mientras lo sacaba de debajo del sofá. Lo llevó a su habitación y lo depositó encima del escritorio evitando tocar el asa ensangrentada.

Sacó las hojas del diario e hizo una mueca de asco al ver las manchas de sangre. Por último, las metió en un sobre marrón y revolvió el armario en busca de una bolsa.

Al cabo de diez minutos, salió a la calle con la bolsa debajo del brazo. Mientras le hacía señas nerviosas a un taxi, trató de convencerse de que quienquiera que fuese Caldwell y cualesquiera fuesen sus razones para matar a Isabelle, seguramente estaría a kilómetros de distancia, huyendo.

6

Sandy Savarano, alias Curtis Caldwell, no iba a arriesgarse a que lo reconocieran mientras hablaba desde una cabina de la esquina del apartamento de Lacey Farrell. Llevaba un sombrero de ala ancha gris sobre el cabello rubio oscuro, una barba canosa de varios días le cubría las mejillas y el mentón, y había reemplazado su traje de abogado por un jersey amplio y unos vaqueros desteñidos.

—Farrell salió de la comisaría y fue a pie hasta su casa —dijo mientras miraba hacia la calle—. No pienso pasearme por aquí. Hay un coche de policía aparcado enfrente del edificio. Es posible que no quieran perderla de vista.

Tras colgar, echó a andar hacia el oeste, cambió de idea y dio la vuelta. Decidió vigilar el coche patrulla durante un rato para confirmar su teoría de que la policía estaba allí para proteger a Lacey Farrell. No tuvo que esperar mucho. Vio desde la mitad de la manzana cómo la familiar figura de la joven salía del edificio con traje negro y una bolsa bajo el brazo y paraba un taxi.

Mientras el vehículo se ponía en marcha, esperó para ver qué hacían los polis. Al cabo de un instante, un coche se saltó el semáforo en rojo de la esquina y el coche patrulla arrancó en su persecución con las luces del techo encendidas.

Muy bien, pensó Savarano. Un problema menos en mi camino.

Cuando regresaron de hacer los preparativos para la cremación de Isabelle, Jimmy Landi y Steve Abbott se dirigieron al despacho de aquél. Steve sirvió dos generosos vasos de whisky y puso uno de ellos sobre el escritorio de Jimmy.

—Creo que los dos lo necesitamos —comentó.

Landi cogió el suyo.

—Desde luego que sí —dijo—. Ha sido un día espantoso.

Los restos de Isabelle serían incinerados en cuanto les entregaran el cuerpo, y las cenizas enterradas en el Cementerio Puerta del Cielo de Westchester, en el mausoleo de la familia.

—Mis padres, mi hija, mi ex mujer, todos descansarán en el mismo lugar —dijo Jimmy mirando a Abbott—. No tiene sentido, Steve. Aparece un tipo que dice querer comprar un apartamento, y después vuelve y mata a Isabelle, una mujer indefensa. Y no precisamente porque llevara joyas valiosas. No tenía ninguna; nunca le importaron. —Landi tenía el rostro contraído con una mezcla de ira y angustia—. ¡Le dije que se deshiciera de ese apartamento! Pero no paraba de darle vueltas a la muerte de Heather y de preocuparse de que no había sido un accidente. Se estaba volviendo loca con todo eso, y a mí también me estaba desquiciando, y estar en ese apartamento no hacía más que empeorar el asunto. Además, necesitaba el dinero. Ese Waring con quien se casó no tenía un céntimo. Yo sólo quería que siguiera adelante con su vida ¡Y van y la asesinan! —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Bueno, ahora está con Heather. Quizás era donde quería estar...

Abbott, con un evidente esfuerzo por cambiar de tema, se aclaró la garganta y dijo:

—Jimmy, Cynthia vendrá a eso de las diez. ¿Por qué no cenas con nosotros?

Landi sacudió la cabeza.

—No; pero te lo agradezco. Hace casi un año que me cuidas como a un niño, Steve, desde la muerte de Heather, pero esto no puede continuar. Lo superaré. Deja de preocuparte por mí y atiende a tu novia. ¿Vas a casarte con ella?

—No quiero precipitarme —respondió Abbott con una sonrisa—. Dos divorcios son más que suficientes.

—Tienes razón. Por eso he estado soltero todos estos años. Y todavía eres joven, tienes mucha vida por delante.

—No tanta. No olvides que la primavera pasada cumplí cuarenta y cinco.

—¿Ah sí? Bueno, yo voy a cumplir sesenta y ocho el mes que viene —dijo Jimmy suspirando—. Y no creas que te vas a librar de mí tan pronto. Pienso dar mucha guerra antes de palmarla. ¡No lo olvides! —Le guiñó un ojo y los dos sonrieron.

Steve se terminó el whisky y se puso de pie.

—Eso espero; además, no me cabe la menor duda. Cuando inauguraremos en

Atlantic City, será mejor que la competencia empiece a cerrar sus puertas, ¿no? — Abbott notó que Landi echaba un vistazo al reloj. Bueno, será mejor que baje y empiece a saludar a la clientela.

Poco después de que Abbott se marchara, lo llamó la recepcionista.

—Señor Landi, la señorita Farrell quiere hablar con usted. Me ha dicho que es la agente inmobiliaria que trabajaba para la señora Waring.

—Pásemela.

Al llegar a la oficina, Lacey había respondido con evasivas a las preguntas de Rick Parker sobre el interrogatorio del detective Sloane. «Me enseñó fotos; pero ninguno se parecía a Caldwell». Rechazó una vez más la invitación de Rick a cenar. «Tengo que ponerme al día con el papeleo», dijo con una sonrisa lánguida. Y es verdad, pensó.

Esperó a que todos se marcharan del departamento de inmuebles familiares y llevó la bolsa a la fotocopidora. Hizo dos copias del diario; una para el padre de Heather y otra para ella. Después llamó al restaurante de Landi.

La conversación fue breve; Jimmy Landi la estaría esperando.

Era difícil encontrar un taxi a la hora del aperitivo, pero tuvo suerte: justo quedó libre uno en la puerta de su oficina. Lacey cruzó la acera corriendo y se metió en el coche antes de que alguien se lo quitara. Le dio la dirección del Venecia, en la calle 56 Oeste, se reclinó contra el respaldo y cerró los ojos. En aquel momento aflojó la bolsa que llevaba apretada debajo del brazo, pero no la soltó. ¿Por qué estaba tan intranquila? ¿Y por qué tenía la sensación de que la vigilaban?

En el restaurante, el comedor estaba lleno y la barra repleta. En cuanto dio su nombre, la recepcionista llamó al *maitre*.

—El señor Landi la espera, señorita Farrell —dijo éste.

Ella sólo le había adelantado que Isabelle había encontrado el diario de Heather y quería que él lo leyese. Pero cuando entró en su despacho y se sentó delante de ese hombre corpulento e inquietante, a Lacey le pareció un animal herido. Sintió que debía contarle con franqueza las últimas palabras de Isabelle Waring.

—Le prometí que le entregaría el diario a usted —dijo— y que también lo leería yo. No sé por qué quería que lo leyese yo. Sus palabras exactas fueron: «Muéstrale... dónde». Quería que yo le enseñase algo escrito. Por alguna razón suponía que yo encontraría algo que confirmara sus sospechas de que la muerte de su hija no fue un simple accidente. Estoy tratando de cumplir sus deseos. —Abrió la bolsa y sacó el fajo de hojas.

Landi las miró y apartó la vista.

Lacey estaba segura de que ver la letra de su hija resultaba muy doloroso para el hombre, pero su único comentario fue un irritado:

—Éste no es el original.

—No he traído el original. Mañana por la mañana voy a dárselo a la policía.

—Eso no fue lo que Isabelle le pidió —repuso con súbita ira.

Lacey se puso de pie.

—Señor Landi, no tengo alternativa. Seguramente comprenderá que no me resultará fácil que la policía entienda por qué me llevé pruebas de la escena del crimen. Estoy segura de que a la larga le devolverán el original, pero de momento tendrá que conformarse con una copia.

Como yo, se dijo mientras se volvía.

Landi ni siquiera levantó la mirada en el momento en que ella salió.

Cuando Lacey entró en su apartamento, encendió la luz de la entrada y tardó un instante en percatarse del caos que tenía delante: los cajones volcados, los armarios revueltos, los cojines de los muebles diseminados por el suelo. Hasta habían vaciado la nevera y la habían dejado abierta. Se quedó mirando el destrozo consternada y aterrorizada y cruzó a trompicones entre los objetos desparramados para llamar al portero. Mientras éste telefoneaba a la policía, ella se puso en contacto con el detective Sloane.

Éste llegó poco después que los policías del distrito.

—Sabe lo que estaban buscando, ¿verdad? —dijo Sloane.

—Sí —respondió Lacey— el diario de Heather Landi. Pero no está aquí. Lo tengo en la oficina. Espero que el responsable de esto no haya ido allí.

En el coche patrulla camino de la oficina, Sloane le recriminó su comportamiento.

—Me limité a cumplir la promesa que le había hecho a una moribunda —protestó Lacey—. Me pidió que leyera el diario y que después se lo diera al padre de Heather Landi, y es lo que he hecho. Esta noche le he llevado una copia.

Una vez en la oficina, Lacey abrió el armario y sacó el sobre marrón en el que había metido el original del diario.

El policía lo abrió, sacó unas hojas y las estudió.

—¿Está segura de que esto es todo? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Es todo lo que tenía Isabelle Waring en el momento de su muerte —dijo Lacey, esperando que no la presionara.

Era la verdad, pero no toda: la copia del diario que se había hecho para ella estaba en el cajón de su escritorio.

—Creo que será mejor que vayamos a comisaría, señorita Farrell. Me parece que tenemos que hablar de todo esto un poco más.

—Pero ¿y mi apartamento? —Protestó—. Tengo que ordenarlo...

Qué ridícula, pensó. Es posible que asesinaran a Isabelle por el diario de Heather,

y, si hubiera estado en casa esa noche, también me habrían matado a mí... ¡y se me ocurre pensar en el desorden! Le dolía la cabeza. Eran más de las diez y hacía horas que no comía nada.

—Su apartamento puede esperar —replicó Sloane bruscamente—. Tenemos que repasar todo esto ahora.

Pero cuando llegaron a la comisaría del distrito, mandó al detective Nick Mars a buscarle un bocadillo y un café antes de empezar el interrogatorio.

—Muy bien, volvamos al principio, señorita Farrell —le dijo.

Otra vez las mismas preguntas, pensó Lacey meneando la cabeza. ¿Conocía a Heather Landi? ¿No era extraño que la señora Waring le hubiera dado la exclusiva de la venta del apartamento sólo por haberla visto una vez en un ascensor? ¿Cuántas veces había visto a la señora Waring durante las últimas semanas? ¿Se citaban para almorzar? ¿Cenar? ¿Una visita al final de la jornada?

—Al atardecer lo llamaba «luz sobria» —se oyó decir Lacey, mientras buscaba en su mente algo que ellos no hubieran oído—. Decía que así lo llamaban los peregrinos y que ella se sentía muy sola a esa hora.

—¿Y no tenía amigas para llamar?

—Sólo sé que me llamaba a mí. A lo mejor pensaba que como soy una chica soltera de Manhattan, podría ayudarla a comprender un poco la vida de su hija —explicó Lacey— y su muerte —añadió. Volvió a ver el rostro triste de Isabelle, los pómulos altos y los ojos grandes que insinuaban lo bella que había sido en su juventud—. Creo que hablaba conmigo como se habla con un taxista o un camarero. Uno encuentra un oído comprensivo y sabe que, una vez superado el momento difícil, no tiene que preocuparse de lo que le ha contado a esa persona. ¿Es coherente lo que digo? se preguntó.

La actitud de Sloane era inescrutable; sólo se limitó a decir:

—Hablemos ahora de la vuelta de Curtis Caldwell al apartamento. No encontramos signos de que se haya forzado la puerta. Es evidente que Isabelle Waring no lo dejó entrar; simplemente estaba en la cama, se incorporó y se lo encontró allí. ¿Le dio usted una llave?

—No... —protestó Lacey—. Alto. Isabelle siempre dejaba una llave en un bol de la mesa del recibidor. Me dijo que siempre la dejaba allí, pues si bajaba a recoger el correo no tenía que molestarse en buscar el llavero. Quizá Caldwell la vio y la cogió. Y mi apartamento ¿qué? —se quejó—. ¿Cómo entraron? En el edificio hay portero.

—Y un garaje con mucho movimiento y entrada de servicio. Los llamados edificios vigilados son una broma, señorita Farrell. Usted que está en el negocio inmobiliario lo sabe.

Lacey recordó a Curtis Caldwell, pistola en mano, dispuesto a matarla.

—Una broma de mal gusto. —Se dio cuenta de que estaba reprimiendo las lágrimas—. Por favor, quiero irme a casa...

Por un instante pensó que la iban a retener más tiempo, pero Sloane se levantó.

—De acuerdo, puede marcharse, señorita Farrell, pero debo advertirle que es posible que se presenten cargos formales contra usted por llevarse pruebas de la escena del crimen y ocultarlas.

Tendría que haber llamado a un abogado, pensó Lacey. ¿Cómo he podido ser tan tonta?

Ramón García, el portero del edificio, y su esposa Sonia estaban arreglando el apartamento cuando llegó Lacey.

—No queríamos que volviera y se encontrara con la casa patas arriba —le dijo Sonia mientras pasaba un paño por la cómoda de su dormitorio—. Hemos guardado las cosas en los cajones. Seguro que no en su sitio, pero al menos no está todo por el suelo.

—Gracias —dijo Lacey.

Al marcharse, el apartamento estaba lleno de policías y temía lo que iba a encontrarse al regresar.

Ramón acababa de cambiar la cerradura.

—La desmontó un experto —explicó— con herramientas apropiadas ¿Cómo es posible que no se haya llevado sus joyas?

Había sido lo primero que la policía le había pedido que comprobara. Las pulseras de oro, los pendientes de brillantes y el collar de perlas de su abuela estaban allí, como siempre.

—Creo que no era eso lo que buscaba —respondió Lacey. Su voz le sonó débil y cansada.

Sonia la miró fijamente.

—Vendré mañana por la mañana, no se preocupe. Cuando vuelva del trabajo, todo estará limpio y ordenado.

Lacey los acompañó a la puerta.

—¿Todavía funciona el cerrojo? —le preguntó a Ramón.

—Nadie podrá entrar si está puesto —le respondió después de probarlo— al menos sin un ariete. No se preocupe, está segura.

Lacey cerró la puerta cuando se marcharon. Después echó un vistazo al apartamento y tuvo un escalofrío. ¿En qué me he metido? pensó.

Los únicos cosméticos que Lacey usaba eran un poco de maquillaje y brillo suave en los labios, pero cuando se vio las ojeras a la luz de la mañana y notó la palidez de su cara, se puso colorete, sombra de ojos y revolvió el cajón en busca de un pintalabios. No obstante, todo eso no iluminó demasiado su aspecto. Tampoco su chaqueta favorita, marrón y dorada, disipó la sensación de oscuridad. Un último vistazo en el espejo le indicó que aún parecía cansada y sin fuerzas.

Se detuvo un momento en la puerta de la oficina para respirar hondo y enderezó los hombros. De pronto tuvo un recuerdo incongruente: a los doce años, cuando repentinamente era más alta que los chicos de su clase, había empezado a caminar encorvada.

Papá me dijo que ser alto era una maravilla y los dos nos pusimos a caminar con libros en la cabeza, recordó. Me explicó que si uno caminaba recto daba sensación de seguridad.

Y necesito esa seguridad, se dijo cuando al cabo de unos minutos la llamaron del despacho de Richard Parker padre.

Rick estaba en la oficina de su padre. El enfado de éste era evidente. Lacey echó una mirada a Rick. Ahí no había nada de comprensión, pensó. Hoy realmente son Parker & Parker.

Parker padre no se anduvo con rodeos.

—Lacey, según el servicio de seguridad anoche vino con un detective ¿Qué pasó?

Le explicó lo mejor que pudo que había decidido entregar el diario de Heather a la policía, pero que primero tenía que hacer una copia para el padre de ésta.

—¿Ha escondido una prueba en esta oficina? —preguntó Parker levantando una ceja.

—Me proponía dársela hoy al detective Sloane —respondió ella. Y les explicó lo que había pasado en su apartamento—. Sólo trataba de hacer lo que Isabelle Waring me había pedido, pero ahora parece que he cometido un delito.

—No hace falta ser un experto en derecho para darse cuenta de eso —intervino Rick—. Lacey, fue una auténtica tontería.

—No me di cuenta —dijo—. En fin, lo lamento, pero...

—Yo también —replicó el señor Parker—. ¿Tiene alguna cita hoy?

—Dos, esta tarde.

—Liz o Andrew pueden atenderlas. Rick, ocúpate de arreglarlo. Lacey, en el futuro inmediato se dedicará sólo a hacer llamadas telefónicas.

La sensación de letargo de Lacey desapareció inmediatamente.

—Eso no es justo —protestó.

—Tampoco es justo que involucre a esta empresa en una investigación por asesinato, señorita Farrell.

—Lo siento, Lacey —dijo Rick.

Pero en esto eres el hijo de papá, pensó ella, y decidió no insistir.

En cuanto llegó a su escritorio, una de las nuevas secretarias, Grace MacMahon, se acercó a ella.

—Toma —le ofreció una taza de café.

Lacey levantó la mirada para agradecerse y vio que Grace trataba de decirle algo en voz baja.

—Esta mañana llegué temprano y había un detective hablando con el señor Parker. No sé lo que le dijo, pero hablaban de ti.

A Sloane le gustaba decir que el trabajo de un buen detective empezaba con una corazonada. Después de veinticinco años en el cuerpo, tenía sobradas pruebas de ello, porque muchos de sus pálpitos habían resultado correctos. Por eso le expuso su teoría a Nick Mars mientras estudiaban las hojas del diario de Heather Landi.

—Te digo que Lacey Farrell todavía no nos ha dicho toda la verdad —comentó enfadado—. Está más metida en esto de lo que suelta. Sabemos que sacó el diario del apartamento, y que hizo una copia para dársela a Jimmy Landi. —Señaló las páginas manchadas de sangre—. Y te digo algo más, Nick: si no la hubiéramos asustado ayer diciéndole que habíamos encontrado sangre de Isabelle Waring en el suelo del armario, justo donde había dejado el maletín, seguro que ni siquiera lo habríamos visto.

—¿Y has pensado en que estas hojas no están numeradas? —preguntó Mars—. ¿Cómo sabemos que no destruyó las que no quería que viésemos? Estoy de acuerdo contigo. Las huellas de Farrell no sólo están en estas hojas, sino en el caso entero.

Una hora más tarde, Sloane recibió una llamada de Matt Reilly, un especialista de la Unidad de Huellas Dactilares, situada en la oficina 506. Matt había introducido una huella tomada en la parte exterior de la puerta de entrada del apartamento de Lacey en el SIAHDE, el Sistema Automatizado de Huellas Dactilares del Estado, y le informó que coincidía con la de Sandy Savarano, un mafioso de poca monta, sospechoso de una docena de asesinatos relacionados con drogas.

—¡Sandy Savarano! —exclamó Sloane—. Es imposible, Matt. El barco de Savarano estalló hace dos años con él a bordo. Lo enterramos en el cementerio de Woodlawn.

—Enterrasteis a alguien —replicó Reilly—. Los muertos no fuerzan ningún apartamento.

Durante el resto del día, Lacey observó impotente cómo sus clientes eran

asignados a otros agentes. Le indignaba tener que sacar las carpetas de notas, hacer las llamadas de seguimiento y después tener que pasarle la información a otros. Así había empezado cuando era una novata, ocho años atrás.

También le incomodaba sentirse observada. Rick entraba y salía de la sección de ventas donde estaba su cubículo, y ella se daba cuenta de que no le quitaba ojo de encima.

Varias veces, en el momento en que sacaba un expediente nuevo, lo sorprendió mirándola. Parecía como si la vigilara constantemente. Tenía el presentimiento de que al final del día le dirían que no fuera a la oficina hasta que concluyera la investigación, así que si quería hacer la copia del diario de Heather tendría que hacerlo sin que Rick lo advirtiera.

La ocasión se presentó a las cinco menos diez, en el momento en que llamaron a Rick del despacho de su padre.

Casi no había terminado de guardar el sobre marrón en el maletín, cuando Richard Parker padre la llamó a su oficina y le comunicó que estaba suspendida.

9

—Espero que no tengas mucha hambre, Alex —dijo Jay Taylor mientras volvía a consultar su reloj—. Lacey no suele llegar tan tarde.

Era obvio que estaba irritado.

Mona Farrell saltó en defensa de su hija.

—El tráfico a estas horas siempre es terrible, es posible que incluso haya tenido que salir un poco más tarde.

Kit le lanzó una mirada de advertencia a su marido.

—Creo que con lo que le ha pasado, nadie debería molestarse porque llegue un poco tarde. Dios mío, se salvó por los pelos de que la mataran hace dos días; después, anoche, le revolvieron todo el apartamento. Creo que no necesita que la agobien más, Jay.

—Ya —dijo Alex Carbine—. Ha pasado unos días terribles.

Mona Farrell miró a Carbine con una sonrisa agradecida. Nunca estaba del todo a gusto con su yerno, a menudo tan pretencioso. Se irritaba con facilidad y tenía muy poca paciencia, pero Mona había notado que a Alex lo trataba con deferencia.

Esa noche, mientras ellos tomaban el aperitivo en la sala, los niños miraban la televisión en el cuarto. Bonnie, sin embargo, estaba con los adultos; había rogado que la dejaran un rato más levantada para ver a Lacey. Esperaba a su tía de pie ante la ventana.

Son las ocho y cuarto, pensó Mona. Lacey tenía que llegar a las siete y media. Es muy raro en ella. ¿Qué la habrá demorado?

El peso de todo lo ocurrido cayó sobre Lacey cuando llegó a su casa a las cinco y media y se dio cuenta de que, a efectos prácticos, estaba sin trabajo. Parker padre le había prometido que continuaría pagándole el salario base... «Al menos durante el futuro inmediato», le había dicho.

Va a despedirme, pensó Lacey. Pondrá como excusa que metí en problemas a la empresa al copiar y ocultar una prueba allí. Pero hace ocho años que trabajo para él y soy una de las mejores vendedoras ¿Por qué quiere deshacerse de mí? Su propio hijo me dio el nombre de Curtis Caldwell y me dijo que fijara una cita. Y estoy segura de que no piensa pagarme la indemnización que me corresponde por tantos años de trabajo. Dirá que es un despido procedente. Y quién sabe si no se saldrá con la suya. Por lo que parece, empiezo a tener problemas en varios frentes, se dijo meneando la cabeza. Tengo que hablar con un abogado, pero ¿con cuál?

De pronto le vino un nombre a la cabeza: Jack Regan.

Él y su esposa Margaret, una pareja de más de cincuenta años, vivían en el piso

15 de su edificio. Había hablado con ellos en una fiesta durante la última Navidad y recordó que la gente le preguntaba por un caso penal que acababa de ganar.

Decidió llamarlo sin más demora, pero el teléfono no figuraba en la guía.

Lo peor que me puede pasar es que me den con la puerta en las narices, decidió mientras tomaba el ascensor hasta el piso 15. Al pulsar el timbre, se dio cuenta de que miraba nerviosa de un lado a otro del corredor.

La sorpresa del matrimonio al verla dio paso a una cálida bienvenida. Estaban tomando un jerez e insistieron en invitarla. Ya sabían lo del robo en su casa.

—Es parte del motivo por el que he venido —empezó.

Al cabo de una hora se marchaba, después de contratar a Regan para que la representara en el hipotético caso de que tuviera que enfrentarse a una acusación por llevarse las hojas del diario.

—El menor de los cargos sería obstrucción de la justicia —le había dicho Regan—. Pero si creen que tenías otros motivos para llevarte el diario, podría ser muy grave.

—El único motivo era cumplir la promesa que le había hecho a una moribunda —explicó Lacey.

Regan sonrió, pero sus ojos siguieron serios.

—No es a mí a quien tienes que convencer, Lacey. Pero no fue lo más inteligente que podías hacer.

Lacey guardaba el coche en el garaje del sótano de su edificio, un lujo que, si las cosas iban como se temía, probablemente no podría seguir permitiéndose.

La hora punta había pasado, pero el tráfico aún seguía colapsado. «Llegaré una hora tarde», pensó mientras cruzaba a paso de tortuga el puente George Washington, que estaba colapsado porque tenía un carril bloqueado. Jay estará de un humor maravilloso, sonrió con ironía, preocupada de verdad por hacer esperar a su familia.

Mientras avanzaba por la carretera 4, caviló sobre lo que debía contar a los suyos. Creo que todo, decidió al fin. Si mamá o Kit me llaman a la oficina y no estoy, igualmente se enterarán.

Jack Regan es un buen abogado, se tranquilizó mientras enfilaba la carretera 17. Arreglará todo esto.

Echó un vistazo al retrovisor. ¿Ese coche la seguía? se preguntó mientras cogía la avenida Sheridan. Basta, se reprendió. Te estás poniendo paranoica.

Kit y Jay vivían en una calle tranquila de un barrio residencial bastante caro. Lacey aparcó delante de la casa, bajó del coche y echó a andar por el camino.

—¡Aquí está! anunció Bonnie ¡Ha llegado Lacey! —Y salió corriendo hacia la puerta.

—Ya era hora —gruñó Jay.

—Gracias a Dios —murmuró Mona Farrell, quien sabía que, a pesar de la presencia de Alex Carbine, Jay estaba a punto de explotar de rabia.

Bonnie abrió la puerta. De pronto, cuando la niña levantaba los brazos para abrazar a Lacey, se oyeron unos disparos y las balas les pasaron rozando. Lacey, que se lanzó hacia delante para cubrir a Bonnie, sintió una punzada de dolor que le atravesaba la cabeza. Aunque aparentemente los gritos procedían de la casa, en aquel momento su cabeza también era sólo un grito.

En el silencio súbito que siguió a los disparos, Lacey sopesó rápidamente la situación. El dolor que sentía era real, pero los borbotones de sangre de su cuello provenían del pequeño cuerpo de su sobrina.

En la sala de espera de la unidad de pediatría de la clínica Hackensack, un médico tranquilizó a Lacey con una sonrisa.

—La niña se ha salvado por poco, pero se recuperará. Insiste en que quiere verla, señorita Farrell.

Lacey estaba con Alex Carbine. Mona, Kit y Jay habían seguido la pequeña camilla hasta la habitación cuando sacaron a la niña del quirófano. Lacey no había querido ir con ellos.

Es culpa mía, se repetía con desconsuelo. No podía pensar en otra cosa. Apenas notaba el dolor de cabeza causado por la bala que le había rozado el cráneo. De hecho, su cuerpo y su mente parecían dormidos, flotando en una especie de limbo, sin acabar de comprender el horror de todo lo que sucedía.

El médico, que entendía su preocupación y se daba cuenta de que se culpaba a sí misma, le dijo:

—Señorita Farrell, créame, el brazo y el hombro tardarán un poco en curarse, pero con el tiempo quedará como nueva. Los niños se curan rápido. Y también olvidan rápido.

Bonnie salió corriendo a abrirme la puerta, pensó Lacey con amargura y la mirada perdida. Lo único que quería era salir a recibirme, y casi le cuesta la vida ¿Es posible que algo vuelva a quedar «como nuevo»?

—Lacey, ve a ver a Bonnie —le dijo Alex Carbine.

Lacey lo miró y recordó con gratitud cómo Alex había llamado a la policía mientras su madre trataba de detener la hemorragia del hombro de Bonnie.

En la habitación de su sobrina, Kit y Jay estaban sentados a ambos lados de la pequeña cama. Su madre permanecía a los pies, con una calma glacial y sus ojos de enfermera expectantes.

Bonnie tenía el hombro y la parte superior del brazo fuertemente vendados.

—No soy un bebé —protestaba la chiquilla con voz adormilada—. No quiero estar en esta cuna. —En ese momento vio a su tía y la cara se le iluminó—. ¡Lacey!

—Vaya vendaje más chulo, amiguita —dijo Lacey tratando de sonreír—. ¿Dónde firmo?

Bonnie le devolvió la sonrisa.

—¿A ti también te hicieron daño?

Lacey se acercó a la pequeña cama. Bonnie tenía el brazo apoyado sobre una almohada.

Isabelle Waring, mientras agonizaba, metió la mano de bajo de la almohada y sacó unas páginas ensangrentadas, pensó. Ahora, Bonnie está aquí porque yo estuve allí hace dos días. Y podríamos haber estado preparando su funeral.

—Se pondrá bien, de veras —le dijo Kit en voz baja.

—¿No te diste cuenta de que te seguían? —preguntó Jay.

—Por el amor de Dios, Jay, ¿estás loco? —le soltó Kit—. Claro que no.

Bonnie está herida y ahora se pelean como fieras por mi culpa, pensó Lacey. No puedo permitirlo.

Los párpados de Bonnie empezaban a cerrarse. Lacey se agachó y la besó en la mejilla.

—Vuelve mañana, por favor —rogó Bonnie.

—Tengo algunas cosas que hacer, pero volveré muy pronto —prometió Lacey.

Demoró los labios durante un instante en las mejillas de la niña. Jamás volveré a exponerte a ningún peligro, se juró.

Al volver a la sala de espera, Lacey se encontró con unos detectives de la oficina del fiscal de Bergen County que la esperaban.

—Nos han llamado de Nueva York —le dijeron.

—¿El detective Sloane? —Preguntó Lacey.

—No, de la oficina de la Fiscalía del Estado, señorita Farrell. Nos han pedido que nos ocupemos de que vuelva a casa sana y salva.

Gary Baldwin, el fiscal del distrito sur del estado, por lo general tenía una expresión apacible que resultaba incongruente cuando intervenía en un juicio. Las gafas sin montura le daban aspecto académico a su enjuta cara. Era un hombre delgado de estatura media que hablaba despacio; sin embargo, cuando le tocaba interrogar, podía aniquilar a un testigo sin siquiera levantar la voz. Tenía cuarenta y tres años y ambiciones políticas, y quería coronar su carrera en la fiscalía con un caso importante, de primera plana de periódicos.

Y ese caso acababa de aterrizar en su escritorio. Sin duda reunía todos los elementos necesarios: una mujer joven presencia por casualidad un asesinato en un apartamento del exclusivo Upper East Side de Manhattan; la víctima es la ex esposa de un famoso hostelero; y lo más importante, la mujer ha visto al asesino y puede identificarlo.

Baldwin sabía que si Sandy Savarano había salido de su escondite para hacer ese trabajo, tenía que estar relacionado con las drogas. Savarano, a quien tenía por muerto desde hacía dos años, había hecho carrera como el matón que eliminaba a cualquiera que se interpusiera en el camino del cártel de traficantes para el que trabajaba. Era casi tan despiadado como ellos.

Pero Lacey Farrell no lo había reconocido en las fotos de archivo que le había enseñado la policía. O bien porque le fallaba la memoria o porque Savarano se había hecho suficiente cirugía plástica para ocultar su identidad. Lo más probable es que sea esto último, pensó Baldwin. Lo que significa que Lacey Farrell es casi la única persona que puede identificarlo.

El sueño de Gary Baldwin era detener y acusar a Savarano, o mejor aún, llegar a un acuerdo con él para que les diera pruebas contra sus jefes.

Pero la llamada que acababa de recibir del detective Eddie Sloane lo había enfurecido. Habían robado el diario, aparentemente la pieza clave del caso, de la comisaría.

—Estaba guardado en mi despacho, por supuesto bajo llave, para que Nick Mars y yo lo estudiáramos para ver si encontrábamos algo útil —explicó Sloane—. Y anoche, en algún momento, desapareció. Estamos poniendo la comisaría patas arriba para descubrir quién se lo llevó. Jimmy Landi —añadió— tiene la copia que le dio Farrell. Ahora voy a pedírsela.

—Asegúrese de conseguirla antes de que también desaparezca —dijo Baldwin y colgó bruscamente.

Lacey Farrell estaba a punto de llegar a su oficina, y tenía muchas preguntas que hacerle.

Lacey sabía que había sido una ingenuidad pensar que por el simple hecho de entregar el diario a la policía acabaría su implicación en el caso. La madrugada anterior había llegado a Nueva Jersey antes del amanecer, pero a pesar de todo no había podido dormir. Iba de la recriminación por haber puesto en peligro mortal la vida de Bonnie a la perplejidad por la forma en que su vida parecía desmoronarse. Se sentía como una paria porque el poder identificar a Curtis Caldwell no sólo la ponía en peligro a ella, sino a todos sus allegados.

No puedo ir a visitar a mamá ni a Kit y los niños, pensó con amargura. Y tampoco puedo dejar que me visiten. Tengo miedo de salir a la calle. ¿Cuánto va a durar todo esto? ¿Y cómo terminará?

Jack Regan se había encontrado con ella en la sala de espera de la fiscalía. Le dirigió una sonrisa tranquilizadora cuando la secretaria anunció:

—Ya pueden pasar.

Baldwin tenía la costumbre de hacer esperar a la gente una vez que pasaban a su despacho. En apariencia tomaba notas en una carpeta, pero estudió de soslayo a Lacey Farrell y su abogado mientras tomaban asiento. Farrell parecía una mujer estresada. Y no era de extrañar, dado que la noche anterior, en un tiroteo, una bala le había rozado la cabeza y otra había herido a una niña de cuatro años. Era un milagro que no hubiera habido muertos, se dijo mientras se dignó cerrar la carpeta.

No se anduvo con rodeos.

—Señorita Farrell, lamento mucho los problemas que ha tenido, pero ha perjudicado seriamente una investigación criminal llevándose pruebas de la escena del crimen. Hasta es posible que haya destruido parte de esas pruebas. Lo que nos ha entregado, ahora también ha desaparecido, lo cual es indicio claro de la importancia de esas pruebas.

—No destruí... —empezó Lacey una acalorada protesta, pero Jack Regan intervino:

—No tiene derecho a acusar a mi cliente.

Baldwin los interrumpió con la mano e, ignorando a Regan, continuó con voz glacial.

—Señorita Farrell, sólo tenemos su palabra, pero puedo darle la mía en cuanto a lo siguiente: el hombre que usted conoce como Curtis Caldwell es un asesino despiadado. Necesitamos su testimonio para condenarlo, y queremos asegurarnos de que no suceda nada que lo impida. —Se detuvo y la miró a los ojos—. Señorita Farrell, tengo competencia para retenerla como testigo material. Le aseguro que no será agradable. Significa tenerla en un lugar especial vigilada las veinticuatro horas del día.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Lacey.

—No lo sabemos. El tiempo que nos lleve atraparlo y, con su ayuda, condenarlo por asesinato. Lo que sí sé es que, hasta que detengamos al asesino de Isabelle Waring, su vida no vale nada. Hasta ahora nunca habíamos tenido pruebas contra este hombre que nos permitieran acusarlo y ganar el caso.

—¿Y estaré a salvo una vez declare contra él? —preguntó Lacey, que de pronto, sentada delante del fiscal del estado, se sentía como si viajara a bordo de un coche que se precipitara sin control por una abrupta pendiente.

—No, no estará a salvo —terció Jack Regan con firmeza.

—Al contrario —les dijo Baldwin—. Savarano sufre de claustrofobia. Hará cualquier cosa con tal de evitar ir a la cárcel. Ahora que podemos implicarlo en un asesinato, cuando esté en nuestras manos quizá lo convencemos de que nos proporcione pruebas, en cuyo caso ni iría a juicio. Pero hasta que suceda todo eso, tenemos que protegerla. —Hizo una pausa—. ¿Ha oído hablar del programa de protección a testigos?

En su oficina, volvió a estudiar en silencio el diario de Heather. Lo había conseguido, sí, pero él mismo había tenido que ocuparse del problema. La policía estaba comprobando todos los nombres que tenía. Buena suerte. No harían más que perder el tiempo.

Finalmente puso las páginas boca abajo. Hacía tiempo que la sangre se había secado, pero aun así sentía las manos pegajosas. Se las limpió con un pañuelo que humedeció en la siempre presente jarra de agua. Después se quedó inmóvil, abriendo y cerrando las manos, signo inequívoco de agitación.

Hacía tres meses que nadie veía a Lacey Farrell. O bien la retenían como testigo material, o tal vez la habían hecho desaparecer con el programa de protección a testigos. Todo indicaba que había hecho una copia del diario para Jimmy Landi, pero... ¿qué le hubiera impedido hacerse una para ella?

Nada. Seguro que Lacey se había imaginado que si el diario era tan importante como para matar, debía contener algo de valor. Isabelle le había llenado la cabeza a la Farrell. ¡Dios sabía lo que le habría dicho!

Sandy Savarano estaba otra vez escondido. En un primer momento le había parecido el hombre perfecto para recuperar el diario y ocuparse de Isabelle Waring, pero había sido muy descuidado. Estúpidamente descuidado. Farrell lo había visto en el momento del asesinato, y ahora podía identificarlo. Si los federales lo pillaban, sin duda ella lo identificaría. Después había dejado una huella en el apartamento de Farrell que lo relacionaba con el robo. Sandy, con tal de no ir a la cárcel, cantarían todo en un minuto, pensó.

Había que localizar a Lacey Farrell y ordenar a Savarano que la eliminara. Entonces, quizá, de una vez por todas estaría a salvo...

Debajo del timbre del pequeño edificio de apartamentos de la avenida Hennepin de Mineápolis se leía «Alice Carroll». Para los vecinos, era una joven atractiva de cerca de treinta años, sin trabajo y muy reservada.

Lacey sabía que así la describían. Y tienen razón con lo de reservada, pensó. Al cabo de tres meses, la sensación de sonambulismo empezaba a ser sustituida por una de profundo aislamiento.

No tenía alternativa, se decía por las noches, mientras recordaba el momento en que le habían dicho que se llevara la ropa pero que dejara las fotos familiares y cualquier objeto con su nombre o iniciales.

Kit y su madre habían ido a ayudarla a preparar el equipaje y a despedirse de ella. A todas nos parecía algo provisional, recordó, una especie de vacación forzosa.

En el último momento, su madre había intentado ir con ella.

—No puedes marcharte sola, Lacey —había protestado—. Kit y Jay se tienen el uno al otro, y tienen a sus hijos.

—Estarías perdida sin los niños —le recordó Lacey—; ni se te ocurra pensar en ello, mamá.

—Lacey, Jay se hará cargo de los gastos de tu apartamento —le había prometido Kit.

Su respuesta. «De momento puedo pagarlos yo», había sido un alarde sin fundamento. Cuando se trasladó y asumió la nueva identidad, se dio cuenta de que no podía relacionarse con nadie ni nada de su vida de Nueva York. Hasta podían rastrear un simple cheque para pagar gastos, firmado con un nombre supuesto.

Todo se había realizado rápida y eficientemente. Dos policías uniformados la sacaron en un coche patrulla, como si la llevaran a declarar a la comisaría. Bajaron sus pertenencias al aparcamiento del sótano, donde la aguardaba una furgoneta sin distintivos. Después la trasladaron en una furgoneta blindada a lo que ellos llamaban un «lugar seguro», un centro de preparación en la zona de Washington.

Alicia en el País de las Maravillas, solía pensar Lacey a medida que pasaba el tiempo en ese lugar y veía cómo desaparecía su identidad. Trabajó durante varias semanas con un instructor para crearse un nuevo origen. Todo lo que había sido desaparecía. Aún existía en su memoria, naturalmente, pero al cabo de un tiempo hasta empezó a cuestionárselo. Ahora sólo tenía llamadas telefónicas semanales por conexiones seguras, cartas a través de canales seguros... y ningún otro contacto. Nada. Sólo una abrumadora soledad.

Su única realidad era su nueva identidad.

—Mírate. Lacey —le había dicho su instructor frente al espejo—. ¿Ves esa chica? Todo lo que crees saber de ella ya no existe. Olvídate de ella. Durante un tiempo te costará, será como si jugaras a fingir. Una vieja canción de Jerry Vale lo dice todo. No sé cantar, pero la letra dice así: «Haz como si no la vieras... es demasiado tarde

para huir... mira hacia otra parte... haz como si no la vieras».

En aquel momento Lacey había elegido su nuevo nombre, Alice Carroll, por la protagonista de *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll.

Encajaba perfectamente con su situación.

El ruido ensordecedor de las obras del apartamento contiguo al de Heather Landi ensordeció a Rick Parker en cuanto salió del ascensor en el edificio de la Quinta Avenida y la calle 70. ¿Quién demonios era el contratista? se preguntó irritado. ¿Un experto en demoliciones?

El cielo estaba cubierto de nubes cargadas de nieve. Se anunciaba tormenta para esa tarde. Pero incluso con esa luz oscura y gris que entraba por las ventanas se veía lo descuidado que estaba el recibidor y la sala del apartamento de Heather Landi.

Rick olisqueó el aire: un ambiente cerrado, seco y polvoriento. Encendió la luz y vio que una gruesa capa de polvo cubría las mesas, las estanterías y los armarios.

Maldijo en silencio al encargado. Parte de su trabajo era ocuparse de que, cuando se hacían obras, el contratista sellara el piso que iba a renovar.

Se acercó al Interfono y le gritó al portero:

—Dígale al inútil del encargado que suba inmediatamente.

Tim Powers, robusto y afable por naturaleza, hacía quince años que era el encargado del edificio de la calle 70 Este, número 3. Sabía muy bien que en el mundo del propietario-inquilino, el encargado siempre estaba en medio, pero, como solía decirle filosóficamente a su mujer después de un día malo, si uno no sabe aguantar el calor es mejor que se largue de la cocina. Había aprendido a escuchar a los vecinos furiosos cuando se quejaban de que el ascensor era muy lento, goteaba un grifo, el lavabo perdía o la calefacción era irregular.

Pero mientras escuchaba la perorata de Rick Parker desde la puerta, Tim decidió que en todos esos años de aguantar quejas, nunca le habían soltado una sarta de improperios tan furiosos como en ese momento.

Sabía muy bien cómo decirle cuatro cosas a Rick. Pero, aunque fuera un gilipollas y un niño de papá, no por eso dejaba de ser un Parker, y los Parker eran los dueños de una de las empresas de administración de propiedades más grandes de Manhattan.

Cada vez gritaba más y su ira era más aguda. Al fin, cuando se calló un momento para respirar, Tim aprovechó la oportunidad.

—Busquemos a la persona que tiene que escuchar esto —dijo.

Salió al pasillo y llamó a la puerta del apartamento de al lado. Charley Quinn, un hombre de barba entrecana, tejanos y camiseta, salió al pasillo con unos planos enrollados en la mano.

—Estoy ocupado, Tim —dijo.

—Sólo será un minuto —replicó Powers—. Ya hablamos de que tenías que tener todo bien cerrado antes de empezar a tirar abajo las paredes. Señor Parker, quizás

usted quiera explicarle algo.

—Ahora que la policía por fin ha dejado el apartamento —bramó Rick— el dueño nos ha pedido que lo vendamos. ¡Pero dígame cómo vamos a enseñarlo con toda esta mugre que usted ha provocado! Es imposible.

Parker apartó a Tim bruscamente y llamó al ascensor.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, el portero y el contratista se miraron.

—Seguro que éste se ha tomado algo —comentó Powers—. Menudo imbécil.

—Puede que sea un imbécil —repuso Quinn en voz baja— pero a mí me parece un tío capaz de perder los estribos. Dile que llamaremos a un servicio de limpieza, Tim. Lo pagaremos nosotros.

Rick Parker prefirió no ir directamente a la oficina. No quería encontrarse con su padre. No debí explotar de esa manera, se dijo. Aún temblaba de ira.

Enero era un mes asqueroso en Nueva York, pensó. Mientras caminaba deprisa por un sendero de footing de Central Park, un corredor tropezó con él.

—¡Cuidado! —le gritó Rick.

—Tranquilo, tío —le respondió el corredor sin detenerse.

Tranquilo, ya, pensó Rick. Justo ahora que el viejo al fin deja que me ocupe otra vez de algunas ventas, tenía que aparecer esta mañana ese maldito detective.

Sloane había pasado a hacerle las mismas preguntas, a darle vueltas otra vez a lo mismo.

—Cuando lo llamó ese hombre que se identificó como Curtis Caldwell, ¿no se le ocurrió comprobar la llamada en el bufete para el que decía trabajar? —le había preguntado por milésima vez.

Rick se metió las manos en los bolsillos y recordó lo poco convincente que había sonado su respuesta.

—Tenemos muchos tratos con Keller, Roland y Smythe. Nuestra empresa se ocupa de sus edificios. No había razón para desconfiar.

—¿Tiene idea de cómo sabía ese individuo que no se iba a verificar su llamada? Tengo entendido que Parker & Parker suelen comprobar todas las solicitudes, para cerciorarse de que la gente a la que enseña apartamentos de alto standing se lo puede permitir.

Rick recordó el pánico que había sentido cuando su padre, sin llamar, se sumó a la reunión.

—Se lo he dicho antes y se lo repito ahora: no sé cómo se enteró ese individuo de que trabajamos con ese bufete de abogados —había respondido Rick.

Ahora pateó una bola de nieve sucia que había en el sendero. ¿Sospechaba la policía que él hubiera concertado esa cita? ¿Empezaban a sospechar que esa llamada no había existido nunca?

Tendría que haber preparado una historia mejor, pensó, y dio una patada a la tierra helada. Pero ahora era demasiado tarde. Debía seguir adelante e intentar que se la creyeran.

La palabra clave de este programa es «seguridad», pensó Lacey mientras empezaba una carta a su madre ¿Sobre qué vas a escribirle? se preguntó. Sobre el tiempo no. Si menciono que la temperatura es de veinte grados bajo cero y que ha caído una nevada de sesenta y cinco centímetros, será como decir que estoy en Minnesota. Es el tipo de información que te advierten que no des.

Tampoco puedo escribir sobre el trabajo, porque aún no tengo. Puedo contarle que, como me acaba de llegar el falso certificado de nacimiento y la falsa cartilla de la Seguridad Social, puedo buscar trabajo. Supongo que también puedo contarles que al menos tengo carnet de conducir y que mi asesor, un subcomisario de policía, me llevó a comprar un coche usado.

Lo ha pagado el programa. ¿No es fabuloso? Por supuesto que no puedo decirles a mamá y Kit que el nombre del subcomisario es George Svenson, y tampoco que me he comprado un Bronco granate de tres años.

Escribió: «Mi asesor es un buen hombre. Tiene tres hijas adolescentes». No, borra eso, es demasiado específico. «Mi asesor es un buen hombre, muy paciente. Me acompañó a comprar muebles para el estudio». Demasiado específico, pon «apartamento». «Pero ya me conoces. Como no quería todos esos muebles que hacen juego, él se burló de mí y fuimos a algunas casas particulares que vendían muebles de segunda mano y encontré cosas muy bonitas que por lo menos tienen personalidad. Pero la verdad es que echo de menos mis cosas. Dile a Jay que estoy muy agradecida de que pague los gastos del piso». Bueno, esto es bastante seguro, pensó, y la verdad es que estoy agradecida. Pero pienso devolverle hasta el último céntimo, se prometió.

Le permitían llamar a los suyos una vez por semana, desde una conexión telefónica segura. La última vez que había hablado, oyó a Jay de lejos que le daba prisa a Kit. Bueno, era un fastidio tener que sentarse y esperar una llamada a una hora específica. Y nadie podía llamarla a ella.

«Tengo la impresión de que los niños se lo han pasado muy bien durante las vacaciones, y me alegra mucho que el brazo de Bonnie esté mejor. Parece que la escapada para esquiar de los chicos ha sido una maravilla. Diles que estoy lo bastante chiflada como para querer probar con ellos esa tabla de esquí cuando vuelva.

»Cuídate, mamá. Parece que Alex y tú os divertís mucho. Así pues ¿qué más da que de vez en cuando no pares de hablar? Creo que es un hombre muy agradable, y nunca olvidaré lo servicial que fue esa horrible noche mientras Bonnie estaba en el quirófano.

»Un beso muy grande para todos. Reza para que encuentren y detengan al asesino de Isabelle Waring, para que llegue a un acuerdo con el fiscal y yo salga de este encierro».

Lacey firmó con su nombre, dobló la carta y la puso en un sobre. El subcomisario Svenson la enviaría por un canal de correo seguro. Escribir a su madre y a Kit y

hablar por teléfono con ellas la sacaba de su aislamiento, pero cuando terminaba la carta o colgaba el teléfono, caía en una depresión terrible.

Venga, se riñó, deja ya de autocompadecerte. No te hará ningún bien. Y, gracias a Dios, las vacaciones ya han terminado.

—Eso sí que fue un problema —dijo en voz alta, y pensó que empezaba a acostumbrarse a hablar sola.

En Navidad, para hacer algo, había ido a misa a la iglesia de Saint Olaf, que tenía ese nombre en honor al rey guerrero de los noruegos, y después a comer al hotel Northstar.

Durante la misa, cuando el coro cantó *Adeste fidelis*, las lágrimas brotaron de sus ojos mientras recordaba la última Navidad pasada con su padre. Habían ido juntos a la misa del gallo de Saint Malachy, en el barrio de los teatros de Manhattan. Su madre siempre decía que Jack Farrell habría tenido más éxito como cantante que como músico. Tenía una voz realmente bonita. Lacey recordó que esa noche había dejado de cantar para escuchar el tono vibrante y el sentimiento que ponía en ese villancico. Al terminar la canción, su padre le había susurrado al oído: «Ay, Lacey, el latín tiene algo espléndido, ¿no crees?».

Durante la comida, mientras pensaba en su madre, en Kit, Jay y los niños, volvieron a aflorarle las lágrimas. Su madre y ella siempre pasaban la Navidad en casa de Kit. Llegaban cargadas de regalos para los niños, que Papá Noel había dejado por casualidad en sus casas.

Andy, a los diez años, como Todd a esa edad, todavía creía en Papá Noel. Bonnie, en cambio, a los cuatro años ya era una espabilada. Lacey les había mandado regalos a todos a través de canales seguros, pero, comparado con estar allí con ellos, no era nada.

Mientras aparentaba disfrutar de la comida del Northstar, se sorprendió pensando en la mesa festiva de Kit con la araña Waterford encendida y las luces reflejadas en la cristalería veneciana. ¡Déjalo ya! se dijo mientras depositaba el sobre en el cajón donde se quedaría hasta que el subcomisario Svenson lo recogiera.

A falta de otra cosa que hacer, abrió el cajón de abajo del escritorio y sacó la copia que había hecho del diario de Heather Landi ¿Qué podía querer Isabelle que yo leyese? se preguntó por centésima vez. Lo había leído tantas veces que creía poder recitarlo palabra por palabra.

Había trozos en los que Heather escribía con regularidad, una vez por día o varias veces el mismo día, mientras que otras veces pasaba una semana, un mes o incluso un mes y medio sin escribir nada. En total, el diario abarcaba los cuatro años que había pasado en Nueva York. Había escrito minuciosamente sobre la búsqueda de apartamento y sobre la insistencia de su padre en que viviera en un edificio vigilado en el East Side. Heather, evidentemente, prefería el West Side de Manhattan. «No es tan estirado y hay más vida» decía.

Hablaba de sus clases de canto, las audiciones y el primer trabajo que había

conseguido en una producción de Nueva York: una reposición de El novio montada por una cooperativa de actores. La anotación había hecho sonreír a Lacey.

Heather terminaba con: «Julie Andrews, apártate que aquí viene Heather Landi».

Escribía mucho sobre las obras que veía, y el análisis de éstas y del trabajo de los actores era meticuloso y maduro.

También eran muy interesantes los pasajes en que describía las fiestas más clamorosas a las que asistía; muchas de ellas aparentemente a través de los contactos de su padre. Pero algunas parrafadas sobre sus novios eran sorprendentemente inmaduras. Lacey tuvo la impresión de que tanto el padre como la madre se ocupaban de ella, hasta que, después de dos años de universidad, había decidido instalarse en Nueva York por su cuenta y probar fortuna en el teatro.

Era evidente que estaba muy cerca de sus progenitores.

Todas las referencias a ellos eran cariñosas y amables, a pesar de que varias veces se quejaba de la necesidad de complacer a su padre.

Había un párrafo que había intrigado a Lacey desde el principio:

Papá explotó hoy con uno de sus camareros. Jamás lo había visto tan enfadado. El pobre camarero estaba a punto de echarse a llorar. Ahora comprendo, cuando me mudé a Nueva York, lo que quería decir mamá cuando me advirtió de su carácter y me aconsejó que reconsiderara mi decisión de decirle que no pensaba vivir en el East Side. Papá me mataría si alguna vez se entera de que tenía toda la razón del mundo sobre ese asunto ¡Dios mío, qué estúpida fui!

¿Qué había pasado para que Heather escribiera eso? se preguntó Lacey. Seguro que no era muy importante. Fuera lo que fuese, había sucedido cuatro años antes de su muerte y era la única referencia al asunto.

En las últimas anotaciones se traslucía que Heather estaba muy trastornada por algo. En varios lugares del diario mencionaba «estoy entre la espada y la pared, y no sé qué hacer». A diferencia de las demás, esas últimas anotaciones estaban escritas en papel liso.

No había nada específico en ellas, pero obviamente habían despertado las sospechas de Isabelle Waring.

Quizás era algo relacionado con una decisión de trabajo, un novio o cualquier cosa, pensó Lacey desesperada mientras volvía a poner las hojas en el cajón. Dios sabe que la que está ahora entre la espada y la pared soy yo. Eso es porque alguien quiere matarte, le susurró una vocecilla interna.

Lacey cerró el cajón bruscamente.

—¡Basta! —se dijo con rabia.

Decidió que necesitaba una taza de té. Se la preparó y la tomó despacio, con la esperanza de disipar la sensación de aislamiento y miedo que otra vez amenazaba con

apoderarse de ella.

Como se sentía inquieta, encendió la radio. Por lo general solía buscar alguna emisora de música, pero el aparato estaba puesto en la banda de AM y oyó una voz que decía: «Hola, soy Tom Lynch, tu anfitrión en la WCIV durante las próximas cuatro horas».

¡Tom Lynch!

El nombre la sacó bruscamente de su añoranza. Había hecho una lista de todos los nombres que aparecían en el diario de Heather, y Tom Lynch era uno de ellos, un locutor de radio de fuera de Nueva York por el que Heather había mostrado un interés especial.

¿Se trataba del mismo? Y, si era así ¿podría Lacey conocer un poco a Heather a través de él?

Decidió que valía la pena intentarlo.

Tom Lynch era un individuo campechano del Medio Oeste, un hombre robusto criado en Dakota del Norte para el cual cinco grados bajo cero era una temperatura tonificante y para el cual sólo los mariquitas se quejaban del frío.

—Pero hoy tienen razón —le dijo con una sonrisa a Marge Peterson, la recepcionista de la emisora de radio WCIV de Mineápolis.

Marge lo miró con afecto maternal. Sin duda Tom le alegraba el día; desde que se había hecho cargo del programa de la tarde conseguía otro tanto en mucha gente de Saint Paul, la ciudad gemela de Mineápolis. Por el creciente volumen de cartas de admiradoras que cruzaban por su escritorio, se daba cuenta de que el popular presentador de treinta años iba camino al estrellato. Su mezcla de noticias, entrevistas, comentarios y humor irreverente atraía a una amplia audiencia. Y espera a que lo vean, pensó Marge mientras admiraba sus brillantes ojos marrones, su ondulado pelo castaño, su sonrisa cálida y sus facciones masculinas y atractivas. Está hecho para la televisión.

Marge estaba contenta de su éxito y, por consiguiente, del de la emisora, pero sabía que era un arma de doble filo.

Otras cadenas habían tratado de contratarlo, pero él había dicho que antes de irse pensaba convertir a la WCIV en la emisora número uno de la región. Y ahora empieza a suceder, pensó con un suspiro, y pronto lo perderemos.

—Marge ¿algún problema? —preguntó Tom—. ¿Pareces preocupada?

La recepcionista sonrió y meneó la cabeza.

—No, ningún problema ¿Te vas al gimnasio?

Esa tarde, mientras Lynch se despedía, les había dicho a sus oyentes que, como con ese tiempo ni un pingüino podía hacer *footing*, él iría más tarde al gimnasio Ciudades Gemelas, donde esperaba verlos. El Ciudades Gemelas era uno de sus patrocinadores.

—Por supuesto. Hasta luego.

—¿Dónde ha oído hablar de nosotros, señorita Carroll? —preguntó Ruth Wilcox mientras Lacey rellenaba la solicitud de ingreso al gimnasio Ciudades Gemelas.

—En el programa de Tom Lynch —respondió Lacey. La mujer la estaba estudiando, y ella sintió necesidad de añadir algo más—. Hace tiempo que quería hacerme socia de un gimnasio, y como aquí dan unas sesiones gratis de prueba... Además, me queda cerca de casa —concluyó de manera poco convincente.

Al menos esto me dará cierta práctica para buscar trabajo, se dijo a sí misma con decisión. La perspectiva de rellenar la solicitud le daba miedo, porque era la primera

vez que utilizaba su nueva identidad. Estaba muy bien cuando practicaba con el subcomisario George Svenson, pero hacerlo en la vida real era otra cosa.

Camino del gimnasio había repasado mentalmente los detalles: era Alice Carroll, de Hartford (Connecticut) y había estudiado en la Universidad de Caldwell, una institución segura porque ya no existía. Había trabajado de secretaria de un médico en Hartford. El médico se había jubilado y ella había roto con su novio, así que le pareció el momento oportuno para trasladarse. Había elegido Mineápolis porque en su adolescencia le había encantado. Era hija única. Su padre había muerto y su madre se había vuelto a casar y vivía en Londres.

Nada de eso importaba en aquel momento, pensó mientras buscaba en el bolso su nueva cartilla de la Seguridad Social. Tenía que tener cuidado; había empezado automáticamente a escribir su auténtico número, pero se refrenó. Dirección: avenida East End 1, Nueva York, NY 10021, pasó por su mente. No, avenida Hennepin 520, Mineápolis, MN 55403 Banco: Chase; no, First State. Empleo: trazó una raya en ese espacio. Pariente o persona a la que notificar en caso de accidente: Svenson le había dado un nombre, una dirección y un teléfono falsos para usar en esa situación. Cualquier llamada que se hiciera a ese número, iría a parar a él.

Llegó a las preguntas sobre su historial médico ¿Problemas? Pues sí, una pequeña cicatriz donde una bala me rozó el cráneo. Tensión en los hombros porque siempre tengo la sensación de que alguien me persigue, y que algún día, cuando esté dando un paseo, oiré unos pasos detrás, me daré la vuelta y...

—¿Dificultades con alguna pregunta? —preguntó Wilcox con una sonrisa—. A lo mejor puedo ayudarla.

Lacey, con súbita paranoia, creyó detectar cierto escepticismo en la mirada de la mujer. Seguro que percibe que hay algo falso en mí, pensó.

—Ya acabo. —Lacey se las arregló para sonreír. Firmó como «Alice Carroll» y devolvió el formulario por encima del mostrador.

Wilcox lo estudió.

—Perfecto. —La chica llevaba un chándal con un dibujo de unos gatitos jugando con unos ovillos de lana—. Ahora le voy a mostrar el lugar.

El gimnasio era bonito y estaba bien equipado. Tenía todo tipo de máquinas, una larga cinta automática para footing, salones para aeróbic, una piscina grande, baños turcos y sauna, y un bar de zumos de fruta.

—Por la mañana temprano y por la tarde, cuando la gente sale de trabajar, suele estar bastante lleno —le explicó Wilcox—. Vaya, ahí está —dijo interrumpiéndose a sí misma. Llamó a un hombre de espaldas anchas que se dirigía a los vestuarios de hombres—. Tom, ven un minuto.

El hombre se detuvo y se volvió, mientras Ruth Wilcox lo llamaba animadamente con la mano.

Al cabo de un momento los presentó.

—Tom Lynch, te presento a Alice Carroll. Alice quiere hacerse socia porque te

oyó hablar de nosotros en el programa de radio —le dijo Ruth Wilcox.

—Me alegro de ser tan persuasivo —comentó con una sonrisa radiante—. Encantado de conocerte, Alice. —Y con una ligera inclinación de cabeza y otra amplia sonrisa, se marchó.

—Está buenísimo ¿no? —Preguntó Wilcox—. Si no tuviera novio, realmente me... bueno, no importa. El problema es que las chicas solteras muchas veces lo persiguen y quieren hablar con él. Pero cuando viene aquí sólo es para hacer ejercicio, nada más.

Pistas útiles, pensó Lacey.

—Y yo también —dijo resueltamente, esperando sonar convincente.

Mona Farrell estaba sentada sola a una mesa del nuevo restaurante El Rincón de Alex, un sitio que empezaba a tener mucho éxito. Eran las once y el comedor y el bar estaban llenos de clientes que habían salido del teatro. El pianista tocaba *Melodía encadenada* y Mona sintió una profunda congoja. Había sido una de las canciones favoritas de Jack.

La letra vagó por su mente: «Y el tiempo puede hacer tanto...».

Mona se dio cuenta de que últimamente estaba casi siempre al borde de las lágrimas. Ay, Lacey. ¿Dónde estás?

—Bueno, supongo que puedo tomarme un descanso para sentarme con una bella mujer.

Mona levantó la mirada, volvió a la realidad y vio cómo la sonrisa de Alex Carbine se desvanecía.

—¿Estás llorando, Mona? —preguntó.

—No, estoy bien.

Se sentó frente a ella.

—No, no estás bien ¿Pasa algo en especial o lo de siempre?

Mona intentó sonreír.

—Esta mañana vi en la CNN lo del pequeño terremoto de Los Angeles, que no fue tan pequeño. Una chica perdió el control del coche y dio una vuelta de campana. Era delgada y de pelo oscuro. Mostraron cómo se la llevaban en una camilla. —Su voz se quebró—. Por un espantoso instante pensé que era Lacey. Podría estar allí.

—Pero no era Lacey —le dijo Alex para tranquilizarla.

—No, claro que no, pero estoy en una situación en la que cada vez que oigo algo sobre un incendio, una inundación o un terremoto, me preocupa que Lacey esté allí y le pase algo. —Trató de sonreír—. Hasta Kit está harta de escucharme. El otro día hubo una avalancha en la montaña Snowbird y algunos esquiadores quedaron atrapados. Afortunadamente todos fueron rescatados, pero yo no paraba de escuchar los nombres. A Lacey le encanta esquiar, es típico de ella salir en medio de una fuerte tormenta. —Cogió la copa de vino—. Alex, no debería darte la lata con todo esto.

Carbine le cogió la mano.

—No te preocupes, Mona. Cuando hables con Lacey, quizá no convenga que le cuentes esto que te pasa. Quiero decir, si tuvieras una vaga idea de dónde está, a lo mejor te resultaría más fácil.

—Ya. Es mejor que ella no lo sepa. Le resultaría más difícil. No puedo quejarme, yo al menos estoy con Kit y los niños, y también te tengo a ti. Ella está completamente sola.

—Habla con ella —dijo Alex Carbine con firmeza— y no le cuentes a nadie lo que te diga —concluyó mientras le palmeaba la mano.

—Cuando invente alguien como ese novio supuesto, piense en una persona auténtica —le había aconsejado el subcomisario George Svenson—. Alguien que pueda imaginar cómo habla; así, si tiene que contestar preguntas sobre él, le será más fácil ser coherente. Y recuerde, aprenda el truco de responder con una pregunta.

Lacey decidió que Rick Parker era ese supuesto novio con el que había roto. Le resultaba más fácil imaginarse rompiendo con él que teniéndolo como novio, pero el hecho de pensar en él la ayudaba a ser coherente.

Empezó a ir al gimnasio con regularidad, siempre a última hora de la tarde. El ejercicio la hacía sentir bien y le permitía centrar sus ideas.

Ahora que tenía tarjeta de la Seguridad Social, estaba ansiosa por encontrar trabajo, pero el subcomisario Svenson le dijo que el programa de protección no le daría referencias falsas.

—¿Y cómo voy a encontrar trabajo sin referencias? —le había preguntado.

—Le sugerimos que se ofrezca sin cobrar durante un par de semanas, y después vea si la contratan.

—Yo no contrataría a nadie sin referencias —había protestado Lacey.

No obstante, era evidente que debía probar. Con excepción del gimnasio, vivía sin ninguna clase de contacto humano. A solas, el tiempo pasaba muy despacio, y sentía que la depresión empezaba a abatirse sobre ella como una pesada alfombra. Hasta había empezado a tener miedo de la charla semanal con su madre. Siempre acababa igual: su madre llorando y ella a punto de gritar de frustración.

Los primeros días en el gimnasio se las había arreglado para establecer una especie de amistad con Ruth Wilcox.

Con ella había ensayado por primera vez la historia de las razones que la habían llevado a Mineápolis: su madre se había vuelto a casar y vivía en Londres; el médico para el que trabajaba se había jubilado; se había separado de su novio.

—Era muy colérico y a veces muy sarcástico —le había explicado pensando en Rick.

—Sí, conozco esa clase de hombres —le aseguró Wilcox—. Tengo que contarte algo. Tom Lynch me ha preguntado por ti. Creo que le gustas.

Lacey había tenido cuidado de no mostrarse interesada en Lynch, pero había preparado el terreno para un encuentro.

Terminaba de hacer footing justo cuando él empezaba. Se apuntó a una clase de aeróbic en el salón que daba a la cinta de footing y eligió un lugar desde el que él pudiera verla mientras corría. A veces, antes de irse, Tom pasaba por el bar a tomarse

un batido o un café. Lacey empezó a ir al bar unos minutos antes de que él terminara de correr y se sentaba sola a una mesa de dos.

A la segunda semana, su plan funcionó. Cuando Lynch entró en el bar, ella estaba sentada sola a la única mesa libre.

Mientras él miraba alrededor, sus miradas se encontraron, Lacey cruzó los dedos y le señaló la silla vacía con cierta indiferencia.

Lynch dudó, pero al fin se acercó.

Lacey había examinado detenidamente el diario de Heather y tomado nota de todas las veces en que aparecía su nombre. Lo mencionaba por primera vez hacía un año y medio, el día en que Heather lo había conocido, después de una función.

Un tío guapísimo vino con nosotros a tomar una hamburguesa a Barrymore. Tom Lynch, alto, muy atractivo, de unos treinta años, diría. Tiene su propio programa de radio en San Luis, pero dice que pronto se trasladará a Mineápolis. Es el primo de Kate, por eso vino esta noche a ver la función. Dice que lo peor de no vivir en Nueva York es no poder ir al teatro con frecuencia. Hablé mucho con él. Estará en la ciudad durante unos días. Esperaba que me invitara a salir, pero no tuve suerte.

Una entrada al cabo de cuatro meses decía:

Tom Lynch ha venido a la ciudad a pasar el fin de semana. Fuimos en grupo a esquiar a Stowe. Esquía muy bien. Es un muchacho muy agradable, del tipo de los que a Baba le encantaría ver conmigo. Pero no me hace caso, ni a mí ni a ninguna de las chicas, pero ahora qué más da.

Tres semanas después, Heather moría en el accidente... si es que había sido un accidente. Lacey, mientras copiaba las referencias, se preguntó si la policía o Isabelle habrían hablado con Lynch sobre Heather ¿Y qué habría querido decir con «pero ahora qué más da»?

¿Significaba que Tom Lynch tenía novia? ¿O que Heather estaba liada con otro?

Todos estos datos cruzaron por la mente de Lacey mientras Tom Lynch se sentaba al otro lado de la mesa.

—Alice Carroll ¿no? —dijo más como afirmación que como pregunta.

—Sí, y tú eres Tom Lynch.

—Así me llaman. Me han dicho que acabas de trasladarte a Mineápolis.

—Así es. —Esperaba que su sonrisa no pareciera forzada.

Va a empezar a hacerme preguntas, pensó nerviosa. Quizás ésta será mi primera prueba auténtica. Cogió la cucharilla, revolvió el café, y se dio cuenta de que muy poca gente revolvió el café solo.

Svenson le había dicho que contestara con preguntas.

—¿Eres de aquí, Tom? —Ella sabía que no, pero parecía una pregunta normal.

—No, nací en Fargo, Dakota del Norte. No muy lejos de aquí ¿Has visto *Fargo*, la película?

—Sí, me encantó —respondió ella con una sonrisa.

—¿Y decidiste venir a pesar de ver la película? Aquí prácticamente está prohibida. La gente piensa que nos deja como unos paletos.

Hasta a ella le resultaba poco convincente la explicación de su traslado a Mineápolis.

—Mi madre y yo vinimos a visitar a unos amigos cuando tenía dieciséis años. Y la ciudad me gustó mucho.

—Supongo que no haría este tiempo de mil demonios.

—No; fue en agosto.

—¿Durante la estación de las moscas?

Lacey se dio cuenta de que bromeaba, pero cuando uno miente todo parece diferente. Tom le preguntó dónde trabajaba.

—Me estoy instalando —respondió, y pensó que al menos eso era verdad—. Pero ahora voy a empezar a buscar trabajo.

—¿De qué tipo?

—Llevaba la contabilidad de una consulta médica —respondió, y se apresuró a añadir—: Pero quiero buscar algo diferente.

—Te comprendo. Mi hermano es médico, y tiene tres secretarias que no paran de bregar con todos esos impresos de las mutuas ¿Qué especialidad tenía el médico para el que trabajabas?

—Pediatría.

Gracias a Dios, de tanto escuchar a mamá más o menos parece que sé de qué estoy hablando, pensó. Pero ¿por qué demonios se me habrá ocurrido mencionar lo de la contabilidad, si no sé distinguir un volante del seguro de otro?

—He escuchado varias veces tu programa —dijo para cambiar de tema—. Me gustó mucho la entrevista de la semana pasada al director de la reposición de *Chicago*. Vi el espectáculo en Nueva York antes de trasladarme aquí y me gustó mucho.

—Mi prima Kate está en el elenco de la compañía de *El rey y yo* que ahora está de gira en la ciudad —comentó Lynch.

Lacey se dio cuenta de que estaba tratando de decidir si invitarla a ir a ver la obra con él. Venga, rogó. Su prima Kate había trabajado con Heather; ella era la que los había presentado.

—Mañana es el estreno. Tengo dos entradas. ¿Quieres venir?

Durante los tres meses siguientes a la muerte de Isabelle, Jimmy Landi sintió un profundo desapego. Como si alguna parte de su cerebro, la que controlaba las emociones, estuviera anestesiada. Toda su energía y sus ideas estaban canalizadas en el nuevo hotel-casino que construía en Atlantic City. Situado entre el castillo Trump y el puerto de Harrah, se proponía eclipsar a ambos con su majestuoso edificio blanco de torrecillas redondeadas y techos dorados.

Mientras observaba desde el vestíbulo del nuevo edificio los preparativos finales para la inauguración al cabo de una semana, se dijo: ¡Lo he conseguido! ¡Al fin lo he logrado! Ponían alfombras, colgaban cortinas, cajas y cajas de bebidas se almacenaban en el bar.

Era importante eclipsar a todos los demás, hacerlos quedar mal, ser diferente y especial. El chico de la calle del West Side de Manhattan, que había dejado el colegio a los trece años para ponerse a trabajar de lavaplatos en el club Stork, ahora estaba en la cima e iba a restregarles a todos otro éxito por la cara.

Jimmy recordó aquella época, cuando las puertas de la cocina se abrían y él trataba de echar una mirada a los famosos que cenaban en el comedor del club. En esos tiempos, todos eran elegantes, no sólo las estrellas sino todos los que frecuentaban el lugar. Jamás se les habría ocurrido aparecer como si hubieran dormido con la ropa puesta.

Los columnistas de sociedad iban todas las noches, y tenían sus propias mesas. Walter Winchell, Jimmy van Horne, Dorothy Kilgallen ¡La Kilgallen! Vaya, todos le hacían reverencias. Su columna en el Journal-American era una institución; todo el mundo quería estar de su lado.

Los estudié, pensó Jimmy en el centro del vestíbulo mientras los operarios trajinaban alrededor, y en la cocina aprendí todo lo que había que saber sobre esta profesión. Si un chef faltaba, podía reemplazarlo. Se había abierto camino y ascendido, primero a ayudante de camarero, después a camarero y por último a maitre. A los treinta años estaba preparado para tener su propio restaurante.

Aprendió a tratar con los famosos, a halagarlos sin renunciar a su propia dignidad, a saludarlos satisfecho y hacerlos sentir satisfechos de sus gestos de reconocimiento y aprobación. Y también aprendí a tratar a mis ayudantes, con dureza, pero con justicia. Jamás di una segunda oportunidad a nadie que me hubiera hecho una trastada deliberadamente. Nunca.

Observó complacido cómo un capataz reñía a un obrero que había dejado una herramienta sobre el escritorio de caoba del mostrador de recepción mientras colocaba las alfombras.

A través de los enormes cristales de la puerta vio cómo instalaban las mesas de juego del casino.

Entró en el enorme salón. A la derecha, las filas de brillantes máquinas

tragaperras parecían pedir a gritos que las probaran. Pronto, pensó. Dentro de una semana estarán haciendo cola para usarlas.

Sintió una mano sobre el hombro.

—Jimmy, tiene buen aspecto el sitio ¿no?

—Has hecho un buen trabajo, Steve. Abriremos a tiempo y bien preparados.

Steve Abbott rió.

—¿Un buen trabajo? He hecho un trabajo estupendo. Pero las ideas son tuyas. Yo sólo soy el ejecutor, el que vigila a todo el mundo. Pero también quería que estuviera terminado a tiempo. No íbamos a tener pintores trabajando la noche de la inauguración. Estará listo. —Se volvió hacia Landi—. Cynthia y yo nos vamos a Nueva York ¿Y tú?

—No; me quedaré a dar unas vueltas por aquí. Pero quiero pedirte un favor. ¿Podrías hacer una llamada telefónica cuando llegues a la ciudad?

—Claro.

—¿Conoces al tipo que retoca los murales?

—¿Gus Sebastiani?

—Sí, el pintor. Habla con él y dile que quite a Heather de todas las pinturas.

—¿Estás seguro, Jimmy? —Steve Abbott miró a su socio con ceño—. A lo mejor te arrepientes ¿no crees?

—No me arrepentiré. Ha llegado el momento. —Se volvió bruscamente—. Será mejor que te vayas.

Landi esperó unos momentos y luego se dirigió a un ascensor y apretó el botón de llamada.

Antes de marcharse quería volver a pasar por el piano bar.

Era una sala íntima en un rincón, con ventanas redondas que daban al océano. Las paredes eran de un azul oscuro y cálido, con partituras plateadas de canciones populares sobre un fondo de nubes. Jimmy las había escogido personalmente entre las favoritas de Heather.

Ella quería que llamara a toda esta empresa el Rincón de Heather, pensó. Era una broma, por supuesto. Bueno, una broma a medias, se corrigió con una sonrisa.

Éste es el rincón de Heather, se dijo mientras miraba alrededor. Su nombre estará en la puerta, su música en las paredes. Formará parte de este proyecto, como ella quería, pero no como en el restaurante, donde me veía obligado a ver su imagen todo el tiempo.

Debía dejar todo eso atrás.

Se acercó a la ventana. A lo lejos, sobre el horizonte, brillaba una media luna sobre las agitadas olas.

Heather.

Isabelle.

Ambas se habían ido para siempre. Landi, por alguna razón, cada vez pensaba más en Isabelle. Al morir, su ex mujer le había hecho prometer a esa chica de la inmobiliaria que le entregara a él el diario de Heather ¿Cómo se llamaba? ¿Tracey? No, Lacey. Lacey Farrell. Le alegraba tener el diario, pero ¿qué podía contener tan importante? Poco después de que se lo dieran, la policía se lo había pedido para cotejarlo con el original.

Él, aunque de mala gana, se lo había entregado. A pesar de que lo había leído la misma noche en que Lacey se lo había dado, estaba desconcertado ¿Qué creía Isabelle que podía encontrar en esas páginas? Antes de leerlo, se había emborrachado. Le causaba demasiado dolor ver la letra de su hija, leer cómo describía cosas que habían hecho juntos.

Heather también mencionaba lo preocupada que estaba por él.

Baba, pensó Jimmy. Las únicas veces que me llamaba «papá» era cuando creía que estaba enfadado con ella.

Isabelle veía rastros de conspiración en todas partes, e irónicamente había acabado siendo víctima de un ladrón que, después de estudiar el terreno con el pretexto de comprar el apartamento, regresó para robar.

Era uno de los trucos más viejos del mundo, e Isabelle había sido una víctima desprevenida. Simplemente estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado.

¿Seguro?, se preguntó Landi, incapaz de desprenderse de las dudas que le inquietaban ¿Acaso no existía ninguna posibilidad de que su mujer tuviera razón y la muerte de Heather no hubiese sido un accidente? Tres días antes de la muerte de Isabelle, una columnista del Post había escrito que la madre de Heather Landi, Isabelle Waring, una ex reina de belleza, «quizá no está tan desencaminada al sospechar que la muerte de la joven cantante no fue accidental».

La policía había interrogado a la periodista, que reconoció haber estado con Isabelle Waring y que ésta le había hablado largo y tendido de sus hipótesis sobre la muerte de su hija. En cuanto a lo que mencionaba en su columna, el indicio de que Isabelle Waring tuviera pruebas era pura invención.

¿Estaba la muerte de Isabelle relacionada con ese artículo? se preguntó Landi. ¿Alguien se había asustado?

Eran preguntas que Jimmy había evitado. Si habían matado a Isabelle para silenciarla, quería decir que alguien había provocado el accidente de Heather para que se abrasara en el coche en el fondo de un barranco.

La semana anterior, la policía le había devuelto el apartamento. En aquel momento llamó a la inmobiliaria y les dijo que volvieran a ponerlo en venta. Necesitaba hacer borrón y cuenta nueva. Contrataría a un detective privado para que comprobara si la policía había pasado algo por alto y hablaría con Lacey Farrell.

El ruido de unos martillazos lo hizo volver a la realidad. Miró alrededor; era hora de marcharse. Cruzó la sala con resonantes pisadas y salió al pasillo. Empujó las

pesadas puertas de caoba a sus espaldas y se quedó mirándolas. Un rotulista había diseñado las letras doradas que irían en la puerta. Estarían listas en un par de días.

«El rincón de Heather», anunciarían, pensó Jimmy, para la niña de Baba. Si descubro que alguien te hizo daño intencionadamente, cariño, te prometo que yo mismo lo mataré.

Era hora de llamar a casa, algo que Lacey deseaba y temía al mismo tiempo. Esta vez, el lugar seguro para telefonar era la habitación de un motel.

—Nunca desde el mismo lugar —dijo cuando George Svenson le abrió la puerta en respuesta a su llamada.

—Así es —coincidió, y añadió—: La línea está preparada. Marcaré el número y le pasaré el teléfono. Recuerde todo lo que le he dicho, Alice.

Siempre la llamaba Alice.

—Lo recuerdo palabra por palabra. —Recitó la lista de carrerilla—. Incluso mencionar un supermercado puede dar una pista de donde estoy. Si hablo del gimnasio, no debo decir que es el Ciudades Gemelas. No hay que hablar del tiempo. Como no tengo trabajo, no es un tema problemático. En fin, lo mejor es no hablar de nada. —Se mordió el labio—. Lo siento, George —dijo— pero siempre me pongo nerviosa antes de estas llamadas.

Vio una expresión de simpatía y comprensión en su áspero rostro.

—Voy a marcar el número y daré un paseo de media hora mientras habla —le dijo el policía.

—De acuerdo.

Svenson asintió y levantó el auricular. Lacey sintió que se le humedecían las palmas. Al cabo de un momento, oyó que se cerraba la puerta.

—Hola, mamá ¿cómo están todos?

Ese día era más difícil de lo habitual. Kit y Jay no estaban en casa.

—Tenían una fiesta —le explicó su madre—. Kit te manda muchos besos. Los niños están bien. Los dos están en el equipo de hockey de la escuela. Tendrías que ver cómo patinan, Lacey. Cada vez que los veo tengo el alma en vilo.

Les enseñé yo, pensó Lacey. Les compré patines para hielo cuando casi no sabían caminar.

—Pero Bonnie nos preocupa —continuó su madre—. Sigue muy pálida. Kit la lleva al fisioterapeuta tres veces por semana, y yo hago los ejercicios con ella los fines de semana. Pero te echa mucho de menos... Tanto... Cree que te escondes en alguna parte porque alguien quiere matarte.

¿Y de dónde sacó esa idea? pensó Lacey. Dios mío ¿quién se la habrá metido en la cabeza? Su madre respondió la pregunta que no había llegado a formular.

—Creo que oyó por casualidad a Jay hablar con Kit. Ya sé que a veces te irrita, pero para ser justos, Lacey, se ha portado muy bien contigo. Paga el apartamento y tu seguro médico. También me he enterado por Alex que Jay tiene un encargo importante para vender material al hotel-casino que Jimmy Landi está abriendo en Atlantic City, y aparentemente le preocupa que Landi cancele el pedido si se entera de que es pariente tuyo. Alex me dijo que Jimmy ha estado muy mal por lo que le había pasado a su ex mujer, y que Jay tenía miedo de que te culpara de su muerte. Ya

sabes, por haber llevado a aquel hombre al apartamento sin comprobar antes sus referencias.

Siento que no me hayan matado también a mí, pensó Lacey con amargura.

Se esforzó por parecer contenta y le contó a su madre que había empezado a ir regularmente a un gimnasio y que le gustaba mucho.

—Estoy bien, de veras —le dijo—. Y esto no va a durar mucho, te lo prometo. Por lo que me han dicho, cuando detengan al hombre al que puedo identificar, en lugar de ir a la cárcel lo convencerán de que colabore con la justicia. En cuanto hagan el trato, yo ya no tendré nada que ver. Si da algún nombre, el acusado irá por él, no por mí. Será mejor que recemos para que suceda lo antes posible ¿De acuerdo, mamá?

Lacey se quedó horrorizada al oír el llanto de su madre al otro extremo de la línea.

—Lacey, no puedo vivir así —sollozó Mona Farrea—. Cada vez que escucho que una mujer ha tenido un accidente en alguna parte, estoy segura de que eres tú. Tienes que decir me dónde estás. Por favor, dímelo.

—¡Mamá!

—Lacey... por favor.

—Si te lo digo, ¿prometes que quedará entre nosotras? No puedes decírselo a nadie, ni a Kit.

—Desde luego, querida.

—Mamá, me retirarán la protección y me sacarán del programa si se enteran de que te lo he dicho.

—Tengo que saberlo, cariño.

Lacey miró por la ventana y vio la ancha silueta de George Svenson acercarse a la escalinata.

—Mamá —susurró— estoy en Mineápolis. —En ese momento se abrió la puerta—. Mamá, tengo que colgar. Hablaremos la semana que viene. Un beso para todos, y otro para ti. Adiós.

—¿Todo bien en casa? —preguntó Svenson.

—Sí, creo que sí —respondió Lacey, mientras la embargaba la desagradable sensación de que acababa de cometer un error terrible.

El restaurante de Landi de la calle 56 Oeste estaba repleto de gente que había salido del teatro, y Steve Abbott, interpretando el papel de propietario, se paseaba de mesa en mesa saludando y recibiendo a los clientes. El ex alcalde de Nueva York, Ed Koch, estaba presente.

—Su nuevo programa de televisión es fabuloso, Ed —le dijo Steve tocándole el hombro.

Koch sonrió.

—¿A cuánta gente le pagan un dineral por hacer de juez de un pequeño juzgado civil?

—Usted vale hasta el último céntimo que gastan.

Se detuvo en la mesa presidida por Calla Robbins, la legendaria intérprete de comedias musicales a la que habían rescatado de su retiro para protagonizar un espectáculo de Broadway.

—Calla, todo el mundo dice que estás maravillosa.

—En realidad, lo que dice todo el mundo es que, desde Rex Harrison en *My Fair Lady*, nadie ha desafinado con tanto talento. Pero parece que al público le gusta, así que *voilà!*

Los ojos de Abbott sonrieron mientras se inclinaba para besarla en la mejilla.

—Absolutamente nada. —Le hizo una seña al *maitre* que revoloteaba por allí—. Ya sabe qué coñac prefiere la señora Robbins. Invita la casa.

—Vaya, ya has perdido la ganancia de la noche —rió Calla Robbins—. Gracias, Steve. Sabes cómo tratar a una dama.

—Lo intento —sonrió Steve.

—Me han dicho que la gente se caerá de espaldas cuando vea el nuevo casino —intervino alguien del grupo de Robbins, un destacado empresario.

—Le han dicho bien —coincidió Steve—. Es un sitio asombroso.

—Dicen que Jimmy va a dejar que lo dirijas —añadió el hombre.

—Jimmy es el socio principal y el jefe —respondió Steve—. Así es y así será. No lo olvide. Él se ocupa de que yo tampoco lo olvide.

Vio con el rabillo del ojo que Jimmy entraba en el restaurante y lo llamó con la mano. Jimmy se acercó y le dirigió una espléndida sonrisa a Calla.

—¿Quién es el jefe en Atlantic City, Jimmy? —preguntó ella—. Steve dice que tú.

—Y tiene razón —respondió él con una sonrisa— por eso nos llevamos tan bien.

Mientras Jimmy y Steve se alejaban de la mesa de Robbins, Landi le preguntó:

—¿Has arreglado la cena de Lacey Farrell conmigo?

Abbott se encogió de hombros.

—No he podido encontrarla, Jimmy. Dejó su trabajo y el teléfono de su casa está desconectado. Supongo que se ha ido de vacaciones a alguna parte.

El rostro de Jimmy se ensombreció.

—No puede haber ido muy lejos. Es testigo de un crimen y puede identificar al asesino de Isabelle cuando lo encuentren. El detective que se llevó la copia del diario de Heather tiene que saber dónde está.

—¿Quieres que hable con él?

—No; lo llamaré yo. Vaya, mira quién está aquí.

La formidable figura de Richard J. Parker entraba por la puerta del restaurante.

—Es el cumpleaños de su mujer —explicó Steve—. Tiene una reserva para tres. Por eso se ha tomado la molestia de sacarla a cenar.

Y el gamberro de su hijo completa el cuadro de la familia feliz, pensó Jimmy mientras se apresuraba a recibirlos en la entrada con una cálida sonrisa.

El viejo Parker solía llevar a sus clientes a cenar al restaurante. Era la única razón por la que Jimmy no le había prohibido la entrada a su hijo hacía tiempo. El mes anterior se había emborrachado en la barra y armado tal jaleo que habían tenido que meterlo en un taxi. Y varias veces se había presentado a cenar visiblemente colocado de drogas.

R. J. Parker le devolvió el amable apretón de manos a Landi.

—Qué mejor lugar para celebrar el cumpleaños de Priscilla que el restaurante de Landi ¿no te parece, Jimmy?

Priscilla le sonrió a Landi con timidez y miró a su marido en busca de aprobación. Jimmy sabía que R. J. Parker no sólo engañaba a su mujer, sino que la trataba muy mal.

Rick Parker asintió con indiferencia.

—Hola, Jimmy —dijo con una leve sonrisa. La sonrisa aristocrática para saludar a un modesto posadero, pensó Jimmy. Este gilipollas, sin la influencia de su padre, no encontraría trabajo ni para limpiar lavabos.

Jimmy los acompañó personalmente con una ancha sonrisa hasta la mesa.

—Este comedor es muy bonito —comentó Priscilla mientras se sentaba y miraba alrededor—. Pero hay algo distinto ¿Qué es? Ah, ya veo: han desaparecido las pinturas de Heather.

—Pensé que había llegado el momento de quitarlas —dijo Jimmy con tono cortante.

Se dio la vuelta bruscamente y se alejó, por lo que no vio la mirada enfadada que R. J. Parker le lanzó a su hijo, ni a Rick Parker con la vista clavada en el mural del puente de los Suspiros en el que ya no estaba la joven Heather.

Mejor así.

Hacía casi cuatro meses que Lacey no tenía motivos para arreglarse. Y no me he traído ropa de vestir, pensó mientras buscaba en el armario algo apropiado que ponerse. No me traje muchas cosas porque pensaba que a estas alturas ya habrían cogido a Caldwell, o como quiera se llame, y éste habría hecho un trato con la fiscalía para aportar pruebas, con lo cual yo estaría de nuevo libre para retomar mi vida.

Éste es el tipo de pensamientos que te causa problemas, se recordó mientras sacaba la falda larga de lana negra y el jersey de noche que había comprado en las rebajas de invierno de Saks la primavera pasada y que no había tenido ocasión de estrenar en Nueva York.

—Te queda muy bien, Alice —se dijo en voz alta al cabo de unos minutos mientras se estudiaba en el espejo.

La falda y el jersey, incluso en las rebajas, le habían costado muy caros. Pero valían su precio, decidió. La sobria elegancia que le daban le levantó el ánimo. Y sin duda lo necesito, pensó mientras buscaba en el joyero unos pendientes y las perlas de su abuela.

A las seis y media en punto, Tom Lynch la llamó desde abajo por el Interfono. Ella lo esperaba con la puerta abierta cuando él salió del ascensor y cruzó el pasillo.

La admiración en la cara de Tom mientras se acercaba fue evidente y de lo más halagadora.

—Alice, estás guapísima —dijo.

—Gracias, tú también estás muy elegante. Pasa...

No terminó la frase. La puerta del ascensor volvió a abrirse ¿Alguien lo había seguido? Lo cogió del brazo, lo hizo entrar de un tirón y echó el pestillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Lacey trató de reír pero se dio cuenta de que su risa sonaba falsa y nerviosa.

—Soy una tonta —balbuceó—. Hace un par de horas tocaron el timbre para entregar algo, pero el mensajero se había equivocado de piso... El año pasado entraron a robar en mi apartamento en Hartford —añadió con presteza—. Como vi que la puerta del ascensor volvía a abrirse... yo... eh... creo que todavía me asusto.

Nadie vino a entregar nada, pensó. Y entraron en mi apartamento, pero no fue en Hartford. Y no es que me asuste, sino que me aterrorizo. Cada vez que se abre la puerta de un ascensor pienso que veré salir a Caldwell.

—Comprendo que estés nerviosa —dijo Tom—. Estuve en Amherst y solía visitar amigos en Hartford de vez en cuando ¿En qué parte vivías, Alice?

—En Lakewood Drive. —Visualizó las fotos de un complejo de apartamentos grandes que había estudiado como parte de su preparación rogando que Tom Lynch no dijera que sus amigos también vivían allí.

—No lo conozco —dijo él. Echó un vistazo alrededor y añadió—. Me gusta cómo has arreglado la casa.

Había que reconocer que el apartamento, por fin, tenía un aspecto acogedor y cómodo. Lacey había pintado las paredes de un color crudo con una textura de mármol. La alfombra, una imitación de una auténtica Chelsea comprada de segunda mano, era lo suficientemente vieja como para tener cierta pátina. El sofá de terciopelo azul y el confidente a juego estaban bastante gastados, pero aún eran bonitos y cómodos. La mesa de centro, que le había costado veinte dólares, tenía una cubierta de piel rayada y patas estilo Regencia. Era idéntica a una que había en casa de sus padres y le producía una sensación hogareña. La estantería, junto al televisor, estaba llena de libros y chucherías, todas cosas de segunda mano.

Lacey estaba a punto de comentar que le encantaba comprar cosas de segunda mano, pero se contuvo. La mayoría de la gente no amueblaba la casa sólo con cosas de segunda mano. No, pensó, la mayoría, cuando se trasladaba, también mudaba los muebles. Se limitó a agradecer el cumplido de Tom y se alegró de que él sugiriera que se marcharan.

Esta noche está diferente, pensó Lacey una hora más tarde mientras charlaban con un vino y una pizza de por medio.

En el gimnasio, cuando se cruzaban, era cordial pero reservado, y ella supuso que la invitación al estreno de esa noche había sido fruto de un impulso.

Pero ahora, el estar con él le resultaba agradable e interesante. Lacey se dio cuenta de que disfrutaba por primera vez desde la noche de la muerte de Isabelle. Tom Lynch respondía con naturalidad a las preguntas que ella le hacía.

—Me crié en Dakota del Norte —le explicó—. Bueno, eso ya te lo he contado, pero me marché a la universidad y ya no volví a vivir en mi pueblo. Cuando terminé los estudios, me trasladé a Nueva York pensando que iba a revolucionar el mundo de la radio. Naturalmente no sucedió así, y un hombre muy sensato me aconsejó que empezara en una emisora más pequeña, que me hiciera un nombre y poco a poco pasara a mercados más grandes. Así que en los últimos nueve años estuve en Des Moines, Seattle, San Luis y ahora aquí.

—¿Siempre en radio?

—La eterna pregunta ¿Por qué no televisión? Pero quería hacer algo personal, crear un estilo de programa, tener la oportunidad de ver qué funciona y qué no. Sé que he aprendido mucho, y últimamente he recibido ofertas de un buen canal de televisión por cable de Nueva York, pero creo que es un poco pronto para lanzarme a esa aventura.

—Larry King pasó de la radio a la televisión —dijo Lacey—. Y sin duda fue una buena transición.

—Vaya, ése soy yo, el próximo Larry King.

Habían pedido una pizza pequeña para los dos. Lynch miró el último trozo y

empezó a servírselo a ella.

—No; es para ti —protestó Lacey.

—No, de veras, no quiero más...

—Venga, si lo miras y se te hace la boca agua.

Rieron.

Al cabo de un rato, cuando salieron del restaurante y cruzaron la calle hacia el teatro, él la cogió del codo.

—Ten cuidado —le dijo— hay trozos de hielo ennegrecidos por todas partes.

Si tú supieras, pensó Lacey. Mi vida entera es un trozo de hielo negro.

Era la tercera vez que Lacey veía un montaje de *El rey y yo*. La última vez, acababa de entrar en la universidad. Era una producción de Broadway y su padre estaba en el foso de la orquesta. Ojalá tocaras esta noche, Jack Farrell, pensó. En el momento de la obertura sintió un nudo en la garganta.

—¿Estás bien, Alice? —preguntó Tom en voz baja.

—Sí, muy bien.

¿Cómo se había dado cuenta de que estaba alterada? se preguntó. A lo mejor tiene poderes; espero que no.

Kate Knowles, la prima de Tom, interpretaba el papel de Tuptium, la esclava que trata de escapar del palacio del rey.

Era buena actriz y tenía una voz excepcional. Debe de tener mi edad, o quizás un poco menos, pensó Lacey. En el intermedio, la alabó con entusiasmo y le preguntó a Tom:

—¿Vendrá con nosotros a la fiesta de esta noche?

—No; irá con el elenco. Nos veremos allí.

Lacey se dio cuenta de que Kate y el resto de los protagonistas de la obra no eran las únicas estrellas de la fiesta. Tom Lynch estaba constantemente rodeado de gente. Lacey se apartó de su lado para cambiar la copa de vino por un agua de Perrier, y no volvió a acercarse cuando vio que conversaba con una atractiva joven del elenco. La chica, obviamente impresionada por él, hablaba animadamente.

No la culpo, pensó Lacey. Es guapo, inteligente y agradable. A Heather Landi aparentemente también le gustaba, aunque la segunda vez que escribió sobre él en el diario daba la impresión de que alguno de los dos salía con otra persona.

Mientras bebía poco a poco el agua de Perrier, se acercó a la ventana. La fiesta se celebraba en una mansión en Wayzata, un barrio muy elegante a veinte minutos del

centro de Mineápolis. Lacey vio por la ventana que el jardín bien iluminado daba al lago Minnetonka y que, más allá del césped cubierto de nieve, se veía la superficie helada del agua.

Se dio cuenta de que la agente inmobiliaria que tenía dentro estaba examinando todos los detalles del lugar: la fabulosa ubicación, el elegante mobiliario de una casa de ochenta años de antigüedad. Había detalles en el diseño y la construcción que ya no se encontraban en las casas nuevas, pensó mientras se volvía para estudiar el salón que albergaba a unas cien personas sin que pareciera abarrotado.

Recordó con nostalgia su oficina de Nueva York: encargos nuevos, hacer coincidir casas y clientes, la emoción de realizar una venta. Quiero irme a casa, pensó.

Wendell Woods, el anfitrión de la fiesta, se acercó a ella.

—La señorita Carroll ¿no?

Era un hombre imponente de unos sesenta años de pelo gris oscuro.

Va a preguntarme de dónde soy, pensó Lacey. Así fue, y ella le respondió su bien ensayada versión de los orígenes en Hartford esperando sonar convincente.

—Ahora ya estoy instalada y lista para empezar a buscar trabajo —le explicó.

—¿Qué tipo de trabajo? —preguntó él.

—Bueno, no quiero trabajar otra vez en una consulta médica. Me gustaría probar el terreno inmobiliario, siempre he querido hacerlo.

—Sabe que se trabaja fundamentalmente a comisión ¿no? Además, tendría que familiarizarse con el negocio.

—Sí, lo sé, señor Woods. Pero aprendo rápido —añadió con una sonrisa. Va a ponerme en contacto con alguien. Lo sé.

Woods sacó una pluma y una tarjeta.

—Deme su número de teléfono. Se lo pasaré a una de mis clientas. Millicent Royce tiene una pequeña agencia en Edina; su secretaria acaba de dejarla porque va a tener un hijo. A lo mejor se llevan bien.

Lacey le dio con gusto el número. Me recomienda el presidente de un banco y se supone que soy nueva en el terreno inmobiliario, pensó. Si Millicent Royce está interesada en conocerme, no va a molestarse en comprobar mis referencias.

Woods se volvió para hablar con otro invitado y Lacey echó un vistazo por el salón. Al ver que Kate Knowles estaba momentáneamente sola, se acercó a ella.

—Has estado maravillosa —le dijo—. He visto tres montajes de *El rey y yo*, y tu interpretación de Tuptium es fabulosa.

—Veo que ya os habéis presentado —dijo Tom Lynch, acercándose a las dos—. Alice, lo siento —se disculpó— me entretuvieron. No era mi intención dejarte sola tanto tiempo.

—No te preocupes, me las he arreglado muy bien —respondió Lacey. Y no sabes lo bien que lo he hecho, añadió para sí.

—Tom, tenía ganas de charlar un poco contigo —le dijo la prima—. Ya estoy

cansada de esta fiesta ¿Por qué no vamos a tomar un café a alguna parte? —Kate sonrió a Lacey—. Tu amiga me estaba diciendo lo fabulosa que soy, y quiero más halagos.

Lacey consultó el reloj: la una y media. Como no quería pasarse la noche levantada, los invitó a tomar el café en su casa.

Para el camino de regreso a Mineápolis insistió en que Kate se sentara en el asiento del pasajero, al lado de Tom. Estaba segura de que no se quedarían mucho rato en el apartamento.

¿Cómo puedo sacar el nombre de Heather Landi delicadamente? se preguntó mientras se recordaba que Kate estaría sólo una semana en la ciudad.

—Preparé estas galletas esta mañana —dijo Lacey mientras dejaba un plato sobre la mesa de centro—. Probadlas bajo vuestra responsabilidad. No las hacía desde que terminé la escuela.

Después de servir el café, trató de desviar la conversación hacia algún tema mediante el cual introducir el nombre de Heather. Ésta, en su diario, mencionaba que había conocido a Tom Lynch después de una actuación. Pero si digo que vi la función, tendría que acordarme si actuaba Kate, pensó Lacey.

—Hace un año y medio fui a Nueva York y vi una reposición de *El novio*. He leído en la reseña del programa de esa noche que tú estabas en el elenco. Pero, la verdad, no estoy muy segura de haberte visto.

—Seguramente fuiste la semana que estuve con gripe —respondió Kate—. Fueron las únicas funciones en las que no actué.

—Recuerdo que había una actriz joven en el papel protagonista con una voz muy bonita —dijo Lacey tratando de sonar natural—. No consigo recordar su nombre...

—Heather Landi —se apresuró a decir Kate, y se volvió hacia su primo—. Tom, ¿te acuerdas de ella? Te iba detrás. Se mató en un accidente de coche —dijo sacudiendo la cabeza—. Una lástima, fue terrible.

—¿Qué pasó? —preguntó Lacey.

—Volvía de una estación de esquí en Stowe y se salió de la carretera. Su madre, pobrecilla, no lograba aceptarlo. Venía a vernos al teatro para hablar con nosotros sobre alguna probable explicación del accidente. Decía que Heather, justo antes de ese fin de semana, estaba muy preocupada por algo y quería saber si estábamos al corriente.

—¿Y lo estabais? —preguntó Tom.

Kate se encogió de hombros.

—Le dije que había notado a Heather muy callada la semana anterior a su muerte, y coincidí en que parecía preocupada por algo. Sugerí que quizá por esa razón conducía distraída y el coche derrapó.

Bueno, esto es todo. Kate no sabe nada que yo no sepa, pensó Lacey.

Kate Knowles dejó la taza de café.

—Me lo he pasado muy bien, Lacey, pero es muy tarde y tengo que irme. —Se puso de pie y se volvió otra vez hacia Lacey—. Es curioso que haya salido el nombre de Heather Landi, porque he estado pensando en ella. Esta mañana recibí una carta que la madre de Heather me había escrito preguntándome si no se me ocurría nada que explicara el comportamiento de su hija ese fin de semana. La carta tardó en llegarme porque fue a otras dos ciudades antes de que la mandaran aquí. —Meneó la cabeza—. Podría explicarle una cosa, aunque probablemente no sea muy importante. Resulta que Bill Merrill, el chico con el que salgo, tú lo conoces Tom, también conocía a Heather y me comentó que la vio la tarde antes del accidente en el bar de la estación de esquí. Bill había ido con un grupo de amigos, incluido un capullo llamado Rick Parker que tiene una inmobiliaria en Nueva York y que aparentemente le había hecho alguna trastada a Heather cuando ésta acababa de llegar a la ciudad. Bill me dijo que cuando Heather vio a Parker, prácticamente salió corriendo del albergue. Quizá no tiene importancia, pero la madre de Heather está tan ansiosa de obtener cualquier información sobre ese fin de semana, que seguramente querrá saberlo. Mañana por la mañana le escribiré.

El ruido de la taza de café haciéndose añicos contra el suelo interrumpió el estupor en el que había entrado Lacey al oír mencionar la carta de Isabelle y después el nombre de Rick Parker. Para ocultar su confusión, y sin aceptar ayuda, se puso a recoger la taza rota mientras les daba las buenas noches a Kate y Tom, que se marcharon.

Una vez sola en la cocina, Lacey se apoyó contra la pared para tratar de calmarse y de reprimir la necesidad de asomarse por la ventana y gritarle a Kate que no se molestara en escribir a Isabelle Waring, que a ella ya no le importaría porque era demasiado tarde.

Tras casi cuatro meses de investigación, el fiscal Gary Baldwin estaba tan cerca de localizar a Sandy Savarano como cuando todavía creía que yacía enterrado en el cementerio de Woodlawn.

Su equipo había examinado detenidamente el diario de Heather Landi y había seguido la pista de todos los que figuraban en él. Era un procedimiento que también había intentado Isabelle Waring, pensó Baldwin mientras estudiaba una vez más el boceto de la cara de Sandy Savarano hecho por el dibujante de la policía según la descripción de Lacey Farrell.

El dibujante había añadido una nota al dibujo: «La testigo no parece lo bastante observadora para notar el tipo de detalles que harían identificable al sospechoso».

Habían hablado con el portero del edificio donde se había cometido el crimen, pero prácticamente no recordaba nada del asesino. Dijo que veía entrar y salir a mucha gente, y además estaba a punto de jubilarse.

Eso me deja sólo con Lacey Farrell para identificar personalmente a Savarano, pensó Baldwin con amargura. Si le pasa algo, adiós caso. Bueno, tenemos la huella dactilar de la puerta de Farrell, cuando entraron a registrar su apartamento, pero ni siquiera podemos demostrar que haya sido él quien entró. La Farrell es la única que puede relacionarlo con el asesinato de Isabelle. Sin su identificación todo se irá al carajo.

La única información útil que sus agentes habían podido averiguar sobre el asesino era que, antes de que se hiciera pasar por muerto, su claustrofobia había empeorado. A un agente le dijeron: «Sandy tenía pesadillas sobre puertas de sótanos que se cerraban ruidosamente a sus espaldas».

¿Por qué había abandonado su retiro? se preguntó Baldwin ¿Una buena suma de dinero? ¿Un favor que tenía que devolver? Quizá las dos cosas. Y la emoción de la cacería, por supuesto. Savarano era un ave de presa sanguinaria, en parte por aburrimiento. El retiro seguramente era algo demasiado insulso para él.

Baldwin conocía los antecedentes de Savarano de memoria. Cuarenta y dos años. Sospechoso de una docena de asesinatos. Sin embargo, no se le veía el pelo en una cárcel desde que era niño, cuando estuvo en el reformatorio. Un tipo inteligente, y un asesino nato.

Si yo fuera Savarano, pensó el fiscal, ahora mismo mi único objetivo sería encontrar a Lacey Farrell y asegurarme de que jamás pudiera identificarme. Meneó la cabeza y arrugó la frente. Sabía que el programa de protección a testigos no era infalible. La gente se descuidaba. Cuando llamaban a casa, muchas veces decían algo por teléfono que delataba dónde estaban escondidos, o se ponían a escribir cartas.

Un mafioso que había entrado en el programa después de cooperar con el gobierno había cometido la tontería de mandarle una postal por su cumpleaños a una vieja novia. Una semana más tarde moría de un disparo en la nuca.

Gary Baldwin estaba intranquilo con Lacey Farrell. No parecía una persona que soportara con facilidad estar sola durante demasiado tiempo. Además, parecía demasiado confiada, una característica que podía causarle problemas.

Sacudió la cabeza. Bueno, no podía hacer nada más que advertirle a través de sus canales que no bajara la guardia ni por un instante.

Mona Farrell condujo hasta Manhattan para lo que se había convertido en su cita fija con Alex Carbine: la cena de los sábados. Siempre esperaba esa noche con él, aunque Alex tuviera que levantarse a menudo de la mesa para saludar a sus clientes habituales y a los famosos que de vez en cuando acudían a su restaurante.

«Me divierto —le aseguraba ella—. De veras no me importa. No olvides que estuve casada con un músico. No sabes cuántos espectáculos de Broadway tuve que ver sola porque Jack estaba en el foso de la orquesta».

A Jack le habría gustado Alex, pensó Mona mientras salía del puente George Washington y entraba en la autopista del West Side. Jack había sido un hombre vivaz, ingenioso y bastante gregario. Alex era mucho más callado, pero en él era una cualidad atractiva.

Mona sonrió al pensar en las flores que le había mandado. La tarjeta decía simplemente: «Que iluminen tu día. Tuyo, Alex».

Él sabía que la llamada semanal de Lacey le rompía el corazón. Comprendía lo dolorosa que era para ella esa experiencia, y las flores eran su manera de decírselo.

Le había contado a Alex que sabía dónde estaba Lacey «pero no se lo he contado ni a Kit —añadió— se sentiría muy mal si piensa que no confío en ella».

Es curioso, pensó Mona mientras el tráfico del West Side avanzaba muy despacio por el bloqueo del carril derecho, las cosas siempre han sido más fáciles para Kit que para Lacey. Kit conoció a Jay cuando asistía a la Universidad de Boston y él hacía estudios de posgrado en Tutes. Se enamoraron, se casaron y ahora tienen tres hijos maravillosos y un hogar precioso. De vez en cuando Jay era pomposo y pedante, pero sin duda era un buen padre y un buen marido. El otro día, sin ir más lejos, le había regalado a Kit por sorpresa una gargantilla de oro que ella había admirado en el escaparate de la joyería Groom de Ridgewood.

Kit le dijo que Jay le había contado que el negocio de repente había remontado otra vez. Me alegro, pensó Mona, pues había estado preocupada de que las cosas no le fueran bien. Sin duda durante el pasado otoño su yerno tenía muchas cosas en la cabeza.

Lacey merece ser feliz, se dijo Mona. Ahora es el momento de que conozca a la persona adecuada, se case y forme una familia. Y estoy segura de que está preparada para ello. Pero en cambio se encuentra sola en una ciudad extraña y tiene que quedarse allí fingiendo ser otra persona porque su vida corre peligro.

Llegó al aparcamiento de la calle 46 Oeste a las siete y media. Al ex no la esperaba en el restaurante hasta las ocho, lo que significaba que podía hacer algo que

le rondaba por la cabeza: en Times Square había un quiosco que vendía periódicos de otras ciudades y ella buscaría alguno de Mineápolis. Familiarizarse con la ciudad la haría sentir más cerca de Lacey, y quizá la consolara un poco pensar que su hija tal vez leería también ese mismo periódico.

La noche era fría pero despejada, y disfrutó del paseo de cinco manzanas hasta Times Square. Cuando Jack estaba vivo veníamos aquí a menudo, pensó. Solíamos salir con amigos después de una función. A Kit nunca le interesó el teatro tanto como a Lacey. Se parece tanto a su padre... es una enamorada de Broadway. Debe de echarlo muchísimo de menos.

En el quiosco encontró un ejemplar del *Minneapolis Star Tribune*. Quizá Lacey había leído esta mañana esa misma edición. Hasta el hecho de tocar el papel la hizo sentirse más cerca de su hija.

—¿Quiere una bolsa, señora?

—Sí, por favor. —Mona buscó el monedero en el bolso mientras el vendedor le ponía el periódico en una bolsa de plástico.

Cuando Mona llegó al restaurante, había cola en el guardarropa. Al ver que Alex ya estaba en la mesa, se dio prisa.

—Lamento llegar tarde —se disculpó.

Él se puso de pie y la besó en la mejilla.

—No llegas tarde, pero tienes la cara fría. ¿Has venido andando desde Nueva Jersey?

—No; llegué temprano y decidí ir a comprar un periódico.

Carlos, el camarero habitual, daba vueltas cerca de la mesa.

—Señora Farrell, permítame ayudarla a quitarse el abrigo ¿Quiere que le lleve la bolsa al guardarropa?

—No, déjala aquí —dijo Alex. Cogió la bolsa de plástico y la depositó sobre una silla vacía de la mesa.

Como siempre, fue una noche agradable. Cuando llegaron al café, Alex Carbine le tenía cogida la mano sobre la mesa.

—No ha sido una noche muy ajetreada para ti. Sólo te has levantado de la mesa unas diez veces —bromeó Mona.

—Pensé que por eso habías ido a comprar un periódico.

—En absoluto, aunque he tenido tiempo de echar un vistazo a los titulares. —Mona cogió el bolso—. Enseguida vuelvo.

A las once y media Alex la acompañó hasta el coche. A la una el restaurante cerró y el personal se marchó.

A las doce menos diez se hizo una llamada telefónica. El mensaje era sencillo: «Dile a Sandy que parece que está en Mineápolis».

¿Qué había pasado entre Heather Landi y Rick Parker?

Lacey estaba perpleja de que se conocieran. El viernes por la noche, después de que se marcharan Tom Lynch y Kate Knowles, incapaz de dormir, se había quedado levantada durante horas tratando de descifrar el significado de todo aquello.

Durante el fin de semana había repasado una y otra vez la noche de la muerte de Isabelle Waring. ¿Qué pensaba Rick mientras presenciaba cómo la interrogaban y le preguntaban qué sabía de Isabelle, si había conocido a Heather? ¿Por qué no había dicho nada?

Según Kate, el último día de su vida Heather se disgustó profundamente al ver a Rick en la estación de esquí de Stowe. Kate se había referido a él como un «capullo que tiene una inmobiliaria en Nueva York» y había dicho que «le había hecho alguna trastada a Heather cuando ésta acababa de llegar a la ciudad». Lacey recordó que Heather hacía referencia en el diario a un desagradable incidente ocurrido cuando buscaba apartamento en el West Side. ¿Acaso Rick tenía algo que ver con eso? Antes de que lo trasladaran a la avenida Madison, Rick había estado cinco años en las oficinas de Parker & Parker del West Side. Había cambiado de sucursal hacía unos tres años.

Lo que significa, pensó Lacey, que trabajaba en el West Side cuando Heather Landi llegó a Nueva York y buscaba apartamento. ¿Fue a Parker & Parker y conoció a Rick?

Y si fue así, ¿qué sucedió entre ellos?

Lacey meneó la cabeza, enfadada. ¿Podría ser que Rick tuviese parte en todo ese lío y que ella estuviera inmovilizada allí por su culpa? Rick fue quien me dio el nombre de Curtis Caldwell como posible comprador del apartamento de Isabelle, recordó. Fue culpa suya que yo llevara a Caldwell. Si Rick conoce a Caldwell de algo la policía podría dar con él. Y si lo detienen yo podré irme a casa.

Lacey se puso de pie y empezó a pasearse entusiasmada. A lo mejor era parte de lo que Isabelle había visto en el diario. Tenía que hacer llegar esa información a la oficina del fiscal Gary Baldwin.

Tuvo que refrenarse para no llamar por teléfono. El contacto directo estaba absolutamente prohibido. Tendría que dejar un mensaje para que George Svenson la llamara, y después escribir o hablar con Baldwin a través de canales seguros.

Tengo que hablar de nuevo con Kate, pensó. Debo averiguar más sobre Bill Merrill, el novio que le contó cómo reaccionó Heather al ver a Rick Parker, y enterarme de dónde vive. Baldwin querrá hablar con él, estoy segura, porque puede confirmar que Rick Parker estuvo en Stowe pocas horas antes de la muerte de Heather.

Kate había mencionado que el elenco estaría toda la semana en el hotel Radisson Plaza. Echó un vistazo al reloj. Eran las diez y media; aunque Kate durmiera hasta

tarde, como la mayoría de la gente del mundo del espectáculo, se estaría levantando en aquel momento.

Una voz ligeramente adormilada atendió al teléfono, pero cuando Kate supo quién llamaba, se despejó al instante y aceptó encantada la invitación de Lacey para almorzar juntas el día siguiente.

—A lo mejor tendríamos que decírselo a Tom, Kate —sugirió Lacey—. Ya sabes lo encantador que es. Nos llevará a un buen restaurante y encima pagará la cuenta. —Después, riéndose, añadió—: No, olvídale. Acabo de acordarme de que su programa empieza al mediodía.

Perfecto, seguro que Tom pensaría que ella quería sonsacarle información a Kate sobre él. Pero de todas formas es agradable, pensó al recordar lo preocupado que se sentía de no haberle prestado suficiente atención en la fiesta.

Se citó con Kate al mediodía del día siguiente en el Radisson. Mientras colgaba el auricular sintió una nueva oleada de esperanza. Se acercó a la ventana, abrió las cortinas para mirar fuera y decidió que era el primer rayo de sol después de una tormenta larga y terrible.

Era un día perfecto del Medio Oeste. La temperatura exterior era sólo de dos grados bajo cero, pero el sol brillaba tibio en un cielo sin nubes. No había viento y Lacey notó que no había nieve en las aceras.

Hasta ese día había estado demasiado nerviosa para salir a correr de verdad, temerosa de volverse y ver a Caldwell detrás, con sus ojos claros y helados clavados en ella. Pero de pronto, al sentir que cabía la posibilidad de algún avance en el caso, decidió que debía intentarlo, al menos para retomar cierto tipo de vida normal.

Al preparar el equipaje para el traslado, había puesto un grueso chándal de invierno, mitones, una gorra y una bufanda. Se cambió rápidamente y se dirigió hacia la puerta. En el momento en que giraba el pomo sonó el teléfono. Su primera reacción fue dejarlo sonar, pero al punto decidió contestar.

—Señorita Carroll, usted no me conoce —dijo una voz enérgica—. Soy Millicent Royce. Me he enterado de que está buscando trabajo en el negocio inmobiliario. Wendell Woods me habló de usted esta mañana.

—Sí, estoy buscando; mejor dicho, iba a empezar a buscar —respondió Lacey.

—Wendell se quedó bastante impresionado con usted y me sugirió que la entrevistara. Mi agencia está en Edina.

Edina estaba a quince minutos de la ciudad.

—Sí, sé dónde está.

—Muy bien. Tome nota de la dirección. ¿Está libre esta tarde?

Cuando Lacey salió del apartamento y empezó a correr por la calle, tuvo la sensación de que por fin su suerte empezaba a cambiar. Si Millicent Royce la

contrataba, tendría algo que hacer para ocupar el tiempo hasta volver a casa.

Después de todo, pensó irónicamente, como acaba de decirme la señora Royce, el negocio inmobiliario puede ser muy interesante. ¡Y apuesto a que no sabe ni la mitad de lo interesante que puede ser!

El programa de cuatro horas de Tom Lynch era una mezcla de noticias, entrevistas y humor poco convencional. Se emitía de lunes a viernes de doce a cuatro de la tarde, y los invitados abarcaban un amplio espectro que iba desde figuras políticas hasta importantes personajes locales, pasando por escritores y famosos de visita en la ciudad.

Antes del programa, Tom pasaba la mayor parte de la mañana en su despacho de la emisora navegando por Internet u hojeando periódicos y revistas de todo el país en busca de temas de interés o de discusión poco corrientes.

El lunes por la mañana, después del estreno de *El rey y yo*, se sentía intranquilo porque se había pasado todo el fin de semana pensando en Alice Carroll. Había estado tentado de llamarla varias veces, pero colgaba antes de que se estableciera la comunicación.

Recordó que seguramente la vería en el gimnasio durante la semana, entonces podría invitarla a cenar o al cine sin darle mayor trascendencia. Llamarla y quedar para verse podía convertir la cita en algo de excesiva importancia, y después, si no volvía a invitarla o si ella rechazaba una invitación y seguían cruzándose en el gimnasio, se crearía una situación incómoda.

Sabía que su preocupación sobre ese tema era motivo permanente de bromas entre sus amigos. «Tom, eres un tipo agradable, pero si no vuelves a llamar a esa chica, pasará de ti».

Al recordar esa conversación, Tom reconoció que si salía algunas veces con Alice Carroll y después no volvía a llamarla, era evidente que ella se las arreglaría perfectamente sin él.

Alice tenía algo tan silencioso y reservado, pensó mientras se daba cuenta de que le faltaba una hora para empezar el programa. No hablaba mucho de ella y se notaba que no le gustaba mucho que le hicieran preguntas. Esa primera tarde, mientras tomaban un café en el gimnasio, ella no pareció muy contenta de las bromas que él había hecho sobre su traslado a Mineápolis. Y el viernes por la noche, durante la obertura de *El rey y yo*, había tenido la sensación de que Alice había estado a punto de echarse a llorar.

Algunas chicas tienen un arrebato si su compañero no les presta mucha atención en una fiesta. Pero a Alice no le había molestado que él la hubiera dejado sola cuando la gente se acercaba a saludarlo.

La ropa que se había puesto para el estreno era cara, hasta un ciego podía verlo.

Había oído por casualidad que le contaba a Kate que había visto *El rey y yo* tres veces. Y cuando hablaban de la reposición de *El novio*, sabía lo que decía.

Trajes caros. Viajes a Nueva York desde Hartford para ir al teatro. No era el tipo de cosas que se podían hacer con el sueldo de empleada de médico.

Tom se encogió de hombros. Era inútil. Sus preguntas no eran más que un signo de su interés por Alice, y, la verdad, no podía dejar de pensar en ella. La llamaría y le preguntaría si quería ir a cenar con él esa noche. Quería verla. Cogió el teléfono, marcó y esperó. Después de cuatro llamadas se puso en marcha el contestador automático. La voz grave y agradable de Alice, dijo: «Ha llamado al 555 12 47. Deje un mensaje y lo llamaré lo antes posible».

Tom dudó, y, después de decidir que llamaría más tarde, colgó. Se sintió más incómodo que nunca con el hecho de estar tan desilusionado por no haberla encontrado.

El lunes por la mañana, Sandy Savarano tomó el vuelo 1703 de Northwest de Nueva York a Mineápolis. Iba en primera clase, tal como había viajado desde Costa Rica, donde vivía ahora. Los vecinos lo conocían como Charles Austin, un norteamericano próspero que había vendido su empresa hacía dos años y se había retirado a los cuarenta años a la buena vida tropical.

Su mujer, de veinticuatro años, lo había llevado al aeropuerto de Costa Rica y le había hecho prometer que no se quedaría mucho tiempo.

—Ahora ya estás retirado —le había dicho haciendo pucheros cariñosos mientras le daba un beso de despedida.

—Eso no significa que rechace una oferta de dinero.

Era la misma justificación que daba para los otros trabajos realizados en los últimos dos años, desde que se hacía pasar por muerto.

—Bonito día para volarle dijo ahora la pasajera que iba sentada al lado, una mujer de cerca de treinta años. En algo le recordaba un poco a Lacey Farrell. Pero claro, tenía a Farrell en la cabeza, puesto que ella era la razón de ese viaje a Mineápolis. La única persona en el mundo que puede identificarme como un asesino, pensó. No merece vivir. Y no vivirá mucho.

—Sí, muy bonito —coincidió con cierta aspereza.

Le divirtió ver la mirada de interés de la joven. Las mujeres lo encontraban atractivo. El doctor Ivan Yenkel, un inmigrante ruso que le había hecho la cara nueva hacía dos años, sin duda era un genio. La nariz arreglada era más fina y el bulto que tenía desde que se la había roto en el reformatorio había desaparecido. Le había esculpido la pesada barbilla, y reducido las orejas que ya no sobresalían de la cabeza. Las cejas, antes pobladas incluso en el entrecejo, ahora eran más delgadas y simétricas. Yenkel también le había arreglado los párpados caídos y eliminado las bolsas debajo de los ojos. El pelo castaño oscuro tenía ahora el color de la arena, un capricho en honor a su apodo. Unas lentes de contacto azules claras completaban la transformación.

—Tienes un aspecto fabuloso, Sandy —se había jactado Yenkel al retirarle el último vendaje—. Jamás te reconocerá nadie.

—De eso no hay duda.

Sandy siempre se estremecía al recordar la expresión de sorpresa en los ojos de Yenkel mientras moría.

No pienso volver a pasar por todo aquello, pensó Sandy con una sonrisa de despedida hacia su compañera de asiento mientras cogía una revista y la abría.

Fingiendo que leía, repasó su plan de acción. Tenía una reserva de dos semanas en el hotel Radisson Plaza a nombre de James Burgess. Si para entonces no había encontrado a Farrell, se cambiaría de hotel. No valía la pena despertar sospechas con una estancia prolongada.

Le habían dado algunas sugerencias de dónde encontrarla. En Nueva York, la chica solía ir regularmente a un gimnasio. Era lógico suponer que haría lo mismo en Mineápolis. Así que empezaría dándose una vuelta por los gimnasios del lugar. La gente no cambiaba tanto de costumbres.

Además, era una aficionada al teatro. Pues bien, el Orpheum de Mineápolis estrenaba obra prácticamente todas las semanas; el teatro Tyrone Guthrie era otro sitio en el que buscar.

El único empleo que Lacey había tenido era en el negocio inmobiliario. Así que si trabajaba, lo más probable era que lo hiciera en alguna agencia inmobiliaria.

Savarano ya había localizado y eliminado a otras dos personas que estaban en el programa de protección a testigos. Sabía que el gobierno no daba falsas referencias de trabajo, por lo tanto, la mayoría encontraba empleo en pequeños negocios que los contrataban de buena fe.

El oficial de vuelo avisaba a los pasajeros: «Comenzamos el descenso... Pongan sus asientos en posición vertical... Abróchense los cinturones...».

Sandy Savarano empezó a imaginar la expresión que vería en la mirada de Lacey Farrell cuando le disparara.

La inmobiliaria Royce estaba situada entre la calle 50 y la avenida France de Edina. Antes de salir del apartamento, Lacey estudió en el mapa el mejor camino. Su madre había comentado una vez que era asombroso que Lacey pudiera ser tan práctica y al mismo tiempo poseer un sentido de la orientación tan desastroso. En esto último tenía razón, pensó Lacey meneando la cabeza. En Nueva York era fácil, se limitaba a coger un taxi con el cliente y listo. Pero Mineápolis, una ciudad extensa y con tantas zonas residenciales, era otra cosa. ¿Cómo voy a llevar a los clientes a ver las casas si me pierdo cada cinco minutos? se preguntó.

Sin embargo, siguió el mapa cuidadosamente y llegó a la oficina después de haberse equivocado sólo una vez. Aparcó, se detuvo por un momento delante de la entrada de la inmobiliaria Royce y miró a través de la ancha puerta de cristal.

La agencia era pequeña pero bonita. La recepción estaba revestida con paneles de roble de los que colgaban fotos de casas; una alegre alfombra a cuadros rojos y azules, un escritorio corriente y sillones de piel de aspecto cómodo. Un pequeño pasillo llevaba de la recepción al despacho. Una mujer trabajaba delante de un escritorio.

Allá voy, pensó mientras respiraba hondo. Si paso esta prueba con éxito, pronto estaré preparada para mi debut en Broadway. Siempre y cuando vuelva alguna vez a Nueva York.

Abrió la puerta y unas campanillas anunciaron su llegada. La mujer levantó la vista y salió a recibirla.

—Soy Millicent Royce —dijo tendiéndole la mano— y tú debes de ser Alice Carroll.

A Lacey le cayó bien. Era una mujer guapa de unos setenta años, bien plantada, con un bonito traje marrón de punto y un cutis sin arrugas gracias al maquillaje. Llevaba el pelo gris brillante recogido en un moño, un peinado que a Lacey le recordó a su abuela.

La recibió con una sonrisa de bienvenida, pero Lacey advirtió que los bondadosos ojos azules de Millicent Royce la examinaban detenidamente. Se alegró de haberse puesto la chaqueta marrón y los pantalones grises. Eran conservadores, pero bonitos, nada absurdos y con estilo. Además, creía que ese conjunto le daba suerte en las ventas. Ahora, a lo mejor la ayudaban a conseguir trabajo.

Millicent Royce le señaló una silla y se sentó frente a ella.

—Tengo un día terrible —dijo disculpándose—, así que no dispongo de mucho tiempo. Háblame de ti, Alice.

Lacey se sintió como si estuviera en la sala de interrogatorios con un foco iluminándola. Los ojos de Millicent Royce no se apartaban de su cara.

—Veamos. Acabo de cumplir treinta años y tengo buena salud. Mi vida ha cambiado mucho durante el último año. Y Dios sabe que es verdad, pensó.

—Soy de Hartford, Connecticut. Después de terminar mis estudios, trabajé ocho años para un médico que se jubiló.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó la señora Royce.

—Recepcionista, trabajos generales de oficina, un poco de contabilidad, enviar los volantes médicos.

—¿Entonces tienes experiencia con ordenadores?

—Sí.

La mujer echó un vistazo al ordenador del escritorio de recepción, junto al que había una pila de papeles.

—El trabajo consiste en atender el teléfono, mantener al día los encargos de ventas, preparar los anuncios de los encargos nuevos, llamar a posibles interesados cuando nos entra una nueva propiedad, ayudar a enseñar las casas. De las ventas en sí me ocupo yo. Pero quiero preguntarte algo: ¿qué te hace pensar que te gustará el negocio inmobiliario?

Porque me gusta emparejar a la gente con los lugares, pensó Lacey. Me encanta adivinar y ver cómo se ilumina la mirada de alguien cuando lo llevo a una casa o un apartamento y compruebo que era lo que esa persona buscaba. Me encanta el regateo hasta fijar un precio.

Pero, en cambio, se limitó a decir:

—No quiero volver a trabajar en una consulta médica, y siempre he creído que el negocio inmobiliario es muy interesante.

—Comprendo. Bien, voy a llamar al médico jubilado para hablar con él. Si sus referencias son buenas, y estoy segura de que lo serán, te daré la oportunidad de probar. ¿Tienes su número de teléfono?

—No. Lo cambió y no figura en la guía. No quería que sus pacientes siguieran llamándolo.

Millicent Royce frunció el entrecejo y Lacey se dio cuenta de que sus respuestas le parecían demasiado evasivas.

Entonces recordó lo que le había dicho George Svenson: «Ofrézcales trabajar gratis durante un par de semanas o un mes».

—Tengo una idea —dijo Lacey—. No me pague nada durante un mes. Después, si está satisfecha conmigo, me contrata; y si cree que no tengo condiciones para el trabajo, me lo dice. —Se encontró con la firme mirada de Millicent Royce sin parpadear—. No se arrepentirá —añadió.

La señora Royce se encogió de hombros.

—En Minnesota, la tierra de los lagos, ésa es una oferta que no se puede rechazar.

—¿Por qué no se le informó antes al señor Landi? —preguntó en voz baja Steve Abbott.

Era lunes por la tarde, Abbott había insistido en acompañar a Jimmy a una reunión con los detectives Sloane y Mars a la comisaría 19.

—¡Quiero saber qué coño está pasando! le había dicho esa mañana Jimmy. —El enfado de su voz se reflejaba en la cara—. Los polis tienen que saber dónde está Lacey Farrell.

No puede haber desaparecido. ¡Es testigo de un asesinato!

—¿Los has llamado? —le había preguntado Steve.

—Por supuesto. Pero pregunté por ella y sólo se limitaron a decirme que les diga a los Parker que pongan otra agente para llevar lo de la venta del apartamento. No los he llamado por eso ¿Qué se creen? ¿Que me preocupa el piso, que se trata de una cuestión de dinero? ¡Qué absurdo! Les dije que iría a verlos y que quería respuestas.

Abbott sabía que la ira y la depresión de Landi se habían agravado después de borrar a Heather de los murales del restaurante.

—Iré contigo —había insistido.

Cuando llegaron, los detectives Sloane y Mars los llevaron a la sala de interrogatorios. Admitieron de mala gana que Lacey Farrell estaba en el programa federal de protección a testigos porque habían atentado contra su vida.

—He preguntado por qué no fue informado el señor Landi de lo sucedido con la señorita Farrell —insistió Abbott—. Quiero una respuesta.

Sloane sacó un cigarrillo.

—Señor Abbott, le he asegurado al señor Landi que seguimos con la investigación, y así es. No vamos a descansar hasta encontrar y procesar al asesino de Isabelle Waring.

—Usted me contó un cuento chino sobre un tipo que va a ver apartamentos como posible comprador y después vuelve para robar —dijo Jimmy explotando otra vez— y me dijo que creía que la muerte de Isabelle había sido sólo una casualidad, que estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado. Ahora me dice que Lacey Farrell está en el programa de protección a testigos, y admite que le robaron el diario de Heather delante de sus narices en esta misma comisaría. No juegue conmigo. No fue un asesinato fortuito, y usted lo sabía desde el primer día.

Eddie Sloane vio la ira y el disgusto en los ojos de Landi.

No lo culpo, pensó. Su ex mujer está muerta, perdimos el diario que quizás era una prueba crucial y la mujer que llevó al asesino al apartamento ha desaparecido. Lo comprendo porque sé cómo me sentiría yo.

Esos cuatro meses, desde que habían llamado a la comisaría desde el número 3 de la calle 70 Este, habían sido espantosos. A medida que se desarrollaba el caso, Eddie agradecía que el fiscal de distrito no hubiera cedido ante el fiscal del estado Baldwin.

El primero se había mostrado inflexible en cuanto a que el departamento de policía de Nueva York abandonara el caso.

«Ha habido un asesinato en el distrito 19 —le había dicho a Baldwin— y, le guste o no, vamos a seguir hasta el final. Compartiremos información con usted, naturalmente, pero usted tiene que compartirla con nosotros. Cuando atrapen a Savarano cooperaremos en el trato que logre hacer con él, pero sólo si no nos deja de lado. Estamos muy interesados en este caso y no tenemos intenciones de abandonarlo».

—No era un cuento chino, señor Landi —repuso Nick Mars con franqueza—. Queríamos encontrar el asesino de la señora Waring tanto como usted. Pero si la señorita Farrell no se hubiera llevado el diario del apartamento, al parecer con la intención de dárselo a usted, habríamos avanzado mucho más en esta investigación.

—Pero creo que el diario lo robaron de aquí —replicó Steve en voz peligrosamente baja—. ¿Y ahora sugiere que la señorita Farrell quizá lo haya alterado?

—No creemos que lo haya hecho, pero no estamos seguros —admitió Sloane.

—Sea sincero con nosotros, detective. No está seguro de casi nada, salvo de que esta investigación es una chapuza —soltó Abbott con visible enfado—. Vamos, Jimmy, me parece que ha llegado el momento de que contratemos a un investigador. Con la policía nunca averiguaremos lo que pasa.

—¡Eso debí hacer en cuanto me avisaron de lo de Isabelle! —dijo Jimmy Landi poniéndose de pie—. Y quiero la copia que les di del diario de mi hija antes de que también la pierdan.

—Hemos hecho otras copias —respondió Sloane—. Nick, devuélvele al señor Landi las hojas que nos dio.

—Ahora mismo, Eddie.

—Señor Landi —dijo Sloane mientras esperaban— nos dijo que había leído el diario antes de dárnoslo.

Los ojos de Landi se oscurecieron.

—Así es.

—Nos dijo que lo había leído «cuidadosamente». Piénselo de nuevo ¿diría ahora que eso es cierto?

—¿Qué significa cuidadosamente? —preguntó Jimmy irritado—. Lo leí.

—Escuche, señor Landi —insistió Sloane—. Comprendo cuán difícil le resulta todo esto, pero quiero que vuelva a leerlo cuidadosamente. Lo hemos leído con todo detalle, y, salvo un par de referencias ambiguas en las primeras páginas sobre un incidente en el West Side, no hemos encontrado indicios de nada útil. Pero la cuestión es que la señora Waring le dijo a Lacey Farrell que había encontrado algo que podía ayudar a demostrar que la muerte de su hija no había sido un accidente...

—Isabelle habría encontrado algo sospechoso hasta en el catecismo de Baltimore —dijo Jimmy sacudiendo la cabeza.

Se quedaron en silencio hasta que Nick Mars volvió con un sobre marrón que le tendió a Landi.

Jimmy se lo arrebató y lo abrió. Sacó el contenido, lo hojeó rápidamente y se detuvo en la última página. La leyó y miró a Mars.

—¿Y ahora a qué está jugando? —preguntó.

Sloane tenía la desagradable sensación de que estaba a punto de oír algo que no quería saber.

—El diario tenía más páginas —explicó Landi—. Las últimas dos hojas del fajo que les di no estaban escritas en papel rayado. Lo recuerdo porque estaban sucias, manchadas de sangre... ¿Dónde están? ¿También las han perdido?

Al llegar al aeropuerto de Mineápolis, Sandy Savarano fue directamente del avión a recoger su pesada maleta negra.

Después buscó los lavabos y se encerró en una cabina. Apoyó la maleta en el inodoro y la abrió.

Sacó un espejo de mano y abrió la cremallera de un maletín que contenía una peluca gris, unas espesas cejas grises y unas gafas redondas de montura de concha.

Se quitó las lentes de contacto, que dejaron al descubierto unos ojos marrón oscuro, y después, con movimientos diestros, se puso la peluca, se la peinó para taparse parte de la frente, se pegó las cejas y se puso las gafas.

Con un lápiz cosmético se pintó manchas de edad en la frente y el dorso de las manos. Se cambió los mocasines Gucci que llevaba por un par de zapatos ortopédicos abotinados que sacó de la maleta.

Por último retiró un abrigo de tweed con hombreras y guardó en la maleta la gabardina Burberry con la que había bajado del avión.

El hombre que salió del lavabo parecía veinte años mayor y completamente diferente del que había entrado.

A continuación se dirigió al mostrador de Avis, donde tenía reservado un coche a nombre de James Burgess de Filadelfia. Sacó un carnet de conducir y una tarjeta de crédito.

El primero era una buena falsificación; la tarjeta, en cambio, era auténtica, pues le habían abierto una cuenta a nombre de Burgess.

Un frío tonificante lo recibió al salir de la terminal y sumarse al grupo que esperaba junto al bordillo al vehículo que los llevaría al aparcamiento de coches de alquiler.

Mientras aguardaba, estudió el mapa que le había marcado la empleada, empezó a memorizar las rutas de acceso a la ciudad y a calcular el tiempo que cada una requería. Le gustaba planificar todo con cuidado. Nada de sorpresas, ése era su lema. Razón por la cual la inesperada llegada de la Farrell al apartamento de Isabelle Waring había sido de lo más irritante. Lo había pillado por sorpresa y él había cometido el error de dejarla escapar.

Sabía que su meticulosidad con los detalles era la razón principal de que aún fuera un hombre libre, mientras muchos de sus ex compañeros del reformatorio se pudrían en la cárcel con largas condenas. La sola idea le daba escalofríos: la puerta de la celda que se cerraba... Despertar y saber que estaba allí atrapado, que siempre sería igual... Sentir que el techo y las paredes se cerraban sobre él, lo apretaban, lo ahogaban...

Sobre la frente, debajo de los mechones que se había peinado con esmero, Sandy sintió gotas de sudor. A mí no me pasará, se prometió. Antes prefiero morir.

El vehículo se acercaba. Levantó el brazo impaciente para asegurarse de que se

detuviera. Estaba ansioso por empezar la búsqueda de Lacey Farrell. Mientras estuviera viva, sería una amenaza constante para su libertad.

En el momento en que el vehículo se detuvo para que subiera, Sandy sintió un golpe en la parte posterior de las piernas. Se giró rápidamente y se encontró cara a cara con la compañera de asiento del avión. Lo había golpeado sin querer con la maleta.

Sus miradas se encontraron, y Sandy respiró profundamente. Estaban a pocos centímetros de distancia, pero la joven no lo reconoció.

—Lo siento —dijo ésta.

Se abrió la puerta del vehículo y Savarano subió con la certeza de que esa torpe mujer acababa de confirmarle que, con ese disfraz, podría acercarse a la Farrell sin temor a que lo reconociera. Esta vez no iba a darle la oportunidad de escapar. Había sido un error que no repetiría.

Cuando Millicent Royce aceptó tenerla a prueba sin sueldo, Lacey le propuso pasar el resto de la tarde familiarizándose con los archivos del ordenador y poniendo al día la correspondencia acumulada en el escritorio de recepción.

Después de cuatro meses lejos de una oficina, era un placer estar ante un escritorio, ver las ofertas, familiarizarse con los precios de las casas de la zona.

A las tres, la señora Royce acompañó a un interesado a ver un apartamento y le pidió a Lacey que se ocupara del teléfono.

La primera llamada fue casi un desastre.

—Inmobiliaria Royce —contestó—. Soy Lace... —Colgó bruscamente y se quedó mirando el aparato. Había estado a punto de dar su auténtico nombre.

Al cabo de un instante el teléfono volvió a sonar. Tenía que atender y probablemente era la misma persona. ¿Qué podía decir?

La voz al otro extremo de la línea parecía ligeramente irritada.

—Creo que se ha cortado —dijo Lacey sin demasiada convicción.

Durante la siguiente hora el teléfono no paró de sonar y Lacey atendió con eficiencia cada llamada. Pero no fue hasta más tarde, mientras apuntaba el mensaje de la consulta del dentista para confirmar la cita que tenía la señora Royce la semana siguiente, cuando se dio cuenta de que estar otra vez en su elemento podía ser una trampa. Como precaución, repasó todos los recados que había apuntado. Una mujer había llamado para decir que su marido iba a ser trasladado a Mineápolis y que una amiga le había recomendado que llamara a la agencia Royce para buscar casa.

Lacey le había hecho las preguntas habituales de una agente inmobiliaria: ¿Precio? ¿Cuántas habitaciones? ¿Límite de antigüedad de la casa? ¿Era importante el distrito escolar? ¿La compra estaba supeditada a la venta de la vivienda actual? Incluso había anotado las respuestas con las abreviaturas propias del sector: «4dr./3b./cal/aa».

Estoy orgullosa de mí misma, pensó mientras copiaba el nombre de la mujer en otro papel y ocultaba sus conocimientos inmobiliarios. Al final añadió el mensaje: «Buen candidato debido a traslado inmediato». Quizás hasta eso la delataría, pensó, pero lo dejó al ver que Millicent entraba en la agencia.

La señora Royce parecía cansada pero se alegró al encontrarse todos los mensajes y de la eficiencia con que Lacey había clasificado la correspondencia. Eran casi las cinco.

—¿Vendrá mañana, Alice?

—Por supuesto —respondió Lacey—. Pero he quedado para almorzar y no puedo cancelarlo.

Mientras volvía a la ciudad, Lacey empezó a deprimirse. Como siempre, no tenía planes para la noche y la idea de volver al apartamento a prepararse otra cena solitaria de pronto le resultaba insoportable. Iré al gimnasio a hacer un poco de ejercicio, decidió. Al menos entre el footing de esta mañana y la gimnasia de ahora, quizá me sienta suficientemente cansada para poder dormir.

Cuando llegó al gimnasio, Ruth Wilcox la llamó.

—Adivina una cosa —le dijo con tono de complicidad—. Tom Lynch se quedó muy desilusionado de no encontrarte esta tarde. Hasta se acercó a preguntarme si habías venido más temprano. Alice, creo que le gustas.

Si es así, le gusta alguien que en realidad no existe, pensó Lacey con amargo cinismo. Se quedó en el gimnasio sólo media hora y luego se marchó a casa. El contestador automático parpadeaba. Tom había llamado a las cuatro y media: «Pensaba que te vería en el gimnasio, Alice. Me lo pasé muy bien el viernes por la noche. Si llegas a casa antes de las siete y tienes ganas de ir a cenar, llámame. Mi número es el...».

Lacey pulsó el STOP y borró el mensaje sin oír el número de Tom. Era más fácil eso que pasarse otra noche mintiendo a alguien con quien, en otras circunstancias, hubiera disfrutado.

Se preparó una cena rápida. Comida consuelo, pensó. En ese momento recordó que la noche anterior a la muerte de Isabelle Waring había cenado lo mismo. Llamó y no cogió el teléfono, pensó. Estaba cansada y no quería hablar con ella.

En el mensaje que le había dejado en el contestador, Isabelle decía que en el diario había encontrado algo que al parecer demostraba que la muerte de Heather no había sido un accidente.

Pero a la mañana siguiente, cuando me llamó a la oficina, no quiso hablar del asunto, recordó Lacey. Después, cuando llevé a Curtis Caldwell, se quedó en la biblioteca leyendo el diario. Y al cabo de unas horas estaba muerta. Las imágenes repentinamente le entumecieron la garganta mientras tragaba el último trozo de bocadillo: Isabelle en la biblioteca llorando mientras leía el diario de Heather, Isabelle a punto de morir rogándole que le diera el diario al padre de Heather... ¿Es esto lo que me ha estado fastidiando? se preguntó ¿Algo que vi en la biblioteca esa última tarde? ¿Algo que noté cuando hablé con Isabelle allí? Repasó mentalmente aquella tarde, tratando de volver a eso que se le escapaba.

Al fin se dio por vencida. Sencillamente no lograba recordarlo. Déjalo por ahora, se dijo. Más tarde intentaré darle a mi cabeza la orden de «buscar y recuperar». A fin de cuentas la mente es un ordenador ¿no?

Esa noche, en sueños, vio imágenes vagas de Isabelle con una estilográfica verde llorando mientras leía el diario de Heather durante las últimas horas de su vida.

Después de registrarse en el hotel Radisson Plaza, a media manzana del centro comercial Nicollet, Sandy Savarano pasó el resto de su primer día en Mineápolis estudiando minuciosamente los gimnasios del área metropolitana en la guía telefónica.

Hizo una segunda lista de todas las agencias inmobiliarias, poniendo en una columna separada las especializadas en ventas de locales comerciales. Sabía que Lacey Farrell intentaría buscar trabajo sin referencias; lo más probable era que esas agencias no contrataran a nadie sin comprobar sus antecedentes. Al día siguiente empezaría a llamar a las otras.

Su plan era sencillo: diría que estaba llevando a cabo una encuesta informal para la Asociación Nacional de Agentes de la Propiedad Inmobiliaria para calcular el porcentaje de empleadas entre veinticinco y treinta y cinco años. Haría sólo una pregunta: ¿La agencia había contratado alguna agente, secretaria o recepcionista durante los últimos seis meses? Si era así ¿qué edad tenía?

Para los gimnasios necesitaba otro plan. Esas preguntas no servirían, puesto que la mayoría de las personas que se hacían socias tenían entre veinticinco y treinta y cinco años; lo que significaba que localizar a Farrell en los gimnasios sería más arriesgado. Podía ir y fingir que se quería hacer socio, y después sacar una foto de Farrell. Era una foto vieja, de final de carrera en la universidad, pero aun así se la reconocía. Diría que era su hija que se había marchado de casa después de un malentendido familiar y que la buscaba porque él y su mujer estaban destrozados.

Comprobar los gimnasios le llevaría tiempo, pero afortunadamente no había demasiados en el área metropolitana.

A las diez menos cinco, Sandy Savarano estaba preparado para salir a dar un paseo. El centro comercial estaba a oscuras, los escaparates de las tiendas ya no brillaban.

Sandy sabía que se podía ir andando hasta el río Misisipí. Giró a la derecha y enfiló en esa dirección. Era una figura solitaria, y para cualquier transeúnte parecía un hombre de más de sesenta años que no debería ir solo a esas horas de la noche. Un observador fortuito jamás hubiera imaginado lo equivocado que estaba, porque, en ese paseo, Sandy Savarano empezaba a experimentar la morbosa emoción que sentía cada vez que acechaba a una víctima y se acercaba a su hábitat.

El martes a las nueve de la mañana, cuando Millicent Royce llegó a la agencia, Lacey estaba esperando en la puerta.

—Vaya, de momento el sueldo no es tan bueno —dijo Millicent Royce riendo.

—Bueno, fue lo que acordamos ¿no? Y ya le puedo decir que el trabajo me gustará.

La señora Royce abrió la puerta. El frío de la oficina les dio la bienvenida.

—El clima de Minnesota —dijo Royce—. Bueno, lo primero es lo primero: voy a preparar café ¿Cómo lo quieres?

—Solo, por favor.

—Regina, la secretaria anterior, que ha tenido un hijo, solía ponerse dos cucharadas de azúcar y no aumentaba ni un gramo de peso. Le dije que era un motivo legítimo para odiarla.

Lacey pensó en Janey Boyd, una secretaria de Parker & Parker que siempre estaba mordisqueando galletas o chocolate y no obstante era delgadísima.

—Había una chica así en... en la consulta del médico —rectificó a tiempo—. Desde luego era un mal ejemplo.

Supón que Millicent Royce quiere llamar a una compañera de trabajo para pedir referencias personales, pensó.

Cuidado, se dijo. Mucho cuidado.

En ese momento sonó la primera llamada del día; una interrupción perfecta.

A las doce del mediodía, Lacey se marchó a almorzar con Kate Knowles.

—Volveré a las dos —dijo—. A partir de ahora comeré un bocadillo en el escritorio, así que si tiene que salir para alguna cita me quedaré aquí.

Llegó al Radisson a las doce y veinticinco. Kate ya estaba a la mesa.

—Para mí esto es el desayuno y el almuerzo juntos —le dijo, enseñándole el panecillo que mordisqueaba—. Espero que no te importe que haya empezado.

Lacey se sentó en la silla de enfrente.

—En absoluto. ¿Qué tal va el espectáculo?

—Estupendo.

Las dos pidieron tortilla francesa, ensalada y café.

—Lo necesario pero sin exagerar —sonrió Kate—. Tengo que reconocer que siento curiosidad. He hablado con Tom esta mañana y le conté que iba a almorzar contigo. Me dijo que era una lástima que no pudiera venir y que te diese saludos de su parte. —Kate cogió otro panecillo—. Me explicó que de repente decidiste mudarte aquí, que sólo habías estado una vez de visita de niña ¿Cómo es posible que un lugar

se quede tan grabado?

Contesta la pregunta con otra pregunta.

—Tú que estás mucho de gira —dijo Lacey— ¿no recuerdas algunas ciudades más que otras?

—Por supuesto. Las buenas, como ésta, y las no tan buenas. Mira, te voy a contar algo de la peor de todas...

Lacey se relajó mientras Kate le contaba la graciosa historia. Hay mucha gente así en el mundo del espectáculo, pensó con nostalgia. Mi padre tenía el mismo talento; hasta podía hacer que la lista de la compra resultara interesante.

Cuando iban por la segunda taza de café, se las arregló para desviar la conversación hacia ese amigo llamado Bill que Kate había mencionado.

—La otra noche mencionaste a un chico con el que sales —empezó—. Bill no-sé-qué, ¿no?

—Bill Merrill. Un encanto. Hasta podría ser demasiado perfecto, pero tal como van las cosas es posible que no llegue a saberlo. Sin embargo, sigo intentándolo. — Los ojos de Kate se iluminaron—. El problema es que yo viajo mucho y él también.

—¿A qué se dedica?

—Trabaja en un banco de inversiones y, como quien dice, prácticamente va cada día a China.

—¿En qué banco?

—En el Chase Manhattan.

Lacey había aprendido a reconocer el brillo de curiosidad que indicaba que la estaban estudiando. Kate era lista, percibía que la sondeaban para sonsacarle información. Ya sé lo que quería saber, pensó. Déjala que siga hablando de lo suyo.

—Supongo que lo mejor que podría pasarte es tener un éxito en Broadway que estuviera diez años en cartel —le dijo.

—Has dado en el clavo —respondió Kate con una sonrisa— sería como tenerlo todo. Me encantaría no moverme de Nueva York. Sobre todo por Bill, claro, y además porque no hay duda de que Tom va a acabar allí en los próximos cinco años. Es evidente que va camino del éxito, y seguro que va a aterrizar en Nueva York. Para mí sería la guinda del pastel. Éramos los dos únicos niños de la familia, así que más que primos somos como hermanos, además de muy buenos amigos. Nunca me ha fallado cuando lo he necesitado. Por otra parte, es la clase de persona que se da cuenta cuando alguien necesita ayuda.

¿Por eso me invitó a salir la semana pasada y me llamó anoche? pensó Lacey mientras pedía la cuenta.

—Debo irme corriendo —explicó— es mi primer día de trabajo completo.

Lacey hizo una llamada en un teléfono público del vestíbulo y dejó un mensaje

para George Svenson: «Tengo información nueva en relación al caso de Heather Landi que debo transmitir directamente al fiscal Baldwin».

Colgó y cruzó el vestíbulo deprisa, consciente de que llegaba tarde a la agencia.

Al cabo de un minuto, una mano con manchas marrones de edad, levantaba el auricular aún tibio.

Sandy Savarano nunca hacía llamadas que pudieran rastrearse. Siempre tenía los bolsillos llenos de monedas de veinticinco. Su plan era hacer cinco llamadas desde allí, después otras cinco desde otro teléfono y así hasta acabar con la lista de agencias inmobiliarias.

—Inmobiliaria del Centro —atendieron después de que marcara el primer número.

—Trabajo para la Asociación Nacional de Agentes de la Propiedad Inmobiliaria. Le robaré sólo un minuto. Estamos llevando a cabo una encuesta informal...

Tal como el fiscal general del estado Gary Baldwin le dijo al detective Ed Sloane del departamento de policía de Nueva York, no soportaba muy bien a los imbéciles. La tarde anterior lo había llamado Sloane para informarle que habían desaparecido de la comisaría varias hojas de la copia de Jimmy Landi del diario de su hija, y Baldwin estaba furioso.

—¿Y cómo se las ha arreglado para no perderlo todo como le pasó con el original? —le había dicho enfurecido.

Cuando Sloane volvió a llamarlo veinticuatro horas después, le dio una segunda oportunidad para airear sus quejas.

—Nos estamos matando para estudiar la copia del diario que nos dio, y resulta que faltan páginas que evidentemente tienen importancia, puesto que alguien se ha arriesgado a robárselas delante de sus narices ¿Dónde dejó el diario cuando se lo dieron? ¿En el tablero de anuncios? ¿Y la copia? ¿En la calle? No habrá colgado un cartel que dijera «Prueba de un caso de asesinato. Sírvase una» ¿verdad?

Mientras escuchaba el ácido discurso, los pensamientos de Ed Sloane sobre lo que le gustaría hacerle a Baldwin, lo retrotrajeron a su clase de latín III. San Pablo, cuando predicaba sobre un pecado grave, advertía: ne nominatur in vobis (ni siquiera lo mencionéis). Va perfecto, porque es mejor no mencionar lo que me gustaría hacer contigo, pensó. Pero él también estaba indignado de que el diario original, y posiblemente algunas hojas de la copia, hubieran desaparecido del armario cerrado donde guardaba las pruebas en su despacho de la comisaría.

Evidentemente era culpa suya. Llevaba las llaves del armario y el despacho en un llavero grueso en el bolsillo de la chaqueta. Y siempre se sacaba la chaqueta. Por lo tanto, prácticamente cualquiera podía habérselas quitado, hacer duplicados y volver a ponerlas en su sitio.

Después de la desaparición del original, se habían cambiado las cerraduras. Pero él no había cambiado la costumbre de olvidarse las llaves en la chaqueta colgada en el respaldo de la silla.

Volvió a centrarse en la conversación telefónica. Baldwin, por fin, se había quedado sin aliento, de modo que Sloane aprovechó la oportunidad para decir algo.

—Señor, ayer le informé de lo sucedido porque pensé que debía saberlo. Pero ahora lo llamo porque francamente no estoy muy seguro de que Jimmy Landi sea un testigo muy fiable. Ayer admitió que apenas había hojeado el diario cuando se lo dio la señorita Farrell. Además, sólo lo tuvo poco más de un día.

—Pero el diario no es tan largo —espetó Baldwin—. Se puede leer detenidamente en un par de horas.

—Pero no lo hizo, y eso es lo que importa —repuso Sloane con vehemencia mientras le daba las gracias a Nick Mars con la cabeza por la taza de café que

acababa de dejarle sobre el escritorio—. También amenaza con ponerse difícil. Dijo que va a contratar a un investigador. Y el socio de Landi, Steve Abbott, lo acompañó a la reunión y estuvo de lo más prepotente para apoyar a Jimmy.

—No culpo a Landi —soltó Baldwin—. Y quizá sea buena idea poner otro investigador en este caso, ya que usted no llega a ninguna parte.

—Usted sabe que no es así. Otro no haría más que entrometerse. Abbott acaba de llamarme. En cierto modo se disculpó. Dijo que, pensándolo mejor, es posible que Landi se haya equivocado sobre esas páginas que cree que faltan. Me explicó que la noche que Lacey Farrell le llevó el diario, le resultaba tan duro leerlo que no lo hizo. A la noche siguiente se emborrachó antes de abrirlo. Después, al día siguiente fuimos a pedirle la copia y nos la llevamos.

—Es posible que se haya equivocado con lo de las páginas que faltan, pero nunca lo sabremos ¿no cree? —dijo Baldwin con tono frío—. Y aunque se equivoque, es evidente que el original se lo llevaron mientras lo tenía usted, lo que significa que en la comisaría alguien trabaja para ambos bandos. Le sugiero que haga un poco de limpieza en su casa.

—Estamos en ello.

Ed Sloane no creyó necesario decirle a Baldwin que le había tendido una trampa al culpable. Había comentado enigmáticamente en la comisaría que tenía nuevas pruebas del caso Waring guardadas en su despacho.

—Bueno, manténgame informado —concluyó Baldwin—. Y trate de seguir cualquier prueba que surja. ¿Podrá hacerlo?

—Sí, por supuesto. Y, por lo que recuerdo, señor, fuimos nosotros los que descubrimos la huella dactilar de Savarano en la puerta del apartamento de Farrell —le soltó Sloane—. Creo que sus investigadores fueron los que certificaron que estaba muerto.

Un clic en la línea le indicó a Ed Sloane que había dado en el blanco del susceptible Baldwin. Uno a cero a favor de los buenos, pensó.

Pero era una victoria frágil, y lo sabía.

El equipo de Gary Baldwin soportó durante el resto de la tarde las secuelas de su frustración por la fallida investigación. Pero el humor le cambió cuando le comunicaron que la testigo protegida, Lacey Farrell, tenía nueva información para él.

—Esperaré todo el tiempo que haga falta, pero asegúrese de que hable conmigo esta misma noche le dijo a George Svenson en Mineápolis.

Después de la llamada, Svenson se dirigió al edificio de Lacey y la esperó en el coche. Cuando ella llegó del trabajo, ni siquiera la dejó entrar en la casa.

—Baldwin está esperando ansioso su llamada —le dijo— así que vamos a hacerla ahora mismo. Fueron en el coche de él. Svenson era un hombre reservado por

naturaleza, y aparentemente no tenía necesidad de hablar por cortesía. Durante su período de preparación en la casa franca de Washington, Lacey se había enterado de que los agentes federales odiaban el programa de protección a testigos, detestaban tratar con todas esas personas perdidas. Se sentían como si los hubieran puesto a trabajar de niñeras. Desde su primer día en Mineápolis, Lacey había decidido que, puesto que no era agradable depender de un desconocido, trataría de hacer todo lo posible para que Svenson la considerara una molestia mínima. En los cuatro meses que llevaba allí, el único pedido extraordinario que le había hecho había sido comprar los muebles en tiendas de segunda mano en lugar de ir a unos grandes almacenes.

Lacey tenía la sensación de que se había ganado su arisco respeto. Mientras avanzaban por el denso tráfico de la tarde hacia el teléfono seguro, Svenson le preguntó por su trabajo.

—Me gusta —contestó Lacey—. Cuando trabajo me siento una persona de verdad.

Tomó el gruñido del policía como un signo de aprobación.

Svenson era la única persona de la ciudad a la que le hubiera podido contar que había estado a punto de echarse a llorar cuando Millicent Royce le había enseñado la foto de su nieta de cinco años vestida con un traje de ballet. Le había recordado tanto a Bonnie que había tenido un arrebato de nostalgia abrumador. Pero, por supuesto, no se lo diría.

Al ver la foto de una niña de la edad de Bonnie había tenido muchas ganas de volver a ver a su sobrina, y desde aquel momento no podía quitarse de la cabeza una vieja canción de principios de siglo: «Bonnie, mi barquito, navega por el mar. Bonnie mi barquito...». Pero Bonnie no está en el mar, se dijo Lacey, sino a tres horas de avión, y ahora voy a hablar con el fiscal del estado para transmitirle información que quizá me ayude a regresar pronto a casa.

Pasaron por delante de uno de los muchos lagos desperdigados por la ciudad. La última nevada había caído hacía casi una semana, pero aún estaba inmaculadamente blanca.

Empezaban a aparecer las estrellas, claras y brillantes, en el aire fresco del atardecer. Es un sitio precioso, pensó Lacey; en otras circunstancias entendería muy bien por qué a alguna gente le gusta vivir aquí. Pero quiero irme a casa. Necesito regresar a casa.

Para la llamada de esa noche utilizaban una línea segura de una habitación del hotel. Antes de establecer la conferencia, Svenson le dijo que esperaría en el vestíbulo mientras ella hablaba con Baldwin.

En el otro extremo atendieron a la primera llamada. Svenson le pasó el teléfono.

—Buena suerte —murmuró antes de salir.

—Señor Baldwin —dijo ella— tengo cierta información que creo puede ser muy importante.

—Bien, señorita Farrell ¿De qué se trata?

Lacey sintió una punzada de irritación y resentimiento. No le costaría nada preguntarme cómo me va y ser un poco amable, pensó. No estoy aquí porque quiero, sino porque él no ha podido atrapar al asesino. No es culpa mía ser testigo de un asesinato.

—Resulta que —dijo pronunciando clara y lentamente las palabras— me he enterado de que Rick Parker... ¿lo recuerda? uno de los de Parker & Parker donde trabajaba, estaba en la misma estación de esquí que Heather Landi unas horas antes de su muerte, y que ella pareció asustarse, o al menos alterarse mucho, cuando lo vio.

Hubo una larga pausa. Al cabo, Baldwin preguntó:

—¿Se puede saber cómo ha hecho para obtener esa información en Minnesota, señorita Farrell?

Lacey se dio cuenta de que no había pensado bien, antes de hacer la llamada, en la información que iba a dar. No le había dicho a nadie que se había hecho una copia del diario antes de entregárselo al detective Sloane. La habían amenazado con procesarla por haberse llevado el diario. Sabía que nunca creerían que se había hecho una copia en secreto sólo para cumplir con la promesa de leer el diario.

—Le he preguntado de dónde ha sacado esa información, señorita Farrell —insistió Baldwin con un tono que a ella le recordó a un director especialmente quisquilloso de su escuela.

Lacey habló con cuidado, como si cruzara un campo de minas.

—He hecho algunos amigos por aquí, señor Baldwin. Uno de ellos me invitó a una fiesta de la compañía teatral de *El rey y yo* que está de gira en Minnesota. Hablé con Kate Knowles, una actriz, y...

—Y resulta que le dije que Rick Parker estaba en la estación de esquí de Vermont unas horas antes de la muerte de Heather Landi ¿Es eso lo que me está diciendo, señorita Farrell?

—Señor Baldwin —replicó, consciente de que empezaba a levantar la voz— ¿puede hacer el favor de explicarme qué insinúa? No sé qué sabe de mí, pero mi padre era músico de Broadway. Y he asistido a muchísimas obras musicales. Conozco los musicales y a mucha gente del teatro. Cuando hablé con Kate Knowles me contó que había trabajado en una reposición de *El novio* que pusieron en el off-Broadway hace dos años. Hablamos del espectáculo, que yo había visto con Heather Landi como protagonista.

—Nunca nos dijo que conociera a Heather Landi —la interrumpió Baldwin.

—No había nada que decir —protestó Lacey—. El detective Sloane me preguntó si conocía a Heather Landi. La respuesta que le di, y que resulta ser la verdad, es que no, que no la conocía. Yo, como cientos o quizá miles de aficionados al teatro, la vimos actuar en un musical. Si veo a Robert de Niro esta noche en una película,

¿tengo que decir que lo conozco?

—De acuerdo, señorita Farrell, en eso tiene razón —coincidió Baldwin sin rastro de humor en su voz—. Bueno, salió el tema de *El novio*, ¿y?

Lacey tenía el auricular apretado con la mano derecha. Se hincó las uñas de la izquierda en la palma para no perder la calma.

—Como Kate estaba en la compañía, me pareció evidente que conocería a Heather Landi. Así que se lo pregunté y después la dejé hablar de Heather. Me contó que Isabelle Waring le había preguntado a todo el elenco si su hija estaba preocupada antes de su muerte, y si era así, si sabían el motivo.

Baldwin parecía sosegarse.

—Muy agudo de su parte. ¿Y qué le dijo ella?

—Lo mismo que Isabelle me contó que habían dicho todos los amigos de Heather. Sí, estaba preocupada, pero nadie sabía por qué. Pero entonces, y ésa es la razón de mi llamada, Kate me dijo que estaba pensando en llamar a la madre de Heather para contarle algo que había recordado. Como está de gira no sabe que Isabelle ha muerto. El novio de Kate Knowles vive en Nueva York y se llama Bill Merrill. Trabaja en el departamento de inversiones del Chase Manhattan. Aparentemente es amigo de Rick Parker, o al menos lo conoce. Bill le contó a Kate que estuvo charlando con Heather en el bar de la pista del hotel de Stowe la tarde anterior a su muerte. Cuando Rick entró, parece que ella interrumpió con brusquedad la conversación y se marchó casi de inmediato.

—¿Está segura de que fue la tarde anterior a la muerte de Heather?

—Eso me dijo Kate. Ella cree que se alteró mucho al ver a Rick. Le pregunté si sabía por qué Heather había reaccionado así, y me dijo que aparentemente Rick le había hecho una trastada cuando Heather acababa de llegar a Nueva York, hace cuatro años.

—Señorita Farrell, déjeme preguntarle algo. Usted trabajó para Parker & Parker unos ocho años. Con Rick Parker ¿no?

—Así es, pero Rick estaba en el West Side hasta hace tres años.

—Comprendo. Y con todo este asunto de Isabelle Waring ¿nunca le dijo que conociera, o que hubiera conocido, a Heather Landi?

—No, nunca. Permítame recordarle, señor Baldwin, que estoy donde estoy porque Rick Parker me dio el nombre de Curtis Caldwell, un supuesto abogado de un prestigioso bufete. Rick es la única persona de la oficina que habló, o que supuestamente habló, con el hombre que asesinó a Isabelle Waring. ¿No le parece que durante las semanas que enseñé el apartamento y hablé con Rick sobre la obsesión de Isabelle Waring con la muerte de su hija, lo normal habría sido que me dijera que conocía a Heather? Yo creo que sí —añadió con énfasis.

Entregué el diario a la policía al día siguiente de la muerte de Isabelle, pensó Lacey. Les expliqué que le había dado una copia a Jimmy Landi, como había prometido. ¿Les dije también que Isabelle me había pedido que lo leyera? ¿O dije que

le había echado un vistazo? Se frotó la frente tratando de recordar. Que no me pregunten con quién fui a ver el espectáculo. El nombre de Tom Lynch está en el diario y seguro que se darán cuenta. No tardarán mucho en descubrir que todo esto no es pura coincidencia.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Baldwin—. ¿Dice que el hombre que vio a Rick Parker en Stowe se llama Bill Merrill y trabaja para el Chase?

—Sí.

—¿Y consiguió toda esta información en un encuentro fortuito con la señorita Knowles?

A Lacey se le acabó la paciencia.

—Señor Baldwin, para conseguir toda esta información para usted, manipulé un almuerzo con una joven y talentosa actriz a la que me gustaría tener como amiga. Le he mentado a ella, como a todos los que he conocido en Mineápolis, con excepción de George Svenson. Trato de recoger cualquier información que me permita tener la oportunidad de volver a ser una persona normal, o sea, lo hago por mí. Yo de usted, me preocuparía más por investigar el vínculo entre Rick Parker y Heather Landi que en actuar como si me lo estuviera inventando todo.

—Yo no he dicho eso, señorita Farrell. Investigaremos toda esta información. Sin embargo, reconozca que no muchos testigos del programa de protección se las arreglan para toparse con la amiga de una muerta, cuya madre asesinada sea el motivo de que estén en el programa.

—Tampoco se asesina a muchas madres por no creer que la muerte de su hija haya sido un accidente.

—Muy bien, señorita Farrell, investigaremos todo esto. Estoy seguro de que ya se lo han dicho, pero es muy importante: tenga mucho cuidado y no baje la guardia. Me ha contado que tiene amigos nuevos, y me parece bien, pero atención con lo que les dice. Tenga cuidado siempre, siempre. Si una sola persona sabe dónde está usted, tendremos que trasladarla.

—No se preocupe por mí, señor Baldwin —dijo Lacey mientras se le encogía el corazón al recordar que le había dicho a su madre que estaba en Mineápolis.

Cuando colgó y se dispuso a salir de la habitación, sintió un peso enorme sobre los hombros. Baldwin prácticamente había desechado lo que ella le había dicho. Parecía no darle mucha importancia al vínculo de Rick Parker con Heather Landi.

Lacey ignoraba que el fiscal Gary Baldwin, nada más colgar el auricular, le dijo a sus ayudantes que habían escuchado la conversación:

—¡La primera pista de verdad! Parker está metido hasta el cuello. —Hizo una pausa y añadió—: Y Lacey Farrell sabe más de lo que dice.

Tal vez me equivoqué con Alice, pensó Tom Lynch mientras se duchaba en el gimnasio Ciudades Gemelas. Quizá le molestó que no me hubiera quedado con ella en la fiesta. Por segundo día consecutivo no aparecía por el gimnasio ni tampoco le había devuelto la llamada.

Sin embargo, Kate lo había llamado para contarle lo del almuerzo. Había sido Alice la que lo había propuesto, así que al menos alguien de la familia le cae bien, se dijo. Pero por qué no le había devuelto la llamada, aunque sólo no fuera para decirle que no podía, o que había recibido el mensaje tarde, se preguntó.

Salió de la ducha y se secó enérgicamente con una toalla. Por otra parte, Kate le había explicado que Alice tenía un trabajo nuevo. A lo mejor no lo había llamado por eso, decidió. O tal vez había otro hombre en el horizonte. O estaba enferma.

Como Tom sabía que a Ruth Wilcox no se le escapaba nada, se detuvo en su oficina mientras se dirigía a la puerta.

—Hoy no ha venido Alice Carroll ¿no? —dijo tratando de aparentar escaso interés—. ¿O ahora viene a otra hora?

Vio el brillo de interés en los ojos de Ruth.

—Estaba a punto de llamarla para ver si le pasa algo —respondió—. Como no ha faltado ni un solo día, me llama la atención. —Ruth sonrió con picardía—. ¿Sabes qué? Voy a llamarla ahora. Si atiende ¿le digo que has preguntado por ella y te la paso?

¡Dios mío! pensó Tom arrepentido. Ahora se rumoreará por todo el gimnasio que Alice y yo estamos liados. Bueno, es culpa tuya, tú has empezado, se recordó.

—Está bien, Ruth. Si atiende pásamela.

Al cabo de cuatro llamadas, Ruth dijo:

—Habrá salido, pero tiene el contestador. Voy a dejarle un mensaje.

El mensaje consistió en que ella y un caballero muy atractivo se preguntaban dónde andaría. Bueno, al menos esto la va a hacer aparecer, pensó Tom. Si no le interesa verme, es mejor que lo sepa. Pero me pregunto si tendrá algún problema.

Al salir, se quedó un rato en la calle vacilando. Si se hubiera encontrado con Alice en el gimnasio, la habría invitado a cenar y al cine, o al menos ése era su plan. En el cine Uptown ponían la película que había ganado el premio de Cannes. También podía ir solo, pero no le apetecía.

Empezaba a tener frío, de pie en la acera tratando de decidirse. Al fin se encogió de hombros y se dijo en voz alta:

—¿Por qué no?

Iría a su casa. Con suerte, la encontraría allí y la invitaría a ir al cine. La llamó desde el teléfono del coche, pero volvió a salirle el contestador. Aparcó delante de su casa y examinó el edificio. Alice vivía en el cuarto piso, justo sobre la entrada principal. No hay luz en las ventanas. Esperaré un rato, decidió y, si no aparece, iré a

cenar algo y pasaré de la película.

Al cabo de cuarenta minutos, cuando estaba a punto de marcharse, un coche se detuvo en el camino semicircular. Vio bajar a Alice y entrar deprisa en el edificio.

Por un momento el coche quedó iluminado por la luz de las farolas. Era un Plymouth de unos cinco o seis años, la quintaesencia de la discreción. También vio fugazmente al conductor y se alegró de que fuera un hombre mayor. Era muy improbable que hubiera algo entre Alice y él.

El Interfono estaba en el vestíbulo. Tom pulsó el 4 F. Alice, cuando respondió, pensó que era el hombre que acababa de acompañarla.

—¿Señor Svenson? —preguntó.

—No, Alice, soy el señor Lynch —dijo Tom con burlona formalidad—. ¿Puedo subir?

Cuando Lacey abrió la puerta, Tom vio que parecía agotada, atónita incluso. Estaba pálida, casi de una blancura de alabastro. Tenía las pupilas dilatadas y Tom no perdió tiempo con formalidades.

—Es evidente que te ocurre algo —le dijo con tono de preocupación—. ¿Qué es, Alice?

Lacey casi se derrumbó al ver esa figura alta y delgada en el vano de la puerta, al darse cuenta de que había ido a buscarla porque ella no había devuelto su llamada.

Pero cuando él la llamó Alice, logró contenerse y recobrar cierto dominio de sí. En el trayecto de veinte minutos desde el hotel del teléfono hasta el apartamento, había explotado con George Svenson.

—¿Qué le pasa a ese Baldwin? Le doy información que seguramente es útil para este caso, y me trata como a una criminal. Simplemente no me ha hecho caso, me ha tratado como a una niña. Qué cree, que me he paseado por la Quinta Avenida con un cartel que decía «Rick Parker es un canalla, un gilipollas malcriado que debió de hacerle algo terrible a Heather Landi cuando tenía veinte años y acababa de llegar a Nueva York, para que cuatro años más tarde siguiera teniéndole miedo. Por favor, se agradecerá cualquier información».

—Tranquila, Alice —fue la respuesta de Svenson—. Cállese.

Y en realidad tenía el tipo de voz capaz de amansar a una fiera, por no decir a Lacey. Era parte de su trabajo, naturalmente.

Durante el trayecto, una nueva inquietud se había apoderado de ella. ¿Y si Baldwin había mandado a alguien de su equipo a hablar con su madre o Kit para asegurarse de que ella no le había contado a nadie dónde estaba?

A mamá se lo sacarían en un minuto, pensó. No podría engañarlos. Al contrario de mí, nunca aprendió a ser una mentirosa consumada. Si Baldwin se entera de que mamá lo sabe, me trasladará. Y yo no podré empezar otra vez desde el principio.

Después de todo, en Mineápolis tenía una especie de trabajo, el esbozo de una especie de vida personal.

—Alice ¿no me invitas a entrar? Será mejor que lo hagas, porque no tengo intenciones de irme.

Y era allí donde había conocido a Tom Lynch.

—Por favor, adelante —dijo intentando sonreír—. Me alegro de verte, Tom. Estaba a punto de servirte una copa de vino. La necesito ¿Te apetece?

—Me encantaría. —Tom se quitó el abrigo y lo arrojó sobre una silla—. ¿Qué tal si lo sirvo yo? ¿La botella está en la nevera?

—No; está en la bodega del sótano, justo detrás de la cocina ultramoderna que tengo.

La cocina americana del diminuto apartamento de Lacey consistía en un horno pequeño, un fregadero en miniatura y una nevera minúscula.

Tom enarcó las cejas.

—¿Quieres que encienda la chimenea del salón?

—Buena idea, yo esperaré en la galería. —Abrió el armario y puso unas almendras en un plato.

Hace dos minutos estaba a punto de derrumbarme, pensó, y ahora estoy bromeando con alguien. Era evidente que se debía a la presencia de Tom.

Lacey se sentó en la punta del sofá, mientras él lo hacía en la silla acolchada y estiraba sus largas piernas.

—Me alegra estar contigo, Alice —dijo levantando la copa en un brindis—. Tengo que hacerte una pregunta y por favor contéstame con franqueza. —Su expresión se tornó súbita mente seria—. ¿Hay otro hombre en tu vida?

Sí, pensó Lacey, hay otro. Pero no es lo que tú piensas. Es un asesino que me acecha.

—¿Hay alguien, Alice? insistió.

Lacey miró a Tom durante un rato. Podría enamorarme de ti, pensó. Quizá ya he empezado a hacerlo. Recordó las balas que habían pasado silbando junto su cabeza, la sangre que manaba del hombro de Bonnie... No, no puedo arriesgarme. Soy una paria. Si Caldwell, o como quiera se llame, se enterara de dónde estoy, vendrá por mí. No puedo exponer a Tom a ese peligro.

—Sí, me temo que hay alguien en mi vida —le dijo esforzándose para que no se le quebrara la voz.

Tom se marchó al cabo de diez minutos.

Rick Parker había llevado más de una docena de interesados a ver el apartamento de Isabelle Waring. Un par de veces había estado a punto de venderlo, pero a última hora los clientes se retiraban. Ahora tenía otra posible candidata: Shirley Forbes, una cincuentona divorciada que había visto la casa tres veces, y quería verla otra vez. Se habían citado a las diez y media.

Esa mañana, al entrar en su despacho, sonó el teléfono. Era el detective Ed Sloane.

—Rick, hace semanas que no hablamos —le dijo Sloane—. Será mejor que venga a verme hoy. Sólo quiero comprobar si su memoria ha mejorado un poco.

—No tengo nada que recordar.

—Oh, sí que tiene. Lo quiero aquí a las doce en punto.

Rick dio un respingo cuando Sloane colgó bruscamente. Se quedó sentado en la silla y empezó a frotarse la frente cubierta de frías gotas de sudor. Sentía los salvajes latidos de la cabeza como si fuera a estallarle. Estoy bebiendo demasiado, se dijo. Tengo que parar. La noche anterior había estado de juerga por sus bares favoritos ¿Pasó algo? se preguntó. Recordaba vagamente haber acabado en el local de Landi para tomarse la última copa, pese a que no estaba en su circuito habitual. Quería ver los retratos de Heather en los murales. Me había olvidado de que los habían quitado, pensó ¿Hice alguna estupidez mientras estaba allí? ¿Le dije algo a Jimmy Landi sobre las pinturas? *¿Dije algo sobre Heather?*

Lo último que necesitaba esa mañana era volver al apartamento de ella antes de ir a hablar con Sloane, pero no había manera de posponer la cita. Shirley Forbes le había dicho que tenía hora con el médico e iría directamente desde allí. Sólo le faltaba a su padre oír que se le había escapado de las manos otro posible comprador.

—Rick.

Levantó la mirada y se encontró con R. J. Parker de pie junto a su escritorio.

—Anoche hablé con Landi —le dijo su padre—. Jimmy quiere que ese apartamento se venda de una vez. Le conté que tenías alguien muy interesado que esta mañana iría a verlo otra vez. Me dijo que estaba dispuesto a rebajar hasta cien mil dólares de los seiscientos originales, con tal de quitárselo de encima.

—Ahora iba a encontrarme con la señora Forbes —dijo Rick.

—Rick —le recordó su padre— creo que no es necesario que te diga que cuanto antes nos quitemos ese apartamento de encima, menos posibilidades tiene Jimmy de descubrir...

—Lo sé, papá, lo sé. —Rick apartó la silla hacia atrás—. Tengo que irme.

—Lo siento. Es exactamente lo que quiero, pero jamás me sentiría a gusto. No dejaría de pensar en esa pobre mujer, atrapada y a merced del asesino.

Shirley Forbes anunció su decisión mientras estaba con Rick en el dormitorio donde había muerto Isabelle Waring.

El apartamento estaba completamente amueblado. Forbes miró alrededor.

—Leí todas las crónicas de los periódicos por Internet —dijo bajando la voz como si le confiara un secreto—. Por lo que sé, la señora Waring estaba tirada contra esa cabecera.

Con los ojos exageradamente abiertos detrás de sus grandes gafas, la señora Forbes señaló la cama.

—Lo he leído todo. Estaba descansando en su propia cama, y alguien entró y le disparó. La policía cree que trató de escapar, pero el hombre le bloqueaba la puerta, entonces ella retrocedió hasta la cama y se cubrió la cara con las manos para protegerse. Por eso tenía la mano llena de sangre. Entonces llegó la chica de la inmobiliaria, justo a tiempo de oír cómo imploraba por su vida. Qué cosa, habría podido matarla a ella también.

Rick se volvió bruscamente.

—Muy bien. Ya ha dicho lo que tenía que decir. Vámonos.

La mujer cruzó la salita y bajó la escalera detrás de él.

—Lo siento, señor Parker. ¿Conocía usted a Heather Landi o a la señora Waring?

Rick sintió el impulso de arrancarle esas gafas de idiota y aplastárselas con el pie, de empujar a esa estúpida mujer por la escalera. No era más que una mirona que le había hecho perder el tiempo. Probablemente había ido al apartamento sólo por el asesinato, sin intenciones de comprar. Tenía otras propiedades para ofrecerle, pero que se fuera al cuerno, decidió.

—Ahora tengo mucha prisa —le dijo— pero la llamaré dentro de unos días si nos entra alguna otra cosa.

Cuando ella se marchó, Rick entró en el tocador y abrió el armario de la ropa blanca donde escondía una botella de vodka. La llevó a la cocina, sacó un vaso y lo llenó hasta la mitad. Bebió un buen trago y se sentó en un taburete, junto a la barra que separaba la cocina del comedor.

Contempló absorto una pequeña lámpara que había en la punta del mostrador. La base era una tetera, y lo recordó todo demasiado bien. «Es mi lámpara de Aladino, la frotaré para que me dé suerte —le había dicho Heather cuando la vieron en una tienda de segunda mano de la calle 80 Oeste. La levantó, cerró los ojos y recitó con voz sombría—: Genio poderoso, concédeme un deseo. Que me den el papel para el que he hecho la prueba y que mi nombre brille con luces de neón. —Y con voz preocupada añadió—: Y que Baba no se enfade demasiado cuando se entere de que he comprado un apartamento sin su permiso». Se había vuelto hacia Rick con el ceño fruncido «Es mi dinero —le explicó— o por lo menos me dijo que podía usarlo en lo que quisiera. Pero sé que le gustaría tener la última palabra sobre el sitio donde voy a

vivir. Ya le preocupa bastante que haya decidido dejar la universidad y me venga a vivir aquí sola». Después había vuelto a sonreír; tenía una sonrisa preciosa, recordó Rick, y frotó otra vez la lámpara. «Pero quizá no le importe —dijo—. Apuesto a que haber encontrado esta lámpara es un signo de que todo saldrá bien».

Rick miró la lámpara, la desenchufó de un tirón y la cogió.

A la semana siguiente, Heather le había rogado que cancelara la venta y le devolviera el depósito. «Le dije a mamá por teléfono que había visto un sitio precioso. Y se enfadó muchísimo. Me dijo que papá, como sorpresa, me había comprado un apartamento entre la calle 70 y la Quinta Avenida. No puedo decirle que ya he comprado otro sin su permiso. Rick, de veras, no conoces a mi padre —le había suplicado—. Rick, por favor, la inmobiliaria es de tu familia. Tú puedes ayudarme».

Rick arrojó la lámpara con todas sus fuerzas contra la pared.

El genio de la lámpara había ayudado a Heather en la parte del espectáculo. Pero, aparte de eso, no la había ayudado mucho.

—Parker está tan nervioso que no deja de temblar —informó la detective Betty Ponds, la mujer que Rick Parker conocía como Shirley Forbes, a Sloane en la comisaría 19—. Dentro de poco se derrumbará completamente. Tendría que haberle visto la cara cuando le describí cómo había muerto Isabelle Waring. Rick Parker está patéticamente aterrorizado.

—Y tiene bastante más de lo que preocuparse —le dijo Sloane—. Los federales están hablando ahora mismo con un individuo que puede confirmar que estaba en Stowe la tarde anterior a la muerte de Heather Landi.

—¿A qué hora tiene que venir? —preguntó Betty.

—A las doce.

—Falta muy poco. Me voy. No quiero que me vea. —Saludó con la mano y se marchó.

Pasaron las doce y cuarto y las doce y media. A la una, Sloane llamó a Parker & Parker. Le dijeron que Rick no había vuelto a la oficina después de la cita de las diez y media.

A la mañana siguiente resultó evidente que Rick Parker había desaparecido, voluntariamente o de otra manera.

Lacey tenía claro que no podía seguir yendo al gimnasio Ciudades Gemelas porque continuaría encontrándose con Tom Lynch. Aunque le hubiera dicho que había otra persona en su vida, si se veían en el gimnasio día tras día era inevitable que acabaran saliendo juntos, y sencillamente ella no podría tolerar la telaraña de mentiras que tendría que urdir.

Sabía que le gustaba y quería llegar a conocerlo. Se imaginaba sentada frente a él con un plato de pasta y una copa de vino, hablándole de sus padres, de Kit, Jay y los niños. Lo que no podía imaginarse era inventar historias sobre una supuesta madre que vivía en Inglaterra, sobre una escuela a la que nunca había ido, sobre un novio inexistente.

Kate Knowles le había dicho que a Tom le encantaba Nueva York y que con el tiempo terminaría allí ¿Hasta qué punto conocía la ciudad? se preguntó Lacey. Pensó en lo divertido que sería llevarlo a hacer una de las excursiones Jack Farrell por Nueva York: «East Side, West Side, toda la ciudad».

En los días posteriores a la visita de Tom a su apartamento, cuando Lacey por fin lograba dormirse tenía sueños confusos con él. En ellos sonaba el timbre de su casa, ella abría la puerta y allí estaba Tom diciendo: «No, Alice, soy el señor Lynch», como había dicho por el Interfono.

Pero a la tercera noche, el sueño cambió. Esta vez, mientras Tom avanzaba por el pasillo, se abría la puerta del ascensor y salía Curtis Caldwell pistola en mano apuntando la espalda de Tom. Lacey trataba de avisar a Tom, de meterlo en el apartamento y cerrar con pestillo para estar a salvo dentro. Despertó con un grito.

Dado el estado de alteración en que vivía, el trabajo con Millicent Royce era un salvavidas. A petición de su jefa, Lacey la había acompañado a varias citas, a veces con algún posible comprador o para conseguir alguna nueva propiedad para vender.

—Te resultaría más interesante si conoces bien el negocio —le dijo la señora Royce—. ¿Has oído alguna vez que en el negocio inmobiliario la ubicación es todo?

Ubicación, eso era todo. En Manhattan, unas vistas al parque o al río aumentaban considerablemente el precio de un apartamento. Lacey se moría por contarle historias a Millicent sobre algunos clientes excéntricos que había tenido en el transcurso de los años.

Las noches eran lo peor de todo. Se le hacían insoportablemente largas y vacías. El jueves se obligó a ir al cine. La sala estaba medio vacía, pero justo antes de que empezara la película, un hombre bajó por el pasillo, pasó al lado de su fila, se volvió, miró alrededor y fue a sentarse justo en el asiento de detrás. En la semi-penumbra sólo vio que era un individuo delgado de altura media, y se le aceleró el corazón. Cuando aparecieron los créditos en la pantalla, Lacey oyó crujir el asiento de detrás y percibió el olor de las palomitas de maíz que comía el sujeto. De repente, sintió que le tocaban el hombro. Casi paralizada por el miedo, hizo un esfuerzo sobrehumano

para volverse y mirarlo.

El hombre sostenía un guante.

—¿Es suyo, señora? Estaba debajo de su butaca.

Lacey no se quedó a ver la película. Le resultaba imposible concentrarse en lo que pasaba en la pantalla. El viernes por la mañana, Millicent le preguntó qué haría el fin de semana.

—Creo que buscaré un gimnasio —le respondió—. El mío está bien, pero no tiene pistas de squash, y, la verdad, lo echo de menos. —Claro que no es la auténtica razón por la que ya no voy al Ciudades Gemelas, pensó, pero por una vez no es una respuesta totalmente falsa.

—He oído que hay un gimnasio nuevo en Edina que tiene unas pistas de squash fantásticas. Lo averiguaré.

Al cabo de unos minutos, volvió al escritorio de Lacey con una sonrisa radiante.

—Tenía razón, y como es nuevo hacen descuento si uno se matricula ahora.

Cuando Millicent se marchó a su cita, Lacey llamó a George Svenson. Tenía dos avisos. El primero era hablar otra vez con el fiscal Baldwin.

—Tengo derecho a saber qué está pasando —dijo, y añadió el segundo—: En el gimnasio Ciudades Gemelas empiezan a hacerme muchas preguntas. Me temo que tengo que pedirle que me adelante la matrícula de otro.

¡No sólo soy una mentirosa, sino también una mendiga! pensó con desesperación mientras esperaba su respuesta.

Pero Svenson no vaciló:

—No hay problema. El cambio le hará bien.

Lottie Hoffman leía los periódicos de Nueva York cada mañana en su solitario desayuno. Durante cuarenta y cinco años, hasta hacía poco más de un año, ella y Max los habían leído juntos. Todavía le resultaba irreal que aquel día de principios de diciembre, Max hubiera salido a dar su acostumbrado paseo matinal y nunca hubiera regresado.

Un artículo en la página tres del Daily News le llamó la atención: Richard J. Parker hijo, buscado para ser interrogado sobre el asesinato de Isabelle Waring, había desaparecido. ¿Qué le habrá pasado? se preguntó.

Lottie apartó la silla de la mesa y se dirigió al escritorio de la sala. Del cajón del medio sacó la carta que Isabelle Waring le había escrito a Max el mismo día de su muerte, y volvió a leerla:

Querido Max:

Hoy traté de llamarte por teléfono, pero tu número no figura en la guía. Por eso te escribo. Estoy segura de que te habrás enterado de que Heather falleció en un accidente el pasado diciembre. Su desaparición fue una tremenda pérdida para mí, pero las circunstancias de su muerte han sido especialmente difíciles.

Mientras arreglaba el apartamento, encontré su diario, y en una anotación cinco días antes de su muerte menciona que tenía intenciones de encontrarse contigo para almorzar. Después no vuelve a hacer mención de ti ni de la fecha del almuerzo. En cambio, las siguientes dos entradas del diario indican claramente que estaba alterada, aunque no hay ningún indicio de qué le preocupaba en realidad.

Max, tú has trabajado en el restaurante de Jimmy los primeros quince años de la vida de Heather. Fuiste el mejor maitre que ha tenido nunca, y sé cuánto lamentó que te marcharas.

¿Recuerdas cuando Heather tenía dos años y hacías trucos de magia para que posara delante del pintor que hacía los murales? Heather te quería y confiaba en ti, y espero que te abriera su corazón cuando la viste. En todo caso, llámame, por favor. Estoy en el apartamento de Heather. El teléfono es 555-24-37.

Lottie volvió a dejar la carta en el cajón y regresó a la mesa. Levantó la taza de café pero la mano derecha le temblaba tanto que tuvo que ayudarse con la izquierda. Desde esa mañana terrible en que había contestado al timbre de la puerta para encontrarse con un policía... Pues bien, desde esa mañana terrible le pesaban cada uno de sus setenta y cuatro años.

Volvió atrás en el tiempo. Llamé a Isabelle Waring, recordó nerviosa. Se quedó muy impresionada cuando le conté que Max había muerto atropellado por un conductor que se había dado a la fuga, sólo dos días antes de la muerte de Heather. En aquel momento yo todavía creía que había sido un accidente.

Recordó que Isabelle le había preguntado si tenía idea de qué habían hablado Max y Heather. Max siempre decía que en ese negocio uno escuchaba mucho y aprendía a tener la boca cerrada. Lottie sacudió la cabeza. Seguro que rompió esa regla al hablar con Heather, pensó, y ahora sé que le costó la vida.

Lottie había intentado ayudar a Isabelle. Le dije lo que sabía, pensó. Le conté que no conocía a Heather, pero que había ido con mi grupo de la tercera edad a ver la obra «El novio» en la que ella trabajaba. Poco tiempo después, Lottie había salido de excursión con el mismo grupo al refugio de montaña Mohonk, en Catskills. Allí había vuelto a ver a Heather por segunda y última vez. Fui a pasear por el sendero, recordó, y vi abrazarse a una pareja con ropa de esquí. Estaban en una glorieta de lo más acaramelados. Reconocí a Heather pero no al muchacho. Esa noche se lo conté a Max. Me preguntó por el acompañante de Heather. Cuando se lo describí, Max supo quién era y se alteró terriblemente. Dijo que lo que sabía de ese hombre me pondría los pelos de punta. Que era un sujeto muy cuidadoso y nadie sospechaba de él, pero que se trataba de un mafioso y un traficante de drogas.

Max no le había dicho cómo se llamaba, y, antes de que Lottie se lo describiera a Isabelle la noche que la había llamado, ésta le dijo: «Hay alguien abajo. Debe de ser la agente inmobiliaria. Dame tu número que te llamo enseguida».

Lottie recordó que Isabelle había repetido el número varias veces antes de colgar. Esperé la llamada toda la noche, pensó, y después puse las noticias de las once.

En aquel momento tomó súbita conciencia de lo que seguramente debió pasar. Quien había llegado mientras hablaban por teléfono tuvo que ser el asesino de Isabelle Waring. Había muerto por no dejar de investigar la causa de la muerte de Heather. Y ahora Lottie estaba segura de que Max había muerto por advertirle a Heather que se apartara del hombre con el que estaba saliendo.

Y si yo viera a ese hombre podría identificarlo, pensó, pero afortunadamente no lo sabe nadie. Si de algo estaba segura era de que, al margen de lo que Max le hubiera dicho a Heather cuando le contó lo de ese sujeto, no había mencionado a Lottie. Sabía que Max nunca la pondría en peligro.

¿Y si la policía iba a verla? se preguntó de repente. ¿Qué querría Max que ella hiciera? La respuesta era muy tranquilizadora, y le llegó con la misma claridad que si él estuviera sentado delante de ella: «No hagas absolutamente nada, Lottie. Mantén la boca cerrada».

Sandy Savarano empezó a darse cuenta de que la búsqueda le llevaría más tiempo del que esperaba. Algunas agencias inmobiliarias respondían sin problemas a sus preguntas, pero tendría que vigilar todas las que habían contratado personal femenino entre veinticinco y treinta y cinco años. Otras agencias se habían negado a dar información por teléfono, lo que significaba que también tendría que vigilarlas.

Por las mañanas iba a las agencias y echaba un vistazo, prestando especial atención a los pequeños negocios familiares. Por lo general eran locales que daban a la calle, por lo que le bastaba caminar por la acera y echar un vistazo. Algunos eran empresas de apenas dos personas. A las que parecían más grandes y prósperas les prestaba escasa atención; no eran la clase de inmobiliarias que contratarían a alguien sin comprobar sus antecedentes.

Las últimas horas de la tarde las pasaba recorriendo gimnasios. Antes de entrar, aparcaba en la puerta y se quedaba un rato viendo a la gente que entraba y salía.

Sandy no dudaba de que a la larga encontraría a Lacey Farrell. La clase de trabajo que buscaría y la actividad recreativa que elegiría eran más que suficientes para llegar a ella. Una persona no cambiaba de costumbres sólo por cambiar de nombre. Había localizado a sus anteriores presas con menos información que ésa. La encontraría. Era sólo cuestión de tiempo.

A Sandy le gustaba pensar en Junior, un informador del FBI al que había seguido hasta Dallas.

La única pista segura que tenía era que el tío era un fanático del sushi. El problema era que el sushi se había puesto de moda y habían abierto muchos restaurantes japoneses en Dallas. Sandy aparcó en la puerta del restaurante Sushi Zen y esperó hasta que Junior salió por la puerta.

Le gustaba recordar la expresión de Junior al ver avanzar lentamente el coche de cristales ahumados y darse cuenta de lo que iba a suceder. Sandy dirigió la primera bala al estómago, quería revolver todos esos pescaditos crudos. La segunda había ido directa al corazón. La tercera, en la cabeza, había sido un mero capricho.

A última hora de la mañana del viernes Sandy fue a comprobar la inmobiliaria Royce de Edina. La mujer con quien había hablado por teléfono le había parecido una de esas maestras regañonas. Le había contestado las primeras preguntas sin problemas. Sí, tenía una joven de veintiséis años trabajando para ella que pensaba obtener el título de agente de propiedad inmobiliaria pero que estaba de baja por maternidad.

Sandy le preguntó si la había reemplazado.

Fue la pausa lo que le interesó. «Tengo una candidata en mente» le había dicho al fin la señora Royce. Y sí, tenía entre veinticinco y treinta y cinco años.

Cuando llegó a Edina, paró el coche en el aparcamiento del supermercado enfrente de la agencia. Se quedó sentado durante unos veinte minutos examinando la zona. Al lado de la agencia había una tienda de delicatessen con bastante movimiento. Una ferretería, en la misma manzana, también parecía muy activa. Sin embargo, no vio entrar ni salir a nadie de la inmobiliaria Royce.

Al fin bajó del coche, cruzó la calle y pasó por delante de la agencia. Se detuvo para leer un cartel pegado en el escaparate. Dentro había un escritorio de recepción. Más allá en un despacho, había una mujer rellenita de cabello gris.

Sandy decidió entrar.

Millicent Royce levantó la mirada cuando las campanitas de la puerta indicaron la llegada de un cliente. Vio un hombre canoso, vestido de manera conservadora, de cerca de sesenta años. Se levantó para recibirlo.

Su historia era sencilla. Dijo llamarse Paul Gilbert y estar en viaje de negocios para 3M...

—Es decir, Minería y Manufacturas de Minnesota —explicó con una sonrisa de disculpa.

—Mi marido trabajó allí toda su vida —respondió Millicent, sin entender muy bien por qué la irritaba que ese desconocido supusiera que ella no sabía lo que significaba 3M.

—Van a trasladar aquí a mi yerno, y a mi hija le dijeron que Edina es un sitio muy bonito para vivir —le dijo—. Está embarazada, así que pensé que durante mi estancia podía ayudarla a buscar casa.

Millicent Royce decidió no hacer caso de su sensación de incomodidad.

—Vaya, esto sí que es un buen abuelo —dijo—. Permítame hacerle unas preguntas para ver qué está buscando su hija exactamente.

Sandy dio las respuestas apropiadas sobre el nombre de su supuesta hija, dirección, necesidades de la familia, que incluía un parvulario para su hijo de cuatro años, un jardín y una cocina grande, pues «le encanta cocinar». Se marchó al cabo de media hora con la tarjeta de Millicent en el bolsillo y la promesa de que le encontraría la casa que buscaba, ya que pronto tendría una que quizás era la adecuada.

Sandy cruzó la calle y volvió a sentarse en el coche con los ojos fijos en la puerta de la agencia. Si alguien usaba ese escritorio de recepción, probablemente estaba comiendo y volvería pronto.

Al cabo de diez minutos, una joven rubia de veintitantos entró en la agencia. ¿Clienta o recepcionista? se preguntó Sandy. Bajó otra vez del coche y cruzó la calle, cuidando de que no lo vieran desde dentro de la agencia. Se quedó unos minutos

delante de la tienda de delicatessen, leyendo el menú. Con el rabillo del ojo echaba vistazos a la inmobiliaria.

La joven rubia, sentada al escritorio de recepción, hablaba animadamente con la señora Royce. Desgraciadamente, Sandy no sabía leer los labios. De haberlo sabido, habría oído a Regina decir:

—Millicent, ¡no sabe cuánto más fácil es estar sentada al escritorio que cuidar a un bebé con dolor de barriga! Tengo que reconocer que la nueva secretaria es mucho más ordenada que yo.

Finalmente, Sandy volvió al coche y se marchó. Otro fiasco, pensó. Como había otras posibilidades por la zona, decidió dar unas vueltas por las agencias suburbanas. Pero quería volver al centro de Mineápolis a última hora de la tarde. Era la buena hora para ir a los gimnasios. El siguiente de la lista era el Ciudades Gemelas de la avenida Hennepin.

—Venga, Bonnie, sabes que haces eso para que Jane te haga caso —dijo Kit persuasivamente—. Papi, la abuelita y yo tenemos que ir a cenar a Nueva York. Te prometo que no volveremos tarde. Pero ahora mami tiene que terminar de vestirse. — Con el corazón encogido miró la cara acongojada de su hija—. No te olvides de que la abuelita te prometió que la semana que viene, cuando llame Lacey, podrás hablar con ella.

Jay se estaba poniendo la corbata. Los ojos de Kit se encontraron con los de su marido por encima de Bonnie. Le imploró con la mirada que dijera algo que calmara a su hija.

—Tengo una idea para Bonnie —dijo éste alegremente—. ¿Quién quiere oírla?

Bonnie no levantó la vista.

—Yo —se ofreció Kit.

—Cuando Lacey vuelva a casa, voy a mandarla con Bonnie, sólo ellas dos, a Disney World ¿Qué tal?

—Pero ¿cuándo vendrá Lacey? —murmuró Bonnie.

—Muy pronto —dijo Kit con entusiasmo.

—¿A tiempo para mi cumpleaños? —Había un asomo de esperanza en la voz de la chiquilla, que cumpliría cinco años el 1 de marzo.

—Sí, a tiempo para tu cumpleaños —prometió Jay—. Bueno, ahora ve abajo, cariño, que Jane necesita que la ayudes a hacer unas galletas.

—¡No falta mucho para mi cumpleaños! —exclamó una Bonnie mucho más feliz mientras se alejaba corriendo del tocador de Kit.

Kit esperó hasta oír los pasos de su hija en la escalera.

—Jay, ¿cómo has podido...?

—Ya sé que ha sido un error, pero tenía que decir algo para levantarle el ánimo. No podemos llegar tarde a la cena. Creo que no eres consciente de lo que he sudado para conseguir ese encargo para el casino de Jimmy Landi. Durante mucho tiempo estuve completamente excluido. Otras empresas se quedaron con algunos de los pedidos más importantes. Ahora que estoy trabajando otra vez con ellos tengo que procurar que nada salga mal. —Se puso la chaqueta—. Cariño, recuerda que Jimmy acaba de enterarse por un detective privado de que Lacey es mi cuñada. En realidad, Alex me dijo que por esa razón Landi lo había llamado para organizar la cena.

—¿Por qué a Alex?

—Porque también se ha enterado de que sale con tu madre.

—¿Y qué más sabe de nosotros? —preguntó Kit enfadada—. ¿También sabe que habrían podido matar a mi hermana si hubiera llegado a ese apartamento cinco minutos antes? ¿O que trataron de matarla en la puerta de nuestra casa? ¿Sabe que nuestra hija se está recuperando de una herida de bala y que está en tratamiento por depresión?

Jay Taylor cogió a su mujer por los hombros.

—Kit, ¡por favor! No habrá ningún problema, te lo prometo. Pero tenemos que irnos. Aún debemos pasar a recoger a tu madre.

Mona Farrell había llevado el teléfono a la ventana y estaba mirando fuera cuando vio que el coche se detenía.

—Ya están aquí, Lacey —dijo—. Tengo que irme.

Hacía cuarenta minutos que hablaban. Lacey sabía que el subcomisario Svenson empezaría a impacientarse, pero esa noche se mostraba especialmente reacia a interrumpir la comunicación. Había sido un largo día, y el fin de semana que tenía delante le parecía interminable. El viernes anterior, a esa hora, esperaba la cita con Tom Lynch. Ahora no tenía nada que esperar.

Cuando le preguntó por Bonnie, el exagerado entusiasmo de su madre le indicó que la niña no estaba bien. Y menos tranquilizadora aún había sido la noticia de que su madre, Kit y Jay cenarían esa noche con Jimmy Landi en el restaurante de Alex Carbine. Mientras la madre empezaba a despedirse, Lacey le advirtió:

—Mamá, por favor, ten cuidado de no decirle a nadie dónde estoy. Tienes que prometerme...

—Lacey, ¿crees que no sé el peligro en el que te pondría si lo hiciera? No te preocupes. No se lo diré a nadie.

—Lo siento, mamá, pero...

—De acuerdo, querida. Bueno, de verdad tengo que colgar. No puedo hacerlos esperar. ¿Qué llevas idea de hacer esta noche?

—Acudo a un gimnasio nuevo. Tiene una pista de squash fabulosa. Espero pasármelo bien.

—Sí, te encanta jugar a squash. —Mona Farrell se alegró de oírlo—. Te quiero y te echo de menos —se despidió.

Bajó deprisa hasta el coche pensando que al menos podría contarles a Kit y Jay lo que hacía Lacey para entretenerse.

El viernes por la noche, Tom Lynch pensaba ir a tomar una copa con su prima Kate después del teatro. Era la última actuación en Mineápolis y quería despedirse de ella. Además, esperaba que le levantara un poco el ánimo.

Desde que Alice Carroll le había dicho que había otro hombre en su vida, estaba deprimido y todo parecía salirle mal. El productor de su programa de radio le había tenido que indicar varias veces que hablara, y hasta él mismo se había sentido mentalmente aburrido en varias entrevistas a autores.

Una compañía de gira estrenaba *Show Boat* en el Orpheum el sábado por la noche y Tom tenía ganas de invitar a Alice a que lo acompañara. Hasta había pensado lo que le diría: «Esta vez te toca a ti la última porción de pizza».

El viernes por la noche decidió ir al gimnasio a hacer un poco de ejercicio. No vería a Kate hasta las once, y no se le ocurría otra cosa que hacer hasta esa hora. Albergaba la secreta esperanza de que Alice apareciera por el gimnasio, empezaran a hablar y ella admitiera que tenía serias dudas respecto a ese otro hombre.

Cuando salió del vestuario, Tom miró alrededor. Alice no estaba allí; de hecho, sabía que no había aparecido en toda la semana.

A través del cristal de la oficina vio a Ruth Wilcox conversando muy interesada con un hombre de cabello gris. Mientras la observaba, Ruth meneó varias veces la cabeza y esbozó una ligera expresión de preocupación.

¿Qué querrá? ¿Un descuento? se preguntó Tom. Iba a empezar a hacer gimnasia, pero antes quería preguntarle a Ruth si sabía algo de Alice.

—Tom, tengo noticias para ti —le dijo Ruth— pero cierra la puerta porque no quiero que las oiga nadie.

Por alguna razón, él supo que las noticias tenían que ver con Alice y el hombre canoso que acababa de irse.

—Ese hombre está buscando a Alice —le dijo Ruth con voz excitada—. Es su padre.

—¿Su padre? Pero Alice me dijo que su padre murió hace años.

—Quizás eso fue lo que te dijo, pero ese hombre es su padre. O al menos eso dice. Incluso me ha mostrado una foto de ella y me ha preguntado si la había visto.

El instinto periodístico de Tom despertó.

—¿Y qué le has dicho? —preguntó.

—Absolutamente nada. Después de todo ¿cómo sé que no es el cobrador del frac o algo así? Le dije que no estaba segura. Entonces me contó que su hija y su mujer habían tenido un terrible altercado, y que sabía que su hija se había trasladado a

Mineápolis hacía cuatro meses. Su mujer está muy enferma y quiere hacer las paces antes de morir.

—Me suena a mentira como una casa —dijo Tom—. Espero que no le hayas dado ninguna información.

—En absoluto. Lo único que le dije era que me dejara su nombre y su teléfono, y si por casualidad veía que la chica era una de nuestras socias, le diría que llamara a su casa.

—¿Y no te dio el nombre ni te dijo dónde se alojaba?

—No.

—¿No te resultó extraño?

—Me dijo que prefería que no le dijera a su hija que la estaba buscando, que no quería que volviera a desaparecer. Me dio lástima, tenía lágrimas en los ojos.

Si hay algo que sé de Alice, pensó Tom, es que no es la clase de persona que le daría la espalda a una madre gravemente enferma, por muy grande que hubiera sido el altercado. En ese momento se le ocurrió una posibilidad muy interesante: si ella no le había dicho la verdad respecto a su historia, a lo mejor su supuesto novio tampoco existía. La idea lo hizo sentir mejor.

Ed Sloane tenía turno de ocho a cuatro, pero el viernes a las cinco y media de la tarde todavía estaba en su oficina de la comisaría I9 con el expediente de Rick Parker abierto sobre el escritorio. Estaba contento de que fuera viernes. Esperaba que los federales al menos lo dejaran tranquilo durante el fin de semana.

Había pasado unos días agotadores. Desde el martes, en que Rick Parker no había acudido a la cita con él, las difíciles relaciones entre el departamento de policía de Nueva York y la fiscalía del estado habían pasado a ser abiertamente hostiles.

Lo que más fastidiaba a Sloane era que Gary Baldwin no admitió abiertamente que tenía un testigo que podía declarar que había visto a Rick en la estación de esquí de Stowe la tarde anterior a la muerte de Heather Landi, hasta que se presentaron dos federales buscando a Parker.

Baldwin no compartió esa información, pero cuando se enteró de que yo estaba presionando a Parker tuvo el descaro de quejarse al fiscal de distrito; por suerte éste me apoyó, pensó Sloane con una mueca. En el enfrentamiento cara a cara que habían tenido, el fiscal de distrito le había recordado a Baldwin que el departamento de policía de Nueva York tenía un caso de homicidio sin resolver en el distrito I9 y se proponía resolverlo. También le había dejado claro que si los federales deseaban cooperar y compartir información, tanto mejor, pero que era un caso de la policía de Nueva York, no del FBI.

El hecho de que el fiscal de distrito lo hubiera respaldado, a pesar de que había tenido que escuchar a Baldwin recordarle que habían desaparecido pruebas vitales de su propio despacho, le había despertado la imperiosa necesidad de ser él quien atrapara a Parker. A menos que ya estuviera muerto, se recordó Sloane, lo cual era una seria posibilidad. De lo contrario, la desaparición de Rick era un signo inequívoco de que iban por buen camino. Arrojava nueva luz al hecho de que Parker nunca hubiera podido explicar cómo el asesino de Isabelle Waring se había hecho pasar tan fácilmente por un abogado de un prestigioso bufete, que «por casualidad» era uno de los mejores clientes de Parker & Parker.

Ahora sabían que Rick había estado en el hotel de la estación de esquí y que Heather Landi se había asustado al verlo, pocas horas antes de su muerte.

En los cuatro meses desde el asesinato de Isabelle Waring, Sloane había preparado un extenso currículum de Rick Parker. Sé más de él que él mismo, pensó mientras volvía a leer la gruesa carpeta.

Richard J. Parker. Hijo único, treinta años de edad. Expulsado de dos prestigiosas academias preuniversitarias por consumo de drogas. Sospechoso de venta de drogas. Probablemente sobornó a los testigos. Tardó seis años en terminar una carrera de tres. Tenía entonces veintitrés años. El padre pagó los

daños que ocasionó en el local de estudiantes durante una fiesta. En su época de estudiante siempre dispuso de mucho dinero para gastar. A los diecisiete años le regalaron un Mercedes descapotable para su cumpleaños, y como regalo de fin de carrera, un apartamento en Central Park West. Primer y único empleo en Parker & Parker. Cinco años en la sucursal de la calle 67 Oeste, tres años (hasta el presente) en la casa central, calle 62 Este.

A Sloane no le había costado mucho averiguar que los compañeros de trabajo de las oficinas del West Side siempre lo habían despreciado. Un antiguo empleado de Parker & Parker le había dicho: «Rick solía estar de juerga toda la noche, después aparecía con resaca o colocado de coca, y daba la lata todo el día en la oficina».

Hacía cinco años, el padre de Rick había llegado a un acuerdo con una secretaria para que retirara una denuncia por acoso sexual y evitar así el escándalo. Después de ese episodio, Parker padre le había cerrado el grifo. Congeló las rentas del fondo fiduciario de Rick, y le asignó el mismo sueldo base más comisiones por ventas que al resto de los empleados.

Papá habrá hecho un cursillo sobre cariño duro, pensó Sloane con sarcasmo. Sin embargo, había algo que no cuadraba: el cariño duro no pagaba los gastos de un cocainómano. Volvió a repasar el expediente ¿De dónde sacaba Rick el dinero para drogas? Y, si estaba vivo ¿quién se hacía cargo de que pudiera estar escondido?

Sacó otro cigarrillo del omnipresente paquete del bolsillo de la camisa.

El currículum de Richard J. Parker revelaba un patrón habitual: a pesar de todas las bravatas y puñetazos sobre la mesa, cuando el hijo estaba en auténticos aprietos siempre terminaba por aparecer Parker padre.

Como ahora.

Ed Sloane gruñó y se puso de pie. Teóricamente tenía el fin de semana libre y su mujer había planeado que arreglara el garaje. Su esposa iba a tener que cambiar los planes y el garaje tendría que esperar. Iría hasta Greenwich (Connecticut) para mantener una pequeña conversación con Parker padre. Sí, había llegado el momento de visitar la finca palaciega donde se había criado Rick Parker con todo lo que el dinero podía comprar.

Los viernes a última hora, el tráfico de Nueva Jersey a Nueva York era insufrible. Para muchos era noche de cena y teatro, y Kit vio la tensión en el rostro de su marido mientras cruzaban a paso de tortuga el puente George Washington. Se alegró de que Jay no le hubiera dicho a su madre que tendrían que haber salido antes.

«¿Cómo puedes aguantar que te grite por algo que no es culpa tuya?» le había preguntado Lacey una vez. Le contesté que no le hacía caso, recordó Kit. Lo comprendo. Jay es una persona irascible, y lo manifiesta sin cortapisas. Volvió a mirar a su marido. Ahora está nervioso porque cree que vamos a llegar tarde a una cena con un cliente importante, pensó. Y sé que está muy preocupado por Bonnie, y desesperado por haberle hecho una promesa que no podrá cumplir.

Jay suspiró cuando por fin salieron del puente y giraron por la autopista del West Side. Kit se sintió aliviada al ver que el tráfico hacia el centro parecía fluido.

Apoyó una mano cariñosa sobre el hombro de su marido y se volvió hacia el asiento trasero. Su madre, como siempre que hablaba con Lacey, estaba al borde de las lágrimas.

«No hablemos de eso» había dicho al subir al coche.

—¿Qué tal, mamá? —preguntó Kit.

Mona Farrell intentó sonreír.

—Estoy bien, querida.

—¿Le has explicado a Lacey por qué no he podido hablar con ella esta noche?

—Le dije que íbamos a Nueva York y querías darle de cenar a Bonnie antes de salir. Lo comprendió perfectamente.

—¿Le dijiste que íbamos a encontrarnos con Jimmy Landi? —preguntó Jay.

—Sí.

—¿Y qué respondió?

—Dijo... —Mona Farrell se interrumpió. Había estado a punto de decir que Lacey le había advertido que no dijera dónde estaba. Kit y Jay no sabían que Lacey se lo había contado—. Dijo que le llamaba la atención —respondió de manera poco convincente.

—¿Así que Alex te ha ascendido a *maitre*, Carlos? —saludó Jimmy Landi a su antiguo empleado mientras se sentaba a la mesa reservada del restaurante.

—Así es, señor Landi —respondió Carlos con una amplia sonrisa.

—Si hubieras esperado un poco, Jimmy también te habría ascendido —observó Steve Abbott.

—Quién sabe, a lo mejor no —replicó Jimmy.

—En todo caso, son conjeturas —intervino Alex Carbine—. Jimmy, es la primera vez que vienes. ¿Qué te parece el sitio?

Jimmy Landi miró alrededor y estudió el atractivo comedor con sus paredes verde oscuro, decoradas con coloridos cuadros de elaborados marcos dorados.

—Parece como si te hubieras inspirado en la casa de té rusa, Alex —comentó.

—Así es —coincidió Alex con satisfacción—. Del mismo modo que tú le hiciste los honores a La Cote Basque cuando abriste tu restaurante. Bueno ¿qué quieres beber? Me gustaría que probaras mis vinos.

Jimmy Landi no es el tipo de hombre que esperaba, pensó Kit mientras tomaba un sorbo de Chardonnay. Jay estaba preocupado por no hacerlo esperar; pero no parece importarle que hayamos llegado unos minutos tarde. De hecho, cuando Jay se disculpó, le dijo: «En mi restaurante, me gusta que la gente llegue tarde. El que espera siempre se toma otra copa. Es bueno para el negocio».

A pesar de su aparente buen humor, Kit sentía que Jimmy Landi estaba extremadamente tenso. Tenía cara de cansancio y una palidez enfermiza. Quizá sólo estaba angustiado por la pérdida de su hija. Lacey les había dicho que la madre de Heather Landi estaba destrozada por esa muerte. Era lógico que el padre estuviera igual.

Durante las presentaciones, Mona le había dicho a Jimmy Landi: «Sé lo duro que ha sido todo esto para usted. Mi hija...» pero Alex levantó la mano y sugirió con suavidad «¿Por qué no esperamos hasta más tarde para hablar de eso, querida?».

A Kit le cayó bien Steve Abbott, el socio de Jimmy Landi. Alex les había dicho que se había convertido en una especie de hijo sustituto de Jimmy, que estaban muy unidos. Aunque de aspecto no, pensó Kit. Abbott es muy guapo.

En el transcurso de la cena, Kit se dio cuenta de que Steve y Alex trataban de que la conversación no recayera en Lacey ni en Isabelle Waring. Entre los dos lograron que Landi contara historias divertidas sobre algunos de sus clientes famosos. Landi era, efectivamente, un narrador de primera categoría, un rasgo que, decidió Kit, combinado con su aspecto de campesino lo hacía extrañamente atractivo. También parecía auténticamente cálido e interesado en ellos. Por otra parte, cuando observó a un camarero que miraba con impaciencia a una mujer que no terminaba de decidirse con los entrantes, su cara se ensombreció.

—Échalo, Alex —dijo sin miramientos—. No es bueno y nunca lo será.

Vaya, pensó Kit, es duro de verdad. No me sorprende que Jay tema disgustarlo.

Al fin fue Jimmy el que sacó el tema de Lacey e Isabelle Waring. En cuanto sirvieron el café, dijo:

—Señora Farrell, he visto a su hija una vez. Trataba de cumplir la promesa que le había hecho a mi ex mujer y me trajo el diario de mi hija.

—Lo sé —dijo Mona en voz baja.

—No estuve muy agradable con ella. En lugar de traerme el original, me entregó una copia y en aquel momento pensé que era un descarado que hubiera decidido darle el original a la policía.

—¿Y lo sigue pensando? —Repuso Mona, pero no esperó la respuesta—. Mire, señor Landi, estuvieron a punto de procesar a mi hija por retener pruebas, sólo por tratar de cumplir el último deseo de Isabelle Waring.

Dios mío, pensó Kit. Mamá está a punto de explotar.

—Me lo han dicho hace dos días —replicó Landi bruscamente—. Y al fin, cuando vi que la policía no había hecho más que tomarme el pelo, tuve la brillante idea de contratar un detective privado. Él fue quien descubrió que esa historia de que un ladrón profesional había matado a Isabelle por accidente no era más que una estupidez.

Kit vio cómo la cara de Landi enrojecía. Steve Abbott también lo notó.

—Tranquilízate, Jimmy —le dijo—. Si tienes una embolia serás un paciente insoportable.

Jimmy le echó una mirada fulminante y se volvió otra vez hacia Mona.

—Eso solía decirme mi hija. —Se acabó el café y continuó—. Sé que su hija está en el programa de protección a testigos. Supongo que es algo muy desagradable para ella y para todos ustedes.

—Sí, lo es —asintió Mona.

—¿Cómo se pone en contacto con ella?

—Nos llama una vez por semana —dijo Mona—. En realidad, hemos llegado un poco tarde porque estaba hablando con ella cuando Jay y Kit pasaron a recogerme.

—¿Usted no puede llamarla? —preguntó Jimmy.

—De ninguna manera. No sabría dónde encontrarla.

—Quiero hablar con ella —dijo Jimmy de repente—. Dígaselo. El detective que he contratado me ha dicho que pasó mucho tiempo con Isabelle los días anteriores a su muerte. Tengo muchas preguntas que hacerle.

—Señor Landi, tendrá que hacer esa solicitud a través de la fiscalía general —intervino Jay, rompiendo su mutismo sobre el tema—. Cuando Lacey entró en el programa nos dieron instrucciones muy precisas al respecto.

—Eso significa que seguramente no accederán a mi petición —masculló Jimmy—. De acuerdo, quizá haya otra forma. ¿Puede hacerle una pregunta por mí? Pregúntele si al final del diario de Heather había unas hojas escritas en papel liso, sin renglones.

—¿Por qué es importante, Jimmy? —se interesó Alex Carbine.

—Porque si estaban allí, significa que ninguna de las pruebas enviadas a esa comisaría está a salvo; van a desaparecer o las van a manipular. Y tengo que encontrar la manera de impedirlo.

Jimmy le hizo señas a Carlos, que estaba detrás de él con la cafetera, de que se marchara. Se puso de pie y le tendió la mano a Mona.

—Bueno, creo que eso es todo. Lo lamento por usted, señora Farrell, y por su hija. Por lo que me han dicho, se portó muy bien con Isabelle y trató de ser amable conmigo. Le debo una disculpa ¿Cómo está?

—Lacey es muy luchadora —respondió Mona— nunca se queja. En realidad siempre trata de levantarme el ánimo. —Se volvió hacia Kit y Jay—. Me olvidé de contaros en el coche que Lacey acaba de apuntarse a un gimnasio recién inaugurado que tiene una pista de squash fabulosa. —Se volvió otra vez hacia Landi—. Siempre ha sido aficionada al deporte.

Después de hablar con su madre, Lacey se reunió con George Svenson en el vestíbulo del motel y fue hasta el coche sin pronunciar palabra.

Pensó qué haría con el resto de la noche que tenía por delante. De una cosa estaba segura: no podía pasar todo ese tiempo sola en el apartamento vacío. Pero ¿qué podía hacer? No tenía mucha hambre y no le apetecía ir sola a un restaurante. Después de la experiencia del jueves en el cine, la mera idea de sentarse sola en una sala a oscuras le resultaba insoportable.

En cierto modo, y si conseguía una entrada, habría podido ir a ver la última actuación en Mineápolis de *El rey y yo*, pero estaba segura de que se desmoronaría ya en la obertura. Recordaba imágenes de ella buscando a su padre en el foso de la orquesta. Papá, te echo de menos, pensó mientras entraba en el coche de Svenson. Pero una voz dentro de su cabeza le respondió «Sé sincera, Lacey, hija mía, no es a mí a quien lloras en este momento. Enfréntate a la verdad: has conocido a alguien que te gusta y estás usando mi imagen para borrar la suya. Admítelo, no es mi cara la que persigues ni es de mi imagen de la que huyes».

Svenson guardó silencio durante todo el viaje. Al fin, Lacey le preguntó si tenía noticias de Gary Baldwin.

—No, nada, Alice —respondió.

Le irritó que la persona con la que tenía la relación más estrecha no pudiera llamarla por su nombre.

—Entonces tenga la amabilidad de comunicarle a su excelencia que quiero saber qué está pasando. El martes por la noche le di una información muy importante, y por cortesía podría mantenerme al tanto de los acontecimientos. Creo que no podré seguir viviendo así mucho más tiempo.

Lacey se mordió el labio y se reclinó en el asiento. Como siempre que desahogaba su ira con Svenson, se sentía avergonzada e infantil. Estaba segura de que él prefería estar en su casa con su mujer y sus hijas en lugar de tener que llevarla a moteles a hablar por teléfono.

—He depositado dinero en su cuenta, Alice. Mañana puede inscribirse en el nuevo gimnasio. —Era la forma de Svenson de decirle que comprendía cómo se sentía.

—Gracias —murmuró, y sintió ganas de gritar «¡Por favor, llámame Lacey! ¡Me llamo Lacey Farrell!».

Cuando llegaron a su casa, entró en el vestíbulo aún sin saber qué haría. Se quedó durante un rato indecisa frente al ascensor, hasta que se dio la vuelta repentinamente. Volvió a salir, pero esta vez para ir a su propio coche. Condujo sin rumbo fijo y al final se dirigió a Wayzata, la zona donde estaba la casa de la fiesta a la que había asistido después de la función de *El rey y yo*. Al llegar, buscó un pequeño restaurante que recordaba haber visto al pasar, y se alegró de comprobar que, a pesar de su

desastroso sentido de la orientación, lo encontraba fácilmente. Quizá empiezo a acostumbrarme y a orientarme en este lugar, pensó. Si voy a trabajar en el negocio inmobiliario una temporada, sin duda lo necesitaré.

El restaurante se parecía a los de la calle 14 Oeste de Greenwich Village. En cuanto abrió la puerta, la recibió un aroma a pan de ajo recién horneado. Había unas veinte mesas, cada una con un mantel a cuadros rojos y blancos y una vela.

Lacey echó una mirada alrededor. El lugar estaba repleto.

—Parece que está todo lleno —le dijo a la recepcionista.

—No. Acaban de cancelar una reserva. —La chica la acompañó a una mesa del rincón que no se veía desde la puerta.

Mientras esperaba que la sirvieran, Lacey mordisqueó un trocito de pan italiano crujiente y bebió un sorbo de vino tinto. La gente comía y conversaba; era evidente que se lo pasaban bien. Ella era la única persona sola del restaurante.

¿Cuál era la diferencia de este lugar? se preguntó ¿Por qué allí se sentía diferente? Sobresaltada, se dio cuenta de que había puesto el dedo en algo que había tratado de evitar o no quería reconocer. Allí, en ese pequeño restaurante, podía ver quién entraba por la puerta sin que la vieran a ella, y se sentía más segura de lo que había estado en toda la semana.

¿Por qué? se preguntó. Porque le he dicho a mamá dónde estoy, reconoció arrepentida.

Las advertencias que le habían hecho durante su entrenamiento resonaron en su cabeza. «No se trata de que su familia vaya a delatarla a propósito, sino de comentarios involuntarios que podrían poner en peligro su seguridad». Recordó que su padre siempre bromeaba con el hecho de que si su madre alguna vez escribía sus memorias, los titularía *En absoluta confianza*, porque era incapaz de guardar un secreto. Después pensó en lo indignada que parecía su madre cuando le había advertido que no le comentara nada a Jimmy Landi sobre su paradero. Quizá no pase nada, pensó Lacey mientras rogaba que su madre se hubiera tomado en serio la advertencia.

La ensalada estaba crujiente; el aliño de la casa, fuerte y aromático; la pasta con salsa de cangrejo, deliciosa; pero la sensación de seguridad duró poco, y cuando salió del restaurante y condujo hacia su casa la empezó a perseguir la imagen de que algo o alguien se cernía sobre ella.

Tom Lynch le había dejado un mensaje «Alice, tengo que verte urgentemente mañana. Por favor, llámame» y le dejaba su número. Ojalá pudiera llamarlo, pensó Lacey.

Ruth Wilcox también había telefoneado. «Alice, te echamos de menos. Por favor, pasa durante el fin de semana. Quiero hablar contigo sobre un caballero que me ha estado haciendo preguntas sobre ti». Ruth sigue haciendo de casamentera, pensó Lacey con ironía.

Se fue a la cama y consiguió dormirse, pero muy pronto cayó en una pesadilla.

Estaba arrodillada al lado del cuerpo de Isabelle. Una mano le tocaba el hombro... Levantaba la mirada y veía al asesino mirándola con aquellos ojos azules claros, apuntándole a la cabeza con una pistola. Se incorporó de golpe, sobresaltada. Después de eso no pudo conciliar el sueño durante el resto de la noche.

Por la mañana temprano se obligó a salir a hacer *footing*, pero una y otra vez se volvía y miraba por encima del hombro para ver si alguien la seguía.

Empiezo a estar como una cabra, reconoció al regresar a su casa y echar el cerrojo. Eran sólo las nueve de la mañana y no tenía ningún plan para el resto del día. Millicent Royce le había dicho que muchos fines de semana arreglaba citas para ir a enseñar casas, y que ella podía acompañarla. Desgraciadamente, ese fin de semana no tenía ninguna. Voy a desayunar algo y después iré a probar el nuevo gimnasio, decidió. Por lo menos tendré algo que hacer.

Llegó al Centro Deportivo Edina a las diez y cuarto y la hicieron sentar en la oficina de recepción. Buscó en su bolsa los formularios que había rellenado y se los dio a la encargada, que se volvió a atender una llamada telefónica.

—Sí señor, así es. Acabamos de inaugurar y tenemos una pista de squash fabulosa. Si quiere puede venir ahora a echarle un vistazo.

El sábado por la mañana, el detective Ed Sloane condujo desde su casa, en el Riverdale del Bronx, hasta Greenwich (Connecticut) para asistir a la reunión que había insistido en mantener con Richard J. Parker. Por el camino, notó que la nieve, que hasta hacía unos días ofrecía una imagen impoluta, empezaba a derretirse y a formar un fango grisáceo. Estaba nublado y anunciaban lluvia, que, según el pronóstico, se convertiría en aguanieve a medida que bajaran las temperaturas.

Otro espantoso día de invierno, se dijo Sloane. Uno de esos en que los listos que se lo pueden permitir se convierten en pájaros que emigran al sur. O a Hawai. Estaba ahorrando para ese viaje. Pensaba llevar a Betty para el trigésimo aniversario de bodas; faltaban dos años. Ojalá pudieran irse mañana, o incluso hoy. Aunque con todo lo que estaba pasando en la comisaría, sabía que no podía escaparse. No podía quitarse de la cabeza que se hubiera perdido esa prueba que habría podido ser decisiva para resolver el asesinato de Isabelle. Si ya era bastante malo que Lacey Farrell se hubiera llevado el diario de la escena del crimen, el hecho de que alguien, desconocido aún y probablemente un «mal policía» hubiera robado el diario de su propio despacho era mucho peor. Y encima también les había birlado unas hojas de la copia que había entregado Jimmy Landi, recordó. La idea de que quizá había trabajado, comido y bebido con un poli que estaba en los dos bandos le daba escalofríos.

Mientras abandonaba la Merritt Parkway en la salida 31, Ed pensó en el plan que habían puesto en marcha en la comisaría con el propósito de pillar al que se hubiera llevado las pruebas del armario cerrado. Para empezar, hacía notar que sacaba las llaves de la americana del traje y las guardaba en el escritorio. «Que me cuelguen si vuelve a desaparecer algo más de mi despacho» les decía a los que pasaban por allí. Con la ayuda del capitán, había pergeñado la historia de que una nueva prueba que conservaba en su despacho quizá era la pieza clave que permitiría resolver el asesinato de Isabelle Waring. La descripción de la supuesta prueba en el libro de entradas de la comisaría era deliberadamente ambigua. Una cámara oculta en el techo enfocaba su escritorio. La semana próxima empezaría otra vez con su vieja costumbre de dejar las llaves en el bolsillo de la chaqueta colgada en el respaldo de la silla.

Confiaba que la falsa información que estaba haciendo circular haría morder el anzuelo a ese bastardo. El asesino de Isabelle estaba detrás de los robos en la comisaría, y procuraría hacerse con las supuestas nuevas pruebas. A Sloane, sin embargo, le costaba creer que alguien como Sandy Savarano estuviese detrás de esos robos. Era sólo un matón. Lo más probable era que la última palabra la tuviera alguien influyente y con mucho dinero. Y cuando se enterara de esa nueva prueba, ordenaría destruirla.

El dilema de Ed Sloane, sin embargo, era que probablemente el mal policía sería alguno de los muchachos que en los últimos veinticinco años, en alguna ocasión u

otra, lo había sacado de algún apuro. Y esas cosas nunca eran fáciles.

La finca de Parker estaba en Long Island Sound. La bella mansión de ladrillos rojos claros tenía dos torrecillas en los extremos y era lo suficientemente antigua para tener una pátina suave que la nieve de los vastos jardines ponía de relieve.

Sloane entró por las puertas abiertas del jardín y aparcó a un lado del camino semicircular de la entrada principal, pensando que muy pocos Saturns de cinco años de antigüedad habrían aparcado en aquel lugar. Mientras avanzaba por el sendero de losas, sus ojos recorrieron las ventanas con una vaga esperanza de ver a Rick Parker espiándolo.

Lo recibió una joven muy atractiva con uniforme de criada.

—Soy el detective Sloane.

—El señor Parker lo espera en su estudio —le dijo, y Ed tuvo la sensación de que la chica acababa de salir del estudio.

Mientras la seguía por un vestíbulo amplio y alfombrado, repasó lo que sabía de Parker padre. Tenía fama de mujeriego, y mientras miraba a esa atractiva muchacha se preguntó si Parker era tan imbécil como para intentar algo en su propia casa.

Seguramente era un condenado idiota, decidió Sloane al cabo de unos minutos, cuando encontró al señor Parker tomando café en un sofá de piel; había otra taza medio vacía al lado.

Parker no se levantó a recibirlo ni le ofreció café.

—Siéntese, detective Sloane. —Era más una orden que una invitación.

Sloane sabía que a continuación le diría que estaba muy ocupado y que no tenía mucho tiempo. Y eso fue exacta mente lo que oyó.

Al notar que la criada seguía en la habitación, Sloane se volvió hacia ella.

—Puede volver en cuanto me vaya, señorita —le dijo con desfachatez.

Richard Parker se puso de pie con expresión de indignación.

—Pero quién se ha creído...

—Creo, señor Parker —lo interrumpió Sloane— que antes que nada debo decirle que no soy uno de sus lacayos. Ésta no es una transacción inmobiliaria. Estoy aquí para hablar de su hijo, que empieza a ser sospechoso no de uno sino de dos casos de asesinato. —Se inclinó y dio un golpecito sobre la mesa de café para enfatizar sus palabras—. Isabelle Waring no creía que la muerte de su hija hubiera sido un accidente. Las pruebas apuntan a que la muerte de la señora Waring fue perpetrada por un asesino profesional, que nosotros conocemos y que sabemos que ha trabajado para un cártel de narcotraficantes. A propósito, esto no es del dominio público, pero se lo hago saber. Sin duda está enterado de que su hijo fue quien preparó la cita para que el asesino entrara en el apartamento de la señora Waring, y eso lo convierte en cómplice del hecho. Se va a dictar una orden de detención con ese cargo. Pero hay

otra cosa que debería saber sobre su hijo, o que quizá ya la sabe. Rick estaba en Stowe la tarde anterior a la muerte de Heather Landi, y tenemos un testigo presencial que puede declarar que ésta se asustó al verlo y huyó de la estación de esquí. — Sloane miró al individuo tenso que tenía delante.

Unas manchitas rojas que delataban su agitación punteaban la cara de Parker. Sin embargo, su voz no se alteró cuando preguntó:

—¿Eso es todo, detective?

—No. Richard J. Parker hijo, la niña de sus ojos, es un drogadicto. Aparentemente usted ha dejado de pagar sus cuentas, pero él todavía sigue consiguiendo droga de alguna manera. Existe la posibilidad de que le deba a alguien una suma importante de dinero, y podría ser una situación muy peligrosa. Le aconsejo que contrate un abogado penalista y que le diga que se entregue. De lo contrario, podría ser usted el que se enfrente a algunos cargos.

—No sé dónde está —replicó Parker.

Sloane se puso de pie.

—Yo creo que sí. Y se lo advierto: corre grave peligro. No sería la primera persona que pagara el precio desapareciendo para siempre.

—Mi hijo está en una clínica de rehabilitación en Hartford —dijo Priscilla Parker.

El detective Sloane se volvió, sobresaltado por la inesperada voz.

Priscilla Parker estaba en el quicio de la puerta.

—Lo llevé el miércoles pasado. Mi marido ha sido sincero al decir que no sabía dónde estaba su hijo. Rick vino a pedirme ayuda. De todas formas, su padre ese día estaba ocupado.

Sus ojos se demoraron un instante en la segunda taza de café y después se posaron en su marido; el desprecio y el odio estaban grabados en su cara.

Después de darle a la encargada del Centro Deportivo Edina los formularios de inscripción y el cheque, Lacey fue a la pista de squash y empezó a tirar pelotas contra la pared. Enseguida comprobó que la noche anterior en vela y el *footing* de primera hora de la mañana la habían dejado exhausta. Se le escapaban las pelotas fáciles, y se dobló el tobillo tratando de devolver una pelota difícil. Era el reflejo de su vida actual. Al borde de las lágrimas, salió de la pista cojeando y cogió el abrigo y la bolsa de la taquilla.

La puerta de la oficina de la encargada estaba semiabierta. Lacey vio a una pareja joven sentada al escritorio y a un hombre canoso que esperaba para hablar con ella.

Lacey sintió que se le empezaba a hinchar el tobillo y se detuvo un instante en la puerta. Iba a preguntar si en el gimnasio tenían vendas elásticas, pero decidió irse a casa y ponerse hielo. Así como esa mañana sólo quería salir del apartamento, lo único que deseaba ahora era volver y quedarse allí con la puerta bien cerrada.

Esa mañana, cuando Lacey había salido a hacer *footing*, algunas nubes dispersas cubrían el cielo, que ahora se habían convertido en una masa compacta. Mientras Lacey conducía de Edina a Mineápolis, una fuerte nevada era inminente.

Tenía una plaza de aparcamiento detrás del edificio. Estacionó el coche allí y se quedó sentada en silencio. Su vida era un caos absoluto. Estaba a miles de kilómetros de su familia, viviendo una existencia que no podía ni llamarse vida, sola y aislada. Se hallaba atrapada en una mentira y debía fingir ser quien no era... ¿y por qué? Sólo porque había sido testigo de un crimen. A veces deseaba que el asesino la hubiera descubierto en el armario. No quería morir, pero habría sido más fácil que vivir así, pensó desesperada.

Tengo que hacer algo, se dijo.

Abrió la puerta y salió con cuidado, tratando de no forzar el tobillo dolorido. Mientras se volvía para cerrar la puerta, sintió una mano en el hombro. Tuvo la misma sensación que en la pesadilla: la vida que se desarrollaba en cámara lenta mientras trataba de gritar, pero ningún sonido acudió a su garganta. Se inclinó intentando soltarse, jadeó y tropezó al tiempo que una aguda punzada le traspasaba el tobillo como un hierro candente.

Un brazo la sostuvo mientras oía una voz conocida.

—¡Alice, lo siento! No quería asustarte. Perdóname.

Era Tom Lynch.

Lacey se apoyó en él, aliviada.

—Ay Tom... Dios mío... Estoy... Estoy bien, pero... creo que me has asustado.

Y se echó a llorar. Era tan agradable sentirse protegida entre sus brazos. Se quedó inmóvil durante un momento, mientras una sensación de alivio la embargaba. Luego se enderezó y lo miró. No, no podía hacerle eso... ni a él ni a ella misma.

—Lamento que te hayas molestado en venir, Tom. Pero tengo que subir —dijo obligándose a respirar con normalidad mientras se secaba las lágrimas.

—Voy contigo. Tenemos que hablar.

—No, no tenemos nada que hablar.

—Por supuesto que sí —repuso él—. Empezando por el hecho de que tu padre te está buscando por todo Mineápolis porque tu madre se está muriendo y quiere hacer las paces contigo.

—¿De qué... estás hablando? —Lacey sintió la boca pastosa y la garganta atenazada.

—Estoy hablando de que Ruth Wilcox me dijo que ayer a la tarde apareció un hombre por el gimnasio con tu foto. Dijo que era tu padre y te estaba buscando.

¡Está en Mineápolis!, pensó Lacey, súbitamente presa del pánico.

—¡Alice, mírame! ¿Es verdad? ¿Era tu padre y te está buscando?

Lacey sacudió la cabeza desesperada por soltarse de Tom.

—Por favor, vete.

—No pienso irme. —Le cogió la cara con las manos, obligándola a mirarlo.

Una vez más, la voz de Jack Farrell resonó en la cabeza de Lacey «Pones mi cara delante de la que realmente quieres —le dijo—. Admítelo».

Lo admito, sí, se dijo mientras miraba la firme mandíbula de Tom, la frente arrugada por la preocupación y la expresión de sus ojos. Lo miró como se mira a alguien especial. Pues bien, no permitiré que te pase nada por culpa de todo esto, se prometió.

Si el asesino de Isabelle Waring había logrado sacarle su dirección a Ruth Wilcox en el gimnasio, seguramente a estas alturas ya estaría muerta. Hasta ahora, todo iba bien. Pero ¿a quién más le estaba enseñando esa foto?

—Alice, sé que estás en apuros; sea lo que sea, puedes contar conmigo. Pero ya no puedo seguir en la oscuridad ¿No lo comprendes? —le suplicó Tom.

Lacey lo miró. Era una sensación tan extraña ver a ese hombre que evidentemente sentía algo por ella... ¿Amor? Quizá. Era exactamente el tipo de persona a la que le habría gustado conocer algún día ¡Pero no ahora! ¡No allí! No en esa situación. No puedo hacerle esto, pensó.

Un coche entró en el aparcamiento. Lacey instintivamente quiso empujar a Tom, esconderlo detrás de su coche.

Tengo que irme, pensó. Y conseguir que Tom se vaya.

Mientras el coche se acercaba, vio que la conductora era una mujer que vivía en el edificio. Pero ¿quién sería el conductor del siguiente vehículo que entrara? se preguntó.

Podría ser él.

Empezaron a caer los primeros copos de nieve.

—Tom, por favor, vete —le rogó—. Tengo que llamar a casa y hablar con mi madre.

—Entonces esa historia es verdad.

Lacey asintió sin mirarlo a los ojos.

—Tengo que hablar con ella y arreglar las cosas ¿Puedo llamarte más tarde? —preguntó al fin levantando la mirada.

Tom, preocupado y confundido, la miró a la cara.

—¿Me llamarás?

—Te lo prometo.

—Si puedo ayudar, ya sabes...

—No, ahora no puedes.

—¿Puedes contestarme con franqueza sólo una cosa?

—Por supuesto.

—¿Hay otro hombre en tu vida?

—No.

Tom asintió.

—Es lo único que necesito saber.

Otro coche entraba en el aparcamiento.

—Tom, tengo que llamar a casa.

—Déjame al menos acompañarte hasta la puerta —repuso él tomándola del brazo, y al cabo de unos pasos se detuvo—. Estás cojeando.

—No es nada... Tropecé. —Lacey rogó que su cara no demostrara el dolor que sentía al caminar.

Tom le abrió la puerta del vestíbulo.

—¿Cuándo me llamarás?

—Dentro de una hora más o menos. —Lo miró y se obligó a sonreír.

Tom le dio un beso suave en la mejilla.

—Estoy preocupado por ti. —Le cogió las manos y la miró intensamente a los ojos—. Pero esperaré tu llamada. Me has dado una nueva esperanza.

Lacey aguardó en el vestíbulo hasta ver que se alejaba el BMW azul oscuro y luego se precipitó hacia el ascensor.

Sin quitarse el abrigo, telefoneó al nuevo gimnasio. Atendió la encargada con su voz alegre.

—Centro Deportivo Edina, un momento por favor.

Pasó un minuto y después otro. Maldita sea, pensó Lacey al cortar la comunicación bruscamente con la otra mano. Era sábado y cabía la posibilidad de que su madre estuviera en casa. Por primera vez en meses marcó directamente el

conocido número.

Su madre atendió a la primera llamada. Lacey sabía que no podía perder tiempo.

—Mamá, ¿a quién le has dicho que yo estaba aquí?

—¿Lacey? No se lo he dicho a nadie ¿Por qué? —respondió su madre alarmada.

—¿Quiénes estaban en la cena de anoche?

—Alex, Kit, Jay, Jimmy Landi y su socio, Steve Abbott, y yo ¿Por qué?

—¿Dijiste algo sobre mí?

—Nada importante. Sólo que te habías apuntado a gimnasio nuevo con pista de squash. No hay problema con eso, ¿no?

Dios mío, pensó Lacey.

—Lacey, el señor Landi quiere hablar contigo. Me preguntó si las últimas páginas del diario de su hija estaban escritas en hojas lisas.

—¿Y por qué quiere saber eso? Le di una copia completa del diario.

—Porque dice que alguien robó esas hojas de la comisaría, y también robaron el original. Lacey, ¿me estás diciendo que la persona que intentó matarte está en Mineápolis?

—Mamá, no puedo hablar. Te llamo más tarde.

Colgó. Llamó una vez más al gimnasio. Esta vez, no le dio tiempo a la encargada de hacerla esperar.

—Soy Alice Carroll —la interrumpió—. ¿No...?

—Hola, Alice. —La voz de la mujer se tornó muy solícita. Ha venido tu padre a buscarte. Lo llevé a la pista de squash pensando que estabas allí, pero ya te habías marchado. Alguien nos dijo que te torciste el tobillo. Tu padre estaba muy preocupado. Le he dado tu dirección. He hecho bien ¿no? Se ha ido hace unos minutos.

Lacey metió el diario de Heather en su bolsa y medio corriendo medio saltando llegó a su coche y enfiló hacia el aeropuerto. Un viento recio hacía que la nieve golpeará el parabrisas. Por suerte tardará un rato en darse cuenta de que me he largado, pensó.

Había un vuelo a Chicago doce minutos después de que llegara al mostrador. Se las arregló para entrar justo antes de que cerraran las puertas de embarque.

A partir de ese momento, el avión se quedó en la pista durante tres horas, esperando el permiso para despegar.

Sandy Savarano se sentó en el coche de alquiler con el mapa de la ciudad desplegado delante; la emoción de la cacería empezaba a animarlo. Sintió que se le aceleraba el pulso. Le faltaba poco para alcanzar su objetivo. Encontró el 520 de la avenida Hennepin; estaba a diez minutos del Radisson Plaza, donde él se alojaba. Puso primera y pisó el acelerador.

Sacudió la cabeza, seguía irritado por haber estado tan cerca de pillarla en el gimnasio. Si no se hubiera caído en la pista, aún estaría dentro, un blanco perfecto. Sintió que la adrenalina le aceleraba el corazón y le agitaba la respiración. Estaba cerca. Era la parte que más le gustaba.

El guardia le había dicho que Farrell cojeaba al salir del gimnasio. Si se había lastimado, lo más probable era que se hubiera marchado a casa.

Ya sabía que usaba el nombre de Alice Carroll. No sería difícil averiguar el número de apartamento... probablemente figuraría en el buzón del vestíbulo.

La última vez ella le había cerrado la puerta en las narices, recordó con fastidio. En esta ocasión no le daría oportunidad.

Cada vez nevaba más. Savarano frunció el entrecejo. No quería problemas meteorológicos. Tenía la maleta abierta en la habitación del hotel. Cuando acabara con Farrell, la cerraría y se marcharía al cabo de diez minutos. Un huésped que se marchaba sin avisar y dejaba el equipaje en la habitación despertaba sospechas. Pero si cerraban el aeropuerto y las carreteras se ponían intransitables, quedaría atrapado. Y eso no le gustaba nada.

—Todo saldrá bien —se dijo.

Echó un vistazo al letrero de la calle. Estaba en la avenida Hennepin, en el número 400. El otro extremo de Hennepin estaba cerca del centro comercial Nicollet, con sus tiendas elegantes, hoteles y edificios de oficinas. Notó que no era una zona muy residencial.

Encontró el 520. Un edificio anodino en una esquina, de siete pisos de altura. No muy grande; mejor para él. Savarano estaba seguro de que no habría grandes medidas de seguridad en el inmueble.

Pasó por delante y entró en el aparcamiento. Había muchas plazas para los vecinos, y unas cuantas para visitantes que estaban ocupadas. Como no quería llamar la atención ocupando una plaza de un vecino, volvió a salir, aparcó enfrente y cruzó hasta la entrada del edificio. La puerta del vestíbulo pequeño estaba abierta. Los datos de los vecinos estaban en los buzones. El de Alice Carroll era el 4 F. Para entrar en el vestíbulo propiamente dicho, como era habitual en esos edificios, había que tener llave o alguien tenía que abrir por el Interfono.

Savarano esperó con impaciencia hasta que vio a alguien acercarse por el sendero, una mujer mayor. Mientras ésta abría la puerta exterior, él tiró un llavero al suelo y se agachó a recogerlo. Cuando la mujer abrió la cerradura de la puerta del vestíbulo, él

se enderezó, se la sostuvo para que pasara y entró detrás de ella. La mujer le dio las gracias con una sonrisa y entraron juntos en el ascensor. Sandy esperó a que la mujer apretara el botón del séptimo piso antes de marcar el cuarto.

Una precaución necesaria, el tipo de meticulosidad que lo hacía tan bueno e impecable. No quería verse en la situación de tener que salir del ascensor con la vecina de al lado de Farrell. Cuanto menos lo vieran, mejor.

En el cuarto piso, avanzó por el pasillo, silencioso y mal iluminado. Mucho mejor, pensó. El F era el último apartamento de la izquierda. Sandy pulsó el timbre con la mano izquierda, mientras la derecha, en el bolsillo, sostenía la pistola. Estaba preparado por si Farrell preguntaba quién era «Servicio de emergencia. Estamos comprobando una fuga de gas». Siempre funcionaba.

No hubo respuesta. Volvió a pulsar el timbre.

La cerradura era nueva, pero jamás se había encontrado con una cerradura que no se pudiera forzar. Llevaba las herramientas necesarias en un cinturón de los que se utilizan para guardar dinero. Siempre le había hecho gracia que hubiera podido abrir la puerta del apartamento de Isabelle Waring con la llave que ella misma guardaba en la mesa del recibidor.

En menos de cuatro minutos de trabajo, ya había entrado al cuarto F y vuelto a montar la cerradura. La esperaría allí, era lo mejor. Algo le decía que no tardaría en llegar ¡Y menuda sorpresa se llevaría!

Quizá ha ido a que le saquen una radiografía del tobillo, pensó. Flexionó los dedos; llevaba guantes de látex. En su anterior incursión en el apartamento de Farrell había tenido un descuido imperdonable y había dejado una huella en la puerta, pues se le había roto la punta del índice del guante derecho. No volvería a cometer el mismo error.

Ahora, le habían pedido que registrara el apartamento en busca de una copia del diario de Heather Landi. Se dirigió hacia el escritorio para empezar la búsqueda. En ese momento sonó el teléfono. Cruzó la habitación con pasos rápidos y felinos y se quedó al lado, satisfecho de ver que el contestador estaba encendido.

La voz de Farrell era grave y reservada, y lo único que decía era «Ha llamado al 555 12 47. Deje un mensaje y lo llamaré lo antes posible».

El que llamaba era un hombre con voz apremiante y autoritaria.

«Alice, soy George Svenson. Vamos para allá. Su madre acaba de llamar al número de emergencia de Nueva York para informar de que está usted en apuros. Quédese dentro. Cierre con llave y no deje entrar a nadie hasta que yo llegue».

Savarano se quedó helado. ¡Vienen hacia aquí! Si no se largaba inmediatamente, sería él quien terminaría atrapado. Cruzó el pasillo en estampida y bajó por la escalera de incendios.

Una vez en el coche, se detuvo en el semáforo de la esquina de la avenida Hennepin mientras los coches de policía con las luces encendidas pasaban rugiendo a su lado.

Se había salvado por muy poco, nunca había estado tan cerca. Durante un rato condujo sin rumbo fijo tratando de calmarse y pensar cuidadosamente ¿Adónde habría ido Lacey Farrell? se preguntó ¿Estaría escondida en casa de algún amigo? ¿Se metería en algún motel? En todo caso, no podía estar a más de treinta minutos de él.

Debía intentar imaginarse lo que estaría pensando Lacey Farrell. ¿Qué haría él si estuviese en el programa de protección a testigos y lo localizaran? No volvería a confiar en la policía, se contestó. No dejaría que me cambiaran a otra ciudad sólo para preguntarme cuánto tardarían esta vez en encontrarme.

Por lo general, quienes dejaban voluntariamente el programa de protección lo hacían porque echaban de menos a su familia y amigos. Y casi siempre volvían a casa.

Farrell no había llamado a los federales cuando se enteró de que la habían encontrado. Había llamado a su madre Iba hacia allí, decidió Sandy, y se encaminó al aeropuerto para coger un vuelo a Nueva York.

Esa mujer tenía que estar muerta de miedo. Seguramente ya no confiaba en que la bofia la protegería. Todavía tenía un apartamento en Nueva York. La madre y la hermana vivían en Nueva Jersey. No le costaría encontrarla.

No era el primero que se le escurría por unos días, pero a la larga no se escapaba ninguno. Al final siempre atrapaba a su presa. La cacería en sí era divertida, pero lo mejor era el momento de disparar.

Primero fue al mostrador de Northwest Airlines. Por el número de empleados era evidente que se trataba de la compañía más importante de Mineápolis. Le dijeron que todos los vuelos estaban suspendidos momentáneamente por la nieve.

—Entonces a lo mejor encuentro a mi mujer —dijo—. Se marchó hace unos cuarenta minutos. Su madre ha tenido un accidente en Nueva York, y supongo que habrá cogido el primer vuelo que salía. Se llama Alice Carroll.

—No ha salido ningún avión directo a Nueva York durante la última hora, señor Carroll. Lo más probable es que cogiera una conexión vía Chicago. Veamos en el ordenador. —Tecléo con dedos ágiles—. Efectivamente, su mujer está a bordo del vuelo 62 con destino a Chicago que salió a las once cuarenta y ocho. Bueno —suspiró— en realidad llegó hasta la pista, y allí sigue. Me temo que no puedo hacerlo subir en ese vuelo. Pero puede encontrarse con ella en Chicago. Hay otro vuelo para el que están embarcando ahora y es muy posible que lleguen casi a la misma hora.

El detective Ed Sloane y Priscilla Parker se sentaron juntos a esperar a que Rick apareciera. La sala de espera de la mansión Harding era muy cómoda. Se trataba de una casa señorial que había sido donada como centro de rehabilitación por un matrimonio cuyo único hijo había muerto de una sobredosis.

El sofá de terciopelo azul y blanco y las sillas a juego, combinados con las paredes azules Wedgood y una moqueta, le indicaron a Sloane que se trataba de los muebles originales, y que los que podían permitirse ingresar allí para dejar las drogas pagaban una fortuna.

Sin embargo, en el camino desde Greenwich, la señora Parker le había dicho que al menos la mitad de los pacientes no pagaba nada.

—Sé lo que debe pensar de mi hijo —le explicó nerviosa mientras esperaban a Rick Parker—. Pero le aseguro que es un joven bueno y prometedor. Rick aún está a tiempo de hacer algo con su vida. Lo sé. Su padre lo ha malcriado siempre, le ha enseñado a pensar en sí mismo por encima de todo tipo de disciplina e incluso de decencia. Cuando tuvo problemas de drogas en el instituto, le rogué a mi marido que lo obligara a hacer frente a las consecuencias. Pero en lugar de eso sobornó a la gente. Habría podido ser buen estudiante en la universidad, es inteligente, pero nunca se esforzó. Dígame ¿para qué necesita un Mercedes descapotable un chico de diecisiete años? ¿Para qué necesita un chico de esa edad cantidades de dinero ilimitadas? ¿Qué sentido de la decencia puede tener un chico si su padre le pone a la querida de ese mes un uniforme de criada y la lleva a su propia casa?

Sloane admiró la chimenea de mármol italiano con sus delicadas tallas.

—Usted ha aguantado demasiado durante mucho tiempo, señora Parker. Quizá más de lo debido.

—No tenía alternativa. Si me iba, habría perdido a Rick completamente. Creo que quedándome he logrado algo. El hecho de que esté ahora aquí y quiera hablar con usted lo confirma.

—¿Por qué cambió su marido de actitud hacia Rick? Sabemos que hace cinco años le cortó los ingresos de un fondo fiduciario ¿Qué pasó?

—Será mejor que se lo explique Rick —respondió Priscilla Parker. Inclino la cabeza y escuchó—. Ésa es su voz. Ahí viene. Señor Sloane, Rick está en un aprieto, ¿no?

—Si es inocente no, señora Parker. Y si coopera, tampoco. Depende de él.

Sloane le repitió las mismas palabras a Rick Parker mientras esperaba que firmara el papel donde constaban sus derechos. El aspecto del joven lo impresionó. En

aproximadamente diez días, desde que lo había visto por última vez, Rick había cambiado muchísimo. Estaba delgado, pálido y con profundas ojeras. Dejar las drogas no es ningún juego, se recordó Sloane, pero sospecho que tendrá muchas cosas que cambiar una vez acabado el programa de rehabilitación.

Parker le devolvió la orden firmada.

—Muy bien, detective. ¿Qué quiere saber?

Estaba sentado en el sofá junto a su madre, que le cogía la mano.

—¿Por qué mandó a Curtis Caldwell, y lo llamaré así puesto que es el nombre que usaba, al apartamento de Isabelle Waring?

Mientras Parker hablaba, se le cubrió la frente de sudor.

—Nuestra agencia... —Miró a su madre—. Mejor dicho, la agencia de mi padre tiene la política de no enseñar un apartamento sin comprobar las referencias de los interesados. Aun así, aparecen curiosos, pero al menos reúnen las condiciones.

—¿Lo que significa que tienen dinero para comprar la casa que les enseñan?

Rick Parker asintió.

—Usted sabe por qué estoy aquí. Soy adicto a las drogas, un hábito caro. Sencillamente no podía seguir pagándomelo, así que me vi obligado a comprar cada vez más a crédito.

A principios de octubre me llamó el camello al que le debía dinero y me dijo que alguien quería ver el apartamento. Me explicó que posiblemente el individuo no cumpliera nuestros requisitos, pero si le gustaba el lugar se podían arreglar las cosas.

—¿Lo amenazaron en caso de negarse? —preguntó Sloane.

Rick se frotó la frente.

—Lo único que puedo decirle era que sabía lo que me convenía. No me estaban pidiendo un favor, sino dándome una orden. Así que me inventé una historia. Acabábamos de vender varios pisos a unos abogados del bufete Keller, Roland y Smythe que habían sido trasladados a Manhattan. Me inventé el nombre de Curtis Caldwell y dije que trabajaba para ellos. Nadie se lo cuestionó. Eso fue todo lo que hice ¡Nada más! —Estalló de golpe—. Imaginé que el tipo podía ser un poco turbio, pero nada más. Cuando Lacey Farrell me dijo que ese tío era el asesino de la madre de Heather Landi, no supe qué hacer.

Sloane notó la familiaridad con que se refería a Heather.

—Muy bien. Veamos ¿qué había entre usted y Heather Landi?

Priscilla Parker apretó suavemente la mano de su hijo.

—Vamos, Rick, tienes que contárselo —le dijo en voz baja.

Parker miró a Sloane, a quien la tristeza de su mirada le pareció auténtica.

—Conocí a Heather hace casi cinco años, cuando vino a nuestra oficina a buscar un apartamento en el West Side —dijo—. Empecé a llevarla a ver diferentes apartamentos. Era guapa, simpática, divertida.

—¿Sabía que su padre era Jimmy Landi?

—Sí, y en parte era lo que más me gustaba de la situación. Jimmy me había

prohibido la entrada a su restaurante una noche que me emborraché. No estaba acostumbrado a que me negaran nada y me enfadé. Así que cuando Heather quiso rescindir el contrato de compra de un apartamento en la calle 77 Oeste, vi una oportunidad de divertirme, al menos indirectamente, a costa de Jimmy Landi.

—¿Ella había firmado el contrato?

—Sí, con todas las de la ley. Entonces vino a verme aterrorizada. Se había enterado de que su padre ya le había comprado el apartamento de la calle 70 Este y me pidió que rompiera el contrato.

—¿Y qué pasó?

Rick se miró las manos.

—Le dije que lo rompería si me daba algo a cambio.

Menudo cabrón, pensó Sloane. Era una niña, acababa de llegar a Nueva York y tú le haces eso.

—Ya ve —le dijo Rick a Sloane, pero parecía hablar consigo mismo— no tenía conciencia de lo que sentía realmente por Heather. Con sólo mover un dedo, montones de chicas acudían a mí corriendo. Pero Heather siempre había ignorado mis avances para seducirla. Así que en el trato que hicimos por el apartamento, vi mi oportunidad de conseguir lo que quería e incluso saldar la cuenta pendiente con su padre. Pero la noche que fue a mi casa, era evidente que estaba aterrada, así que me eché atrás. De verdad era una chica dulce, habría podido enamorarme de ella. En realidad quizá me enamoré. Lo que sé es que de pronto me sentí muy incómodo de tenerla allí. Le hice unas bromas y se echó a llorar. Entonces le dije que creciera de una vez, que se largara porque estaba un poco mayor para criaturas. Supongo que conseguí humillarla lo suficiente para alejarla de mí para siempre. Después de eso traté de llamarla, de verla, pero no quiso saber nada de mí.

Rick se puso de pie y se acercó a la chimenea, como si necesitara el calor de las llamas.

—Esa noche, cuando ella se marchó de mi casa, fui a tomar unas copas. Cuando salí de un bar de la calle 10 del Village, dos tipos me metieron en un coche y me dieron una buena paliza. Me dijeron que si no rompía ese contrato y me mantenía alejado de Heather, no viviría hasta mi siguiente cumpleaños. Me fracturaron tres costillas.

—¿Y rompió el contrato?

—Por supuesto, claro que lo rompí. Pero no sin que mi padre se enterara y me obligara a contarle lo que había pasado. Nuestra oficina central había vendido el apartamento del East Side que Jimmy Landi le había comprado a Heather, pero ese negocio no era nada comparado con otro que estaba en marcha. En aquel momento mi padre era el intermediario de la operación de Jimmy Landi en Atlantic City. Si Landi se hubiera enterado de lo que le había hecho a Heather, mi padre habría perdido millones. Fue en ese momento cuando papá me dijo que me pusiera las pilas o me marchara. No olvide que para mi padre es más importante un negocio que su

hijo. Si interfiero, me castiga.

—Tenemos un testigo que afirma que Heather huyó del bar de la pista de esquí de Stowe, la tarde anterior a su muerte, después de haberlo visto allí —dijo Sloane.

—Yo no la vi aquel día —repuso Rick sacudiendo la cabeza. Parecía sincero—. Las pocas veces que nos encontrábamos por casualidad siempre le faltaba tiempo para alejarse de mí. Desgraciadamente, yo no podía hacer nada para cambiarlo.

—Es evidente que Heather se lo contó a alguien y esa persona ordenó que le dieran una paliza ¿A Jimmy Landi?

—¡Imposible! —Exclamó Rick casi con una carcajada—. ¿Contarle que había firmado ese contrato? ¿Está bromeando? No se hubiera atrevido.

—¿A quién, pues?

Rick intercambió una mirada con su madre.

—Está bien, cariño —dijo ella palmeándole la mano.

—Mi padre era cliente de Landi desde hacía treinta años —dijo él—. Siempre había tenido especial debilidad por Heather. Creo que fue mi padre el que me mandó a los matones.

Cuando por fin despegó el avión, a las tres de la tarde, Lacey no se unió a los aplausos y hurras espontáneos que surgieron del resto de los pasajeros, sino que se reclinó, cerró los ojos y sintió que el pánico que le apretaba la garganta empezaba a desaparecer. Estaba en el asiento del medio, atrapada entre un hombre mayor que había dormitado y roncado durante casi toda la espera y un joven e inquieto ejecutivo que trabajaba con su ordenador portátil y que había intentado varias veces iniciar una conversación con ella.

Durante tres horas había estado aterrorizada de que cancelaran el vuelo y que el avión volviera de la pista a la puerta de embarque, donde se encontraría a Curtis Caldwell esperándola. Por fin estaban en el aire. Y durante una hora —al menos hasta que llegaran a Chicago—, estaba a salvo.

Iba con el mismo chándal y las mismas zapatillas de deporte que había llevado esa mañana al gimnasio Edina. Se había aflojado la zapatilla del pie derecho, pero no se la quitó por miedo a no poder volver a ponérsela. Tenía el tobillo inflamado y sentía un dolor terrible que le llegaba hasta la rodilla.

Olvídalo, se dijo. No permitas que te paralice. Tienes suerte de estar viva y poder sentir dolor. Planifica tus próximos pasos. En Chicago cogería el primer vuelo a Nueva York. Pero ¿qué hago cuando llegue? A mi apartamento no puedo ir. Y tampoco a casa de mamá ni de Kit... sólo las pondría en peligro ¿Adónde iré?

Ya había comprado un billete con la tarjeta de crédito de Alice Carroll. Ahora tendría que comprar otro a Nueva York. La tarjeta tenía un límite de tres mil dólares, y no le quedaría suficiente para pagarse un hotel en Manhattan.

Además, estaba segura de que cuando el fiscal Baldwin se enterara de su desaparición, la rastrearían a través de la tarjeta. Si se registraba en un hotel, Baldwin mandaría a sus agentes antes del mediodía. Y entonces volvería a estar atrapada. El fiscal tenía derecho a retenerla como un testigo material que huía. No, debía hallar un sitio donde quedarse sin poner a nadie en peligro y donde nadie la buscara.

Mientras el avión sobrevolaba el Medio Oeste cubierto de nieve, Lacey consideró sus posibilidades. Podía llamar a Baldwin y acceder a volver al programa de protección. Los agentes la llevarían a otra casa franca antes de mandarla a una nueva ciudad, donde reaparecería como una entidad recién creada. Ni hablar, se prometió en silencio. Antes prefiero estar muerta.

Recompuso la cadena de acontecimientos que la habían llevado a ese punto. Ojalá Isabelle Waring no la hubiera llamado nunca para ofrecerle la exclusiva del apartamento de Heather Landi. Ojalá hubiera atendido el teléfono y hablado con ella la noche antes de su asesinato. Si hubiera hablado con Isabelle aquella noche, me habría dicho lo que descubrió en el diario de Heather. Sus últimas palabras fueron «el hombre». ¿Qué hombre? Es evidente que me estoy acercando a quien está detrás de todo esto. Hay dos posibilidades. O mamá me delató sin querer, o alguien consigue

información de la policía sobre mí. Es posible que Svenson haya tenido que pedir autorización a Nueva York para darme otros mil quinientos dólares para matricularme en el gimnasio de Edina. Si hay alguna filtración en la fiscalía, seguro que han pasado esa información. Aunque parece bastante improbable. Hay mucha gente en el programa de protección; sin duda seleccionan con cuidado y vigilan de cerca a las personas que trabajan en él.

Y su madre ¿qué? Había cenado la noche anterior en el restaurante de Alex Carbine, pensó. Alex me cae muy bien. Se portó maravillosamente la noche en que hirieron a Bonnie. Pero ¿qué sabemos de él? La primera vez que lo vi, el día que fue a cenar a casa de Kit y Jay, nos dijo que conocía a Heather «Es posible que Jay también la conociera —le susurró una vocecilla—. Lo negó, pero por alguna razón, cuando salió su nombre, se puso muy nervioso y cambió de tema». Ni se te ocurra pensar que el marido de Kit está metido en esto, se reprendió. Tendrá sus cosas, pero básicamente es honesto, una buena persona.

¿Y Jimmy Landi? No, imposible. Ella había visto el dolor en sus ojos al llevarle la copia del diario de su hija.

¿Y los polis? El diario original de Heather desapareció después de que se lo entregara, pensó. Veamos, Jimmy Landi quiere saber si las últimas hojas estaban escritas en papel liso. Recuerdo esas tres páginas. Tenían manchas de sangre. Si esas tres hojas desaparecieron estando en manos de la policía, entonces tiene que haber algo importante escrito en ellas.

Tenía la copia del diario en su bolsa, debajo del asiento de delante. Deseó sacarlo y echarle un vistazo, pero decidió esperar para leer esas tres hojas tranquilamente. El joven que tenía al lado con el ordenador era el tipo de persona que seguramente haría algún comentario sobre el tema. Lacey no tenía intenciones de hablar con nadie sobre el diario. Ni siquiera con perfectos desconocidos ¡Especialmente si eran perfectos desconocidos!

«Empezamos el descenso...».

Chicago, pensó. Después Nueva York ¡Mi hogar!

Cuando la auxiliar de vuelo terminó de indicar que mantuvieran el asiento recto y se abrocharan los cinturones, añadió:

—Northwest se disculpa por la demora motivada por las condiciones meteorológicas. Les informamos que tras nuestro despegue, disminuyó la visibilidad y se cancelaron todos los vuelos hasta hace pocos minutos.

Si alguien me ha seguido, le llevo una hora de ventaja, pensó Lacey. Pero el alivio le duró poco. Enseguida se le ocurrió que si alguien la seguía y sospechaba que se dirigía a Nueva York habría cogido un vuelo directo para esperarla allí.

Cada fibra de su ser le gritaba a Tom Lynch que no dejara sola a Alice. Condujo ocho kilómetros en dirección a su casa de Saint Paul y decidió dar la vuelta. Le diría claramente que no pensaba estar presente mientras hablaba con su madre y con los miembros de la familia implicados en el distanciamiento, pero, razonó, no podía objetar nada a que él esperara en el vestíbulo o en su coche incluso, hasta que ella terminara y él pudiera subir. Es evidente que está en apuros, pensó. Y quiero estar a su lado para ayudarla.

Una vez tomada la decisión de regresar, le cogió una impaciencia terrible con los conductores precavidos que avanzaban a paso de tortuga por la nieve.

Tuvo el primer indicio de que algo no iba bien al ver los coches de policía con las luces encendidas aparcados delante del edificio de Alice. Un agente dirigía el tráfico e impedía que se detuvieran los conductores curiosos.

Una espantosa sensación de inevitabilidad le dijo que la presencia de la policía tenía algo que ver con Alice. Consiguió un sitio para aparcar a una manzana de distancia y volvió corriendo. Un policía lo detuvo a la entrada del edificio.

—Tengo que subir —le dijo al agente—. Una amiga mía vive aquí y quiero comprobar si está bien.

—¿Cómo se llama?

—Alice Carroll, vive en el cuarto F.

El cambio de actitud en el policía le confirmó a Tom que algo le había pasado a Alice.

—Venga conmigo. Lo llevaré arriba.

En el ascensor, Tom se obligó a hacer la pregunta que temía formular.

—¿Ella está bien?

—Espere a hablar con la persona que está a cargo de la operación, señor.

La puerta del apartamento de Alice estaba abierta. Dentro había tres policías uniformados que recibían instrucciones de un hombre mayor, al que Tom reconoció como el que había llevado a Alice a su casa la otra noche.

—¿Qué le ha pasado a Alice? —preguntó Tom—. ¿Dónde está?

Por la cara de sorpresa del policía vio que lo había reconocido, pero no perdió tiempo en presentarse.

—¿Cómo es que conoce a Alice, señor Lynch? —preguntó George Svenson.

—No pienso contestar a sus preguntas hasta que usted conteste las mías ¿Dónde está Alice? ¿Por qué está la policía aquí? ¿Quién es usted?

Svenson respondió sucintamente:

—Soy agente federal. No sabemos dónde está Alice, pero lo que sí sabemos es que la han amenazado.

—Entonces ese hombre que vino ayer al gimnasio y que dijo ser su padre es un impostor —repuso Tom acaloradamente—. Lo pensé, pero cuando se lo conté a Alice

me dijo que tenía que llamar a su madre.

—¿Qué hombre? —Preguntó Svenson—. Dígame todo lo que sepa sobre él, señor Lynch. Podría salvarle la vida a Alice Carroll.

Cuando Tom finalmente llegó a su casa, eran más de las cuatro y media. El parpadeo del contestador automático indicaba que había recibido cuatro mensajes. Tal como imaginaba, ninguno era de Alice.

Sin sacarse siquiera la chaqueta, se sentó a la mesa junto al teléfono y se cogió la cabeza entre las manos. Lo único que le había dicho Svenson era que Alice había recibido llamadas amenazadoras y se había puesto en contacto con ellos. Aparentemente esa mañana debió de asustarse bastante por algo; por eso la policía estaba allí. «Habrás ido a casa de alguna amiga» le había dicho Svenson con tono poco convincente. O quizá la raptaron, pensó Tom. Hasta un niño podía darse cuenta de que la policía no le había dicho lo que pasaba realmente. Habían intentado localizar a Ruth Wilcox en el gimnasio Ciudades Gemelas, pero tenía el día libre. Decían que querían una descripción completa del hombre que se había hecho pasar por su padre.

Tom le había dicho a Svenson que Alice había prometido llamarlo «Si lo llama, dígame que se ponga en contacto conmigo inmediatamente», había replicado Svenson con firmeza.

Tom volvió a ver mentalmente a Alice, callada y adorable, junto a la ventana de la casa del banquero en Wayzata, hacía apenas una semana ¿Por qué no confiaste en mí? le preguntó enfadado a esa imagen. ¡Y esta mañana lo único que querías era que me largara!

Había una posible pista que la policía le había explicado: una vecina creía haber visto a Alice entrar en su coche a eso de las once. Yo me fui a eso de las once menos cuarto, pensó Tom. Si esa vecina no se equivoca, entonces se marchó sólo diez minutos después ¿Adónde iría? ¿Dónde estará?

Miró el antiguo teléfono negro. Llámame, Alice, pensó con una mezcla de exigencia y súplica. Pero pasaron las horas, la luz del amanecer hizo su débil aparición mientras la nieve seguía cayendo copiosamente, y el teléfono no sonó.

Lacey llegó a Chicago a las cuatro y media y tomó el vuelo de las cinco y cuarto a Boston. Una vez más pagó con su tarjeta de crédito, pero desde allí pensaba pagar el puente aéreo de Delta a Nueva York en efectivo. Ese vuelo tenía la llegada en la terminal Marine, a más de un kilómetro de las terminales principales del aeropuerto La Guardia. Si alguien la había seguido a Nueva York no la buscaría allí, y si no usaba la tarjeta de crédito quizá los agentes de la fiscalía pensarán que se había quedado en Boston.

Antes de coger el avión había comprado un ejemplar del New York Times. A mitad del vuelo, echó un vistazo a la primera sección, al no conseguir concentrarse en nada de lo que leía, empezó a hojear las otras secciones. De pronto se quedó sin aliento. En la primera página de la segunda sección estaba la cara de Rick Parker mirándola. Leyó y releyó la crónica, tratando de comprender lo que decía. Era evidente que ya habían publicado un artículo sobre Rick Parker y esas eran sólo las novedades. Richard J. Parker hijo, visto por última vez el miércoles por la tarde mientras llevaba a una clienta a ver el apartamento de la difunta Isabelle Waring, era sospechoso de la muerte de esta última, según confirmaba ahora la policía.

¿Estaba escondido? se preguntó Lacey ¿Muerto? ¿La información que ella le había dado a Gary Baldwin el martes por la noche tenía relación con todo esto?

Recordó que al explicarle que Rick había estado en Stowe horas antes de la muerte de Heather Landi, Baldwin se había mostrado impasible. Y ahora la policía decía que era sospechoso del asesinato de Isabelle. Seguro que una cosa estaba relacionada con la otra, pensó.

A Lacey no se le ocurrió dónde podía quedarse en Nueva York hasta que el avión empezó a aterrizar en Boston, un sitio donde a nadie se le ocurriría buscarla.

Descendió en el aeropuerto Logan a las ocho y cinco hora local. Rezando en silencio para que estuviera en casa, llamó por teléfono a Tim Powers, el encargado del edificio de Isabelle Waring. Hacía cuatro años, cuando se marchaba del número 3 de la calle 70 Este después de enseñar un apartamento, Lacey había jugado un papel decisivo en impedir un accidente terrible del que hubieran culpado a Tim Powers. Todo sucedió muy deprisa: un chiquillo se soltó de la mano de la niñera y salió corriendo a la calle porque Tim había dejado la puerta del edificio abierta mientras arreglaba algo. La rápida intervención de Lacey evitó que un camión atropellara al pequeño. Tim, temblando por la impresión de lo que habría podido ser una tragedia, le dijo a Lacey «Habría sido culpa mía. Si alguna vez necesitas algo, lo que sea, cuenta conmigo».

Ahora lo necesito, Tim, pensó mientras esperaba que atendiera.

Tim se quedó perplejo al oír su voz.

—Lacey Farrell —dijo— pensaba que habías desaparecido de la faz de la tierra.

Eso es casi exactamente lo que he hecho, pensó ella.

—Tim, necesito ayuda. Una vez me prometiste...

—Lo que sea, Lacey.

—Necesito un lugar donde estar —dijo casi con un susurro. Aunque no había nadie en las cabinas, miró alrededor temerosa de que la oyeran—. Tim —se apresuró a añadir— me siguen. Creo que es el asesino de Isabelle Waring. No quiero ponerte en peligro, pero no puedo ir a mi casa ni a la de mi familia, y seguro que no me buscará en tu edificio.

Quiero quedarme al menos esta noche en el apartamento de Isabelle Waring. Y, por favor, Tim, esto es muy importante, no le digas nada a nadie. Nunca hemos mantenido esta conversación.

Para el detective Ed Sloane el día no había terminado. Después de dejar a Parker en el centro de rehabilitación de Hartford, regresó con Priscilla Parker hasta la mansión de Greenwich, donde cogió su coche. De camino a Manhattan, llamó a la comisaría para ver cómo iba todo.

—Baldwin te ha estado telefoneando cada cinco minutos —le dijo Nick Mars—. Quiere verte lo antes posible. También ha intentado llamarte al teléfono de tu coche.

—Pero sin duda no me encontró. —¿Qué diría si supiera que me estuve paseando en una limusina con chofer? pensó—. ¿Y ahora qué coño quiere?

—No sabes la que se ha armado. A Lacey Farrell casi la cogen en Mineápolis, donde la habían enterrado los federales. Ha desaparecido, y Baldwin cree que está en Nueva York. Quiere coordinar con nosotros la búsqueda antes de que la pillen aquí. Piensa ponerla bajo custodia como testigo presencial. —Hizo una pausa y añadió—. ¿Cómo te ha ido? ¿Has tenido suerte con Parker?

—Lo he encontrado —respondió Sloane—. Llama a Baldwin y arréglalo. Me reuniré contigo en su oficina. Llegaré a eso de las siete.

—Está aquí en el centro. Así que vendrá a hablar con nosotros a la comisaría.

Cuando el detective Sloane llegó a la comisaría I9, pasó por su despacho y se quitó la chaqueta. Después, precedido de Nick Mars, entró en la sala de interrogatorios donde esperaba el fiscal del estado Gary Baldwin.

Baldwin seguía enfadado por la desaparición de Lacey Farrell, pero tuvo la delicadeza de felicitar a Sloane por haber encontrado a Rick Parker.

—¿Qué le dijo? —preguntó.

Sloane le ofreció un informe completo.

—¿Le cree? —preguntó Baldwin.

—Sí, creo que dice la verdad —respondió Sloane—. Conozco al tipo que le vende drogas a Parker. Si fue él quien le dijo que arreglara la visita para Savarano, no fue idea suya. Seguro que no era más que un mensajero. Alguien le dijo que lo hiciera.

—Lo que significa que no pescaremos a los peces gordos a través de Parker —dijo Baldwin.

—Exactamente. Parker es un cabrón, pero no un criminal.

—¿Cree que su padre ordenó que le dieran una paliza cuando trató de tirarse a Heather Landi?

—Es probable —respondió Sloane—. Si Heather Landi fue a quejarse a Parker padre, diría que es más que probable. Pero, por otro lado, me parece muy difícil; no creo que la chica le tuviera confianza a Parker padre. Creo que le habría dado miedo

que se lo contara a su padre.

—Bien. Cogemos al camello de Rick Parker y lo apretaremos, pero creo que tiene usted razón. Lo más probable es que sea sólo un peón que no mueve las piezas. Y nos aseguraremos de que Rick Parker no ponga un pie fuera de ese maldito centro de tratamiento sin que lo acompañe alguno de nosotros. Ahora pasemos a Lacey Farrell.

Sloane fue a sacar un cigarrillo del bolsillo y frunció el entrecejo.

—Están en mi chaqueta. Nick, ¿te importaría...?

—Ahora te los traigo, Ed.

No tardó ni un minuto, y le dejó un paquete medio vacío y un cenicero delante.

—¿Ha pensado en dejar de fumar? —preguntó Baldwin mientras miraba el cigarrillo y el cenicero con desprecio.

—Muchas veces —respondió Sloane—. ¿Qué novedades hay de Farrell?

En cuanto Baldwin abrió la boca, Ed se dio cuenta de que estaba furioso con Lacey.

—Su madre admite que sabía que estaba en Mineápolis, pero jura que no se lo dijo a nadie. Aunque eso no me lo creo.

—Tal vez hubo una filtración en alguna otra parte —sugirió Sloane.

—No hubo ninguna filtración ni en mi oficina ni en la de los federales —replicó Baldwin con frialdad—. Mantenemos las normas de seguridad, a diferencia de esta comisaría —agregó.

Ésta te la dejo pasar, pensó Sloane en silencio.

—¿Cuál es su plan de acción, señor? —le preguntó.

Sintió una profunda satisfacción al ver que Baldwin no estaba seguro de si el tratamiento de «señor» era un sarcasmo o un signo de respeto.

—Hemos investigado la tarjeta de crédito que le dimos a Farrell. Sabemos que cogió un avión a Chicago y después otro a Boston. Tiene que estar camino de Nueva York. Hemos pinchado el teléfono de su apartamento, aunque no creo que sea tan estúpida de ir allí —continuó Baldwin—. También tenemos el edificio bajo vigilancia. Hemos pinchado los teléfonos de la madre y la hermana, y el lunes pincharemos los de las oficinas del cuñado. Tenemos una patrulla asignada a cada miembro de la familia, en caso de que trate de verlos en alguna parte. —Miró a Sloane como si lo sopesara—. También se me ha ocurrido que a lo mejor intenta ponerse en contacto con usted directamente. ¿Qué piensa?

—Lo dudo. No la traté precisamente con guantes de seda.

—No se merece guantes de seda —replicó Baldwin con rencor—. Ocultó pruebas de un caso de asesinato y frustró el programa de protección. Y ahora se pone en una situación jodidamente arriesgada. Hemos invertido mucho tiempo y dinero para mantenerla con vida, y a cambio no hemos recibido más que quejas y falta de cooperación. Aunque carezca de todo sentido común al menos debería estar agradecida.

—Sin duda estará eternamente agradecida —dijo Sloane mientras se ponía de pie—. Y también estoy seguro de que aunque no hubieran invertido todo ese tiempo y dinero, probablemente a ella le gustaría seguir viva.

Tal como habían acordado, Lacey llamó a Tim Powers desde la terminal Marine.

—Voy a coger un taxi —le dijo—. Supongo que a esta hora no habrá mucho tráfico. Tardaré unos veinte minutos, media hora como máximo. Espérame, Tim, por favor. Es muy importante que nadie me vea entrar.

—Le diré al portero que vaya a tomar un café —le prometió— y tendré preparada la llave para pasártela.

Era tan raro estar otra vez en Nueva York, pensó Lacey en el momento en que el taxi cruzaba el puente Triborough para internarse en Manhattan. Mientras el avión hacía la última aproximación antes de aterrizar, Lacey había apretado la cara contra la ventanilla empapándose del paisaje de su ciudad y sintiendo cuánto la había echado de menos. Ojalá pudiera ir a mi apartamento. Llenaría el jacuzzi, pediría algo de comer, llamaría a mi madre, a Kit y a Tom.

¿Qué estaría pensando Tom? se preguntó.

Tal como esperaba, no había mucho tráfico, y al cabo de unos minutos ponían rumbo al sur por el FDR Drive. Lacey empezó a ponerse tensa. Por favor, que Tim esté esperándome, rogó. No quiero que Patrick me vea. Pero entonces se dio cuenta de que lo más probable era que Patrick no estuviera. La última vez que lo había visto, pensaba jubilarse el 1 de enero.

El taxi salió del FDR Drive en la calle Setenta y tres y se encaminó hacia la Quinta Avenida. Giró a la izquierda por la Quinta, otra vez a la izquierda en la Setenta y finalmente se detuvo. Tim Powers estaba en la puerta del edificio esperándola. Le abrió la puerta con una sonrisa y la saludó con un amable «Buenos días, señorita» pero no dejó ver que la conocía. Lacey pagó al conductor y salió del taxi agradecida de poder parar al fin. Era el momento, porque ya no podía seguir ignorando el dolor de su tobillo hinchado.

Tim le abrió la puerta del vestíbulo y le entregó discretamente la llave del apartamento Waring. La acompañó al ascensor, metió la llave maestra en el panel de mando y apretó el décimo piso.

—He desconectado el automático para que subas directamente —dijo—. Así no te encontrarás con nadie que te conozca.

—Es lo último que quiero, Tim. No sabes cómo te lo...

—Lacey —la interrumpió— sube deprisa y cierra la puerta. Hay comida en la nevera.

Su primera impresión fue que el apartamento estaba inmaculadamente ordenado. Después su mirada se dirigió al armario del recibidor donde se había escondido la

noche del asesinato de Isabelle. Tuvo la sensación de que si abría la puerta, vería el maletín con las hojas manchadas de sangre dentro.

Cerró la puerta con llave y recordó que Curtis Caldwell se había llevado la llave que Isabelle guardaba en la mesa del recibidor ¿Habrían cambiado la cerradura? se preguntó.

También puso la cadena, pese a que sabía que cuando alguien realmente quería entrar no servía para nada.

Tim había cerrado las cortinas y encendido las luces para ella. Un error, pensó, si las cortinas solían estar abiertas. Si alguien vigilaba el apartamento, tanto desde la Quinta Avenida como desde la calle Setenta, se daría cuenta de que había alguien dentro. Por otra parte, si las cortinas tenían que estar cerradas, abrirlas era como enviar una señal. Dios mío, no hay manera de estar a salvo, pensó.

Las fotos enmarcadas de Heather seguían en la sala. De hecho, todo estaba casi como lo había dejado Isabelle. Lacey tembló. Casi esperaba encontrarse con ella arriba.

La chaqueta y el chándal informales eran tan diferentes de la ropa que solía llevar las veces que había ido a esa casa, que la hacían sentir aún más fuera de lugar. Se abrió la chaqueta y volvió a temblar. De pronto se sintió como una intrusa que deambulaba entre fantasmas.

Tarde o temprano tendría que obligarse a subir y mirar el cuarto. No quería ni acercarse, pero sabía que debía hacerlo para borrar la horrible sensación de que el cuerpo de Isabelle seguía allí.

En la biblioteca había un sofá cama de piel y un cuarto de baño al lado. Usaría esas habitaciones. Sabía que le resultaría imposible dormir en la cama donde habían matado a Isabelle.

Tim le había dicho que tenía comida en la nevera. Mientras Lacey colgaba la chaqueta en el armario del recibidor, recordó el momento en que estaba escondida dentro y vio pasar a Caldwell corriendo.

Come algo, se dijo. Tienes hambre y eso hace que todo parezca peor.

Tim se había lucido con las provisiones. Había pollo asado, ensalada, panecillos, un trozo de queso y fruta, y, sobre un estante, un bote semivacío de café instantáneo. Recordó que Isabelle y ella habían tomado café de ese mismo bote.

—Sube —se ordenó en voz alta—. Sácatelo de una vez de la cabeza.

Se dirigió hacia la escalera saltando sobre un pie y se cogió de la barandilla de hierro para ayudarse a subir los escalones hasta el cuarto. Pasó por la salita y entró en el dormitorio. Allí también habían cerrado las cortinas y la habitación estaba a oscuras. Encendió la luz.

Todo estaba tal como lo había visto acompañada de Curtis Caldwell. Aún lo veía estudiar el cuarto con expresión pensativa. Ella había esperado en silencio creyendo que el cliente se debatía entre hacer una oferta por el apartamento o no. Lo que hacía, ahora se daba cuenta, era asegurarse de que Isabelle no pudiera escapar cuando la

atacase.

¿Dónde estará Caldwell ahora? se preguntó de repente, mientras una sensación de pánico y resignación se apoderaba de ella ¿La había seguido hasta Nueva York?

Miró la cama y visualizó la mano cubierta de sangre de Isabelle tratando de sacar las hojas del diario de debajo de la almohada. Hasta oyó el eco de la súplica final: «Lacey... dale este diario de Heather... a su padre. Sólo a él... Júra...».

Con escalofriante claridad, Lacey recordó los jadeos, la respiración ronca y entrecortada y el dolor que le producía pronunciar cada palabra «Léelo... muéstrale dónde...». En aquel momento la moribunda había hecho un último esfuerzo para respirar y hablar, pero murió mientras exhalaba y murmuraba «el hombre...» y luego le pedía una promesa.

Lacey se dio la vuelta, cruzó cojeando la salita y bajó de nuevo la escalera. Come algo, date una ducha y vete a la cama, se dijo. Te guste o no, tienes que estar aquí. No puedes ir a ningún otro sitio.

Al cabo de cuarenta minutos, estaba sentada con una manta en el sofá de la biblioteca.

Tenía la copia del diario de Heather Landi sobre el escritorio, con las tres hojas lisas una al lado de otra. Con la débil luz que venía del recibidor, las manchas de sangre sobre la letra de Heather parecían láminas del test de Rorschach ¿Qué es esto para ti? parecía desafiarla.

¿Qué ves allí? se preguntó. Aunque estaba agotada, sabía que no se dormiría, así que encendió la luz y fue a buscar las tres hojas. Eran las más difíciles de leer por las manchas de sangre. De pronto se le ocurrió una idea ¿era posible que Isabelle hubiera hecho un esfuerzo especial para tocar esas páginas en los últimos momentos de su vida?

Una vez más, Lacey empezó a leerlas buscando la clave de por qué eran tan importantes para que alguien las robara. Estaba segura de que Caldwell había matado por esas hojas. Pero ¿por qué? ¿Cuál era el secreto que ocultaban?

En una de ellas Heather había escrito que se hallaba entre la espada y la pared, y que no sabía qué hacer.

La última anotación un poco optimista era la primera de la primera página lisa, en la que Heather escribía que iría a almorzar con Max o Mac Hufner, no se entendía la última letra. Decía «Nos lo pasaremos bien. Él dice que ha envejecido y que yo he madurado». Parece como si hubiera ido a encontrarse con un viejo amigo, pensó Lacey ¿La policía habrá hablado con él para preguntarle si Heather le había dicho algo? ¿O se encontró con él antes de que las cosas empezaran a irle tan mal?

Habían robado el original de la comisaría. ¿La policía había hecho una lista de la gente que se mencionaba en el diario antes de que se lo llevaran? se preguntó Lacey.

Miró alrededor y sacudió la cabeza. Si tuviera alguien para hablar de todo esto, alguien con quien intercambiar ideas, se dijo. Pero estoy completamente sola, así que tengo que seguir adelante. Volvió a mirar las hojas. Ni Jimmy Landi ni la policía

tenían ahora esas hojas. Ésa era la única copia.

¿Cómo podría averiguar quién es ese hombre? Podría buscar en la guía y hacer algunas llamadas. O quizá simplemente llamar a Jimmy Landi.

Cuando se reanudaron los vuelos desde el aeropuerto de Mineápolis, Sandy Savarano cogió el primero a Nueva York. Dedujo que Lacey Farrell habría tomado el primer vuelo que salía, por eso se había ido a Chicago. Estaba seguro de que de allí iría a Nueva York.

Mientras esperaba a que saliera su avión, pidió el horario de los vuelos a Nueva York de las compañías más importantes de Chicago. Estaba seguro de que Lacey Farrell seguiría con Northwest. Lo lógico era que cuando aterrizara se dirigiera al mostrador de Northwest más cercano.

Aunque su instinto le decía que volaría con esa compañía, Sandy se las arregló para estudiar la mayoría de las zonas por las que tenían que pasar los pasajeros procedentes de Chicago.

Buscar y matar a Lacey Farrell se había convertido en algo más que un mero trabajo. A esas alturas, empezaba a agotarse. Lo que estaba en juego era mucho más de lo que quería apostar en un principio. Le gustaba su nueva vida en Costa Rica, su nueva cara, su joven esposa. El dinero que le pagaban por deshacerse de Lacey Farrell era una fortuna, pero, con su estilo de vida, no le hacía demasiada falta. Lo que sí resultaba imperioso era no vivir con la sensación de que su último trabajo había sido una chapuza... eso y eliminar a la persona que podía mandarlo a la cárcel para siempre.

Después de comprobar todos los vuelos a Nueva York durante un lapso de cinco horas, decidió dejarlo. Temía que si seguía dando vueltas lo único que haría sería llamar la atención. Tomó un taxi hasta el apartamento que habían alquilado para él en el edificio de piedra rojiza de la calle 10 Oeste. Esperaría allí hasta tener nueva información sobre Lacey Farrell.

No tenía la menor duda de que a media tarde del día siguiente volvería a estar cerca de su presa.

Jimmy Landi pensaba pasar el fin de semana en Atlantic City para comprobar personalmente que todo estaba listo para la inauguración del casino. Era un momento importante para él y le costaba mantenerse alejado. Ganaría millones; además, le entusiasmaba estrechar la mano de los peces gordos y le emocionaba oír el ruido de las tragaperras cuando lanzaban un premio de cien dólares en monedas de veinticinco céntimos para que los jugadores se sintieran extraordinarios ganadores.

Jimmy sabía que los auténticos jugadores despreciaban a la gente que jugaban con esas máquinas. Él no. Él sólo despreciaba a la gente que jugaba con el dinero de los demás. Por ejemplo, los tipos que se jugaban el sueldo con el que tenían que pagar la hipoteca y el colegio de los niños.

Su casino estaba destinado para la gente que podía permitirse jugar. Lo veía de esa manera. Los periódicos habían citado sus jactanciosas declaraciones «Las habitaciones, el servicio, la comida y los espectáculos serán mejores que en ninguna otra parte, tanto en Atlantic City como en Las Vegas e incluso en Mónaco». El hotel ya estaba completo para las semanas de inauguración. Sabía que alguna gente iría sólo para lanzarse sobre cualquier cosa que no le gustara y quejarse de todo. Muy bien, cambiarían de idea. Lo había prometido.

Jimmy sabía que siempre era importante tener algún reto, pero reconocía que para él nunca había sido tan importante como ahora. Steve Abbott se ocupaba de dirigir las cuestiones de rutina, por lo que él podría ocuparse de las cosas generales. A Jimmy no le interesaba quién imprimía los menús ni planchaba las servilletas. Sólo quería saber cómo quedaban y cuánto costaban.

Pero, por mucho que lo intentara, no conseguía centrarse en el casino. Estaba así desde que le habían devuelto la copia del diario de Heather el lunes anterior, obsesionado con el tema, sin parar de releerlo. Era como un puente hacia recuerdos que no sabía muy bien si quería volver a experimentar. Lo más enloquecedor, para él, era que aunque el diario empezaba cuando Heather se había trasladado a Nueva York para probar suerte en el mundo del espectáculo, mencionaba en todo el texto cosas del pasado, actividades que había hecho con él o con su madre. Era, al mismo tiempo, un diario del presente y un libro de recuerdos.

Una de las cosas que le molestaban era ver que su hija le tenía miedo ¿Qué le daba miedo? Bueno, sí, le había echado alguna que otra bronca, como a todo el mundo que se pasaba de la raya, pero eso no era suficiente para asustarla tanto. Le resultaba terrible pensar en eso.

¿Qué había pasado hacía cinco años que ella se afanaba tanto en ocultarle? No podía dejar de pensar en esa parte del diario. La idea de que alguien le hubiera hecho alguna trastada y salido airoso inflamaba su ira. A pesar de que había pasado mucho tiempo, debía llegar al fondo del asunto.

También lo atormentaba la cuestión de las páginas lisas.

Podía jurar que las había visto, aunque sólo había echado un vistazo al diario la noche que se lo había llevado Lacey Farrell y la siguiente, cuando, al intentar leerlo se había emborrachado por primera vez en muchos años. Aun así, tenía la casi certeza de haberlas visto.

La policía afirmaba que nunca había recibido ninguna página sin renglones. Puede que sea cierto, se dijo, pero si tengo razón y esas hojas estaban, seguro que no habrían desaparecido si no hubiesen contenido algo importante. Hay una sola persona que puede decirme la verdad: Lacey Farrell.

Cuando hizo la copia del diario para mí, sin duda notó si todas las páginas eran iguales o había algunas diferentes.

Jimmy recordó vagamente que eran unas hojas manchadas. Decidió llamar a la madre de Lacey y pedirle otra vez que le hiciera a su hija la pregunta para la que necesitaba una respuesta ¿existían esas páginas?

Lacey miró el reloj al despertarse. Había dormido unas tres horas. Cuando abrió los ojos, se sintió como cuando iba al dentista y le ponían un poco de anestesia: le dolía algo, aunque esta vez era el tobillo en lugar de un diente.

Oyó los conocidos ruidos de las calles de Manhattan que siempre le producían emociones mezcladas: le preocupaba el desamparo pero al mismo tiempo se sentía protegida. Sé que hay alguien dispuesto a acudir si necesito ayuda, solía decirse. Aunque ahora no me siento así, pensó mientras apartaba las mantas y se incorporaba. El detective Sloane estaba furioso porque ella se había llevado el diario de Heather; el fiscal Baldwin seguramente se habrá puesto histérico al enterarse de que le había contado a su madre dónde estaba, y encima había huido.

La había amenazado con ponerla bajo custodia y retenerla como testigo material si no se avenía a las reglas del programa de protección, y estaba segura de que eso era exactamente lo que haría si conseguía encontrarla. Se levantó y cargó el peso sobre el pie izquierdo, al tiempo que se mordía el labio por el dolor terrible que le producía el tobillo hinchado.

Se sostuvo apoyando las manos sobre el escritorio. Las tres páginas lisas seguían allí, ordenándole que les prestara inmediata atención. Leyó una vez más la primera línea de la primera página «Almuerzo con... Max (o Mac). Hufner. Nos lo pasaremos bien. Dice que ha envejecido y que yo he madurado».

Parecía referirse a alguien que conocía de hacía mucho tiempo ¿A quién podía preguntárselo? Había una sola respuesta: a Jimmy Landi. Él es la clave de todo esto, decidió Lacey.

Tenía que vestirse y comer algo. Y también eliminar todo rastro de su presencia en el apartamento.

Era domingo. Tim Powers le había dicho que le avisaría si un agente inmobiliario venía con algún cliente a ver el apartamento, pero aun así a Lacey le preocupaba que apareciera alguien sin avisar. Miró alrededor e hizo un inventario mental. La comida de la nevera, así como la toalla húmeda, sería como anunciar a gritos que alguien había usado el apartamento.

Decidió darse una ducha rápida para terminar de despejarse. Quería vestirse y quitarse ese camisón de Heather Landi. Pero ¿qué me pongo? se preguntó, molesta por el hecho de que una vez más iba a tener que buscar algo en el armario de Heather.

Poco después de llegar al apartamento se había duchado, envuelto en un toallón y obligado a subir a buscar algo para dormir. Se había sentido morbosa al abrir las puertas del armario del dormitorio. Aunque sólo quería algo para dormir, no pudo evitar ver que había dos estilos diferentes de ropa en las perchas. Isabelle se vestía de una manera clásica con un gusto impecable. Era fácil decir cuáles eran sus trajes y vestidos. El resto de los estantes contenía una colección de faldas cortas y largas, camisas informales, vestidos antiguos, trajes de noche, jerséis holgados y al menos

una docena de tejanos, todo obviamente de Heather. Lacey había cogido un camisón grande de rayas rojas y blancas que seguramente había pertenecido a ésta.

Si salgo, no puedo ir en chándal, pensó. Ayer iba vestida igual. Sería muy fácil identificarme.

Se preparó un café y un panecillo tostado, y después se duchó. La ropa interior que había lavado ya estaba seca, pero los calcetines gruesos no. Iba a tener que revisar una vez más las pertenencias personales de dos muertas para poder vestirse.

A las ocho, Tim Powers llamó por el Interfono.

—No quería usar el teléfono de casa —le dijo—. Es mejor que ni Carrie ni los niños sepan que estás aquí ¿Puedo subir?

Tomaron el café juntos en la biblioteca.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte, Lacey? —le preguntó Tim.

—Ya lo has hecho —respondió ella con una sonrisa agradecida—. ¿Los Parker todavía se ocupan de la venta del apartamento?

—Que yo sepa, sí ¿Sabes que el hijo ha desaparecido?

—Lo he leído ¿Ha venido algún otro de la inmobiliaria a enseñar el lugar a alguien?

—No, y Jimmy Landi llamó el otro día para preguntármelo. Está bastante disgustado con los Parker. Quiere que vendan el apartamento y rápido. Le dije que francamente pensaba que habría más posibilidades si lo vaciábamos.

—¿Tienes su número particular, Tim?

—El de su oficina. Cuando llamó yo no estaba y dejó el número. Cuando llamé, atendió él mismo.

—¿Puedes dármelo?

—Por supuesto. Este teléfono todavía funciona. No lo han dado de baja. Hablé con Parker un par de veces cuando vi que llegaba la factura, pero creo que prefería tenerlo por si quería hacer una llamada. A veces venía solo.

—Lo que significa que a lo mejor sigue haciéndolo —dijo Lacey. Sabía que si la descubrían allí, Tim perdería el empleo, así que no podía arriesgarse a seguir en el piso mucho más tiempo. Sin embargo, quería pedirle otro favor—. Tim, tengo que decirle a mi madre que estoy bien. Estoy segura de que le han pinchado el teléfono para localizarme si la llamo ¿Podrías llamarla desde una cabina? No digas quién eres, y no hables más de unos pocos segundos, así no podrán localizar la llamada. Pero si la localizan, al menos no vendrá de aquí. Sólo dile que estoy sana y salva y que la llamaré en cuanto pueda.

—De acuerdo —dijo Tim mientras se ponía de pie. Echó una ojeada a las hojas que había sobre el escritorio—. Es una copia del diario de Heather Landi ¿no? —preguntó asombrado.

Lacey lo miró.

—Sí ¿cómo lo sabes, Tim?

—El día antes de la muerte de la señora Waring, subí a cambiar los filtros de los

radiadores. Sabes que los cambiamos por octubre, cuando se pasa del aire acondicionado a la calefacción. Ella estaba leyendo el diario. Supongo que acababa de encontrarlo, porque parecía muy emocionada y alterada, especialmente cuando leía las últimas hojas.

Lacey tuvo la sensación de que estaba a punto de enterarse de algo importante.

—¿Te comentó algo, Tim?

—No mucho. Se dirigió al teléfono, pero la persona a la que trataba de llamar no figuraba en la guía.

—¿Y no sabes quién era?

—No, pero creo que subrayó el nombre con un bolígrafo en el diario. Recuerdo que estaba casi al final. Lacey, tengo que irme. Dame el número de tu madre. Llamaré por el Interfono y te daré el de Landi.

Cuando Tim se marchó, Lacey volvió al escritorio, cogió la primera página lisa y se acercó a la ventana. A pesar de las manchas, logró detectar una línea fina alrededor del nombre Hufner.

¿Quién era? ¿Cómo podía averiguarlo? Hablaré con Jimmy Landi, decidió. Era la única manera.

Tim Powers la llamó desde el Interfono del vestíbulo, le dio el número de Landi y se fue a buscar un teléfono público con una buena provisión de monedas. A cinco manzanas de distancia, en la avenida Madison, encontró un teléfono que funcionaba.

A cuarenta y cinco kilómetros de allí, en Wyckoff, Nueva Jersey, Mona Farrell dio un respingo al oír el timbre del teléfono. Que sea Lacey, rogó.

Una voz de hombre sincera y reconfortante, le dijo:

—Señora Farrell, llamo de parte de Lacey. Ella no puede hablar con usted pero quiere que sepa que está bien y se pondrá en contacto con usted en cuanto pueda.

—¿Dónde está? —Preguntó Mona—. ¿Por qué no puede llamarme ella?

Tim sabía que debía colgar, pero la madre de Lacey parecía tan desesperada que se compadeció de ella. Así pues, la dejó desahogar su ansiedad mientras iba diciéndole «Está bien, señora Farrell, confíe en mí, Lacey está bien».

Lacey le había advertido que no hablara demasiado tiempo. Arrepentido, Tim cortó la comunicación con la voz de Mona Farrell que no paraba de implorar que le dijera algo más. Decidió regresar por la Quinta Avenida, y esa decisión le impidió ver el coche de policía camuflado que se acercaba a la cabina que acababa de utilizar. Tampoco vio que sus ocupantes echaban polvos sobre el teléfono para recoger sus huellas dactilares.

Cada hora que estoy aquí sin hacer nada, es una hora menos que le falta a Caldwell para encontrarme o a Baldwin para ponerme bajo custodia, pensó Lacey. Era como estar atrapada en una telaraña.

Ojalá pudiera hablar con Kit. Su hermana era muy sensata. Lacey se acercó a la ventana y corrió las cortinas lo suficiente para espiar la calle.

Central Park estaba lleno de gente que hacía footing, patinaba, paseaba o empujaba cochecitos. Era domingo. Casi las diez de la mañana. Kit y Jay estarían en la iglesia. Siempre iban a la misa de las diez ¡Siempre iban a la misa de las diez!

—¡Puedo hablar con ella! —dijo Lacey en voz alta.

Hacía años que Kit y Jay eran feligreses de la iglesia de Santa Isabelle. Todo el mundo los conocía. Lacey llamó a información de Nueva Jersey y le dieron el número de la parroquia.

Ojalá haya alguien, rogó, pero en ese momento oyó el sonido de un contestador automático. Lo único que podía hacer era dejar un mensaje y esperar que se lo pasaran a Kit antes de que se marchara. Pero dejar su número de teléfono, aunque fuera en la parroquia, era correr un riesgo demasiado grande.

—Necesito hablar urgentemente con Kit Taylor —dijo despacio y con claridad—. Creo que está en la misa de las diez. Volveré a llamar a este número a las once y cuarto. Por favor, traten de localizarla.

Colgó y volvió a sentirse desesperada y atrapada. Tenía que hacer tiempo durante otra hora.

Marcó el número de Jimmy Landi que le había dado Tim. No hubo respuesta, y cuando atendió el contestador, decidió colgar sin dejar mensaje.

Lo que Lacey no sabía era que ya había dejado un mensaje. El identificador de llamadas de Jimmy Landi indicaba el número de teléfono desde el que lo habían llamado, así como el nombre y la dirección del titular de ese teléfono. El mensaje en el identificador indicaba que lo habían llamado del 555-90-93, cuyo titular era Heather Landi, calle 70 Este, número 3.

El detective Sloane no tenía previsto ir a trabajar el domingo. Era su día libre y Betty, su mujer, quería que arreglara el garaje. Pero cuando el sargento de guardia en la comisaría lo llamó para decirle que un amigo de Lacey Farrell había llamado a la madre de ésta desde una cabina de la calle 74 y Madison, supo que su día libre se había esfumado.

Cuando llegó a la comisaría, el sargento le señaló con la cabeza el despacho del capitán.

—El jefe quiere hablar contigo —le dijo.

El capitán Frank Deleo tenía las mejillas rojas, un signo claro de que algo o alguien lo había hecho montar en cólera. Ese día, sin embargo, los ojos de Deleo estaban preocupados y tristes.

Sloane sabía lo que significaba esa combinación. El cebo había funcionado. Había descubierto al poli corrupto.

—Los chicos del laboratorio nos mandaron la cinta anoche a última hora —le dijo Deleo—. No te gustará.

¿Quién sería? se preguntó Sloane mientras las caras de sus viejos compañeros desfilaban por su mente: Tony, Leo, Adam, Jack, Jim W, Jim M... Miró el televisor mientras Deleo encendía el vídeo y apretaba el PLAY. Se acercó a la pantalla. Estaba viendo su propio escritorio, con la cubierta rayada y llena de cosas. La chaqueta estaba en el respaldo de la silla, donde la había dejado con las llaves asomando del bolsillo izquierdo para tentar al ladrón.

En la parte superior de la pantalla, vio la imagen de su propia nuca cuando él estaba sentado en la sala de interrogatorios.

—¡Eso fue anoche! —exclamó.

—Ya lo sé. Mira lo que pasa ahora. Sloane miró fijamente la pantalla mientras Nick Mars salía de la sala de interrogatorios y miraba alrededor. Había sólo otros dos detectives en la sala de guardia. Uno hablaba por teléfono, de espaldas a Nick, y el otro dormitaba.

Mars metía la mano en el bolsillo de la chaqueta de Sloane, sacaba el llavero y lo ocultaba en la palma. Se volvía hacia el armario que contenía las taquillas privadas y cerradas, pero de pronto giraba rápidamente y volvía a dejar las llaves en su sitio y sacaba un paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta de Sloane.

—En ese momento entré yo inoportunamente —explicó Deleo— y él volvió a la sala de interrogatorios.

Ed Sloane se quedó atónito.

—Su padre era policía, su abuelo era policía. Ha tenido todas las oportunidades del mundo ¿Por qué?

—¿Por qué se corrompe un policía? —repuso Deleo—. Ed, de momento esto tiene que quedar entre tú y yo. Esta cinta sola no es suficiente para acusarlo. Es tu

compañero. Puede alegar que estaba revisando el bolsillo porque te habías descuidado y le preocupaba que desapareciera alguna otra prueba. Y con esos ojos azules de niño bueno seguramente le creerían.

—Tenemos que hacer algo. No quiero sentarme a la misma mesa que él ni que sigamos trabajando juntos en el caso —dijo Sloane con voz cansada.

—Tienes que hacerlo. Baldwin viene hacia aquí otra vez. Cree que Lacey Farrell está cerca de este barrio. Lo que más me gustaría es que resolviéramos este caso y se lo restregáramos a Baldwin por la cara. Tu tarea, como bien sabes, es asegurarte de que Nick no tenga la menor posibilidad de destruir otra prueba.

—De acuerdo, si me prometes diez minutos a solas con ese cabrón una vez lo hayamos pillado.

El capitán se puso de pie.

—Vamos, Ed. Baldwin llegará de un momento a otro.

Parece que es el día de la radio y la televisión, pensó Ed Sloane con amargura mientras un ayudante del fiscal preparaba la grabadora para poner la cinta de la conversación entre la madre de Lacey y el desconocido que la había llamado.

Cuando la máquina se puso en marcha, las cejas levantadas de Sloane fueron el único signo de su asombro. Conocía esa voz por todas las veces que había entrado y salido del número 3 de la calle 70 Este. Era Tim Powers, el portero del edificio.

¡Así que es allí donde tiene escondida a Lacey Farrell! pensó con estupor.

Los otros se quedaron en silencio escuchando con atención. Baldwin tenía cara de gato que se comió al canario. Cree que nos está enseñando en qué consiste un buen trabajo policial, pensó Sloane enfadado. Nick Mars estaba sentado con las manos cruzadas sobre el regazo y el ceño fruncido. La personificación de Dick Tracy, se dijo Sloane. ¿A quién se chivaría si se entera de que Powers es el ángel de la guarda de Lacey Farrell?, se preguntó.

Ed Sloane decidió que por el momento una sola persona, además de Tim Powers, iba a saber dónde estaba Lacey Farrell.

Él mismo.

Tim Powers llamó a la puerta a las diez y media, y a continuación entró con la llave maestra.

—Misión cumplida —le dijo a Lacey con una sonrisa, pero ésta se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué pasa, Tim?

—Acaba de llamarme un agente de la inmobiliaria Douglaston y Minor. Jimmy les ha dado el apartamento para que lo vendan, y la mujer me ha dicho que quiere retirar los muebles y los efectos personales lo antes posible. A las once y media estará aquí con alguien para ver el lugar.

—¡Sólo falta una hora!

—Lacey, siento mucho...

—No puedo quedarme aquí. Trae una caja y limpiaremos la nevera. Pondré las toallas que he usado en una cesta y llévatela a tu casa ¿Las cortinas tienen que estar cerradas o abiertas?

—Abiertas.

—Yo me ocupo de eso. Tim ¿cómo estaba mi madre?

—Bastante preocupada. Intenté hacerle entender que estabas bien.

Lacey sintió que volvía a hundirse, de la misma manera que cuando le había contado a su madre que estaba en Mineápolis.

—¿No habrás hablado demasiado tiempo? —preguntó.

A pesar de su negativa, Lacey estaba segura de que la policía ya estaba en el barrio buscándola.

Cuando Tim se marchó llevándose las pruebas más visibles de que alguien había usado el apartamento, Lacey apiló las hojas del diario y las guardó en la bolsa. Haría un último intento de localizar a Kit en la parroquia, y después tenía que salir de allí. Consultó su reloj. Tenía tiempo suficiente para probar una vez más el número de Jimmy Landi.

Esta vez respondió a la cuarta llamada. Lacey sabía que no podía perder tiempo.

—Señor Landi, soy Lacey Farrell. Me alegro de encontrarlo. Lo he llamado antes.

—Estaba abajo —respondió Jimmy.

—Hay mucho que explicar, señor Landi, pero no tengo tiempo, así que déjeme hablar. Sé que quería hablar conmigo y la respuesta a su pregunta es sí, había tres páginas sin rayas al final del diario de Heather. En esas páginas se ve que está muy preocupada por no hacerle daño a usted. Repite varias veces que se encuentra «entre la espada y la pared». La única referencia alegre está al principio, donde señala que va a almorzar con un hombre que al parecer era un viejo amigo. Heather menciona que él dice algo como que está envejeciendo y ella madurando.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jimmy.

—Mac o Max Hufner.

—No sé quién es. Quizá algún conocido de su madre. El segundo marido de Isabelle era bastante mayor. —Hizo una pausa—. Está en apuros ¿verdad, señorita Farrell?

—Sí.

—¿Y qué va a hacer?

—No lo sé.

—¿Dónde está ahora?

—No puedo decírselo.

—¿Está segura de que había tres páginas lisas al final del diario? Creí haberlas visto en la copia que me dio, pero...

—Sí, estaban en la copia, estoy segura. También me hice una copia para mí, y esas páginas están. Señor Landi, estoy convencida de que Isabelle tenía alguna pista y que por eso la mataron. Lo siento; tengo que colgar.

Jimmy Landi oyó el clic. Colgó el auricular en el momento en que Steve Abbott entraba en el despacho.

—¿Qué pasa? ¿Han cerrado Atlantic City? Has vuelto temprano.

—Acabo de llegar —respondió Abbott—. Estaba todo muy tranquilo ¿Quién era?

—Lacey Farrell. Supongo que su madre le pasó mi mensaje.

—¡Lacey Farrell! Creía que estaba en el programa de protección a testigos.

—Estaba, pero ya no.

—¿Y dónde está?

Jimmy miró su identificador de llamadas.

—No me lo dijo y no tengo el identificador encendido. Steve ¿hemos tenido alguna vez un empleado llamado Hufner?

Abbott reflexionó un momento y luego negó con la cabeza.

—Creo que no, Jimmy, a menos que fuera algún pinche de cocina. Ya sabes que cambian mucho.

—Sí, lo sé. —Echó una mirada a la puerta abierta que daba a la pequeña sala de espera, donde había alguien que caminaba—. ¿Quién está allí?

—Carlos. Quiere volver a trabajar aquí. Dice que con Alex se aburre.

—Echa a ese vago de aquí. No quiero serpientes a mi alrededor.

Jimmy se puso de pie y se acercó a la ventana con los ojos perdidos en la distancia, como si Abbott no estuviera allí.

—Entre la espada y la pared ¿eh? ¿Y no podías acudir a tu Baba para que te ayudara?

Abbott sabía que Jimmy hablaba solo.

A las once y diez Lacey llamó a la rectoría de Santa Isabelle, en Wickoff, Nueva Jersey. Esta vez atendieron a la primera llamada.

—Padre Edwards —dijo una voz.

—Buenos días, padre —saludó Lacey—. He llamado antes y dejado un mensaje para que Kit Taylor...

—Está aquí —la interrumpió—. Un momento.

Hacía dos semanas que Lacey no hablaba con Kit y casi cinco meses que no la veía.

—Kit —le dijo, y no pudo seguir por la emoción.

—Lacey, te echamos de menos. Tenemos mucho miedo por ti ¿Dónde estás?

Lacey se las arregló para esbozar una sonrisa trémula.

—Créeme, es mejor que no lo sepas. Pero lo que sí puedo decirte es que tengo que irme de aquí dentro de cinco minutos. Kit ¿Jay está contigo?

—Sí, claro.

—Pásamelo, por favor.

El saludo de Jay fue una resuelta declaración.

—Lacey, esto no puede seguir así. Contrataré un guardaespaldas permanente para ti, pero tienes que dejar de huir y permitirnos ayudarte.

En otro momento habría pensado que parecía un cascarrabias, pero esa mañana percibió la preocupación en su voz. Le hablaba igual que Tom Lynch en el aparcamiento de su casa ¿Había pasado sólo un día? pensó Lacey repentinamente. Parecía tanto tiempo.

—Jay, tengo que irme de aquí y no puedo llamarte a casa.

Estoy segura de que tienes la línea pinchada. No puedo seguir viviendo como hasta ahora. No quiero estar en el programa de protección, y sé que el fiscal quiere ponerme bajo custodia y retenerme como testigo material. La clave de todo esto es descubrir al culpable de la muerte de Heather Landi. Estoy convencida, como su madre, de que la asesinaron, y la clave de quién lo hizo tiene que estar en su diario. Afortunadamente guardé una copia, y la he estado estudiando. Tengo que averiguar por qué Heather Landi estaba tan desesperada durante los últimos días de su vida. Sé que la respuesta, si logro averiguarla, está en las últimas páginas de su diario. Creo que Isabelle Landi trató de descubrir qué había pasado y por eso la mataron.

—Lacey...

—Déjame terminar, Jay. Hay un nombre que me parece importante. Una semana antes de su muerte, Heather almorzó con un hombre mayor al que aparentemente conocía desde hacía mucho tiempo. Mi esperanza es que sea alguien relacionado con la hostelería y que quizá tú lo conozcas o puedas preguntar quién es.

—¿Cómo se llama?

—Está bastante borroneado y cuesta leerlo, pero creo que es Mac o Max Hufner.

—Mientras decía «Hufner», oyó que sonaban las campanas de la iglesia—. ¿Me escuchas, Jay? Mac o Max Huf...

—¿Max Hoffman? —Preguntó Jay—. Claro que lo conocía. Trabajó muchos años para Jimmy Landi.

—No he dicho Hoffman —dijo Lacey—. Pero, oh Dios mio, eso es... Las últimas palabras de Isabelle «léelo... muéstrale...» después ese prolongado estertor... «... el hombre». Isabelle trataba de decirme su nombre, se dio cuenta Lacey de pronto. Trataba de separar esas hojas de las demás. Quería que Jimmy Landi las viera. En ese momento comprendió lo que Jay acababa de decir y sintió un escalofrío.

—Jay, ¿por qué dices que lo «conocías»?

—Max murió hace poco más de un año. Lo atropelló un coche que se dio a la fuga cerca de su casa en Great Neck. Asistí al funeral.

—¿Cuánto, más de un año? —preguntó Lacey—. Puede ser muy importante.

—A ver, déjame pensar... Era por la época en que me presenté a la licitación de la posada Red Roof de Southampton... Hace unos catorce meses, la primera semana de diciembre.

—¡La primera semana de diciembre... hace catorce meses! En esa época mataron a Heather Landi —exclamó Lacey—. Dos accidentes de coche en pocos días... —Su voz se desvaneció.

—Lacey, crees que...

El Interfono del apartamento empezó a sonar con timbrazos cortos e intermitentes. Tim Powers le indicaba que se marchara.

—Jay, tengo que irme. Quédate ahí, te volveré a llamar. Una cosa más ¿Max Hoffman estaba casado?

—Desde hacía cuarenta y cinco años.

—Jay, consígueme esa dirección. La necesito.

Lacey cogió su bolsa y el abrigo negro con capucha que encontró en el armario de Isabelle. Salió del apartamento cojeando y se dirigió hacia el ascensor. El indicador señalaba que el ascensor estaba en el noveno piso y subía. Se las arregló para llegar a la escalera de incendios justo a tiempo de que no la vieran.

Tim Powers la esperaba al final de la escalera, en el piso del vestíbulo. Le entregó unos billetes y un teléfono móvil.

—Tardarán en localizar las llamadas que hagas desde este aparato.

—Tim, no sé cómo agradecértelo. —El corazón le palpitaba; sabía que la red empezaba a cerrarse.

—Hay un taxi esperando fuera con la puerta abierta —le dijo Tim—. Ponte la capucha. —Le apretó la mano—. Hay mucha gente que va a desayunar a Six G, nadie reparará en ti. Vete.

El taxista estaba molesto por esperar. El coche se incorporó bruscamente al tráfico y echó a Lacey contra el respaldo.

—¿Adónde vamos, señorita?

—A Great Neck, Long Island —dijo Lacey.

—Espero que mamá llegue antes de que vuelva a llamar Lacey —dijo Kit, nerviosa.

Estaban tomando café con el sacerdote en el despacho de la parroquia. Kit tenía el teléfono al lado.

—Pero si han pasado sólo diez minutos —le dijo Jay para tranquilizarla—. Estaba a punto de salir para ir a desayunar con Alex en Nueva York.

—Mamá está desesperada por todo esto —le explicó Kit al sacerdote—. Sabe que la fiscalía la culpa de la filtración, lo que es ridículo. Si ni siquiera me dijo a mí dónde estaba Lacey. Le dará un ataque si ahora no puede hablar con ella cuando vuelva a llamar.

—Si es que llama —le advirtió Jay—. Quizá no pueda volver a hacerlo.

¿La seguían? se preguntó Lacey. No lo sabía. Un Toyota negro parecía mantener una distancia constante detrás del taxi. Suspiró de alivio cuando el coche abandonó la autovía en la primera salida después del túnel Midtown.

Tim había pegado con cinta adhesiva el código para desbloquear el teléfono móvil que le había dejado. Lacey sabía que Kit y Jay estaban esperando su llamada en la parroquia, pero si podía conseguir la información que necesitaba de otra manera, lo prefería. Tenía que averiguar la dirección de Max Hoffman, en la que, si tenía suerte, seguiría viviendo su mujer. Debía hablar con ella y averiguar todo lo que supiera de la conversación de su marido con Heather Landi.

Lacey decidió primero llamar a información y pedir la dirección de la señora Hoffman. Marcó el número y le preguntaron qué deseaba.

—Necesito la dirección de Max Hoffman, en Great Neck.

Hubo una pausa.

—A pedido del cliente, no podemos dar esa información.

Había poco tráfico y Lacey se dio cuenta de que se acercaban a Little Neck. Great Neck era el siguiente pueblo.

¿Qué haría si llegaban y no tenía ninguna dirección que darle al taxista? Sabía que, para empezar, el hombre no quería irse tan lejos de Manhattan. Y si llegaba a casa de la señora Hoffman y la mujer no estaba o no quería abrirle la puerta, ¿qué haría entonces? ¿Y si la seguían?

Llamó otra vez a la parroquia. Kit atendió de inmediato.

—Mamá acaba de llegar, Lacey. Se muere por hablar contigo.

—Kit, por favor...

Su madre cogió el teléfono.

—Lacey ¡no le he dicho a nadie dónde vivías!

Está desesperada, pensó Lacey. Es terrible para ella, pero ahora no puedo hablar de todo esto.

—Jay quiere hablar contigo —le dijo su madre.

Estaban entrando en Great Neck.

—¿A qué dirección vamos? —le preguntó el taxista.

—Pare un minuto —pidió Lacey.

—Señora, no quiero pasar todo el domingo aquí.

Lacey estaba al borde del ataque de nervios. Un Toyota negro disminuyó la velocidad y entraba en un aparcamiento. La seguían. Sintió un sudor frío por todo su cuerpo, pero suspiró aliviada al ver que del coche descendía un hombre joven con un niño.

—¿Lacey? —preguntaba Jay.

—Jay, ¿me has conseguido la dirección de Hoffman en Great Neck?

—No tengo ni idea de dónde sacarla. Tendría que ir a la oficina y hacer un par de llamadas para ver si alguien la sabe.

He llamado a Alex, que conocía muy bien a Max. Dice que tiene la dirección en alguna parte, en un fichero de direcciones a las que envía tarjetas de Navidad. La está buscando.

Por primera vez en esos espantosos meses, Lacey sintió una desesperación total. Tenía al alcance de la mano la información que con toda certeza era la clave, y ahora estaba otra vez empantanada. En aquel momento oyó a Jay preguntar:

—¿Qué dice que puede hacer, padre? No, no sé en qué funeraria.

El padre Edwards se hizo cargo de la situación. Mientras Lacey hablaba otra vez con su madre, el sacerdote llamó a dos funerarias de Great Neck por la otra línea. Se presentó con una mentirijilla y dijo que uno de sus feligreses quería enviar una carta de pésame por la muerte del señor Max Hoffman, que había fallecido en diciembre del otro año. La segunda funeraria a la que llamó era la que se había ocupado del funeral y le proporcionaron amablemente la dirección.

Jay se la pasó a Lacey.

—Hablaré con todos vosotros más tarde —dijo—. Y, por el amor de Dios, no le digáis a nadie a dónde voy.

Al menos espero poder hablar con vosotros más tarde, pensó mientras el taxi arrancaba y entraba en una estación de servicio para preguntar por el número 10 de Adams Place.

Estar sentado al lado de Nick Mars como si no pasara nada le ponía la carne de gallina al detective Ed Sloane. «Todos somos hermanos» como decía el himno, pensó con amargura.

Sloane sabía que debía cuidarse de no enviar señales de hostilidad que Nick Mars pudiera percibir, pero se prometió que cuando todo saliera a la luz, le diría lo que pensaba.

Empezaron la vigilancia del edificio de la calle 70 Este sobre las once y cuarto, inmediatamente después de la reunión con Baldwin.

Nick no comprendía qué hacían.

—Ed, estamos perdiendo el tiempo —se quejó mientras aparcaban—. ¿De veras crees que Lacey Farrell ha vuelto a vender apartamentos en este edificio? Muy gracioso, cabrón, pensó Sloane.

—Llámalo olfato de perro viejo ¿de acuerdo, Nick?

Al cabo de pocos minutos salió una mujer con un abrigo largo con capucha y subió a un taxi que esperaba. Sloane no pudo verle la cara. Era uno de esos abrigos acolchados y holgados, de modo que tampoco pudo distinguir su figura, pero mientras la observaba andar percibió algo familiar y se le erizó el vello de la nuca. También se dio cuenta de que no apoyaba la pierna derecha. El informe de Minnessota mencionaba que Farrell se había lesionado el tobillo el día anterior en el gimnasio.

—Vamos —le dijo a Mars—. Está en ese taxi.

—¿Bromeas? ¿Eres adivino o me ocultas algo?

—Es sólo un pálpito. La llamada a casa de su madre se hizo desde un teléfono a cinco manzanas de aquí. A lo mejor tenía algún amante en el edificio. Venía bastante a menudo.

—Voy a llamar para averiguarlo.

—No, todavía no.

Siguieron al taxi por el túnel de Midtown hasta la autovía de Long Island. Una de las pequeñas ocurrencias de Nick Mars era que el nombre de esa autovía, Vía Interna Ligera, lo decía todo: VIL, y rió al repetir su observación.

Sloane quería decirle que esas iniciales lo describían perfectamente a él, pero en cambio señaló:

—Nick, en todo el cuerpo no hay nadie que sepa seguir a alguien tan bien como tú.

Era verdad. Nick sabía maniobrar con el coche magistralmente; nunca se hacía notar, jamás se acercaba demasiado, a veces adelantaba y se cambiaba a un carril más lento para que el otro lo pasara. Era un talento, una cualidad fantástica para un buen policía. Y también para un mal nacido, pensó Sloane con tristeza.

—¿Adónde crees que va? —preguntó Nick.

—Sé lo mismo que tú —respondió Sloane, y decidió añadir—. Sabes, siempre he

pensado que Lacey Farrell se hizo una copia del diario. Si es así, puede que sea la única que lo tenga completo. A lo mejor hay algo importante es esas tres páginas que Jimmy Landi dice que faltan. ¿Tú qué crees?

Los ojos de Nick lo miraron nerviosos con el rabillo.

Afloja, se recomendó Sloane, no lo pongas nervioso.

Le tocaba a Nick responder.

—Sé lo mismo que tú.

En Great Neck, el taxi se detuvo junto al bordillo. ¿Descendería Lacey Farrell? se preguntó Sloane, y se preparó para seguirla a pie.

Pero la chica se quedó dentro. Al cabo de unos minutos, el taxi volvió a arrancar y dos manzanas más adelante paró en una gasolinera, donde el conductor pidió indicaciones.

La siguieron mientras cruzaban el pueblo y pasaban por un vecindario de casas suntuosas.

—¿Cuál prefieres? —preguntó Nick.

¿Conque era esto?, pensó Sloane ¿El sueldo de poli no te basta? Lo único que tenías que hacer era largarte, muchacho, cambiar de trabajo. No necesitabas cambiar de bando.

Poco a poco cambió el vecindario por el que pasaban. Las casas eran más pequeñas y más juntas, pero aun así se veía bien cuidado. Era el tipo de barrio en el que Ed Sloane se sentía cómodo.

—Espacio —le advirtió a Nick—. Está buscando el número de una casa.

Estaban en Adams Place. El taxi paró delante del número 10. Enfrente había un lugar para aparcar, a unos cinco coches de distancia, detrás de una caravana. Perfecto, pensó Sloane.

Vio a Lacey salir del taxi. Parecía disculparse con el conductor mientras le entregaba billetes por la ventanilla. El hombre sacudió la cabeza, subió el cristal y se marchó.

Farrell esperó a que el taxi se perdiera de vista. Sloane le observó la cara. Parecía joven, vulnerable y muy asustada.

Lacey se dio la vuelta y subió cojeando por el sendero hasta llegar a la puerta, donde pulsó el timbre.

La mujer que abrió la puerta apenas una rendija no parecía dispuesta a dejarla entrar. Lacey Farrell se señalaba todo el tiempo el tobillo.

—Me duele el pie. Por favor, déjeme pasar, señora. Después la atracaré —se burló Nick.

Sloane lo miró y se preguntó cómo era posible que en algún momento le hubiese resultado divertido. Era el momento de llamar y dar un informe. Le resultaba muy satisfactorio ser él quien atrapara a Lacey Farrell, aunque eso significara ponerla bajo la custodia de Baldwin.

Lo que no sabía era que un divertido e igualmente satisfecho Sandy Savarano

estaba en el dormitorio del primer piso del número 10 de Adams Place, esperando pacientemente la llegada de Lacey Farrell.

Mona Farrell volvió a casa con Kit y Jay.

—Así, tan preocupada como estoy, no puedo ir a Nueva York a comer —dijo—. Llamaré a Alex para decirle que venga él.

Los dos hijos de Kit se habían ido a esquiar con amigos a Hunter Mountain y una niñera se ocupaba de Bonnie, que empezaba con otro resfriado. La niña, al oír que llegaban, corrió hacia la puerta.

—Me contó, que para su cumpleaños se va a ir a Disney World con su tía Lacey —dijo la niñera.

—Falta muy poco para mi cumpleaños —puntualizó Bonnie—. Es el mes que viene.

—Y yo le he dicho que febrero es el mes más corto del año —explicó la niñera mientras se ponía el abrigo para marcharse—. Eso la puso muy contenta.

—Acompáñame a hablar por teléfono —le dijo Mona a Bonnie— y podrás saludar a tío Alex. —Cogió en brazos a su nieta y la abrazó—. ¿Sabías que eres igual a tu tía Lacey cuando tenía casi cinco años?

—Quiero mucho a tío Alex —dijo la niña—. ¿Tú también, abue?

—No sé qué hubiera hecho sin él todos estos meses —respondió Mona—. Ven, cariño, vamos arriba.

Jay y Kit se miraron.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Jay tras un momento de silencio—. Mona reconoce que fue Alex quien la animó a pedirle a Lacey que le dijera dónde estaba.

Quizá tu madre no se lo dijo directamente, pero hay otras maneras de decir las cosas. Como cuando contó la otra noche que Lacey se había apuntado a un gimnasio nuevo con una pista de squash fabulosa. En menos de doce horas alguien siguió a Lacey desde ese gimnasio, probablemente para matarla. Me cuesta creer que sea sólo una coincidencia.

—Pero Jay ¿tú crees que Alex está metido en todo esto?

—Espero que no, pero le he dicho a dónde se dirigía Lacey, así que ahora voy a llamar al fiscal general al número de urgencia y también se lo voy a decir. Tal vez Lacey me odie por esto, pero prefiero verla bajo custodia como testigo material antes que muerta.

—¿Para qué ha venido? —preguntó Lottie Hoffman después de dejar entrar de mala gana a Lacey en su casa—. No puede quedarse aquí. Llamaré otro taxi para que venga a buscarla ¿Adónde quiere ir?

Ahora que estaba cara a cara con la única persona que podía ayudarla, Lacey se sintió al borde de la histeria. Todavía no estaba segura de si la habían seguido o no, pero ya no importaba. Lo único que sabía era que ya no podía seguir huyendo.

—Señora Hoffman, no tengo dónde ir —declaró angustiada—. Alguien está tratando de matarme, y creo que lo ha enviado la misma persona que hizo matar a su marido, a Isabelle Waring y a Heather Landi. Usted es la única que puede detenerlo ¡Por favor, ayúdeme!

Los ojos de Lottie Hoffman se ablandaron. Notó que Lacey cojeaba y que evitaba apoyar un pie.

—Estás lesionada. Ven, siéntate.

La sala era pequeña pero estaba exquisitamente ordenada. Lacey se sentó en el sofá y se quitó el pesado abrigo que llevaba.

—No es mío —dijo— pero no puedo ir a casa a buscar mi propia ropa. No puedo acercarme a mi familia. Casi mataron a mi sobrinita por mí. Voy a tener que vivir así el resto de mi vida si no identifican y arrestan a quien está detrás de todo esto. Por favor, señora Hoffman, dígame... ¿sabía su marido quién estaba detrás?

—No puedo hablar de ello. —Lottie Hoffman, con la cabeza gacha, miraba al suelo y hablaba casi con un susurro—. Si Max hubiera mantenido la boca cerrada, aún estaría vivo.

Lo mismo que Heather y su madre. —Levantó la cabeza y miró a Lacey—. ¿Acaso valen la pena tantas muertes para saber la verdad? Creo que no.

—Usted se despierta asustada todas las mañanas ¿verdad? —preguntó Lacey. Estiró el brazo y cogió la mano delgada y llena de venas de la anciana—. Por favor, señora Hoffman, dígame lo que sabe ¿Quién está detrás de todo esto?

—La verdad es que no lo sé. Ni siquiera sé su nombre. Max sí lo sabía. Había trabajado para Jimmy Landi y conocía a Heather. Ojalá no la hubiera visto ese día en Mohonk.

Se lo conté a Max y le describí al hombre que estaba con ella. Se disgustó mucho. Me dijo que era un traficante de drogas y un mafioso, pero que nadie lo sabía, que todo el mundo lo consideraba un hombre respetable, una buena persona. Quedó para almorzar con Heather para advertirle... y dos días después estaba muerto. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Lo echo mucho de menos y estoy muy asustada.

—Y tiene razón en estarlo —le dijo Lacey con amabilidad— pero cerrar la puerta con llave no es la solución. Algún día, esa persona decidirá que usted también es una amenaza en potencia.

Sandy Savarano enroscó el silenciador a la pistola. Entrar en la casa había sido un juego de niños, y podía irse de la misma manera: por la ventana trasera de ese cuarto. El árbol de fuera era como una escalera. Había aparcado el coche en la calle lateral, a la que se accedía a través del jardín del vecino. Estaría a kilómetros de distancia antes de que los polis que había sentados fuera sospecharan algo. Consultó su reloj; había llegado el momento.

La vieja sería la primera; sólo era un incordio. Lo que de verdad quería ver era la expresión de los ojos de Lacey Farrell cuando la encañonara con la pistola. No le daría tiempo de gritar. Apenas tendría un instante para lanzar ese breve gemido, que él tenía tantas ganas de oír y que indicaría que lo había reconocido y que sabía que iba a morir.

Ahora.

Sandy apoyó el pie derecho en el primer escalón, y después, con extremo cuidado, empezó a bajar.

Alex Carbine llamó al restaurante de Landi y pidió por Jimmy. Esperó hasta que oyó la voz de Steve Abbott.

—Alex ¿necesitas algo? No quiero molestar a Jimmy; hoy está muy mal.

—Lo siento pero tengo que hablar con él —dijo Carbine—. A propósito, Steve ¿Carlos ha ido a pedirnos trabajo?

—Así es ¿Por qué?

—Porque si todavía está allí, dile que el de aquí ya no lo tiene. Y ahora pásame a Jimmy.

Volvió a esperar, y cuando Jimmy atendió el teléfono, advirtió que estaba bajo una gran tensión.

—Jimmy, veo que no estás bien ¿Puedo ayudarte?

—No, pero gracias de todas formas.

—Bueno, lamento molestarte, pero he averiguado algo. Creo que Carlos quiere ir a trabajar contigo. Escucha ;no se te ocurra volver a emplearlo!

—No pienso hacerlo, pero ¿por qué? —preguntó Jimmy.

—Creo que alguien lo tiene comprado. Me ha estado volviendo loco el hecho de que el asesino hubiera dado con Lacey Farrell en el lugar donde la tenían escondida en Mineápolis.

—Ah, ¿así que estaba allí? —comentó Jimmy Landi—. No lo sabía.

—Sí, la única que lo sabía era su madre. Logró que Lacey se lo dijera. Y como yo le había sugerido que le preguntara dónde vivía, me sentí responsable.

—No fue muy brillante de tu parte.

—No pretendía ser brillante. Lo único que veía era que Mona Farrell estaba destrozada. En fin... Cuando se enteró de dónde estaba Lacey, compró un ejemplar del Minneapolis Star Tribune y lo trajo a la cena. Cuando me acerqué a la mesa, vi que lo metía en la bolsa, pero no le pregunté nada y no volví a ver el periódico. En un momento dado, cuando Mona fue al lavabo y yo saludaba un cliente, me di cuenta de que Carlos estaba en nuestra mesa aparentemente acomodando las servilletas. Vi que removía la bolsa, así que es muy posible que husmeara dentro.

—Es el tipo de cosa que haría Carlos —comentó Jimmy—. A mí nunca me ha gustado.

—Y también fue el camarero que nos atendió el viernes por la noche, cuando Mona mencionó que Lacey se había apuntado a un gimnasio nuevo con pista de squash. Me parece más que una coincidencia que alguien apareciera en ese club al cabo de unas horas buscándola. Es cuestión de sumar dos más dos ¿no?

—Hummm —murmuró Jimmy— me parece que Carlos trabajaba más que para ganar una propina de viernes por la noche. Tengo que colgar, Alex. Te llamaré pronto.

Ed Sloane se percató de que su compañero estaba asustado. Aunque en el coche hacía frío, Nick Mars despedía un olor acre a sudor y unas gotas brillantes le perlaban la frente de su cara infantil.

El instinto de Sloane, que no fallaba, le indicó que algo iba mal.

—Creo que ha llegado el momento de que vayamos a buscar a esa Farrell —le dijo.

—¿Para qué, Ed? —preguntó Mars, sorprendido—. Podemos cogerla cuando salga.

Sloane abrió la puerta del coche y sacó la pistola.

—Vamos.

Lacey no estaba segura de haber oído un ruido en la escalera. Las casas viejas a veces parecían tener vida propia. Era consciente, sin embargo, de que la atmósfera había cambiado, como si un termómetro descendiera súbitamente. Lottie Hoffman también lo sintió; Lacey se lo notó en los ojos.

Más tarde se dio cuenta de que era la presencia del mal que se arrastraba insidioso y la envolvía de una forma casi tangible. Había sentido el mismo frío al encerrarse en el armario mientras Curtis Caldwell bajaba la escalera después de matar a Isabelle.

Entonces volvió a oírlo: un ruido de lo más sutil pero espantosamente claro. No era producto de su imaginación.

Ahora estaba segura, y en ese instante se le aceleró el corazón ¡Había alguien en la escalera! Voy a morir, pensó.

Al ver el terror que asomaba en la mirada de la señora Hoffman, se llevó el índice a los labios para indicarle que no hablara. El hombre bajaba por la escalera muy despacio, jugando con ellas al gato y al ratón. Lacey miró alrededor. Había sólo una puerta y daba a la escalera. No había escapatoria ¡Estaban atrapadas!

Clavó la mirada en un pisapapeles de cristal que había sobre la mesa de centro; era del tamaño de una pelota de béisbol y parecía pesado. No podía cogerlo sin ponerse de pie, y le daba miedo hacerlo. En cambio, le tocó la mano a la señora Hoffman y lo señaló.

Desde donde estaban se veía la parte inferior de la escalera. Ahí estaba él. A través de los barrotes de madera, Lacey vio un zapato lustroso.

La frágil y temblorosa mano de la anciana cogió el pisapapeles y se lo entregó a Lacey, que se puso de pie y, en el momento en que el asesino que conocía como Caldwell quedó completamente a la vista, se lo arrojó con todas sus fuerzas.

El pesado trozo de cristal le dio encima del estómago justo cuando se disponía a

bajar rápidamente los escalones finales. El impacto lo hizo tropezar y soltar la pistola. Lacey se abalanzó para alejar la pistola de una patada, mientras la señora Hoffman con pasos vacilantes conseguía llegar a la puerta principal y abrirla de par en par para gritar pidiendo ayuda.

El detective Sloane pasó corriendo por el recibidor. En aquel momento los dedos de Savarano volvían a cerrarse sobre la pistola, pero Sloane le dio una violenta patada en la muñeca. Nick Mars, detrás de él, apuntó a la cabeza de Savarano y empezó a apretar el gatillo.

—¡No! —gritó Lacey.

Sloane giró de repente y le dio un empujón a su compañero, de modo que la bala dirigida a la cabeza de Savarano le dio en la pierna. El asesino soltó un grito de dolor.

Lacey, aturdida, vio cómo Sloane esposaba al asesino de Isabelle Waring mientras unas sirenas estridentes se acercaban. Al fin bajó la vista y se encontró con la mirada que la había perseguido todos esos meses. Unos ojos azul hielo y unas pupilas negras... los ojos de un asesino. Pero de pronto advirtió que había algo nuevo en ellos: miedo.

El fiscal Gary Baldwin entró en la casa rodeado por sus agentes. Miró a Sloane, a Lacey y después a Savarano.

—Bien, ha logrado atraparlo antes que nosotros —dijo a su pesar—. Esperaba ser yo quien le ganara por la mano... En fin, no importa... Buen trabajo, Sloane, lo felicito. —Se agachó sobre Savarano—. Hola, Sandy. Te he estado buscando. Te tengo preparada una jaula con tu nombre, la más pequeña y oscura de Marion, la peor de las prisiones federales del país. Encerrado veintitrés horas por día. Incomunicado, por supuesto. Es posible que no te guste, aunque nunca se sabe. Alguna gente, en solitario, no dura mucho tiempo cuerda, así que no importa. De todas formas, piénsatelo, Sandy. Una jaula sólo para ti. Una celda diminuta, minúscula, toda tuya para el resto de tu vida. —Se enderezó y miró a Lacey—. ¿Está bien, señorita Farrell?

Lacey asintió con la cabeza.

—Hay alguien que no lo está. —Sloane se inclinó sobre Nick Mars, que estaba blanco como un papel. Le quitó la pistola, le abrió la chaqueta y le sacó las esposas—. Robar pruebas es bastante malo, pero un intento de asesinato es mucho peor. Ya conoces el procedimiento, Nick.

Nick puso las manos detrás y se dio la vuelta. Sloane le colocó sus propias esposas.

—Ahora se puede decir que son realmente tuyas, Nick —dijo con una sonrisa de tristeza.

Jimmy Landi no salió de su despacho en toda la tarde. Steve Abbott asomó la cabeza varias veces.

—¿Jimmy, estás bien? —le preguntó.

—Perfecto, Steve —le contestó cortante.

—No lo parece. Me gustaría que dejaras de leer el diario de Heather. Te deprime.

—Y a mí que dejaras de decirme que deje de leerlo.

—*Touché*. Bien, no volveré a molestarle. Pero, Jimmy, recuerda que si necesitas algo, estoy aquí.

—Sí, Steve, lo sé.

A las cinco lo llamó el detective Sloane.

—Señor Landi —le dijo—. Estoy en la comisaría. Tenemos al asesino de su ex mujer. La señorita Farrell lo ha identificado. También ha sido acusado de la muerte de Max Hoffman. Y tal vez también podamos demostrar que fue quien hizo que el coche de su hija derrapara y se saliera de la carretera.

—¿Quién es? —Jimmy Landi de repente no sentía nada: ni sorpresa, ni ira, ni siquiera dolor.

—Sandy Savarano. Es un asesino a sueldo. Esperamos que coopere ampliamente en la investigación. No quiere ir a la cárcel de por vida.

—Ninguno de ellos quiere —replicó Jimmy—. ¿Quién lo contrató?

—Esperamos saberlo pronto gracias a Sandy. A propósito, también tenemos a un sospechoso del robo del diario de su hija.

—¿Sospechoso?

—Sí, hablando en términos legales, aunque lo ha reconocido. Pero jura que no se llevó las tres páginas lisas que usted pensaba que habíamos perdido. Supongo que su socio tenía razón. Nunca las tuvimos.

—Usted no las tuvo nunca —coincidió Jimmy—. Ahora me doy cuenta. Parece que mi socio tiene muchas respuestas.

—La señorita Farrell está aquí haciendo una declaración. Quiere hablar con usted.

—Pásemela.

—Señor Landi —dijo Lacey—, me alegro de que esto haya acabado. Para mí ha sido terrible, y sé que para usted también. La esposa de Max Hoffman está conmigo, tiene algo que decirle.

—Póngame con ella.

—Vi a Heather en Mohonk —empezó Lottie Hoffman—. Estaba con un hombre, y cuando se lo describí a Max se quedó muy preocupado. Dijo que ese sujeto era un mafioso, un traficante de drogas, que nadie sospechaba de él y Heather menos que nadie. Que ella no tenía idea de que...

Aunque Lacey ya había oído la historia, era espantoso pensar en los crímenes terribles que se habían cometido después de que Max Hoffman hablara con Heather

para que se alejara del hombre con el que salía.

Escuchó a la señora Hoffman describir al hombre que vio ese día. No era nadie que ella conociera, pensó Lacey con alivio.

Sloane cogió el teléfono después de la señora Hoffman.

—Por la descripción de la señora Hoffman ¿sabe de quién se trata, señor Landi?

El detective escuchó la respuesta y se volvió hacia Lacey y la señora Hoffman.

—El señor Landi les agradecería mucho que pasaran un momento por su despacho.

Lo único que Lacey quería era irse a su casa, meterse en su jacuzzi, ponerse su ropa e ir a casa de Kit a ver a su familia. Iban a cenar tarde y Bonnie la esperaba levantada.

—Si sólo se trata de unos minutos... —dijo.

—Prometido —respondió Sloane—. Después llevaré a la señora Hoffman a su casa.

En el momento en que se marchaban de la comisaría, llamaron al detective por teléfono.

—Tendremos compañía —les dijo al volver—. Baldwin va camino de la oficina de Landi.

La recepcionista los llevó arriba, donde los esperaba Landi.

—El restaurante era la mitad de grande que ahora —le explicó Jimmy a Lottie Hoffman mientras ésta admiraba el bonito mobiliario—. Ésta era la habitación de Heather cuando era pequeña.

Lacey pensó que había algo en el tono monocorde y casi indiferente de Landi que le recordaba a un océano anormalmente tranquilo en cuyas profundidades se gestaba un maremoto.

—Por favor, señora Hoffman, descríbame exactamente al hombre que vio con mi hija.

—Era muy guapo; tenía...

—Espere, me gustaría que mi socio lo escuchara. —Se inclinó sobre el intercomunicador—. Steve ¿tienes un minuto?

Steve Abbott entró en el despacho con una sonrisa.

—Bueno, al fin has salido de tu mundo, Jimmy. Ah, lo siento, no sabía que tenías compañía.

—Una compañía muy interesante, Steve. Señora Hoffman ¿qué le pasa?

Lottie Hoffman señalaba a Abbott con el semblante pálido.

—Usted es el hombre que vi con Heather... el que Max me dijo que era un mafioso, un traficante y un ladrón. El culpable de que yo esté sola...

—¿De qué está hablando? —repuso Abbott con el entrecejo fruncido y una

expresión feroz mientras la máscara de la simpatía desaparecía de su rostro.

Lacey, de repente, vio que ese hombre amable y bien plantado podía muy bien ser un asesino.

El fiscal Baldwin entró en ese momento acompañado de un grupo de agentes.

—Lo que está diciendo, señor Abbott, es que usted es un asesino, que ordenó que mataran a su marido porque sabía demasiado. Dejó de trabajar aquí porque había visto lo que usted estaba haciendo y sabía que su vida no valdría nada si usted lo descubría. Prescindía de los viejos proveedores, como Jay Taylor, y compraba todo el material a la mafia, la mayoría robado. También lo ha hecho en el casino. Y eso es sólo una parte de sus actividades. Seguramente Max le dijo a Heather quién era usted. Y se vio en la disyuntiva de dejar que siguiera engañando a su padre o decirle cómo se había enterado de todo. Y no corrió el riesgo, señor Abbott. Savarano nos contó que usted llamó a Heather y le dijo que su padre había tenido un infarto, que volviera inmediatamente. Savarano la estaba esperando. Después, como Isabelle Waring no dejaba de buscar pruebas que demostraran que la muerte de su hija no había sido un accidente, se convirtió también en alguien demasiado peligroso.

—¡Es mentira! —gritó Abbott—. Jimmy, yo nunca...

—Sí, fuiste tú —dijo Landi sin perder la calma—. Mataste a Max Hoffman y también a la madre de mi hija. Y a Heather. La mataste ¿Por qué te metiste con ella si tenías todas las mujeres que querías? —Los ojos de Jimmy se encendieron de ira, apretó los puños y un grito de agonía resonó en la habitación—. ¡Dejaste a mi pequeña morir quemada! —Aulló—. ¡Tú, maldito asesino... tú...!

Se abalanzó por encima del escritorio y cogió a Abbott por el cuello con sus fuertes manos. Sloane y los agentes tuvieron que intervenir para separarle las manos de la garganta de Abbott.

Los espantosos sollozos de Jimmy Landi resonaron por todo el edificio mientras Baldwin se llevaba detenido a Steve Abbott.

Sandy Savarano había hecho el trato con el fiscal desde la cama de un hospital. A las ocho, el chofer que Jay había mandado a recoger a Lacey en su apartamento, llamó para decir que esperaba abajo. Lacey estaba deseosa de ver a su familia, pero antes debía hacer una llamada. Tenía tantas cosas que decirle a Tom, tanto que explicarle... Baldwin, que de pronto se había convertido en su amigo y aliado, le había dicho: «Ahora ya no está en el ojo del huracán. Hemos llegado a un acuerdo con Savarano, por lo tanto no necesitamos su testimonio para encarcelar a Abbott. O sea, que ya no tendrá problemas. De cualquier forma, sería conveniente que durante un tiempo no se hiciera notar mucho ¿Por qué no se toma unas vacaciones hasta que se tranquilicen las cosas?». «Ya sabe que tengo un apartamento y trabajo en Minnesota —le había respondido Lacey medio en broma—. Quizá deba volver».

Marcó el número de Tom. La atendió una voz familiar pero tensa y ansiosa.

—¿Sí?

—¿Tom?

Lacey oyó una exclamación de alegría.

—¡Alice! ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

—Estupendamente, Tom ¿Y tú?

—¡Muy preocupado! Desde que desapareciste no consigo calmarme.

—Es una larga historia y te la contaré poco a poco. —Hizo una pausa—. Pero quiero decirte algo. Alice ya no existe ¿Crees que podrás acostumbrarte a llamarme Lacey? Mi nombre es Lacey Farrell.



MARY HIGGINS CLARK. Nació el 24 de diciembre de 1931 en Nueva York, donde también creció, aunque tiene ascendencia irlandesa. Huérfana de padre a los diez años, Mary y sus dos hermanos crecieron junto a su madre. Tras unos años trabajando de secretaria, sus ganas de viajar y conocer mundo la llevaron a trabajar de azafata para la Pan American Airlines, empleo gracias al cual conoció Europa, África y Asia. Un año después, se casó con un amigo de toda la vida, Warren Clark. Una vez casada, Mary comenzó a escribir historias cortas, consiguiendo vender la primera tras seis años de intentarlo. En 1964 enviudó tras un ataque al corazón que acabó con la vida de su marido. Mary tenía cinco hijos que mantener, y para superar la pérdida de su marido se refugió en la escritura.

Su primer libro fue una biografía sobre la vida de George Washington. Su siguiente novela, ya enmarcada en el género de suspense, se tituló *¿Dónde están los niños?*, y se convirtió en un bestseller que iniciaría la exitosa carrera de la autora.

En 1996 se casó de nuevo con John J. Conheeney, con quien actualmente vive en Nueva Jersey.

Presume que su sangre irlandesa es esencial a la hora de escribir «Los irlandeses son narradores de historias por naturaleza». Sus mayores influencias son de los libros de misterio de Nancy Drew, Sherlock Holmes y Agatha Christie. En sus novelas se entremezcla el misterio y la intriga con un punto de romanticismo.